

HQN™

EL OLO DE TU RECUERDO



Lidia Herbada

EL OLOR
DE TU
RECUERDO

Lidia Herbada



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Lidia Herbada

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

El olor de tu recuerdo, n.º 168 - septiembre 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-025-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Si te ha gustado este libro...

Cita

Todos tenemos historias pendientes, algunas penden de un hilo, otras desaparecen con la línea del atardecer. Están las perdurables en el tiempo, aquellas que machacan nuestro cerebro una y otra vez. Y hay otras, que son las invisibles, las que alguien borró de nuestros ojos.

1 de abril de 1969

Abrió la puerta, la cerró tras de sí, sigilosamente se acercó hacia aquel chifonier lacado rojo, el tesoro máspreciado de su familia, ese que les había acompañado desde tiempos que ya no recordaba. Allí, tal y como le habían dicho, podría esconder sus secretos, los más íntimos, los que no queremos decir a nadie, los recónditos, los que nos avergüenza decir en alto, los que queremos que mueran con nosotros.

Se acercó al chifonier, se puso de frente. Miró hacia atrás, no había nadie. Eligió un número al azar. 5 y 7. Aquella pequeña cerradura no se resistió. Abrió despacio, como le habían enseñado. Una vez dentro, introdujo su secreto. Lo ocultó. Lo puso pegado hacia arriba. Lo cerró. Giró dos veces la llave y se la guardó en el bolsillo derecho de su pantalón. Y salió huyendo como quien sabe que ha hecho algo mal.

Capítulo 1

Con mi camiseta de Green Day y todavía dormida, desayuno y aprovecho para borrar las fotos de la cámara que no me sirven. Hoy voy a tener un día duro en el trabajo. Anoche dormí fatal, me sentí como la desvelada de Seattle, pero en Madrid. Y para colmo volvió a aparecer en mis sueños mi anterior relación. Lo llamo mi fantasma, porque aparece y desaparece de mi cabeza. Todos tenemos un punto débil, y este es el mío. No importa en cuántos charcos metas el pie que hay uno que queda embarrado en tu memoria.

Ayer, como todos los días desde que lo dejamos, me acordé de él. De sus manos poderosas, de su risa hueca y de su vitalidad cansina. Me agotaba, sí, pero también me recargaba de una energía maravillosa. Era un odio y amor revueltos en sábanas. Ni siquiera sé por qué vive en mí como un fantasma. A veces le hablo, le digo lo que hago en el día. O, lo que es peor, cuando paso por la tienda de perfumes, su olor me asalta como un lobo, y entonces soy la mujer que corre delante de él.

—Mira, hoy han abierto un sitio increíble en Chamberí. Se puede comer en una sala de despiece de un matadero. Me encantaría que lo conocieras.

Y él muy educado me contesta:

—Oye, que ya no estamos saliendo. ¿Para qué me cuentas todo esto?

Pensaréis que Belma Vento está un poco loca por naturaleza o que el estrés me trastoca el día. Soy fotógrafa para Google Maps. Lo que hace que pase mucho tiempo pensando cuál es el mejor encuadre de un lugar. Soy espía de una ciudad que nunca duerme: Madrid. A pesar de mi locura transitoria, ya sabéis, pensar en una historia que no terminé de cerrar, convivo los fines de semana felizmente con mi chico Sebastián. Todavía no estoy preparada para dar el salto a la plena convivencia, cuando te han dejado tocada alguna vez, es difícil hacer la maleta y compartir de nuevo cepillo de dientes.

Lo amo profundamente, sin embargo, no entiendo mi desdoblamiento por contarle al ausente algún punto del día que me asalta con fuerza. Tiene que tener una explicación, y quizás algún día pueda entender algo de esta pequeña tortura en silencio.

Sebastián y yo nos conocimos de una manera increíble, cuando ya no esperas

nada, cuando crees que ya has conocido lo máximo que se puede sentir en el amor. Fui a cenar con mis dos hermanas, Delia y Azucena, son más mayores que yo. Me libré de ser una planta de interior. Mi nombre, Belma, lo eligió mi madre, dicen que luchó mucho porque llevara este nombre.

Mi padre, Gabriel, nació en la ciudad más pequeña de Italia, Valle de Aosta, donde se comen las mejores manzanas reinetas del mundo. Como buen italiano, tenía ese carácter regio e insistió en ponerme Rosa. Pero no hubo manera de convencer a mi madre. Deseaba Belma y con Belma me quedé. Quizás mi padre pensó que había que darle el gusto, después de todo lo que había sufrido.

Mis hermanas y yo no habíamos compartido muchos momentos juntas, pero cuando más las necesitaba siempre estuvieron a mi lado.

Recuerdo que mi fantasma me dejó sobre la almohada la nota de la ruptura. Sentí como si las ruedas de un camión aplastaran mi estómago. Y volvieron a pasar, una, dos, tres veces, hasta tirarme por un barranco y, aun así, todavía seguía respirando.

Respiré profundamente y sentí como si la vajilla de mi abuela estallara en mil pedazos sobre mi espalda.

Lo mejor que podemos hacer es liberarnos. Hemos perdido la magia.

Tuve que leerlo más de una vez. Las llamé para que leyeran algo entre líneas que yo a lo mejor, dado mi estado de shock, no podía ver.

—Me está dejando, ¿verdad?

Ellas me acariciaron la cabeza y sacaron ropa de mi armario para animarme. Eligieron algo al azar y me sentaron en una terraza a desayunar. Desde luego tuvieron que pasar muchos meses hasta volver a recuperar mi yo.

Un jueves lluvioso, aparecieron en casa pizpiretas y pegando saltos.

—Venga, ponte guapa que vamos a las fiestas de Santiago.

—¿A Galicia?

—Tonta, a las del barrio.

Me recogieron como a una borracha que llevan a hombros y me llevaron a rastras a una mesita encantadora del viejo Madrid, justo en la plaza de Santiago, donde una vez al mes organizan una fiesta y los comerciantes abren todos los establecimientos casi hasta el amanecer. Se baila swing en las calles y el bueno de Cole Porter resucita en los pies de todo el barrio. No podía quedarme apagada como una vela en una noche de tormenta. Pues allí, justo allí, dándome la espalda estaba Sebastián. Iba acompañado de cuatro amigas, y bailaba como un

loco divertido en mitad de la plaza. Decidió que estaba harto de sacar a las mismas y de pronto vino a la mesa con la sonrisa de los ganadores. Alargó su mano y me salvó de mi pasado.

—La plaza se me queda pequeña para mis pies de bailarín. ¿Quieres que bailemos juntos en la plaza de Ramales? —dijo Sebastián ofreciéndome su brazo.

—No sé bailar.

—No hay excusa. Los martes y jueves voy a baile y nuestra asociación de swing nos obliga a sacar a las chicas más guapas.

—Y yo que me quejaba que con veinte los chicos eran unos sosos.

—Eso es porque no me conociste a mí.

Me levanté como un resorte y bailamos en mitad de la plaza ajenos a miradas. El baile se metía por dentro de mí como una lagartija sin cola.

—Este estilo se originó a finales de los años 20, de la mano de la Big Band. Destacaba gente como Fletcher Henderson, Benny Goodman, Duke Ellington o Count Basie.

—Sabes un montón de música.

—Es mi profesión.

—¿Eres músico?

De pronto mi fantasma golpeó con más fuerza: él era vocalista y bajista. Tengo todo tipo de atracción fatal hacia los músicos.

—Soy el salvador de ellos: productor.

—Tiene que ser una profesión muy interesante.

—Es compleja. Nos pasamos todo el día escuchando maquetas de tipos que deberían estar perdiendo el tiempo en otra cosa y, ya sabes, pegándonos también con salas para que toquen en alguna.

—Ya, pero debe de ser una sensación maravillosa escuchar por primera vez la voz de alguien que luego seguirán miles de personas.

—No creas que todo es tan bonito.

—Bueno... me ha encantado bailar contigo. Mis hermanas me esperan.

—¿Te apuntas conmigo a las clases?

A partir de ese instante comencé a salir con Sebastián. Me quedaba fascinada, no solo con su baile, sino con todo lo que sabía.

Capítulo 2

Todas las mañanas suena ese maldito despertador, que no puedo con él. Es una carraca de feria, pero me lo regaló mi amigo Marcos y, por educación, necesito que lo vea cuando viene a casa.

Después de pasar por miles de trabajos que no me llenaban, entre los que destaco probadora de camas de lujo. En ese duré unos nueve meses, casi un parto. Dormía en millones de camas ajenas de todos los hoteles de Madrid y pasaba revista a un sinfín de colchones. Me los he encontrado con muelles tan pronunciados, que casi tocaba el techo de los saltos que daba en la cama, otros con manchas que prefiero olvidar, y luego los que eran tan cómodos que no había manera de despertarme. Por este motivo el hotel Room Mates puso una denuncia contra mi jefe. No trabajé como es debido y con una carta de despido tuve que ponerme a buscar otro trabajo para poder sobrevivir.

Fui filadora. Durante largas horas, aguardaba filas para comprar entradas de fútbol, de ópera, de conciertos de pop, de rock, de flamenco, incluso llegué a hacer colas en el INEM por mis clientes. Pero, claro, era un empleo sin futuro, se les acababa el paro y ya tenían el mismo tiempo libre que yo para hacer la cola ellos mismos.

Así que ahora tengo el mejor trabajo del mundo, mi pasión: indagar en la vida de los demás sin que me vean demasiado. A través de un objetivo observo toda la vida de una ciudad. Desde fuera parece que se mueve, pero yo, que estoy dentro, os puedo asegurar que las personas que lo componemos somos marionetas de un mismo guiñol.

Bajo la calle Fuencarral en busca de mi coche. Como cada día, el guardacoches me echa una sonrisa y me regala un piropo.

—A ver cuándo me vienes a recoger a mí, y no a tu pequeño.

La verdad es que tiene las pestañas tan largas que podría hacer con ellas una lazada. Le doy una de esas sonrisas amables, de las de «algún día». Marcos me espera en la calle Gravina, con los ojos todavía adormilados.

—Llegas cinco minutos tarde, Belma. Eres un caos de mujer.

—Sabes que del caos nació el Universo.

—No quiero que llegues tarde. Nos jugamos mucho. Ayer también llegaste

diez minutos tarde.

—Marcos, cada día te pareces más al cliente misterioso. Controlas todos mis pasos.

—¿Has puesto un ASA de 400?

—Sí, sabes que siempre miro el tema de la luz.

—Que luego nos salen las fotos con profundidad de campo. Y parecen movidas.

—Mira, Marcos, estos de Google cada día son más pijoteros. Hemos hecho fotos muy buenas.

—Si lo sé. Está mal decirlo, pero somos buenos. ¿Qué zona tenemos hoy?

—No lo sé.

—Creo que Rabo Durillo.

—¡Marcos!

—Quería poner un poco de humor en tu vida, Belma. Bravo Murillo.

—Eso está mejor. Ya lo estoy viendo, millones de señoras con sus carritos dirigiéndose al mercado Maravillas, a recoger la pescadilla fresca. Y nosotros yendo a uno por hora haciendo fotos de todas las perpendiculares que se cruzan.

—¿No te gusta este trabajo, verdad, Belma?

—A ver, no es eso, pero vivir con un productor te hace ver que tu trabajo no es nada interesante. A su lado te ves tan pequeña...

—Todos los trabajos desde fuera parecen más interesantes, pero al final no dejas de levantarte cada día para dar el callo.

—El mundo de la música es fascinante.

—Cuando salías con el innombrable, dijiste que nunca más con alguien del gremio.

—Una no elige de quién se enamora. De los cantantes me quedo con que te dedican canciones. Y de los productores que te muestran la canción antes que nadie.

—Lo tuyo es machaque, chica. El otro día paseaba por el callejón de San Ginés y me pareció verle, al lado del pequeño puesto de libros. Cantaba algo sobre *La primavera que mataste*.

—Esa canción la empezó a componer cuando estábamos juntos. Seguro que era él. ¿Cómo le encontraste?

—Igual.

—No dejes de ser chico. Las mujeres cuando, hacemos esa pregunta, que mira que nos cuesta, esperamos un sinfín de detalles, incluso los superfluos.

—No sé —dijo rascándose la cabeza. Y añadió—: Desaliñado y utópico.

—Entonces era él. Me alegro de que esté trabajando en las calles. —Y añadí —: La calle es un buen termómetro para su música. Siempre le dije que tenía que empezar por ahí. A ver, él, cómo decirte, quería grabar en Abbey Road. Los bares del barrio se le quedaron pequeños.

—¿Por qué lo dejasteis?

—Más bien, me dejó. Durante mucho tiempo me costaba mucho decir esa frase.

—Hay que ser honestos.

—No le inspiraba. Me imagino que llegué a ser una espinilla en la frente. Un músico necesita vivir miles de vidas para poder inspirarse.

—Quiero ser músico.

—Tú no sabes ni lo que quieres, Marcos. «Ayer con mujeres y hoy con hombres».

—Me gustan las personas, no lo puedo evitar.

—Y nunca tienes una relación.

—Bueno, porque soy como Dalí, me gusta más mirar, observar, disfrutar de una charla, de un buen vino.

—Bueno, no creo que seas tan asexuado, que te he visto saltar de cama en cama. Lo que pasa es que tú no quieres implicarte. ¿Tú sabes que detrás de una vida siempre hay una historia pendiente que no has descubierto?

—Eso son tonterías. Me vas a decir que tú eliges músicos porque tu madre era cantante de jazz.

—Quién sabe. Mi madre ya sabes que no está muy bien.

—Cuidado, que cruza Maruja Torres.

—¿En serio?

—No, pero ¿a que se parece?

Nuestra cámara en el techo dispara sin compasión a las perpendiculares. No deja una a salvo.

—La señora del chihuahua ha salido saludando —dice Marcos.

—Cómo nos gusta figurar.

Toda la mañana sentados en el coche, con las piernas repletas de hormigueso. Por fin habíamos registrado el mundo en un día. Mañana sería otro día para inmortalizar.

—Mañana es fin de semana, Belma.

—Qué bien. Parece que no llegan nunca, que se han quedado escondidos y zas, les pillamos siempre.

—Yo este viernes quiero pillar un chulazo de esos apretados y que me enseñe

París en agosto.

—Qué calor. A mí se me ha ocurrido la gran idea de organizar el mercadillo benéfico con las British Ladies. Si tienes algo que aportar estaré encantada.

—¿Una bicicleta de barra?

—Mira, si no tuviera la barra, creo que te la compraba yo.

—Así que la organizadora ve el material antes y se queda con cositas.

—Pero pagándolas, que soy legal.

—¿Y te cabe todo en tu casa?

—Tengo buenas noticias, he visto un dúplex que me tiene enamorada, y lo más seguro es que me cambie pronto.

—¿Cómo de pronto?

—Pues, si me gusta, el martes hago el cambio.

—Eso es decisión en la vida. ¿Y Sebastián?

—Todavía es pronto.

—¿Y tú me hablas de mi miedo?

—Estoy tocada, quiero ir despacio para no meter la pata.

—Hacéis una pareja muy bonita. Algún día me gustaría tener vuestra complicidad.

—Pues arriesga algo.

—De verdad, es que no he encontrado lo que busco.

—A todas las personas les falta algo siempre, pero te sorprendería lo mucho que aportan cuando las descubres.

—Tomo nota.

Subí las escaleras y abrí la puerta. Sebastián estaba en la terraza escuchando Radio 3 con el bloc en la mano y su bolígrafo de captación. Un vuelco en el corazón dio un latigazo en mi interior. Me vino a la mente el día que conocí a mi fantasma. Estaba haciendo cola para un muchacho, que me había llamado para conseguirle unas entradas.

—¿Llevas mucho tiempo esperando a sacar entradas para Keane?

—Te vas a reír, pero yo no voy al concierto —dije divertida.

—¿Ah, no? Eres la primera chica que espera cola en un concierto y no va a entrar.

—Me dedico a eso.

—¿A hacer colas?

—Sí, soy una chica curiosa, pensarás.

—Diremos que sí. Más bien extraña.

—Vaya, gracias. Una tiene que dedicarse a algo para ganarse la vida.

—Claro que sí. Si te dijera que soy el telonero y que estás invitada.
—¿Tocas con ellos?
—Ya me gustaría. Soy el telonero de la plaza Lavapiés. Junto al metro.
—Así que eres un músico callejero.
—Pronto dejaré de serlo.
—En los días de lluvia siempre pienso que tiene que ser difícil.
—Mi padre es procurador. Se empeña en ponerme la corbata y darme un puntapié para Arthur Andersen, y yo, ya ves... canto en callejones sin luz.
—No entiendo a tu padre. Lo que quiere él a ti no te hace feliz.
—¿No sabes que todos llevamos historias pendientes que a veces pagan nuestros hijos?
—Nunca había oído eso.
—Mañana, a las siete, tendrás primera fila. No tendrás que hacer colas. —Y añadió—: No vengas con amigas gritonas. No las soporto.
—Iré sola.

Le fui a ver. Con su guitarra al hombro, su pelo enmarañado en una coleta mal hecha y sus canciones tristes de cantautor. Reivindicaba las luchas sociales, cantaba por Arjona y sobre todo parecía que todas las canciones estaban dedicadas a mí. De pronto, con voz triste casi rota, susurraba a mi oído.

Al terminar, aplaudí como una loca enfervorecida, se pasó por delante de la gente vendiendo sus ocho canciones grabadas en un CD.

—¿Me echas una moneda?

Abrí mi bolso y eché todo lo que llevaba, incluso a mí misma, porque a la semana ya lo acompañaba a todos los conciertos callejeros. Y es que no sabes por qué hay historias que quedan pendientes y quieres continuarlas en otras personas.

Sebastián me abrazó por la cintura con su bloc en la mano y yo rompí mis recuerdos. El presente me atrapaba, sentía que el mundo se movía menos.

—¿Qué escuchas, Sebastián?

—Un montón de niños que cantan con desgana. Les falta la fuerza de gente como Lana del Rey, Modest Mouse, Franz Ferdinand, Pixies, Snow Patrol.

—Para —le digo sonriendo y quitándole el bloc y la camiseta.

—Estás leona hoy, ¿no?

—Siempre lo estoy —le dije al oído con voz suave.

Surqué por toda su piel, me encantaba acurrucarme sobre su pecho, y que me tocara con sus dedos alargados toda mi espalda. Parecía que punteaba con su guitarra. Sentía toda la descarga de amor sobre mi nuca y bajaba por todas mis terminaciones como un funicular. Nos amábamos de una manera diferente al resto. Tomaba mis pies y los masajeaba, lamiéndome cada dedo con la ternura de los sensibles. Después de hacerme sentir única, nos girábamos y nos dábamos la mano mirando al techo.

—Oye, voy a ayudar a la gente del British Ladies con el mercadillo y necesito que busques algo que puedas darme para vender y sacar dinero para la comunidad.

—¿Te vale ese ukelele? —dijo señalando uno al que le faltaban las cuerdas.

—No, Sebastián, está muy deteriorado. ¿Quién lo querría?

—Es broma. Le puedo pedir a mi padre la grabadora Grundig que tenía cuando éramos pequeños, y así se quita también el muerto que dice que le estorba.

—Se trata de dar cosas que nos gusten. Ese es el verdadero amor y la filosofía de la comunidad. No me digas que tu padre os grababa. Qué bonito. —Y añadí —: De mi padre tengo muchos vídeos de navidades y paseos en la sierra.

—No te quería poner triste, Belma.

—Me gusta recordarle. Me gusta guardar esas imágenes, llevan su voz. Y esta es como el olor. Nunca se olvida.

—¿Qué edad tenías cuando murió?

—Tenía catorce años, imagínate lo que supuso para mí. Fue la mayor pérdida de mi vida. Estaba en la mesa cenando, cuando le sobrevino un ataque al corazón. Recuerdo que se sentó, se quitó su reloj de correa elástica y lo dejó sobre la mesa. Parecía que intuía que, donde se iba, no necesitaba hora.

—Ven —dijo abrazándome.

—El médico no pudo hacer nada por salvar su vida.

—Piensa que hizo mucho por los demás. Incluso por tu madre.

—Si lo sé. Sin él no hubiera hecho tantos avances.

—¿Cómo se conocieron?

—Sinceramente, no sé dónde surgió el amor. Me imagino que en el barrio. Intento no ser preguntona, por lo de mi madre.

—Me gusta mucho cómo os protegéis.

—La familia —dije bromeando y poniendo voz de mafiosa.

—Ven aquí —dijo cogiéndome en volandas.

Los brazos de Sebastián me llenaban de fuerza, de amor y de cosas mágicas que me hacían levantar los pies del suelo. Una llamada interrumpió la conversación. Sebastián lo cogió.

—Hola, Carmen. Sí, tu hija está aquí.

—Dile que luego la llamo.

—Ya la has oído.

Me metí en el baño y tomé del neceser la colonia de Sebastián.

—¿Cenamos fuera?

—Sí, me encantaría. Quiero llevarte a un sitio de Chamberí que han abierto nuevo —dije entusiasmada.

—Vale, mi amor.

Capítulo 3

Vivo cantando con Salomé se movía bajo Pertegaz, con sus flecos de porcelana en blanco y negro. El color turquesa se quedaba atrapado en aquel televisor Telefunken. Carmen miraba fijamente con su mirada angelical y sus ojos azules rasgados. Su nariz lucía respingona en forma de bolita de nieve y sus pómulos pronunciados hacían que fuera objeto de muchas miradas, algo que a Gabriel, su marido, le incomodaba mucho. Sabía que su mujer era la diana donde todos apuntaban, y sentía la inseguridad de los hombres que quieren controlarlo todo.

Carmen apenas necesitaba pintura, su belleza era natural. Llevaba un jersey sin mangas de color negro y una minifalda por encima de las rodillas. Destacaban sus botas altas go-go en honor a Jane Fonda en *Barbarella*. Con su pelo recién cortado miraba la televisión embelesada mientras hojeaba las hojas de la revista *Garbo*. Tres hombres de negro acompañaban a la cantante, mientras que Gabriel abría la puerta de su despacho. Su jornada laboral terminaba. Casi podía tocar el marco. Con su polo granate Fred Perry de estar por casa, sus gafas de pasta marrones, dejaba clarear su pelo en la coronilla. Con voz profunda y paso firme se movía por la habitación con el poder de los que protegen el hogar. Encendía su cigarro, daba una calada y se lo ponía en la boca de Carmen.

- Austria nos la ha liado, no ha querido acudir al festival como protesta.
- Creo que hace muy bien —decía Carmen dando una larga calada.
- Sabes que no me gusta esa actitud progre y reivindicativa ante el mundo.
- Anda, no seas bobo y ven aquí a ver si ganamos.

Las votaciones fueron las más polémicas y crispadas de toda la historia de Eurovisión. Cuatro países empatados a dieciocho puntos, Finlandia, España, Francia, Países Bajos, y Reino Unido a diecisiete. Finalmente, y después de mucho desconcierto de presentadores y jurados, se entregaron las cuatro medallas. España compartió triunfo y pasó a ganar por dos veces consecutivas en el mayor concurso de canciones de Europa.

- Baja la televisión, Gabriel, Delia ya está dormida.

—¿Te ha gustado Salomé?

—¿Quién es?

—La cantante que iba por España.

—Me gusta la melodía, es pegadiza.

—La música te altera. No quiero que oigas canciones. Podrías terminar la bufanda que me estabas haciendo.

Gabriel se levantó y se dirigió hasta el buró, allí cogió una baraja española y la puso sobre la mesa. Levantó la sota de bastos. Y Carmen dijo:

—Sota de bastos.

—Muy bien, Carmen.

Gabriel con una sonrisa levantaba cada una de las cartas seleccionadas al azar y Carmen sonreía al ver que coincidían.

—Siete de espadas.

—Bravo. Mañana a las siete vendrá a verte el doctor Ramos.

Capítulo 4

Dejé a Marcos en su casa. Y me despedí de él con la ventanilla bajada.

—Mañana más y mejor.

—No olvides ser puntual, desastre —gritó desde la acera.

Aparqué el coche en el garaje y cogí el metro. Quería ir a ver a mi madre y a mi hermana Delia. Vivían muy cerca de la plaza de la Independencia, en la calle Pedro Muñoz Seca. Una calle sin ruidos, sin bullicio y tranquila.

Delia era soltera y vivía junto a mi madre en la casa que había pertenecido a mis abuelos. Tenía una balconada grande donde a veces se asomaban para verme pasar con mi coche de espía-ciudad.

Antes de subir, pasé por delante de la tetería que habían abierto hacía muy poco y esperé a que un vecino subiera su maleta. Aproveché para hablar con el dueño y mostrarle mi trabajo. De vez en cuando sacaba algo de dinero haciendo fotografías para Google, integrando un tour fotográfico de 360° dentro de su aplicación de Google Maps, utilizando la tecnología Street View. De esta manera el negocio tendría más visitas. Husmear como un ratón en la vida de los otros siempre me ha parecido de lo más gratificante y encima que me pagaran por ello era una oportunidad que no podía dejar perder.

Que cualquier persona desde cualquier parte del mundo pudiera visitar su negocio era un punto fuerte que debía destacar durante mi charla, y así lo hice. Conseguí un cliente más y llamé al telefonillo.

—Subo, soy Belma.

Mi madre estaba en la cocina haciendo una tarta de manzana. Como todos los días que subía a verla, me dirigí al perchero y cogí el sombrero marrón con el ribete rojo que tenía para todos mis encuentros con ella. Esta vez no estaba allí. Lo habían cambiado de sitio.

—Delia, ¿dónde está?

—Lo metí en la lavadora y ahora está tendido.

—Intenta hacer esa operación los fines de semana, pero no los miércoles, que sabes que es cuando vengo a ver a mamá.

—Lo siento. Es que estaba tan sucio que andaba solo por la casa.

Fui al tendedero, el sombrero estaba allí cogido con dos pinzas de colores. Fui

al baño con él y le quité la humedad con el secador de mano. Me hice una coleta y me lo coloqué para entrar en la cocina.

—Hola, hija, estoy haciendo una tarta de manzana. La favorita de papá.

—No sería para tanto.

Intentaba siempre mostrar una actitud fuerte de cara a los otros, para no sentir mi propio derrumbe. Yo era la única que no había vivido tantos momentos con mi padre, y que de vez en cuando me dieran pinceladas de su vida hacía que me acercara a él.

Me senté en la encimera y robé un colín.

—Necesito que subamos un momento al trastero. Voy a colaborar otra vez con el rastrillo benéfico. Ya sabéis, con las British Ladies.

—Otra vez vas a colaborar con las damas de trastos viejos —dijo Delia.

—No seas así, Delia. Todo el dinero que recaudamos va para la comunidad. Me divierte ayudarlas, y que me cuenten cosas de Londres.

—Que fijación con Londres, cariño. Podías haberte ido con tu hermana y tu sobrino —dijo mi madre.

—No me hubiera importado. Y mira, Sebastián encantado, porque allí están los mejores artistas.

—En mis tiempos no teníamos esa obsesión por viajar que tenéis ahora. Recuerdo un viaje que hice con tu padre a Helsinki a un congreso de médicos. Verle allí frente al estrado hablando a todos. Me sentía tan orgullosa de él.

—Venga, subamos, que se me hace tarde —dije para cortar todo sentimentalismo. Sabía que le estaba haciendo daño. Pensar en algo que ya no está nos hace vulnerables ante los otros.

Mi madre se quitó el delantal y abrió el segundo cajón para coger la linterna. Delia cogió la llave del trastero. Salimos de la casa y tomamos el ascensor transparente.

La puerta tenía una cadena oxidada con un candado. Delia empujaba con el pie mientras forzaba el cierre con la mano.

—¿No te valdría con algo de mi ropa usada, hija?

—Mamá, me apetece llevarles algún mueble, si puedo encontrar la vajilla china, o las copas de la abuela que trajo de Praga.

—Hace tanto que no subimos, que a saber si no está lleno de ratas —dijo mi madre.

—Yo esos mercadillos es que no los entiendo —dijo Delia. Y añadió—: Ponerte zapatos usados con plantillas corroídas no es algo que me anime a comprar.

—Ves todo negro, hija. Desde luego, a tu padre no has salido. Él era optimista, veía siempre el azul del cielo intenso, aunque lloviera.

—Delia, tiene razón mamá. Yo no sé cómo eres auxiliar de dentista. Bueno, yo creo que te ven y ya les entra el pánico. Te llamarán a escondidas la agorera de la clínica. Llamarán y, si ven que estás tú, anularán cita.

—Muy graciosa, Belma —dijo imitándome.

—Basta, niñas.

Entramos en el trastero. El polvo se levantaba a medida que íbamos andando. Un montón de sillas viejas con el mimbre roto formaban una torre. Una coqueta con un espejo roto aprisionaba la entrada.

—Todo está viejo, Belma. Aquí no puedes sacar nada para tus amigas.

Me giré hacia la sala abuhardillada y vi un mueble escondido tras las cajas de embalaje, se distinguía lo que parecía una cómoda. Un viejo mueble descolorido que desprendía un sinfín de polvo. Me tapé con un pañuelo la boca para poder acercarme hasta él. Despejé el lugar. En ese rincón faltaba el aire, y comencé a tocarlo manchándome los dedos. Sentía una paz interior que me iba llenando por dentro. La madera estaba carcomida por el paso de los años. Las zonas que mantenían el color denotaban un tono granate. Lo olí y su aroma me trajo el olor a vida, a infancia, a tierra mojada, a viejo, a nostalgia. Todo se agolpó en mí y corrió como los caballos que se desbocan.

Sus patas tenían forma de espiral, parecía que sujetaban un viejo imperio. Tenía un montón de cajones con números alternos: 13, 38, 68, 57, 12, 6. Abrí uno al azar y me quedé con el tirador en la mano. Había que trabajarlo mucho, pero no importa cuando las cosas enamoran. Era perfecto. Algunos números se habían desdibujado por el paso del tiempo. Hay muebles que no pueden estar en un trastero porque es como apartar una vida de tu lado.

—Mamá, es precioso —dije entusiasmada.

—Qué distintas somos, Belma, yo lo hubiera bajado ahora mismo a un contenedor, y así subía la mesa de ordenador —dijo Delia.

Mi madre sonriendo y acariciándolo con sus manos finas, mientras que yo ponía esa cara de «me lo llevo».

—Belma, cariño, prometí a tu abuela que nunca abandonaría esta casa.

—Mamá, vamos a cumplir su palabra. Te prometo que jamás me desharé de él. No será para las British Ladies. Necesita un barnizado, un buen lijado. Parece que fue rojo, pero está muy descolorido.

—Si queda en la familia, perfecto. ¿Y para las damas?

—No sé, todo está tan viejo.

—Compra algo nuevo. Ahora cuando bajemos te daré algo de dinero. Alguna bisutería guardada tengo también.

—¿De tus guateques locos?

—Siempre iba acompañada de tu padre y decía que no eran sitios para mí. La mujer de un médico no podía ir a guateques. Papá decía que era un sitio con música ruidosa, con mucha gente que no respetaba a sus padres.

—Entonces, ¿qué hacías?

—Nos divertíamos mucho juntos, paseábamos por El Retiro.

—Eras tan clásica. Hablas como si los guateques fuesen orgías de la época — dije sonriendo.

—Cómo eres.

Mi madre era una mujer tranquila, había pasado la mitad de su vida unida a mi padre, y no era como las demás mujeres. No tenía un grupo de amigas. La verdad es que no me podía imaginar a mi madre de confianzas con ninguna. Tampoco le gustaba demasiado la televisión y rara vez pedía ir al cine. Su pasión era la cocina y los grandes paseos. Un único novio en su vida, mi padre, ama de casa y madre fiel a sus tres hijas. Una vida dedicada a todas nosotras.

Las tres éramos muy diferentes. Quizás la más parecida a mí era Azucena. Nos llevamos solo dos años y medio. Tenía esa visión de la vida por cambiar las cosas, inquieta y, desde luego, cuando la crisis la comió de un bocado, decidió largarse a trabajar de camarera a un hotel en Londres. Allí se enamoró de un inglés lechoso y tuvo a nuestro único sobrino, Mateo, que ahora tiene seis años.

—Mamá, quiero ir contigo a la siguiente revisión.

—La tiene el miércoles a las diez de la mañana —dijo Delia.

—Iré con ella. Quiero hablar con el médico.

—Como quieras, hija.

La casa estaba silenciosa, un reloj de pared marcaba las horas. Me gustaba airear la casa y abrir las ventanas. Al menos, ya que no entraba música, que lo hiciera el sol.

Cuando era adolescente me escapaba a La metralleta a comprar vinilos que luego revendía con mis compañeros de colegio. Mis hermanas nunca pusieron el tocadiscos. Todavía recuerdo cuando tenía trece años. Me acerqué a mi madre con un disco de Wham! y le dije:

—Quiero que lo escuches conmigo.

Mi padre salió con su bata blanca y levantó la aguja del tocadiscos.

—¿No te das cuenta que aturde a tu madre?

—Pensé...

—No has pensado. Si lo hicieras, no pasaría esto.

Así que alguna tarde me hacía la remolona y acudía a casa de mi amigo Jairo a escuchar la música. Allí me sentía libre. Fumábamos y escuchábamos todo lo nuevo que sonaba en ese momento. Huir de la prohibición te llena el estómago de mariposas.

Cuando me independicé, lo primero que compré fue una cadena musical. Ahora nadie controlaría mi vida. Fue el símbolo de libertad en mi casa. Eso e ir desnuda del salón a la cocina.

Antes de pasar por casa, tenía que hacer algo de compra. No me quedaba nada en la nevera. Compré cuatro yogures Vitalínea y una bolsa de cruasanes pequeños para el desayuno. Todo en mi vida era una contradicción.

Llegué a casa y puse a Flamenco Fuel. Sebastián me los había presentado en una fiesta y la verdad es que sonaban muy bien.

Me fui a la ducha, necesitaba correr el agua por mi cabeza y desconectar de un día de trabajo. Al instante Sebastián se quedó colgado en mi telefonillo. No paraba de llamar. Salí pegando un salto, con el pelo a medio enjabonar y poniéndome el albornoz de mangas cortas.

Sebastián entró como un huracán en mi casa. Solo ha entrado así el primer día que nos acostamos juntos. Ni siquiera pude enseñarle la casa, me llevó directamente a la cama. Algo importante tenía que ser para no respetar nuestro horario de cena.

—¿Qué pasa, cariño? —dije asustada.

—Cambio de planes.

—¿No íbamos a cenar?

—Quiero que leas algo. Abre el portátil.

—Me senté y leí unas líneas sin sentido en un mensaje privado descuartizado de Twitter.

Hola, Sebastián: Esto es un mensaje de vida o muerte, sé que eres productor, que trabajas en Abril Producciones. Y quiero que alguno de los grupos que tú produces me haga una canción para una chica que estoy buscando desesperadamente.

—De verdad que hay gente que tiene mucho valor. Pero ¿tú que pintas en esto?

—¿No te das cuenta, Belma? Ni siquiera puedo manejar esta historia. No puedo ayudarlo. Todos estamos atados de pies y manos.

—Calma y explícate.

—Todo productor es un músico frustrado.

—¿Y bien?

—Desde fuera, antes de entrar a trabajar, te imaginas al productor como el hada madrina de los músicos, y no es así. Crees que puedes ayudar a chavales que empiezan y lo que haces es romper sus ilusiones.

—Creo que te menosprecias, Sebastián. A mí me has enamorado con tu dedicación al trabajo. Me encanta cómo siempre luchas porque la grabación sea perfecta.

—Me paso el día escuchando cantantes, a veces haciendo de técnico para ellos, pero luego no puedo colarlos en salas importantes, porque no tienen un millón de seguidoras, que solo se consiguen entrando en televisión.

—Mira, Sebastián, cuando hago fotos, me encantaría ser Korda, y hacerlas de verdad alucinantes, pero no lo soy. Pero puedes aspirar a serlo. Al menos intentarlo cada día.

—Eso es. —Y añadió enfurecido—: Esta semana metí al nuevo grupo que llevamos, Club Collection, en la Sala Heineken.

—No me dijiste nada.

—No quiero aburrirte, y además vine muy enfadado de allí.

—¿Qué pasó?

—Teníamos que llevar a nuestro público para que pagaran en la entrada. Nosotros llevamos a tres del equipo y el hermano de uno del grupo. Y al terminar sacaban el medidor de decibelios. Perdimos nuestra apuesta. Los aplausos son comprados. ¿Comprendes?

—Sí, cariño —le dije acariciando el pelo.

—Yo era un soñador, componía con una guitarra y un ordenador. Un día decidí que era hora de buscar trabajo y conocí a los de Abril Producciones, al principio luchábamos por los sueños, hasta que montaron el sello discográfico. Y creo que ahí perdimos nuestra esencia.

—A veces creemos que los trabajos son patios de recreo, Sebastián. Y un día hay que crecer. De hecho, te vas a reír, pero una de las cosas que me gustaron de ti es que tenías todo tan claro. Eras un hombre.

— Pues creo que no lo soy tanto.

—Me estás asustando.

—Siento que soy el que elige la música base y anima a gente a hacer demos que luego no se escuchan. Nos pasamos el día mandando maquetas a Finlandia para la masterización. Pero... ¿en qué se ha quedado la música?

—No te entiendo bien.

—Acabo de presentar mi dimisión, mediante correo electrónico. Ya no más conciertos en Moby Dick, ni en Sala Heineken, ni Caracol ni ninguna con ellos. Quiero ser un tándem con el músico. Crecer juntos.

—¿Estás seguro?

—Lo he visto con este chico. Me ha hecho ver que la gente busca música para dar un giro a su vida. Y yo estaba vendido —dijo con los ojos llenos de rabia.

—Espera...

—No hay esperas, Belma. El otro día leí la historia de un tipo que ha conseguido 66 millones de dólares para un montón de *startups* en Estados Unidos con tan solo ventimuchos años. El tío seguro que dijo «hasta aquí».

—Te pones listones muy altos. Salen las historias triunfadoras, pero no ves lo que hay detrás, las que fracasan.

—¿Vienes conmigo, Belma?

—Hasta el infinito y más allá.

—Voy a buscar jóvenes interesados en la música. Y los produciré por mi cuenta. No me importa que haya chicos que tengan un micrófono casero, que luego metan una batería. Que grabemos un *long play* o que yo mismo les tenga que pagar los noventa euros para Finlandia —gritaba entusiasmado por toda la casa.

—¿Y?

—Desde ahora soy un hombre nuevo. Voy a ser productor indie.

—¡Ay, por Dios!

De la noche a la mañana, mi amor, mi ser seguro, la barca donde remábamos juntos iba a naufragar. Se había convertido en un loco, apasionado, pero loco. Yo ya estaba medio loca por no dejarle en ese instante.

Cuando parecía que la tranquilidad volvía a reinar, porque le vi abrir la nevera y abrirse una cerveza, el barco volvió a moverse de un lado a otro y sentí el mareo.

—¿Para cuándo nos mudamos?

—¿Qué? —dije pegando un grito como cuando ves una cucaracha.

—Quiero empezar contigo desde cero. Quiero jugármela contigo.

Mi cara lo decía todo. Mis rodillas temblaban. No articulaba voz, y en mis

ojos debía de vislumbrarse el vértigo.

—Tienes miedo, Belma.

—Mucho.

—Me encanta —dijo cogiéndome de la cara y dándome un largo beso.

Nunca había sido tan directo. Entonces me vino a la mente una frase de la novela de Frédéric Beigbeder: *El primer año, se compran los muebles, el segundo se cambian los muebles de sitio y el tercer año se reparten los muebles.*

Capítulo 5

La vida de Carmen transcurría tranquila en su casa junto a su marido en El Escorial. En las mañanas frías daba largos paseos por la calle Floridablanca acompañada de Beatriz, la asistente que había contratado su marido solo para ella.

—Deberás acompañarla a todas partes. Ella se vale por sí sola, pero hay ocasiones que se despista mucho.

Gabriel trabajaba en su clínica todas las mañanas hasta la hora de comer. Al terminar su jornada solía esperarla con su bata blanca en la puerta de su casa con la impaciencia de los amantes protectores.

La entrada estaba llena de buganvillas que colgaban adornando la entrada. Algunas tardes, Carmen trabajaba el jardín y en ocasiones venía a visitarla su cuñada. Esta le contaba la vida agitada de Madrid.

—Embassy es lo más. Un día deberías venir y tomaríamos un poco de champán. —Y añadía divertida—: Estuvimos en el guateque que organizó Colelo con su tía de vigilante.

Gabriel, cuando parecía que se hablaban de temas que a él no le gustaban y que creía que podían alterar a su mujer, levantaba una ceja y su hermana cambiaba al momento de tema.

—¿Has ido a visitar la biblioteca de El Escorial? —decía su cuñada intentando llevarla a la tranquilidad del campo.

—No, pero siempre se lo digo a Gabriel.

—Todo llegará, Carmen. Calma. Si tienes interés, le diremos a Beatriz que te lleve.

Gabriel las volvía a dejar solas dejando la puerta entreabierto de su despacho. En la mesa, tenía custodiando la foto de boda de Carmen y él. Cuando ocurrió lo que ocurrió, los planes de boda se agilizaron sometidos por la presión del padre de Carmen. Contaba con la aprobación de su suegro, así que la boda llegó pronto.

El padre de Carmen estaba feliz, por fin un hombre que le diera estabilidad a su hija, «un hombre como Dios manda» había llegado a su vida. El padre de Carmen en el altar miraba con recelo. Controlar la vida de su hija no iba a ser

fácil. Su vida era como un silenciador, había que programarla bien para que no haga demasiado ruido. De eso ya se encargaría Gabriel. Ahora él tomaba las riendas de su vida.

Carmen fijaba su mirada en las cejas pobladas de Gabriel. Y sentía seguridad. Un detalle, solo un detalle para no olvidarle.

Gabriel ascendía rápidamente, pronto se convertiría en jefe de unidad, pero aun así llevaba el control de toda la casa. Sabía que necesitaba ocupar a su mujer en algo que la tuviera entretenida. Más horas con su hermana podrían poner en peligro todos los años trabajados. Así que decidió que viajara con él.

En sus viajes de trabajo, incluso al congreso de médicos de Helsinki, fue acompañado siempre de su mujer. Los viajes al centro de Madrid eran escasos, pero los pocos que hicieron recorrían la Gran Vía, subían por la calle Sevilla y Banco de España hasta el edificio de la Telefónica. Allí Gabriel la tomaba del brazo y le decía:

—¿Te apetece una horchata?

Después de beberla, tomaban el metro por una peseta y Carmen viajaba viendo todo con sus ojos. Eran los años de series como Bonanza, Perry Mason, llegaron los años del Caravell, donde los jóvenes de la época huían de los guateques para adentrarse en la sala que más tarde fue Pachá.

—Tu hermana me ha hablado de Caravell. Me encantaría ir.

—No te sentirías cómoda. Nosotros somos de ambiente más tranquilo. De disfrutar de estrellas fugaces en verano.

—Tienes razón, Gabriel. —Y añadió—: Aunque a veces echo de menos ir a la piscina de Santiago Apostol como hacen las otras parejas. Disfrutar de la piscina, relacionarme con gente.

—Sabes que allí las parejas no pueden estar juntas. Nos despediríamos en la puerta y cada una iría a su piscina. No me gusta que estés sola. Puedes invitar a quien quieras a casa. Tenemos nuestra propia piscina.

Gabriel manipulaba todos los posibles actos de Carmen. Atrás quedó aquel chico serio y asustadizo italiano que había vivido parte de su juventud en el Borne de Barcelona, y que llegó a Madrid para estudiar. Pasó de las manos de una mano férrea de padre a vivir en la libertad en un hostel humilde de la calle Juan de Herrera.

Venía a estudiar Medicina y lo logró por méritos propios. El afán de Gabriel era ser logopeda, pero su padre interceptó su sueño, quería hacer de él su doble.

Este fue el médico más joven de toda España. Se hizo médico en Salamanca, años más tarde fue el jefe de unidad del Hospital Militar de San Sebastián, habiendo recibido una condecoración por la asistencia sanitaria del Ejército de Franco durante la guerra del Ebro.

Deseaba con todas sus fuerzas huir del nido paterno y formar la familia que siempre quiso. Y vio en Carmen aquella chica cuyo deseo era su afán de superación.

Gabriel estudiaba Medicina en la Complutense, era un estudiante modelo, algo que no pasaba desapercibido a los ojos del médico y catedrático de universidad, el doctor Ramos. Un día le reunió en su despacho y le dijo:

—Muchacho, me gustaría que vinieras conmigo a hacer prácticas al hospital Gregorio Marañón. La facultad es interesante, pero allí es donde aprenderás la esencia de la vida.

Gabriel no se lo pensó y trabajó con él en cada caso, ganándose años más tarde la plaza de interno.

Sabía que no tenía que implicarse. Pero no contaba con que uno de los casos marcaría para siempre su destino.

Capítulo 6

No he convivido nunca con nadie. Estoy aterrorizada, me da miedo que algo tan bonito pueda poner en peligro nuestra relación. Soy muy ordenada, me gusta tener todos los calcetines envueltos en su par, la ropa blanca con la blanca. Las camisetas de rayas con las propias de su línea. Y Sebastián, en los viajes que habíamos hecho, ya denoté que la mayoría de las veces perdía los cargadores, las llaves de casa y casi siempre la ropa andaba por el suelo fuera de la maleta. Ahora mismo, si quisieran, los hoteles de todos los sitios que hemos estado podían poner un mercadillo con las cosas perdidas de Sebastián.

Estoy en esa etapa de relación en la que todavía sonrío por ello. Me genera ternura ver cómo se quita la camiseta y la deja en cualquier rincón de la casa. Pero sé que, si empezamos a convivir, esa cara puede transformarse en mí en una pequeña Chucky con los ojos ensangrentados que lleve en la mano el cuchillo de Norman Bates. Entonces no habrá mecedora que me balancee.

Recuerdo que mi fantasma me decía:

—Eres una maniática compulsiva del orden. —Y añadía—: Quiero dejar el vaso en la mesa sin posavasos, pero siento que sufres como una hemorroide que todavía no ha salido.

Su ironía era ácida, porque ironizar es sexy. Y él lo hacía como pocos. Pero todos esos defectos que podía tener, a día de hoy, Sebastián también me los saca, así que se hacen más reales en mí. La diferencia es que Sebastián está en ese punto de relación que le resulto adorable. Y si pienso que la convivencia viene a instaurarse a nuestras vidas, me echo a temblar. ¿Y si ve lo que soy y me deja? ¿Y si espera otra cosa de mí y me deja? ¿Y si me deja porque ve a otra mucho más atractiva que no huele a pijama?

Necesito no pensar en negativo. Cada día me parezco más a Delia. Siempre que me llama desde la consulta y me relata la historia negra de algún paciente.

—Hoy le hemos puesto a un señor un implante sin anestesia. Lo hemos notado porque nos levantaba el pie constantemente.

A mi hermana Delia, esto de Sebastián, que quiere empezar de cero, no sé si se lo voy a poder contar. Algo que admiraba mi hermana de Sebastián es que tuviera un trabajo estable. Y ahora no lo tiene, y encima decirle que vamos a

vivir en un dúplex de treinta y cinco metros, nariz con nariz como esquimales, no creo que le haga mucha gracia.

El dúplex que había elegido lo había buscado en un portal inmobiliario. Me gustó por un detalle, tenía una planta junto a la ventana. Un ser vivo. Me pareció una casa cálida, con mucha luz y una escalera de hierro de película. Nunca había vivido en un dúplex y hacerlo me provocaba la alegría de vivir en una casa de muñecas. Parecía una bombonera. Lo que me terminó de animar era una pequeña piscina que compartiría en comunidad. Tenía un pequeño gimnasio donde podía acudir alguna tarde a hacer algo de ejercicio.

Los muebles eran minúsculos. La lavadora se abría por arriba y se encajaba en un rincón de la cocina. La parte del salón tenía una columna de madera tallada. Una viga vista para jugar al tris tras con los invitados. Ya lo estaba visionando cuando subí con el cursor de mi ratón hacia el piso de arriba. Lo positivo de ser fotógrafa es que sé lo engañoso que es mi amigo el gran angular. Un armario empotrado de color blanco que le daba la sensación de amplitud. Y una camita minúscula de ochenta. Antes me hubiese apañado, ya que la zona me encantaba, y pagar hoy en día seiscientos euros en ronda de Segovia era algo que no podía desperdiciar.

Sebastián medía metro noventa. Así que el primer problema era cómo poner una cama en la parte de arriba. Las ventanas eran tan minúsculas que era muy difícil meterla.

Recibí la llamada de Sebastián emocionado, no cabía en sí, parecía un niño que había ganado una medalla en mariposa de natación.

—Cuenta con mi sillón de cuero.

Me acaba de matar, directo al corazón, ese ser que tenía en un rincón, desgastado por los años y con las orejeras caídas como un perro pachón era un sillón.

—Date cuenta de que la casa mide 32 metros —le dije desanimándole.

—Ya verás cómo entra. Es donde veo mis partidos, donde escucho mi música... Ahora voy a pasar más tiempo en casa.

—Acepto sillón. No se hable más.

—¡Esa es mi chica!

—Yuhu —levanté mi puño con desgana.

Pasaba de vivir sola a compartir vaso para cepillo de dientes.

—Voy a contratar un camión de mudanza, Belma.

—Si no te importa, le voy a decir a mi madre que pasas por su casa y coges un mueble que me quiero traer.

—Vale.

—¿Te gustaría lijarlo, Sebastián?

—Esa pregunta tenía truco. Lo sabía.

Me eché a reír, y entonces pensé que tener una relación es algo excitante. Cogí mi americana y mis gafas de sol y me dirigí al trabajo. Allí estaba Marcos. Parecía el día de la marmota. La misma postura, la misma camiseta y las mismas desganas para ir a trabajar.

—Venga, sube, que hay mucho tráfico.

—Hoy cinco minutos tarde, Belma.

—Te detesto.

—Lo sé —dije bajando la ventanilla. Y añadí—: Ayer Sebastián me pasó un grupo súper bueno.

—¿Cómo se llaman?

—The Rosebuds.

—Adelante.

Era la encargada de elegir nuestra música en nuestra mini oficina móvil. A *Story* era nuestra banda sonora de la calle Sagasta. Nuestra cámara se movía de un lado a otro captando la ciudad.

—¿No te sientes a veces espía, Marcos?

—La vida de la gente es que me aburre demasiado.

—Eres poco curioso. Mira aquel chico de pantalones de rayas y polo gris — dije poniendo tercera.

—¿Qué pasa con ese?

—Le vimos ayer por Bravo Murillo. Iba de la mano de otra chica.

—¿Y quieres que se lo digamos?

—Eres idiota. —Y añadí—: No me refiero a eso. Sino que todos vivimos muchos momentos en la ciudad. Todos cambiamos, menos los edificios.

—Estás muy profunda.

—Tengo una noticia que darte.

—La última vez que mi hermana nos dijo eso, se largó de casa y no la hemos vuelto a ver.

—Es más fuerte.

—Suelta.

—Voy a convivir con Sebastián.

—Qué dices, pero si ayer...

—Mira el chico del pantalón de rayas. Todos nos movemos deprisa.
Bajando la música, me hizo parar en una parte de la calle.

—¿Te han echado algo en la bebida, Belma?

—No, creo que no. Sebastián creo que va a vivir su segunda adolescencia.

—No te entiendo.

—Deja su trabajo y comienza a soñar.

—No seas injusta.

—No me digas eso, por favor.

—Sabes que te quiero, y voy a decirte las cosas como las pienso. Me parece estupendo, y de verdad le aplaudo, que deje algo que no le llena. Todos deberíamos ser igual de valientes.

—Algunos pagamos alquileres.

—Sebastián no es un loco, Belma.

—Ya lo sé.

—Algo ha tenido que ver, algo ha tenido que pasar para que haga un clic su cabeza.

—Te daré un titular: «Chico de Twitter quiere buscar a una chica desesperadamente y utiliza a Sebastián para hacerlo».

—¿Quiere que sea su Cyrano?

—Más o menos. Busca un tipo que componga una música y que le haga llegar la canción a ella.

—Es muy divertido.

—Pues a eso únele que quiere venir a vivir conmigo. —Y añadí—: Y su sillón también.

—¿Aquel despojo que está en el salón?

—No hay necesidad de hacer daño.

—Tú le quieres más de lo que muestras.

—¿En qué se me nota?

—Te recuerdo que cuando bailaste swing estuviste creo que tres semanas escuchando a Cole Porter y martilleando mis oídos con el dichoso monotema.

—Vaya, lo siento.

—Sí, querida.

—¿No me mataste?

—Tenía que hacerlo. Sentí mucha envidia.

—¿Sana?

—Yo de esa no tengo. Lo mío es retorcimiento.

Me eché a reír y subí la música. Marcos hablaba por encima de ella.

—¿Os echo una mano con la mudanza?

—No te preocupes. Ha contratado un camión y mañana nos llega el futón.

—Qué romántico.

—Sí, que nuestras narices toquen el suelo y nos acaricie alguna cucaracha de centro ciudad.

—¿Y cuándo os instaláis definitivamente?

—Dentro de una semana. Yo creo que será lo mejor.

Aquella noche salí a cenar con Sebastián, era nuestra noche de solteros, ya nos quedaba tan poco para convivir en el nido que éramos dos pájaros mirando el futuro. Había que celebrarlo.

—Te quiero llevar a un sitio genial —dijo Sebastián.

—Sorpréndeme.

Durante un largo tiempo, estuve andando con las manos de Sebastián tapando mis ojos.

—Estoy nerviosa.

—Quiero llevarte a un sitio que te encantará. Te apasionan los libros, ¿verdad?

—Qué intriga...

Me daba la sensación de que habíamos entrado en una sala cerrada y mi nariz empezó a picarme tanto que no paraba de estornudar. Le quité las manos y me vi rodeada de gatos.

—Belma, es una gatoteca. Mientras acaricias a los felinos puedes leer.

—Cariño, tengo alergia a los gatos.

—No lo sabía.

—Te das cuenta... Apenas nos conocemos.

—Será fantástico. Dos desconocidos compartiendo piso en Madrid, y cama.

—La verdad es que suena bien.

Me encantaba estar con él. Cada día era un día especial. Tenía esa sensación de que esta relación no nos producía arañazos. Sebastián respetaba mi espacio y yo respetaba su mundo. Ahora venía la prueba de fuego. Vivir juntos.

Fuimos a cenar a un ático. Las casas de corralas del viejo Madrid ponían sus ropas a secar en cuerdas de tender. La noche cayó de pronto y, entre gin-tonics, Sebastián me acarició el brazo.

—Belma, yo también tengo miedo.

—¿De veras?

—Claro. Siempre he vivido solo y con mi tocadiscos. Me gusta escuchar

música por la noche. Acostarme tarde viendo alguna película.

—A mí pronto.

—Ya lo sé, Belma, eres un animalillo aburrido y diurno.

Le pellizqué el brazo y me acerqué muy cerca, tanto que pude rozar sus labios.

—Me gusta que hayas tenido esa iniciativa.

—Siempre hay alguien que tira de una relación —dijo Sebastián.

—Eso es una etiqueta que no me gusta.

—Está bien. Belma, siento que va a salir todo bien.

—Sí, yo también lo creo. Y el miedo remitirá.

—Eso seguro.

Sus dedos tocaban mi cuello. Sentía que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se habían puesto de pie como señal de bienvenida.

—¿Vamos a casa?

—¿A la tuya o la mía?

—¿Te das cuenta de que dentro de poco será la nuestra?

—Qué bien suena todo.

—Hay que estrenar la casa, Belma.

—¿Ah, sí?

—Claro, yo llevaré champán. Y dormiremos allí.

—¿Sin muebles?

—¿Es que necesitas que te arropen?

—No... pero...

—No se hable más, mañana comemos unas pizzas y dormiremos juntos.

A medida que hablaba, me daba cuenta de que mi fantasma tenía razón. Era una programadora del orden. No me gustaba improvisar, y menos que los demás lo hicieran conmigo. Entonces me vino a la cabeza cuando él me propuso ir a Mátala, un pueblo hippy de Creta, y yo me negué porque había que dormir a la intemperie.

—Allí tocaremos con guitarras toda la noche —recuerdo que me dijo.

Y yo le grité:

—¿Te crees que estaremos en el festival de Woodstock?

No lo puedo evitar, nuestros genes hablan, y a medida que voy siendo más mayor, me parezco más a ella. Me gusta controlarlo todo. Y un viaje así no creo que hubiese sido cómodo. Me gusta llegar a mi hotel, descalzarme. Dirigirme al baño y ver en la cestita la cantidad de productos que regalan. Guardarme alguno en el bolso y esperar a que repongan los nuevos.

Ordenar las toallas. Sentirme limpia. Dirigirme a la caja fuerte y poner mi

fecha de nacimiento. Soy previsible, y me gusta sentirme segura como una compresa colocada en su sitio.

—¿Estás aquí? —me dijo Sebastián al verme en las nubes.

—Aquí estoy, cariño. Pensaba en esta nueva etapa.

—Bueno, te tengo que contar algo alucinante. He escrito al chico de Twitter. Quiero que me cuente su historia. Voy ayudarlo.

—¿Te ha contestado?

El camarero nos echó de allí, y seguimos andando hasta mi casa. Allí me lo contaría todo.

Capítulo 7

Cuando estalló la guerra civil, los padres de Carmen se vieron forzados a cerrar todas las tiendas de camiserías que tenían en Madrid. Anastasia, que así se llamaba su madre, servía en una de las mejores casas de Madrid, la de la Condesa de Vilches. Por aquel entonces, ya empezaba a verse con un joven italiano que había venido a la ciudad para trabajar de sastre. La condesa, en una de esas tardes de verano, le conoció. Y le pidió que con un trozo de tela le hiciera una camisa para su marido. Fue tal el arte de la aguja, que la condesa quedó fascinada por este joven muchacho, convirtiéndose en su mecenas, y ayudándole a montar su negocio. Este creció por toda la ciudad, pero al llegar la guerra, el sueño quedó sesgado.

Gracias a los contactos de la condesa, pudieron escapar de la guerra y asentarse en París.

Los padres de Carmen vivieron los primeros años de la Segunda Guerra Mundial en capital francesa de forma convulsa. Su padre se había hecho un sitio en las grandes firmas de moda, pero de nuevo la guerra ponía en peligro su trabajo. Los contactos en España iban creciendo, desde allí había mandado camisas a algunos miembros del gobierno. Algo que le valió sus buenos contactos con el régimen.

Pero al llegar la Segunda Guerra Mundial en la ciudad francesa, empezó a notarse la escasez de telas para trabajar. La ropa estaba sufriendo un racionamiento importante, lo que hacía que los hombres acudieran a sus armarios para proveerse de camisas antiguas. Empezó a imperarse el mercado negro. Cambiaban libros por camisas y estas se fueron devaluando. El gobierno alemán controlaba el mercado que se hacía en los talleres de París. Y el padre de Carmen no se sentía con la libertad plena para crear. La madre de Carmen siempre le animaba a empezar la vida en Madrid, ya que allí estaba su familia y tenían contactos. Las noticias que les llegaban no eran nada buenas. El hambre hacía mella en muchísimas familias. Sin embargo, Anastasia era optimista dada las amistades de su marido.

—Debemos ir a España. Nuestro hijo es pequeño y debemos procurarle una buena vida.

—Lo sé. Ayer vino a una de las tiendas Serrano Suñer a hacerse una camisa y le hablé de ello. Me ha dicho que me encargue de todas las camisas de los soldados de la División Azul, que irán a luchar a la Unión Soviética junto con las tropas alemanas.

—Es peligroso. Uno no se puede decantar por ningún bando.

—Estaré siempre del bando del ganador. Hay que pensar en nuestro negocio.

El padre de Carmen no parecía atreverse hasta que un suceso terrible le hizo que adelantaran su viaje a Madrid. A mediados del 42, llegó de forma trágica la muerte del que por entonces era su primogénito llamado Carlos. Con tan solo dos años, murió atropellado en los Campos Elíseos cuando se escapó de una de las tiendas de la calle George V de su padre. Fue arrollado por un camión ante sus ojos, que vio cómo su pequeño se deshacía debajo de las ruedas. Nunca logró superar esa pérdida y huyó volcándose más y más en el trabajo.

La insuperable pérdida hizo que decidieran venir a vivir Madrid. La ciudad salía de una posguerra y ellos iban a vivir más cerca de la opulencia. Había que empezar de cero. Y no quedaba otra que confeccionar camisas al gobierno. Por las manos del padre de Carmen pasaron todos los ministros del gobierno franquista, desde Suñer, hasta el general Varela.

El jefe del movimiento le facilitó todos los contactos posibles, empezando por el ministerio de asuntos exteriores, y el padre se convirtió en el diseñador de camisas para todos los actos oficiales y no oficiales.

A los pocos años de establecerse nació la que sería su única hija, Carmen. En el año 1943. Vino al mundo como una salvación de su hijo muerto. Les colmaría el pozo en el que estaban sumidos.

Carmen jugaba en el chaflán de su casa, ante los ojos de su tata, cuando su padre abría la puerta y la levantaba en sus brazos.

—Mi niña bonita —regalándole una naranja.

Armar los cuellos al régimen y almidonar las camisas era todo un privilegio. Y su casa disfrutaba de ellos. En las paredes colgaba cuadros de José Gutiérrez Solana y el café era servido por un mayordomo. Recibían multitud de regalos y acudían a todos los eventos de la ciudad.

—Ahora quiero estar solo, Carmen —le decía quitándose a la niña de sus rodillas.

—No la dejes en mitad del pasillo. —Y añadió—: La hija del quinto ha sufrido de tuberculosis —dijo Anastasia.

—Pues ya se la bañaría con agua de sal, si hiciese falta. Y ahora dejadme leer, que estoy con Unamuno.

El negocio iba creciendo de forma expansiva en la capital. Y eran muchos los que acudían hasta su propia casa a hacerle encargos.

Vivían en pleno centro, en la calle Arenal, junto al edificio que hoy es la discoteca Joy Eslava. La casa era amplia, con ocho balcones a la calle, habitaciones de techos altos, una cocina con despensa, tres cuartos de baño con ducha y suelo de tarima. Unas comodidades muy alejadas de las que poseían muchas familias de la época.

La casa se distribuía en varias habitaciones, algunas de ellas comunicadas entre sí, por eso mismo y para evitar que madre e hija fueran testigos de las charlas y los cafés de las visitas de su padre, en el salón se había colocado un gran biombo, que colapsaba el paso y la visión.

El padre de Carmen también vestía al Sindicato Nacional del Espectáculo, de esta manera le daban entradas para los mejores espectáculos. Por eso visitaban con frecuencia la cervecería Stay, muy cerca del Teatro Prim, e iban juntos a ver las obras de Adolfo Torrado, Leandro Navarro y por supuesto Mihura, que hacía las delicias de la madre de Carmen.

Alguna vez, los miembros del gobierno le regalaban cestas para Navidad que contenían langosta, carne y foie, algo que siempre agradecía doblando los pedidos de trajes para todo el gobierno. Regalos a cambio de favores.

En su casa recibían lo más selecto de la sociedad madrileña. A las cenas podían acudir amigos como Edgar Neville, cuyo romance con Conchita Montes se murmuraba por todo Madrid.

—Podíamos ir a mover los pies un poco a Pasapoga. ¿Lo conocéis?

—Sí, creo que fuimos hace unos años, cuando se inauguró como salón de té.

—No, tenéis que probarlo ahora. Hay orquesta —dijo Edgar colocándose un gemelo.

—Yo preferiría el Barceló, me han hablado muy bien de él —dijo la madre de Carmen.

—Quita, quita. Si Edgar dice que está mejor el Pasapoga, no se hable más.

El padre de Carmen daba una propina a la tata, y Carmen se quedaba en su cuna viendo pasar los años y haciéndose mayor. Pronto entraría en el colegio, concretamente en el Pilar, después de mucho dilucidar dijeron que sería lo mejor para ella.

Los días de domingo, los padres de Carmen se hacían cargo de ella y paseaban juntos por El Retiro y la plaza de Oriente. Como un matrimonio bien avenido echaban pan para dar de comer a las palomas y algunas veces acudían a Casa Vacas donde Carmen se comía el barquillo más grande de canela mojado en un gran vaso de leche.

—Papá, quiero coger el tranvía.

—Dale ese gusto a la niña, siempre vamos en tu cangrejo —decía su madre mirándole tiernamente.

—No tiene ninguna necesidad de montar en esos aparatos donde la parte de arriba parece una jardinera.

Algunas tardes jugaba en El Retiro con niños alrededor de la Casa del Pobre y el Rico, una cabaña de madera próxima a la puerta de Hernani y del paseo de los Coches. Allí aprendió a sentirse diferente, comenzó a percibir cuántos mundos hay, tantos como personas.

Los ojos de Carmen ardían de admiración hacia su padre desde que era una niña, no sabría que muchos años más tarde desaparecerían una tarde al verle salir de la sala Tarzán. Algo cambió la manera de verle, tanto como la fuerza con la que irrumpiría en su vida, un hallazgo que cambiaría para siempre el destino de su propia familia.

Capítulo 8

Hoy es el gran día, por primera vez íbamos a estrenar nuestra casita, nuestro dulce hogar. Salgo del trabajo y me dirijo a la peluquería. Me apetece estar guapa para mí, para él, para nuestro dúplex, para todo aquel que se quiera asomar a nuestros nervios recién levantados. Me siento como una quinceañera estrenando novio, pero en la etapa de madurez. Entro en la peluquería que lleva poniéndome a punto en todas las bodas de amigos.

—Hola, ¿está Sandra?

—No, ella no ha venido hoy. Pero te lo puedo hacer yo.

En qué momento me dejé. Mi pelo es largo, lleno de rizos acaracolados, y necesita que me corten a capas, porque si no mi cabeza se encoge como un brócoli. Ella no parecía entender nada. Y empezó a trabajar. De pronto, un silencio sobrecogedor, se queda mirando fijamente mi coronilla. Muda. Sin hablar. Y con un gesto de incertidumbre llama a su compañera. Y esta llama a la otra compañera.

Un remolino de tres observan mi cabellera con detenimiento. Y comienzan a murmurar. Es como si me hablaran en chino. Intento no poner el oído, pero es inevitable.

—Parece, ¿verdad? —dice una.

—Yo diría que sí.

Ya no puedo más, creo que voy a interceder.

—¿De qué estáis hablando?

Ella tartamudea. Apenas puede articular palabras.

—Mire, señora Vento.

—Señorita.

Lo último para el día de hoy es que me llamen señora. Me acaban de caer miles de años encima.

—Sí, señorita Vento. Tiene usted una liendre.

Pego tal grito que las dejo atemorizadas.

—Enséñeme, por favor.

La peluquera se pone sus guantes de tinte. Yo no puedo ni girar la cabeza hacia un lado.

—Aquí lo tiene.

Me lo traen con unas pinzas. Dicen que si se aplasta y suena lo es. No había tenido piojos en mis años de colegio y ahora me iba a tocar esa desgracia. Ser una piojosa no era lo más atrayente.

De pronto lo tomé entre mis dedos y me fui hasta la luz. Era una mota de polvo, una pelusa insignificante.

Fue tal mi desesperación, que las miré enfurecida. Toda la peluquería me miraba sobresaltada. Pedí la hoja de reclamaciones y salí escopetada de aquel lugar donde me habían hecho sentir una coliflor piojosa. Mi pelo todavía estaba húmedo y sentía que me picaba todo. Las obsesiones de fuera pueden acabar con una, pensé.

Me dirigí hasta el dúplex, mi corazón se agitaba tanto como aquella tarde en una casa rural que estábamos retozando Sebastián y yo, y entró el dueño del hotel con la dichosa llave mágica. Me sentí violenta, vilipendiada, ultrajada. Todos los calificativos más deplorables del mundo.

Al entrar en el portal, allí estaba el camión de la mudanza trayendo nuestro futón.

—Al fondo a la derecha, pasando el patio, tienen el ascensor —dije entusiasmada.

—Señora, lo ha mirado el chaval y es que no cabe en el ascensor.

—¿Y cómo lo hacemos?

—¿Cuál es su balcón?

—Ojalá tuviera. Es aquella ventanita minúscula por donde entra un rayo de sol.

—Vaya, pues lo subiremos.

En un momento, con cuerdas y polea ataron a nuestro amigo y le llevaron hasta el piso de arriba. Les di una propina y las gracias y me dediqué a pasear por la casa. En dos pasos ya me la había recorrido.

Deseaba preparar nuestro nido. Qué bien suenan los nuestros en casas compartidas, pensé mientras probaba el telefonillo interno.

Bajé a la tienda para comprar una ensalada de rúcula y pasta y preparar algo con una botella de vino. Había que celebrarlo.

Sebastián llegó sobre las nueve. Parecía ilusionado hasta que se perdió por la otra escalera. Me tuvo que llamar.

—¿Lo encuentras?

—No me habías dicho que tenía tantos recovecos.

—Bueno, sí, es fácil. Así hay más seguridad para entrar.

—No sé, esto es un laberinto.

Cuando por fin llegó, le planté un beso tan grande que le dejé sin aliento en mitad del salón.

—Es pequeño.

—Sí, pero coqueto.

—Es piso de chica.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues que es muy recogido. No es informal.

—Mira, Sebastián. Tú querías venir.

—Sí, podemos estar un tiempo, y luego ya sabes que con la nueva ley nos podemos ir antes.

—Esa no es mi idea. ¿Tú sabes lo que es una mudanza?

—Sí, te recuerdo que he hecho dos en mi vida. Pero, por ejemplo, ¿dónde voy a poner el despacho para mi nueva oficina?

—¿Estás loco? Los clientes no pueden subir aquí. Tenemos tendedero y puede estar puesto.

—Tengo que ver a la gente.

—¿Y por qué no lo haces en el bar de abajo? Tus clientes suelen ser más distendidos. No van a poner recursos.

—Bueno, no nos vamos a agobiar. Hay que estrenar ese futón.

Me cogió en volandas con la intención de subirme a la planta de arriba. Pero la escalera estaba tan retorcida que fue imposible.

—Subimos por separado.

—Sí, mejor.

Sebastián se tumbó en el futón y me tiró hacia él. Era fantástico abrazarle en nuestra casa nueva. Desde que le había conocido, el insomnio se acabó.

Así, en la noche, los dos abrazados mirando el techo.

—Me apetece poner esas estrellas reflectantes en el techo.

—Eso es una horterada, cariño.

—Bueno, cielo, tú vas a traer un sillón cochambroso.

Cuando empezábamos a mezclar palabras cariñosas con estrés, sabíamos que a los dos minutos ya estábamos discutiendo.

Sebastián me calló con un largo beso y yo me rallé.

—Discutimos mucho. ¿Es normal?

—Bueno, los dos somos de carácter.

—Ya, pero vengo de unos padres que jamás han discutido.

—No conviviste mucho con tu padre, Belma.

—Conozco a mi madre. Ella tiene un carácter dulce.

—¿Insinúas, Belma, que yo no lo tengo?

—No es eso, Sebastián.

—En el caso de tus padres uno cedería siempre.

—¿Y por qué no cedes? —dije cariñosa.

—Tú no querrías un chico sumiso. ¿A qué no?

—Me horrorizaría. Tienes razón.

Al segundo de dormir, una gotera húmeda se derritió en el aire y cayó un chorro de agua en la frente de Sebastián.

—No me lo puedo creer.

—Hay que hablar con el Presidente.

—¿Tienes el teléfono, Belma?

—Él no vive aquí.

—Mañana le llamamos sin falta —dijo Sebastián.

—Tengo una idea.

—Dime.

—Imagina que estamos en una noche de tormenta. Y que tenemos las camisetas mojadas y que no hay nadie alrededor. Y que no nos conocemos. Y...

—Mira que eres, Belma.

—Imagina por un segundo.

Fue nuestro primer día de estreno de futón, de gotera, de armario empotrado. No estaba tan mal vivir con la persona que amabas. Mañana seguro que iría mejor. En mi cabeza hice una lista de la compra: un fletán, un barreño, cuatro peras, cinco manzanas. Cada día mi lista de la compra se parecía a un problema matemático. Añadí suavizante para la ropa y barritas de chocolate, que le encantaban.

Nos levantamos con el cuerpo encorvado. Sentía que todas mis vértebras se habían arqueado tanto que ya jamás podría ponerme derecha. Sebastián se levantó pletórico. No pudo descorder cortinas porque no había.

Se dirigió al armario empotrado e hizo el reparto.

—Ese lado para ti. Y este para mí.

No podía ser verdad. Me había dejado un lateral minúsculo donde solo me entraría una falda plisada y una gargantilla.

—Espero que sea una broma.

—No lo era. Tengo muchísima ropa y pensé que con ese lado te apañarías.

—Alucino contigo, siempre dices que paso más tiempo en las tiendas, y luego a ti te come el armario.

Sebastián se echó a reír y rehízo el reparto. Ahora me pareció más justo. Bajamos a desayunar. Desde luego, ejercicio íbamos a hacer.

Elegí dos tazas del anterior inquilino. Las miré y me dio bastante grima.

—Creo que deberíamos comprar tazas —dijo Sebastián.

—Gracias, yo también lo creo.

—¿No ves? Creo que ya pensamos igual, quizás porque hemos dormido en el mismo colchón.

—Estás loco Sebastián.

Mientras bebíamos la leche a morro de la botella y nos poníamos con los bigotes blancos, Sebastián miró su móvil.

Tengo un mensaje del chico que quiere que busque a alguien que componga la canción para buscar a la chica.

—Es muy insistente.

Sebastián comenzó a leer:

Te voy a contar cómo la conocí. Viajaba en avión desde Londres a Madrid y entonces me pusieron en la ventanilla. Mi asiento estaba vacío y...

—Ahora se le corta. Le voy a dar mi correo electrónico, Belma, para que me siga contando. Esto de los 140 caracteres cortan una vida.

—Mira, yo te tengo que dejar, porque si no voy a llegar con Marcos. Esta noche, por favor, cuéntame, quiero saberlo todo.

—Sí, yo también estoy intrigado.

—A ver si puedes saber cuándo nos traen los muebles.

—Tenía otro mensaje, Belma. Hoy, nos lo traen hoy.

—¿Qué dices?

—Sí, lo he leído antes y se me ha pirado la pinza.

—¿Y cuándo me lo pensabas decir?

Sebastián se encogió de hombros. Parecía un niño que le había pillado la trastada. Respiré dos veces, y le vi allí con su pijama a rayas, su camiseta blanca y su entusiasmo por todo lo que vivíamos.

—Encárgate de todo, tú ahora estarás más libre, cariño.

—Claro que sí. Cuando llegues tendrás la casa perfecta —dijo Sebastián.

—Gracias.

—Porque, si no es por ti, nada de esto hubiera sucedido.

Bajé en ascensor y conocí al portero de la finca. Un hombre un poco bobalicón que canturreaba en mitad de la escalera.

—¿Es usted la nueva inquilina?

—Sí. Mi chico está arriba para todo lo que quiera.

—Comentarle que hoy tenemos junta de vecinos.

—No suelo ir.

—La animaría a que fuese.

—De verdad, será lo mismo de siempre. A mí me da igual si quieren piscina o quieren arreglar el ascensor. Soy nueva.

—Se lo digo porque el edificio, ya sabe usted, que no se paga el IBI por pertenecer al patrimonio histórico. Lo tiene contratado una agencia de ocio, porque aquí vivió Luis Candelas y suelen traer a los turistas. Escenifican alguna escena. Así que si ve por el rellano de la escalera a algún bandolero no se asuste, señora Vento.

Estaba claro que independizarse con tu novio la hacía a una más mayor. Después de asimilar toda la información turística pregunté:

—¿Pero la comunidad es ruidosa?

—Viven muchos estudiantes de Erasmus, y estos son los más entusiasmados con la escenificación. De hecho, alguno suele prestarse a ser carcelero. ¿Les apunto para participar?

—Desde luego que no. Mi chico, Sebastián, es muy serio y yo la verdad es que estoy mayor para estos trajines. ¿Dónde será la junta? La verdad es que quiero votar en contra.

—A las ocho en el hotel Excelsior. Muy cerca de la Gran Vía.

—Claro que estaré. No dejaré que puedan con la comunidad —dije gritando.

Salí a la calle y me dirigí hacia el parking para coger el coche. En la esquina me esperaba Marcos. Hoy estaba aseado, con el pelo para atrás. Parecía un lord inglés.

—Dichosos los ojos —le dije bromeando.

—Dame la enhorabuena. Anoche conocí a alguien.

—Bueno, me tienes que contar. Sí, es que te noto que brillas.

—Primero tú, Belma. ¿Qué tal tu noche de casados?

—Con Sebastián sabes que todo es bonito. El dúplex es tan mono... y el futón tan duro.

—Bueno, lo duro siempre es positivo.

—Eres tonto.

—Cuando una mujer dice que es mono, al chico le entra urticaria.

—¿Y tú, Marcos?

—Anoche salí. ¿Sabes esos días en los que uno está más cansado y que lo que

menos apetece es salir? Pues esos días que parecen grises plomizos es cuando uno debería salir.

—¿Chico o chica?

—Adivina.

—¿Chico?

—Frío, pero con un apelativo más.

—No te entiendo.

—Chico actor.

—¿Sí?

—Todavía no hemos hablado, pero seguro que pronto lo hacemos.

—Cuéntame.

—Anoche, fui con una amiga mía de la facultad que hace miles de años que no la veía. Y fuimos al microteatro.

—Nunca he ido.

—Pues deberías. Pues mira, es un subterráneo donde hay un montón de obras. Y te van llamando para que bajes con un grupo de siete personas.

—¿Y bajaste?

—Y bajé. Mi amiga quería ver *El mundo es un pañuelo donde lloramos todos*.

—Dios, qué espanto.

—Eso mismo dije, Belma. Bastante tristes estamos todos los días para ver en el teatro un culebrón de una vida que no es la mía. Después de tomarnos un vodka en la barra, y de discutir sobre *La cantante calva* de Ionesco.

—Qué intensos sois.

—Bueno, pues, por fin, acepta mi propuesta: *Dámelo todo en aquella pared*.

—¿Y os gustó?

—Cuando escuché las primeras frases, me sobrecogí. Habla de un chico que es barman y espera cada día nuevos clientes porque siempre está vacío su local. Entonces contrata a un chico que además de ser mimo se mueve tan deprisa por las mesas que parece que el bar siempre está lleno, lo que hace que la gente acuda.

—Qué extraña.

—¿No te das cuenta?

—No mucho.

—Habla de lo solos que nos encontramos, que estamos siempre fingiendo vidas que no nos corresponden.

—Nunca lo hubiera pensado.

—Pues a Daniel le gusta también.

—Espera.

Cojo aire e intento hacer las fotos en la glorieta de Conde Casal.

—¿Qué piensas, Belma?

—Ese hombre no es el Daniel que te has imaginado. Es un personaje.

—No me comprendes —dijo girando hacia la ventanilla buscando algo de consuelo.

—Claro que sí. Has sentido atracción, Marcos. Solo es eso.

—Eso es enamoramiento.

—No, no lo es. Este viene con el tiempo.

—Estás equivocada, Belma.

—Además de conocerle. No puedes decir que estás enamorado, cuando lo has visto en un microteatro en un microminuto y seguro que a corto plazo no vais a veros en un microsegundo.

—Tienes envidia —dijo con los brazos cruzados como si le hubieran quitado un trozo de bocadillo en el patio del colegio.

—Retira eso.

—No quiero.

—Bájate del coche, Marcos.

—No serás capaz.

—Bájate.

Pegó un portazo tan grande que el coche parecía un velero que toca el mar. Me quedé sin sangre, y triste. Así que di dos vueltas a la calle Menéndez Pelayo, y allí le vi subiendo la cuesta como derrengado. Me puse a su altura y empecé a seguirle en paralelo.

—¿Me perdonas, Marcos?

—Has sido dura.

—Lo sé. No he sido empática.

—No.

—Te pido perdón.

—Las acepto, pero con una condición. Tenemos que ir juntos a ver la obra. Tengo que decir algo a Daniel. ¿Sebastián aceptará?

—Estará encantado —dije mintiendo.

Pasamos todo el día haciendo nuestro trabajo de forma distendida. Me contó el final de la obra. Me relató las mil caras de Daniel en la obra. Estuvimos debatiendo durante dos horas, si las tres miradas de Daniel que hizo al público, una iba dirigida a Marcos.

Llegué a casa con las ganas de darme una ducha fría. Pero al dejar el coche,

me acordé de que eran las ocho y media. Había olvidado por completo la reunión de vecinos. Así que me dirigí al hotel.

Cuando llegué, la gente salía de allí a golpes, tan solo quedaban cinco personas y estaban recogiendo.

—Disculpad, soy la nueva inquilina —dije en alto.

Un hombre de mediana edad aplaudía en su asiento.

—Soy su vecino en el rellano.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que creo que, como la lluvia no lo remedie, esta noche nuestra comunidad sufrirá una emboscada.

—No ha podido pararse el acto —dije.

—Me temo que no. Por cierto, yo que usted cerraría con llave, es muy bonita y puede que algún bandolero se anime a raptarla.

No entendía bien su humor. Sonreí y me fui hasta mi casa. Llamé al telefonillo.

—Belma, no entres. Avisa cuando vayas llegando.

—¿Ya está todo?

Sebastián traía un delantal y un pañuelo que puso sobre mis ojos.

Con el pie entreabrió la puerta y allí, como un final de película feliz, tenía todo preparado. Una mesa con dos velas encendidas. Un rape al horno que olía a mar. Los muebles en su sitio. De pronto el sillón orejero mirándome con fuerza. Preferí mirar a otro lado. Y al fondo mi chifonier. Aquel que mi abuela, luego mi madre y todos los miembros de mi familia habían cuidado durante tantos años. Ahora tocaba mi turno. Preservar la memoria de mis antepasados.

—Ayúdame, Sebastián, a moverlo de sitio.

—¿Dónde vas con él?

—Quiero que esté justo en aquel rincón. Así aprovecharemos aquel halógeno para que la luz incida en él.

Después de deslomarnos los riñones y de arrastrarlo por toda la habitación, me acerqué a él y volví a tocarlo. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. Pensé que hay muebles de una casa que han sido tocados por nuestros antepasados. Y en ese momento, cuando nosotros los acariciamos, estamos conectándonos con ellos.

Abrí uno de los cajones. No tenían mucho fondo, pero seguro que alguna utilidad le encontraría.

—Quizás puedas meter lencería sexy —dijo Sebastián.

—De verdad, como sois los tíos. Me ves en un momento nostálgico. Acercándome al pasado.

—Lo siento —dijo encogiéndose de hombros—. No creí que rompía ningún momento así... íntimo.

—Anda, ven.

Entrelacé mis dedos con los de Sebastián y los posé sobre el mueble. Comencé a acariciarlo, esta vez con mi mano en la suya. Un momento *Ghost*, pero sin jarrón de barro. Y de pronto un punto negro buceaba en mi dedo anular.

—Ay, creo que me he clavado una astilla.

Sebastián, con sus dientes, me la extrajo y me llevó hasta el grifo. Estuve durante un minuto mojándomelo.

—Hay muebles que hacen pupa —dijo imitándome.

—Reconozco que soy débil, pero para eso estás tú.

—Quiero hacer de ti una chica fuerte, que no tenga miedo nunca a nada.

—Sebastián, lo soy, simplemente te busco.

—Y me encuentras.

—¿Lo lijarías por mí, Sebastián?

—¿Y qué me das a cambio?

—Te lo pagaré en sexo.

—Eso me gusta.

—Esta noche empiezo.

Le cogí de los hombros y le apreté con mis manos su cara.

—Es fantástico vivir contigo.

—Lo sé. Pensamos igual.

—¿Cómo te ha ido el día? Dime que siempre nos lo preguntaremos.

—Siempre. Tengo algo que contarte. El chico me escribió un correo electrónico y te vas a sorprender con su historia.

—¿Quieres ir al microteatro con Marcos el jueves?

—Sabes que luego las obras son tan cortas que te quedas con ganas de más.

—Te gustará. Solo te digo que, veas lo que veas, sigue conmigo.

Brindamos y terminamos la noche agazapados en el futón. Todavía no teníamos televisión, y la verdad es que no la echábamos en falta.

Capítulo 9

Gabriel estaba en su despacho, la luz de la ventana irrumpía con fuerza iluminando las motas de polvo de la mesa de trabajo.

La verja del jardín se oyó a lo lejos como el ruido de un tractor oxidado. Ya debía de estar aquí el doctor Ramos. Puntual como todos los martes de principio de mes. Ni un minuto antes ni uno después. Nunca se había retrasado a la cita desde hacía cuatro años.

—Pasemos a la salita de estar, estaremos más cómodos. Carmen se está arreglando, estará con nosotros en poco tiempo.

—¿Cómo la encuentras, Gabriel?

—Bien, aunque a veces aturdida.

—Es normal, es parte del proceso.

—Me da miedo que vaya sola a la calle. Ya sabes lo que le pasa cuando se cruza con alguien.

—He traído unas fotografías.

—¿No crees que es demasiado pronto?

—Déjame, Gabriel. Llevo un tiempo intentado hacer todo a mi manera, tal y como estudié.

—¿En todo este tiempo has visto a alguien que evolucione como Carmen?

—En la San Carlos pensé que encontraríamos algún caso como ella, pero es que Carmen es única en todo.

—Mira, por aquí viene la reina de la casa —dijo Gabriel.

—Gabriel, corre, dame tu bata blanca —dijo el doctor Ramos.

—Sí, ya voy.

El doctor se la puso y la tomó del hombro. La llevó junto a la ventana. Carmen le miraba extrañada hasta que escuchó su voz.

—Buenos días, doctor Ramos.

—El monasterio está cada día más impresionante frente a nosotros, Carmen, parece que nos dice, yo estaré ahí siempre y vosotros no.

Carmen estudiaba Filología Inglesa cuando le ocurrió aquel suceso en su vida que le marcaría para siempre. Desde entonces sentía la compañía de todos, en especial la de su marido.

—Tengo buenas noticias que daros. El informe de los ojos está perfecto. Quizás más adelante hagamos alguna otra prueba.

—Eso está muy bien.

—Ahora, si me permites, Gabriel, quiero estar a solas con Carmen.

—No sé si será conveniente.

—Por favor, será unos segundos.

El doctor se paseó por toda la habitación sin quitarse la bata. Observando la mirada de Carmen. Esta le observaba sin verle como quien fija su vista en un punto del infinito.

—Este cuadro, ¿es de Gutiérrez Solana?

Carmen le miraba atentamente, como queriendo desdibujar cada pincelada.

—¿Lo ve con claridad?

—Perfectamente, doctor. No tengo nada en los ojos.

—Eso lo hemos confirmado hoy. Quiero cerciorarme.

El doctor sacó de su bolsillo el oftalmoscopio, e hizo caer una madeja de lana por el lado izquierdo. Demasiado rápido quizás.

—Acérquelo hasta mis manos. Despacio, muy despacio.

Carmen se agachó y lo cogió entre sus manos.

—Aquí lo tiene, doctor.

—Magnífico.

Se oyó el timbre de la casa. Gabriel, impaciente, se abalanzó hasta la puerta.

—Doctor, es mi hermana —dijo Gabriel.

—Encantado. Si es usted tan amable, ¿puede acercarse a Carmen?

—No va a poder así, doctor.

—Acérquese y no tenga miedo.

La hermana de Gabriel se acercó hasta ella y cogió la madeja que estaba en la mesa.

—Hola, Carmen —dijo la hermana de Gabriel.

Carmen miraba de un lado a otro, sin centrarse, sin pronunciarse buscando con la mirada al doctor que llevaba la bata blanca.

—Terminemos por hoy, es demasiado para ella —dijo Gabriel.

—Está bien, tiene usted razón. Solo decirle que ve mejor que usted y que yo. Es un alivio —dijo el doctor.

Retirándose el doctor hacia la ventana, Gabriel se acercó hasta él.

—Estoy preocupado por ella.

—Lo sé, estos procesos no son fáciles.

—Tengo en mi memoria muchos recuerdos agolpados de aquellas horas de

hospital. No puedo borrarlo de mi mente.

—Tiene que poder. Será bueno para Carmen y su mundo cercano.

—Ahora, si me disculpa, doctor, no queremos entretenerle más.

El doctor se quitó la bata blanca. Carmen le miró con gesto extrañado.

—¿Quién eres?

Capítulo 10

Bajé a desayunar. Allí estaba Sebastián, haciendo tortitas con nata. No sé cuánto le durarían las ganas de cocinar para mí. Todavía me daba algo de vergüenza bajar sin camiseta, me imagino que con el tiempo me acostumbraría.

Me senté a la mesa, junto a él. Leía el periódico mientras yo daba vueltas al café con la cuchara. Hoy no me contaba nada. Un silencio sepulcral en nuestro mini dúplex. Quizás todo inquilino que entraba allí se volvía mudo, para que las paredes de pladur no fueran testigos de vidas ajenas.

Hoy estaba especialmente arrebatador. Normalmente siempre iba muy afeitado, pero hoy se había dejado un poco de barba. Mi abeja voladora y yo su miel. A ver si me devoraba y nos endulzábamos.

Iba a llegar tarde como le siguiera mirando así. Me levanté y fui a por las llaves.

—Cariño, ¿dónde has puesto las llaves?

—No sé. Te las dejé a ti.

—No, a mí no.

Volqué el bolso sobre la mesa, desdoble el forro y lo vacíe encima. Llevaba un cargamento, parece que iba a asaltar Gaza. Haciendo un ruido atroz, un día creo que entraremos dentro. Desistí y caí de bruces en el sillón.

—¿No ves? Yo no lo tengo.

Sebastián sacó los forros del bolsillo de su pijama, que yo no sé por qué hizo eso. Ya notaría él que le pesaban. Subió los escalones de par en par. Y al segundo volvió a bajar.

—Menos mal que la casa es pequeña —dije con ironía.

Después de revolver la casa de arriba a abajo, le dije:

—Mira, da igual, ya las encontrarás. No llego. Hoy tengo una reunión con una óptica. Quieren que les haga unas fotos de su negocio.

Me fui ofuscada. Abrí la puerta y las vi en la cerradura. Colgaban en un balón de rugby. Si no fuera tan pequeño, creo que le hubiera hecho una melé al bobo de mi chico.

—Cariño...

Puse esa cara, que se nos da genial, cuando queremos amedrentar a alguien y

que se arrodille ante nosotros por el error.

—No debí meterlas dentro.

—¿Tú te acuerdas del hotel? ¿Verdad?

—No me lo recuerdes. Que me metiste una patada en el estómago y te tiraste en plancha al suelo.

—Estaba encima de ti. Mi gran culo saludó al dueño del hotel.

—Bueno, anda. Hay cosas peores.

Nos dimos un beso un poco mustio y bajé en el ascensor. Comencé a pensar en ese beso, que le faltaba vida. Un boca a boca le hubiera resucitado. ¿Estamos perdiendo ya nuestro amor? ¿Ya no me besa como antes? ¿Rutina ha golpeado a la puerta?

Después de miles de preguntas inconexas, una llamada de Sebastián rompió mi batería de pensamientos delianos, en honor a mi hermana. Esperaba su carrera por la escalera para darme el beso de la historia. Y mi estómago sonrió.

—¿Sabes, Belma?

—Lo sé.

—La última en entrar fuiste tú.

Un derrumbe de edificio taladró mi oído. En ese momento creí morir. No solo me buscaba en el beso, sino que me increpaba a mí la pérdida de las llaves del hogar. Mi chico de hace meses se hubiera echado él las culpas, hubiera escondido mi pequeño e insignificante error.

Iba malhumorada, por primera vez, me ponía nerviosa, muy nerviosa.

Salí al rellano y me encontré al portero que hablaba con una mujer.

—Vengo a ver a Sebastián. Llego un poco antes.

Me agazapé en un lateral. Quería ver la escena sin implicarme, si era mi Sebastián. Me descalcé y, mientras el ascensor subía, yo volví a deshacer mi camino y esperé en el piso de arriba, a ver si esa mujer entraba en la segunda puerta.

Mis sospechas confirmadas. Sebastián se había buscado a una chica mucho más joven para vivir El Graduado en versión masculina. La chica llevaba un gran bolso. Llevaría el pijama. Acabo de pensar como una quinceañera. Estas petardas van desnudas, no les importa si su chico las ve así, porque tienen cuerpos perfectos. Yo con veinte me comía a mí misma.

Mi corazón latió con fuerza. Viva estaba. Quién narices sería esa mujer. No las había más guapas de clientas. Las mías eran feas, con tiendas rancias, y las de él

eran exuberantes, explosivas como las latas de Fanta. Pero es que claro, la música es lo que tiene. Trae alegría a los cuerpos, pero las fotografías, qué somos: unas pobres espías de la vida. Con una apertura de obturación obtenemos un instante de la ciudad que nunca duerme. Siempre trabajando para edificios estáticos. Pero también había que conseguir una prueba que poner sobre la mesa. Una foto que me diera la razón. Me llevaría el trabajo a casa, lo haría sin remordimiento.

Eran las diez y no había tiempo que perder. Tenía que hacer fotos a la óptica. Llegué ofuscada y con ganas de terminar ese trabajo pronto. Luego tenía que reunirme con Marcos. Hoy nuestra jornada empezaba más tarde.

—Hola, buenos días.

Dos hermanos gemelos me sonrieron y hablaban a la vez.

—Estamos muy emocionados porque esta óptica significa todo para nosotros.

—Bien, corred aquella mesa. Tiene que parecer más grande que vuestra competencia.

Como todo en la vida, pensé. Yo tenía que parecer mucho más grande que esa competencia juvenil que, si mal no recuerdo, mascaba chicle y tenía unos cascos tan grandes en la cabeza. Ella una hipster, y yo «una hipstérica».

Los hermanos corrían la mesa y sonreían al unísono.

—Queremos que saques toda nuestra gama de gafas.

Eso es lo que necesitaría yo. Unas gafas grandes, para ver que el bueno de Sebastián era un vampiro que revoloteaba por las noches. Me quedé mirando a un punto fijo y el dueño de la óptica me hizo aterrizar allí mismo sin paracaídas.

—¿Ya ha terminado? —dijo mientras colocaba la mesa.

—Luego yo les haré el posicionamiento. Ya sabe, subirlo a Google Places y que sea visible para todos.

Eso es lo que debería estar haciendo Sebastián, posicionarse con su joven Lolita. ¿Por qué no tendría una oficina como todos? ¿Y por qué no tendría clientes insulsos como los tenía yo?

Salí de allí con un apretón de manos correcto y me sentí violenta por tener ese tipo de pensamientos. Me dirigí como cada día a buscar a Marcos.

—Sube. Que hoy nos toca toda la zona de Tirso.

—Vale.

—Las he visto más comunicativas.

—Hoy no es mi día.

—¿Cuándo me vais a llevar al microteatro?

—El jueves. Pero es que no tengo ganas.

—¿Qué ha pasado?

—Sebastián se acuesta con una hipster atractiva, joven, que masca chicle y lleva faldas por el muslo. Una Brigitte Bardot cachonda, pero sin ser francesa.

—Vaya, veo que has ido con ella al médico a hacerse una radiografía. ¿Qué pruebas tienes?

—Tengo una prueba muy importante. Y es que desayuna con él en casa.

—No digas chorradas. Sebastián ahora utiliza el piso para trabajo. Es su *networking*. Tiene que verse con mucha gente. A lo mejor solo es una chica que quiere enseñarle una maqueta.

—¿Una teta?

—Una maqueta, boba.

Una llamada interrumpió mi conversación con Marcos.

—Sí, mamá, el viernes te acompañó al médico. Pasaré a buscarte.

—¿Era tu madre?

—Todos me reclaman y mi vida se hunde.

—Creo que estás desquiciada. La convivencia trae muchos agobios.

—¿Puede haber más?

—Ya lo creo. Si hubiera una infidelidad, puede que le ayude a llevarse mejor contigo. Ya sabes. *Mi pequeño soldado sale de maniobras mientras hacen la guerra.*

—Si hay guerra, yo mato.

—Vamos a hacer una cosa. Tirso está al lado. Vayamos a hacer guardia a tu casa.

—Ya no estarán.

—Si es una cachonda hipster a lo Brigitte Bardot, estará todavía con el Chupa Chups susurrando a su oído *Moi Je Joue*.

—Basta, Marcos. Eso es asqueroso.

—A mí me parece que chupar Chupa Chups es sexy.

—Basta. Vamos a mi casa. Nos pondremos enfrente y esperaremos.

Marcos, con su pelo con secador, su camisa de seda rosa y sus pantalones de cuadros de jugar al golf, canturreaba mientras veíamos pasar a todos los vecinos. Así pasamos más de tres horas. Me dio tiempo a comprar dos dónuts en la cafetería de enfrente e invitar a Marcos. Parecíamos dos policías neoyorquinos esperando al asesino. Después de mucho esperar. Nos vio el portero.

—Anda, Belma. ¿Esa cámara que llevas en el coche para qué es?

—Trabajo para Google y nos ha tocado esta zona.

—Por favor, a mi familia le gustaría verme en mi puesto de trabajo. Ellos no

son de aquí.

—Claro, póngase.

Él nos sonreía con el cubo y la fregona. Mientras yo hacía que grababa. De pronto Sebastián bajó con eso. Ya no me salía ningún calificativo. Seguro que habrían estado en un festival de música a lo grande.

—Señor Sebastián. Su mujer está ahí.

Solo veía al portero señalarme mientras Sebastián ponía cara de sorpresa y yo me escurría en el sillón.

—No sabía que te tocaba hoy esta zona.

—Ni yo —dije dando un codazo a Marcos.

—Ella es...

—Lo entiendo... Sebastián. Son cosas que pasan. Es mejor que ahora terminemos con...

—Chifonier —dijo con voz afrancesada.

Miré a Marcos y dije:

—La muy zorra es francesita.

Marcos puso su mano en mi boca. Y entonces pensé que la culpa la tenía mi querido productor. Ella habría caído a sus encantos masterizados y me imagino que habrían quitado el aire de la canción.

—¿De qué vas, Belma?

—¿De qué voy?

—¿Sabes lo que ha hecho en casa?

—Un trabajo... ¿fino?

—Muy fino. Ha dejado cada rincón limpio.

—Qué cerdo eres.

Sebastián, viendo que no podía entrarme en razón. Ni entrarme.

—Ven conmigo.

Sebastián miró a la niña que hacía un globo tan grande que salió volando de la escena.

Subimos la escalera. No teníamos paciencia ni de esperar el ascensor. En él subía Marcos, que le gustaba colocar cada pelo de su cabellera.

Abrí la puerta y lo vi. De pronto en mi oído empezaron a sonar todas las canciones francesas, incluso jadeaba de forma sensual Serge Gainsbourg. Me vi corriendo por un campo de girasoles mientras Sebastián me ponía uno de ellos detrás de la oreja.

—¿Lo estás haciendo, mi amor?

Mi chifonier estaba restaurándose.

—Lo siento, yo no pude hacerlo. Y busqué por Internet a alguien que me echase una mano. Ella tiene una pequeña tienda en el barrio Latino de París y ha venido a estudiar restauración. Me cobra menos que otras.

—¿Restaurar? No digas cobrar, no estropeemos este momento —dije todavía algo encelada. Y añadí—: Es perfecto. ¿Qué te parece, Marcos?

—¿A él también le vas a hacer el juego de manos para acariciar el chifonier? —dijo Sebastián mirando a Marcos.

—Si quieres, Sebastián, yo puedo hacerlo contigo. Prefiero tu mano varonil —dijo divertido.

—Siempre me pusiste —dijo Sebastián cogiéndole del culo.

—Bueno, basta, soy boba —dije algo avergonzada.

—Mucho, cariño. Y ahora ven.

Me llevó hasta la placa, todavía podían verse unas gotitas de grasa.

—Tienes que frotar más, Belma. Todos los días debes pasar la lija.

—Lo haré, mi señor. Todos los días de mi vida.

Marcos cogió las llaves y dijo:

—Aquí hace mucho calor. Os invito a una cerveza, que tengo que celebrar algo.

Bajamos a una cafetería. Sebastián me mordió una oreja mientras Marcos se fue a la barra a pedir.

—Qué boba eres, Belma. ¿Crees que me iría con una colegiala?

—No eres Nabokov.

—BEL-MA.

—No hagas eso ni en broma.

Marcos se sentó.

—No sé si es buen momento, pero el jueves noche tenemos una cita.

—Lo prometido es deuda —le dije divertida.

Marcos, con la mirada de haber conseguido una cita, miró a Sebastián y dijo:

—¿Por qué brindamos?

—Tengo un cliente. Ya sé la historia del chico y qué es lo que busca.

—Cuenta.

—Se llama Daniel.

—¿Como el mío? —gritó Marcos.

—Estamos perdidos —dije yo. Ahora volveremos al microsegundo de la mirada en el teatro, pensé. Y añadí—: Ahora es cuando la música de violines estará tan fuerte que Marcos no podrá oír nada de lo que le cuentes, Sebastián.

—No soy malo. Os estoy escuchando —dijo Marcos con los brazos cruzados.

Sebastián se implicó en la conversación.

—Los actores dicen que son algo promiscuos. Eso dicen —dijo Sebastián riéndose.

—Eso es una etiqueta y sabes, Sebastián, que detesto que las hagas —dije enfurecida.

—Me encanta pincharla —dijo Sebastián bebiendo a morro del botellín. Y añadió—: Y creo que los músicos lo son también. ¿Tú salías con un músico, no?

Me acababa de matar, ahora me tocaba bien las narices. Que yo pueda recordarle me parece perfecto, pero que mi novio se meta con mi ex, me toca mucho más. Es intocable.

—No te pases porque no lo era —dije enfadada.

—¿Defendiendo el mundo de la música?

—No te pega ir de malote. Y además tú perteneces también a ese mundo musical. Así que no tires piedras contra tu tejado.

—Perdona. Me pico.

—Eso me gusta más.

—El chico me ha escrito. En un viaje de camino de Londres a Madrid estuvo sentado al lado de una chica llamada Logance. Había tres asientos y uno le tocó a él. Les dieron de comer un sándwich mixto, unos macarrones poco gratinados...

—¿Eso te ha contado?

—Sí —el chaval es muy detallista a la hora de narrar.

—Céntrate en la historia. Recuerda que se nos va la luz y no vamos a poder ir a hacer fotos a Tirso.

—El caso es que ella es de Burdeos y hablaban mitad español, mitad francés. Y el chico se fue sin su teléfono.

—Otra francesita, se multiplican como los mosquitos en Huelva —dije dolorida.

—Oh, qué pena —dijo Marcos. Y añadió—: A Daniel le pasó igual. Nos fuimos sin teléfono. Y mira que siempre vivimos con él.

—Te dije, Sebastián, que no pararía —dije señalando a Marcos.

—El caso es que ha ido poniendo a mano mensajes directos a todas las Logances que ve en Twitter. Él cree que es la red más grande para encontrarla. Primero rastreó Facebook, creó un grupo de «Encontrar a Logance», pero no hubo manera. Ya sabéis, los *Me gustas* de cortesía de amigos.

—Qué trabajo.

—Muy laborioso. Y se le ha ocurrido que si alguien le escribe una canción

con su historia quizás pueda hacer tanto ruido que la canción llegue a ella.

—Yo creo que si me pasara lo mismo con Daniel, lo haría. Tengo la suerte de que sé donde trabaja y puedo ir a verle —dijo Marcos cruzando las piernas.

—¿Por qué no le escribes la canción tú? —dije entusiasmada.

—Hace mucho tiempo que no compongo. Y, sinceramente, no quiero volver a ese mundo.

—He pensado en hacer un hashtag y llamarlo *#Buscocantanteadomicilio*.

—Ahí no has sido tan ingenioso —dije riéndome.

—No te rías tanto. ¿Qué pondrías?

—*#VueloMadridLondres* —dije divertida.

—¿Qué quieres, que nos devuelvan todos los billetes de eDreams porque han perdido su vuelo?

Los tres nos reímos. Lo teníamos. Y faltaba una cerveza para conseguir el hashtag definitivo que nos llevara a encontrar la canción más bella para la chica desconocida.

—Lo tengo —gritó Marcos.

—Suelta —dijo Sebastián.

—*#elvuelodelamor* —dijo Marcos

—¿Es poco romántico? —dije sonriéndome.

Sebastián, de un salto, dijo:

—A ver, ahora no hay que pensar en mover la canción. Ahora tengo que encontrar el cantante que me haga la canción. Hay una condición en todo esto. El chico quiere elegir al cantante. Y eso me da mal rollo. Él no se va a fijar en acordes, en cómo suenan.

—¿Entonces?

—Le he dicho que yo lo buscaré y que luego ya hablaremos. En el amor, como en la música, no hay reglas.

Sebastián se bebió la cerveza y nosotros nos levantamos para irnos.

—Esta noche ven pronto a casa y...

—Me lo debes —dije riéndome.

—A mí me haréis el jueves —dijo Marcos sonriendo.

Capítulo 11

Los calcetines de Carmen cayeron y el tocadiscos pick up comenzó a dar más vueltas, esta vez les tocaba a Los Sírex, que por sesenta pesetas hacían las delicias de cualquier fiesta. Atrás quedaron los años de la autarquía para pasar al despertar de una sociedad que traía el rock y el desenfreno en sus venas.

Carmen tenía una gran amiga, Pilar Peralta, se habían conocido años atrás en El Retiro. Sus padres eran amigos de tertulias, y ellas enseguida entablaron relación para jugar a la rayuela en el callejón de San Ginés.

Pintaban en el suelo los cuadrantes con tiza. Lo que no sabía Carmen es que ese sería el juego de su vida. Tirar la piedra para que callera en la casilla número 1 sin tocar las rayas del exterior, debía saltar a la pata coja como lo haría en su vida, empujando la piedrecita despacio, que no sería otro que su propio corazón.

Atrás quedaron las horas de tiza. Ahora tocaba la época de confianzas y fiestas.

Carmen quedó con Pilar en la Puerta del Sol. Alrededor estaban los vendedores de frutas y afiladores de cuchillos que con el sonido de ocarina avisaban de su presencia.

—Pensé que no vendrías —dijo Pilar.

—Solo puedo estar un minuto. Tengo que llevar el periódico a mi padre. Hoy le toca supervisar a sus empleados.

—¿Cuánto te ha costado?

—Una peseta. Cada día está todo más caro.

—Ya, el autobús también ha subido. Ahora son 60 céntimos.

—Bueno, Pilar, no hablemos de cosas aburridas, que por una vez que te veo... ¿Por qué has querido que nos viéramos?

—Mi padre me ha traído una radio tocadiscos —dijo Pilar entusiasmada con su vestido rosa entallado y de escote barco.

Carmen lo miraba con los ojos como platos.

—Quiero verlo.

—Ven esta tarde y lo probamos. Tengo seis discos.

—Qué pasada.

—¿De quiénes?

—Entre ellos, Los Milos.

—¿Los que ganaron *En pos de la fama*?

—Sí.

—Los escuché por la radio. Ya sabes que la televisión se queda corta con esos programas para padres.

—Bueno, no te quejes. Nosotros no tenemos ni televisión.

—Pilar, no puedo estar más aquí. Mi padre se va a enfadar conmigo.

—Ven esta tarde.

—Me tendré que escapar. Por las tardes mi padre suele ir a elegir tejido. Y mi madre hoy tiene cine. Creo que van a ver una de un tal Elvis, *King Creole*.

—No veas cómo mueve las caderas. La vi hace dos días. Los chicos le pitaban porque dicen que es muy afeminado.

—No entienden nada. Yo he descubierto el rock. Es algo fantástico. Te sube como una llamarada por todo el cuerpo y no puedes parar de bailar.

—¿Entonces como el twist?

—Qué va, Pilar, eso ya ha pasado de moda.

Carmen no podía dejar de pensar en aquel tocadiscos. Y esos discos que solo podían escucharlos unos privilegiados. Discos de cuatro canciones, *extended play* a 45 revoluciones. Tantas como ella sentía al escucharlos a escondidas por la radio.

Cuando su madre estaba preparada para irse al cine, le dio un beso en la mejilla dejándole la marca del pintalabios en la frente.

—Pórtate bien. Volveré pronto.

Su corazón se revolucionó como el vinilo que sonaría en casa de Pilar. Se recogió el pelo en una coleta y se puso el vestido de domingo de topos negros. La ocasión lo merecía. Por fin podría mover sus pies ajena a su mundo.

Llegó en autobús con la lengua fuera. Estos recorrían la ciudad a 60 céntimos, una ganga para los tiempos actuales. No había tiempo que perder. Pilar la esperaba impaciente.

Llegó hasta el rincón donde el mismo diablo bailarían rock. Carmen pasaba la mano por las teclas blancas.

—¿Cómo suena?

Por primera vez, Carmen sentía que tocaba lo prohibido.

Del tocadiscos salía con fuerza un sonido inglés que golpeó con fuerza sus oídos. Era diferente de todo lo que había escuchado antes.

—Me encantaría saber lo que dicen.

—Dice que compró una casa en México y ella nunca acudió.

—¿Sabes inglés?

—Qué va. A mi padre le fascina la música. Dice que si algún día puede le gustaría estar cerca de ella.

—¿Quién canta esto?

—Un tal Paul Anka.

—Suena bien, Pilar.

—Quiero proponerte algo.

—¿Qué? —dijo Carmen intrigada.

—Hacer un guateque. Esas fiestas prohibidas que hacen en casa.

—Mi padre no me dejará.

—Siempre es tan estricto contigo, no te deja respirar.

—Bueno, Pilar, no sé si alguna vez te lo he contado. Antes de nacer yo, mis padres perdieron a un hijo en París. Así que están volcados conmigo.

—Vaya, no sé qué decir.

—No digas nada. Yo creo que en el fondo se sienten culpables. Y piensan que sobreprotegiéndome estaré a salvo.

—¿Y tú quieres eso?

—No. ¿Sabes? Quiero vivir, salir, yo no quiero ser de esos chicos que andan a escondidas fumando Celtas Cortos entre semana y los domingos Bisonte. Yo quiero fumar siempre que quiera.

—Así debería ser.

—Y lo curioso, Pilar, es que no quiero fumar. Mis sueños están en otro lado. Quiero sentir la música. Acercarme a ella. Cuando me enredo en sus acordes me siento completamente libre. Con ganas de volar, de besar a todas horas.

—¿Ah, sí, a quién?

—Pues a Josele, por ejemplo.

—¿El hijo del pescadero?

—Me hace gracia. Ayer me propuso a escondidas que si quiero acompañarle un día al Retiro. Mientras mi tata compra el pescado, nosotros hemos hablado algo en las últimas semanas.

—¿E irás?

—Iré a todo lo que me apetezca. Lo que me haga feliz. No hago mal a nadie.

—Antes de irte, ¿bailamos por Los Mustang?

—Que suene la música —dijo Carmen divertida.

Ella sentía su mundo flotar, su cabeza daba vueltas, y giraba en la habitación como una peonza que ha perdido la cuerda. Estaba dichosa. Allí, en aquella habitación, no había opresión. Podía bailar sin la mirada estricta de su padre.

—Uy, mira qué horas. Mi madre va a llegar del cine. Nos vemos.

Carmen salió corriendo, como una cenicienta que en vez de olvidar el zapato ha olvidado una vida que no le corresponde.

Subió en el ascensor de su casa. Y se dio de bruces con la portera.

—Lo siento.

—Cada día los jóvenes estáis más desatados. Es esa música infernal que oís en la radio y que está acabando con todos vosotros. ¿De dónde vienes a estas horas tú sola?

—De casa de mi amiga Pilar. No digas nada.

—No me gusta que te escapes. Podría pasarte algo.

Abrió la puerta de su casa, no había llegado nadie. Se quitó su traje de topos y se quedó en combinación. Puso la radio y comenzó a hacer una tarta de manzana que le había enseñado su tata. Hoy era su día libre. Seguro que andaba por El Retiro paseando con su novio soldado.

—Eres lo único que me evade —dijo chupándose un dedo caramelizado.

Sus padres llegaron al unísono. Carmen tenía que hablar con su padre. Tenía que plantearle cuanto antes su decisión de estudiar inglés. Quería entender todas las canciones que hablasen en inglés.

—Ahora estoy ocupado, Carmen.

—Solo será un instante.

Los dos se miraron frente a frente, como dos pistoleros en el Oeste. A un lado quedaba el globo terráqueo con luz y al otro la estantería con cortina interior de terciopelo granate. Testigos de la diferencia de dos generaciones.

—Tú dirás, Carmen.

—Papá, quiero aprender inglés.

—De ninguna manera. Quiero que completes tu formación en el colegio Saint Marie de París.

—Pero el inglés es importante. Así el día de mañana yo seré la encargada de llevar tu negocio. No tienes a nadie en quien confiar para ello.

—Tú qué sabrás a quién dejo de tener. Y además una mujer debe estar en su casa, y saber francés si acaso para enseñar a sus hijos.

—Pero papá...

—No se hable más.

La madre de Carmen esperaba fuera, dio un paso hacia delante. Puso la mano en el hombro de Carmen y miró a su marido.

—Quizás deberíamos darle algún gusto alguna vez.

—No digas tonterías, Anastasia. El inglés es el idioma del diablo.

—Todos giramos la cabeza a un lado para seguir hacia adelante. Por favor, gírala un día.

Su padre pegó un portazo y se metió dentro de su habitación. Se fue a dormir y a la mañana siguiente durante el desayuno le dijo a Carmen:

—Si quieres estudiar inglés, fórmate de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Empezarás con un profesor particular y luego ya veremos. Todos los días me darán un informe de ti. Si no llegas a un nivel medio, lo dejas y te vuelcas con el francés. No quiero una hija mediocre.

—Papá, gracias —dijo Carmen dándole un beso.

—Venga, no creas que está todo hecho.

Cuando Carmen veía una ventana al fondo, su padre siempre se la cerraba en la cara.

Por primera vez, Carmen había cumplido un deseo gracias a la intercesión de su madre. Había que celebrarlo y por la tarde se escapó con su amiga Pilar al cine de sesión continua. El cine la evadía de tanta miseria casera, pero donde podía sentir la libertad más absoluta era en el salón de Pilar. Colocaba en la aguja algún disco de Los Bravos o de Los Brincos y soñaban con otras vidas.

El jueves por la tarde no pudo acudir a la casa de su amiga. Su padre la interceptó en el pasillo laberíntico y le propuso que fuera con él a recoger dos camisas a la calle Montera y luego en compensación la llevaría al Café Castilla.

Mientras leía el periódico, Carmen todavía bebía leche y cotilleaba a los clientes imaginándose la historia de cada uno de ellos.

—Papá, esa chica te está mirando.

—No señales, es de mala educación.

—Es que esa chica creo que es amiga tuya. Te vi una vez del brazo con ella.

—Cariño, no reconocerías a un lince en una selva negra. Yo no voy a locales sin tu madre.

—Me dirás lo que quieras. Pero yo te vi.

—No me contradigas o te llevas un bofetón.

En ese instante supo que para sobrevivir había que mentir. Si su padre lo hacía, ella tendría que hacerlo.

Aquel día sintió una punzada en el corazón. Su idolatrado padre, no solo le mentía, sino que cogía a mujeres del brazo que no eran su madre. Sintió asco hacia él, y luego remordimiento por ello. Y al instante, le vino a la cabeza su madre. ¿Sabría algo de aquello? ¿Desde cuándo llevaba doble vida? Tuvo que parar esos pensamientos y seguir bebiendo la leche. Si lo hacía es que todavía

era una señorita a punto de crecer. Nada como hacerse la tonta en esta vida.

Algún día sería una mujer, y quizás entendiera todo de aquello. Ella quería ser fiel a la persona que amara. Las canciones le hacían soñar con el amor. Y el más cercano se llamaba Josele, hijo de los pescaderos del barrio. Era un chico despierto y atento con ella, bastante más alto de la media nacional y muy moreno de piel. Nada más verla siempre se lavaba las manos bajo la pila de los cortes de pescado. Se acercaba a ella disimulando y le chistaba al oído.

A ella al principio aquella presión la incomodaba, un chico de barrio que se relacionaba con una señorita bien no estaría bien visto. Pero Carmen detestaba las reglas que otros marcaban.

La primera vez que se saludaron, él canturreaba una canción de Paul Anka y Carmen le dijo:

—¿Te gusta la música?

—Sí, me vuelve loco. Es lo que hace que las horas del día se acorten.

—A mí también me gusta.

—Podías venir algún día conmigo, a algún concurso radiofónico, así lo veríamos de cerca —dijo Josele haciendo un canutillo con el papel grisáceo de envolver pescados.

—No creo que me dejen.

La tata cortó la conversación como a la pescadilla le cortan la cabeza y se fueron andando a casa.

—A tu padre no le gusta que hables con chicos que no son de tu clase.

—A mí hay cosas que tampoco me gustan de él, y las tolero.

—No seas descarada.

Otro día fue el turno de comprar gambones. Y Carmen aprovechó la ocasión para acercarse hasta él.

—Quizás un concurso no, pero puedo aceptar tu paseo por El Retiro.

—El domingo iré a buscarte.

El domingo se despertó con un sol radiante. La banda municipal deleitaba la mañana. Quedaron en el Ángel Caído, que ardía por la incidencia directa del Sol que parecía querer despertarla.

Carmen iba acompañada de su carabina, su tata, que la acompañaba a todas partes, Josele llegó solo, con su aire dejado, llevaba una camisa blanca remangada por encima de los codos y un pantalón de pana de color marrón. El cinturón le apretaba tanto que parecía un globo a punto de salir volando. Llevaba

una gorrita marrón. Y esperaba apoyado con la pierna en la estatua.

—Gracias por aceptar, Carmen. Te he traído un disco.

—Yo no tengo tocadiscos.

—Para cuando lo tengas.

—Los Pekenikes. Nunca los he oído —dijo Carmen.

—Te van a gustar.

Josele intentaba acercarse cada vez más, con su mirada buscaba algún rincón donde pudieran charlar, pero era una misión imposible. La mirada de la tata no se distraía ni un instante.

El parque estaba lleno de niñeras con carritos y soldados que paseaban en su día de permiso. Se acercaron paseando hasta la Casa de Las Fieras.

—Mira, ya están los fotógrafos ambulantes —dijo Carmen.

—Quién diría que lo son. Como van sin uniforme —dijo Josele

—Me encantaría ser fotógrafa. Tienes que ver el mundo de forma diferente. Mirar por el objetivo y escaparme a observar la ciudad. Tiene que ser algo maravilloso.

—Tengo un amigo que es minuterero en la Puerta de Alcalá.

—Me encantaría verle.

—Claro, él siempre dice que ellos tienen más clase que los del Retiro. Tienen su caja misteriosa y aunque no tengan una Leica hacen mejores fotografías.

—Mira el pajarito —dijo Carmen sonriendo y bajándose de la acera de un salto.

Después de conocer a su amigo, bajaron al Rastro. Los comerciantes parecían sacados de un cuadro de Solana. Todos en sus puestos intentando vender sus gangas.

—Mira qué gabardina más bonita. ¿Cuánto cuesta? —dijo Josele.

—900 pesetas.

—Es un poco cara. Yo le hubiera dado 100.

—Pues si quiere es suya —dijo el comerciante.

Carmen miraba el regateo con atención. Al final, Josele mostró sus bolsillos y vio que no tenía ni para el paraguas a juego.

—Lo siento.

El rastro se llenaba de algarabía, de jarana, de vendedores de estilográficas, de gitanas vendiendo flores, de limpiadores de botas apostados en las esquinas.

Los taxistas con sus gorritas blancas hacían cola esperando que algún peatón les parase. El rastro parecía el mercado de Pulgas de París que tantas veces había recreado su madre para ella.

Madrid seguía su curso, al ritmo de Los Mustang, Los Sírex y de Cliff Richard. Los jóvenes daban vueltas en el tocadiscos pick up Invicta. Mientras que los mayores espantaban moscas trabajando y ensimismados en la vida rutinaria de un país sumergido en una letanía eterna, que parecía que nunca iba a despertarse.

Al día siguiente Carmen acudió al colegio como cada mañana. Tenían clase de química. La profesora les explicaba el símbolo del azufre, y Pilar pasaba un papelito por debajo de la mesa.

Voy a dar una fiesta en mi casa.

La clase terminó y pudieron salir al pasillo.

—Voy a dar una fiesta.

—¿Sí? —dijo Carmen.

—Voy a dar un guateque en casa. Tenemos todo. La mirinda, siete discos y mi padre que velará por nosotros.

—Quiero ir. Y me gustaría que invitaras a Josele. Pero no sé si me dejarán.

—Diles que es mi cumpleaños, ya sabes, una mentirijilla piadosa —dijo Pilar.

—Lo haré. Josele puede traer más discos.

—¿Es tu novio formal? —dijo Pilar.

—Qué va, solo es mi amigo.

—Del guateque a la boda —dijo sonriendo.

Llegó el día esperado. Carmen había pedido permiso. Una casa como la de Pilar inspiraba confianza a su padre, si además tenían la suerte de contar como carabina con el padre de Pilar no podía prohibirle nada. Excepto que volviera a las dos horas, incluía dar el regalo y comer dos canapés, que estaban en fila esperando en la mesa.

La casa disponía de un salón acogedor pero pequeño para el volumen de chicos que arremolinaban bailando, mientras los mayores oteaban desde el hall de la entrada.

Dos enormes cortinas se abrían a la fiesta. Había un gran espejo encima del sillón que ampliaba la imagen de la habitación y reflejaba la figura del padre de Pilar en la sala. Su padre traía de la cocina bandejas de cacahuets y peladillas.

El Parrish de la fiesta estaba apoyado en la pared, le llamaban así porque se parecía a Troy Donahue en la película. Su pelo rubio y sus labios gorditos destacaban entre todos, y las chicas solo tenían ojos para él. A su lado, el pobre «Paellas», llamado así porque tenía la cara cubierta de quistes, respiraba hondo y

jugaba con un yoyó.

—Deberíamos haber traído algo de sangría —dijo el ganso de la fiesta sonriendo.

—Eso, mucha canelita, que las chicas se ponen cariñosas —dijo el tímido.

Los altavoces estaban preparados. Y comenzó a sonar Elvis. Las caderas se movían de un lado a otro.

—¿Y Josele? —preguntó Carmen.

—No ha llegado todavía.

Llamaron a la puerta. Era Josele, vestido con una americana dos tallas más grande.

—Bienvenido —le dijo el padre de Pilar estrechándole la mano.

Anduvo hasta llegar al salón envuelto en un cuerpo que le quedaba grande. Carmen, al verle, sonrió. Se levantó como un resorte. Y acordándose de las palabras de su padre se volvió a sentar con las rodillas juntas. Josele se dirigió a por naranjada sin quitarle los ojos de encima. Y se acercó hasta ella.

—Es de mi hermano mayor —dijo encogiéndose de hombros.

—Te queda muy bien —dijo Carmen.

Poco a poco los seis discos fueron sonando y de pronto irrumpió la lenta. Josele se acercó hasta Carmen.

—¿Bailas?

—Claro.

El padre de Pilar paseaba alrededor de ellos. Y de vez en cuando se acercaba a alguna pareja separándoles para que corriera el aire.

Josele dobló un papel que tenía y se lo metió en el bolsillo de la falda de Carmen.

Vale por un tocadiscos pick-up Invicta.

—No puedo creérmelo, Josele.

—¿Querías uno, verdad?

—No lo esperaba.

—De momento tienes un disco de regalo. Me lo ha traído un amigo de Londres del mercado negro.

—¿Y cuándo me lo darás?

—Impaciente. Creo que ese disco nos va a cambiar la vida.

Carmen sonrió. Josele sonrió, y en ese momento la aguja del tocadiscos paró su curso. La fiesta había terminado.

Capítulo 12

De nuevo había soñado con mi fantasma. Desde que Sebastián apareció en mi vida, ningún beso furtivo se escapaba en mis sueños. Creo que soy fiel hasta en ellos. Rememoré nuestros primeros encuentros después de conocernos. Recuerdo que quedamos en Plaza España con su guitarra y el sol de una mañana de domingo. Las palomas levantaban su vuelo y él me tocaba por Nacho Vegas.

—Canta algo tuyo —le dije mirándole tierna.

—¿Sí? Tengo una que todavía me falta el estribillo.

Y comenzó una canción algo desafinada.

Cruzaré mil de calles para encontrarte, porque sabes que nunca me enamoro los miércoles. Prefiero salvar el mundo que caer en malas compañías...

Me gustaba, pero todavía le quedaba mucho para ser un gran cantante. Dudé en decírselo, pero no pude evitar ser algo crítica.

—Tú puedes dar algo más.

Recuerdo que se enfureció, lo noté por su rictus fruncido. Y en ese instante dejó de tocar.

—Da igual, ya lo sé. Pronto iré a Londres y allí aprenderé.

—Creo que deberías cantar más por las calles, allí tienes el público que más tarde te escuchará en tus conciertos.

—Tú no sabes nada de música.

—Tienes razón. No soy una experta. Solo quería ayudarte.

Había sido muy dura con él. Quería sacar lo mejor de él, pero acabé enfadándole más de lo necesario, me sentí una mierda.

Lo mismo me pasaba con mi madre. La primera vez que fui con ella al doctor entré en la consulta con miedo, con la incertidumbre de lo nuevo. Tenía quince años, mi padre había fallecido y nosotras empezamos a llevar la responsabilidad de su enfermedad. Aquel doctor que llevaba toda la vida tratándola, se dirigió con autoridad, con la arrogancia de quien cree que sus manos otorgan o quitan la vida.

La tomó de los hombros y le dijo:

—Carmen, hay siete casos como tú en el mundo. Ahora que no está tu marido, yo seguiré cuidando de ti.

Cogí la mano de mi madre y estuve a su lado sin hablarle durante días.

Me encantaría ser el capitán Spock de Stark Trek con las personas que quiero, poner mis manos en sus cerebros y saber lo que sienten para llegar hasta ellos. Con las personas que más he querido nunca he podido acceder a lo que sentían. Y me aleja de ellos y me quedo estancada, ajena a miles de historias que han vivido, y que están tan cerca de mí como lo están ellos, sus protagonistas.

Sebastián me arrolló en la cama y me dio el beso de buenos días. Me levanté y me fui a lavar los dientes. Busqué mi cepillo, pero en su lugar me encontré otro de color rojo.

—Sebastián, cariño, ¿has cogido tú mi cepillo de dientes?

Con una sonrisa y asomándose por la puerta:

—Te lo tiré. Y te lo he cambiado por ese —dijo señalándolo—. Tenía todos los pelos abiertos.

No me gustaba nada que tocaran mis cosas sin mi permiso.

—No me gusta que hagas eso. Todavía le quedaban un par de meses.

—Te puedo asegurar que no.

Me empecé a enrabiatar como las niñas, y le grité:

—Son mis cosas, y quiero mi cepillo.

—Pues baja al contenedor, que ya sabes que todas las noches tiro la basura.

—¿Me estás insinuando que yo no lo hago?

—Hoy no entiendes a razones. No has debido de dormir bien.

En ese momento, me hubiera gustado decirle: «He dormido tan bien que mi fantasma me ha arrojado en mis sueños». Estaba realmente crispada. Y cuando estoy así por cosas de la convivencia que para mí estaban siendo nuevas, conviene dejarme tranquila. Sacarme al balcón y airearme.

Pero desgraciadamente éramos nuevos. Estrenábamos juntos la convivencia. Y Sebastián sobrepasó la raya de mi paciencia.

—Belma, ven un momento —me dijo bajando las escaleras hasta la cocina.

—¿Qué quieres?

—Nunca encuentro la espumadera.

—Pero si la tienes aquí —le dije abriendo un cajón.

—Ese cajón es para los cubiertos.

—¿Desde cuándo? No veo que ponga un letrero.

—Si eso es lo que quieres, lo haremos.

Sebastián se fue al salón y abrió un cajón. Entonces empezó a hacer papelitos

con los nombres de los utensilios de cocina. Tomó el celo y los fue pegando por toda la cocina.

—¿Te gusta así, Belma?

—Eres cruel —dije pataleando.

—¡Oh, sí! Y a veces no cruzo a las señoras mayores en los pasos de cebra.

—Eres...

—Dilo.

—Eres... un ser...

—Venga, que te sale.

Le di la espalda y volví a subir al dormitorio. Al menos teníamos dos niveles de casa para cuando nos enfadásemos. Sentí miedo. Nuestra primera pelea de verdad.

Sebastián gritó desde abajo:

—Vas a llegar tarde con tu madre al médico.

En ese momento agradecí que estuviera en mi vida, bueno, en ese y todos. El enfado se me estaba pasando.

—Gracias.

Me vestí rápido, elegí al azar la ropa. Cogí el bolso y salí corriendo. Sebastián salió a la escalera con mi sombrero marrón y me dijo:

—Se te olvida lo más importante.

Entonces me deshice. Lo abracé y lo llené de besos.

—Perdona, he sido tonta. Te prometo que guardaré todos los días la espumadera en el cajón correcto.

—Y yo prometo no tirarte nunca el cepillo de dientes sin antes preguntarte.

Me dirigí a casa de mi madre. Llamé al telefonillo. Tenía el coche mal aparcado y no podía demorarse. Mi madre bajó sola, y me sonrió:

—Llegas muy pronto. Estaba a casi medio vestir.

—Bueno, no quiero que lleguemos tarde. A veces tiene lío en consulta, pero otras veces sabes que nos llama antes.

Y así fue. El doctor Jiménez salió a la sala de espera y gritó:

—Señora Vento.

Mi madre se levantó como un resorte. Fijó su mirada en el bigote y se sentó en una silla aterciopelada de color granate.

—¿Cómo estamos? —dijo el doctor, quitándose sus gafas y leyendo el historial de mi madre.

—Bien, doctor. Ya sabe que ahora hemos distanciado las consultas —dijo mi madre en tono simpático.

—Venga por aquí.

La sentó en una silla y le dijo:

—Voy a hacerte un reconocimiento.

—¿Duele, doctor?

—Nada. Durante una hora, tendrás que permanecer callada y atenta a mis actos. Te iré mostrando una serie de fotografías. Y me dirás si reconoces a alguien.

La primera que mostró fue a John Kennedy.

Mi madre se quedó callada y dijo:

—No sé quién es.

—Bien, pasemos a otra.

El doctor mostró a la mujer de Obama.

Y mi madre se quedó callada. Parecía que no la reconocía.

—Te voy a mostrar una más. Mira bien la foto.

Era Charles Chaplin con su bastón, su bombín y aquel bigote gracioso.

—Sí sé quién es. Vi hace muchos años la película Candilejas y me encantó. Es Charlot.

Todos sonreíamos. Parecía que mi madre estaba con nosotros. Llevaba una vida normal, pero desgraciadamente existía una razón poderosa que nos alejaba de ella, de su pasado, de su historia. El doctor Jiménez era cariñoso con ella. La entendía bien.

—Ahora, si me permites, Carmen. Quiero hacerte un test.

Mi madre lo rellenaba y yo hablaba con el doctor.

—¿Cree que podrá mejorar?

—Tu madre tiene afectada la zona diecisiete y dieciocho del cerebro.

—¿Pueden llegar a mejorar? —dije con esperanza.

—Es casi imposible. Nunca mejoran.

Me derrumbé en la mesa. Dejé caer el bolso y resoplé tanto que inundó toda la habitación.

—Sé, Belma, que para ti y para tus hermanas está siendo muy difícil. Pero lo estáis haciendo muy bien. Quiero por un momento que os pongáis en la piel de ella. Antes de la enfermedad era una persona distinta. Su yo era opuesto al de ahora. Y no solo tuvo que enfrentarse ante su espejo para reconocerse, sino que tiene que descubrirse ante los demás que no la reconocéis. Ellos son los más afectados. No entienden nada de lo sucedido.

—Tiene razón. A veces estamos siempre mirando nuestro ombligo. Además, el virus le sobrevino cuando yo ya había nacido.

—Sí, lo sé. Hace siete años que trato a tu madre.

Carmen se levantó con el test.

—Doctor. Ya lo he hecho. Espero que obtenga unos resultados satisfactorios.

—Hoy vamos a hacer una pequeña prueba más y ya te dejo tranquila, Carmen.

—¿En qué consiste, doctor? —dijo Carmen.

—Mira, ahora vendrá un enfermero y te pondrá una vía. Por allí te meterá un trazador que irá al cerebro. De esta manera veremos cómo funciona.

—¿Le dolerá, doctor? —dije asustada.

—Nada. Lo que sí tendremos que mantenernos en silencio. Así de esta manera el cerebro no notará los impulsos que le vayan llegando del exterior.

Mi madre obedeció, se sentó juntando los pies en posición de espera. Era buena, muy buena paciente, pensaba. Todos estos años haciéndose pruebas, trabajando la mente, y no había ni un solo día que se quejara de ello. Me sentía orgullosa.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Pensé en Sebastián. Gracias a él, yo llevaba mejor a mi madre y podía sacarla cada día sonrisas. Él nos ayudaba tanto... a mí, a ella. A todos. Era un buen tío y sonreí por ello.

Después de quince minutos de prueba, el doctor se levantó y dijo:

—Te has portado muy bien Carmen. Os veo dentro de tres semanas con los resultados.

—Gracias, doctor —dijimos al unísono.

No me parecía nada a mi madre. Pero a veces nos encontrábamos en alguna palabra que decíamos a la vez. Quizás hubo un tiempo antes de que le sobreviniera el virus que tendríamos algo en común. Quién sabe.

Cogí a mi madre y le abrí la puerta para que saliera.

—El doctor es encantador.

—Y es muy atractivo, mamá.

—Ya me había dado cuenta —dijo ella sonriendo.

Las dos nos reímos y nos fuimos a tomar un refresco. Llamé a Delia y le dije que bajara a recogerla. Quizás éramos demasiado protectoras, pero no podíamos evitarlo.

Fui para casa, tenía ganas de ver a Sebastián. De estar con él. Con su mundo. Abrí la puerta y allí estaba con la restauradora.

—*Voilà!* Hemos terminado, Belma.

—¿En serio? Os ha quedado precioso.

Me acerqué al chifonier barnizado. El rojo lacado destacaba como los ojos de un murciélago en un jardín. Había quedado precioso. Por fin un recuerdo familiar viviría conmigo.

Cuando se fue la restauradora abracé a Sebastián, me lo comí a besos, lo devoré como un caníbal en pleno invierno. Él me apoyó en el chifonier. Y lo golpeamos suavemente con pasión.

—De ser una mesa, lo haríamos encima.

—Tú estás loco —dije riéndome.

Me di la vuelta y comprobé que todos los tiradores estaban bien, los múltiples cajones se abrían a mi paso, mostrándome sus entrañas. Pero al llegar al 57, no había manera de abrirlo. Intenté forzarlo, pero era inútil.

—Vas a tener que llamar a la restauradora.

—Tienes a Sebastián en casa. Yo lo arreglaré.

—¿Lo intentamos con un cuchillo?

—Quizás así vamos a conseguir que la pintura se vaya —dijo Sebastián preocupado por su obra de arte.

—Lo haremos con cuidado.

Un cajón cerrado era señal de mala suerte, pensé.

Sebastián tomó de la caja de herramientas una llave e hizo palanca. Algunas astillas saltaron. Y el barnizado se descascarilló un poco.

—No te preocupes, no había otra manera de hacerlo —dije consolándole.

—Eres una caprichosa. Hubiera dado igual dejar uno cerrado.

Había dejado de escucharle hacía minutos. Me interesaba aquel cajón. Una fuerza superior me atrapaba en su interior. Metí la mano temerosa, como si se tratará de mi propia *Bocca della Verità*, allí instalada en mi propio salón. Inspirada pedí un deseo.

Mis manos acariciaron las paredes, ásperas por el paso del tiempo y la humedad. La oquedad desilusionaba mis expectativas hasta que palpé el techo del cajón. Encontré una textura distinta. Tenía el tacto de una hoja arrugada. Lo despegué y apareció un papel amarillento.

Mi expresión lo decía todo. Mientras, Sebastián se iba a la cocina a untarse mantequilla de cacahuete en una rebanada de pan.

—Belma, pues ya está, hoy nos hemos cargado una obra de arte, que me ha costado una pasta.

—¿No te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta, Belma. Quieres hacer todo a tu manera. Que estás llena de caprichos.

—No tienes ni idea. Necesito silencio.

—Perdón. Me subo a mis aposentos. Es la suerte de vivir en un palacio.

—Pues, si no estás a gusto, te largas.

—¿Eso es lo que quieres, verdad?

—Ahora déjame, quiero estar tranquila.

La verdad es que lo dije sin pensar. Los dos teníamos mucho orgullo. Mi corazón estaba agitado, pero quizás era un cúmulo de muchas sensaciones las que se habían apoderado de mí. Esta vez no quería implicarme en otra discusión.

Me senté en la mesa y me puse mis gafas de pasta negras para leer aquella nota. Estaba quemada por los bordes. Y aparecían dos frases en inglés. Qué extraño, pensé. Mi abuela nunca supo inglés.

Somewhere in her smile she knows that I don't need no other lover.

Subí a la habitación. Tenía los pies helados. Sebastián se había dormido. Los dos nos pusimos en cada punta de la cama, con las ganas de tirarnos al vacío.

Capítulo 13

Por la mañana, abrí un ojo y ahí seguía Sebastián, con las piernas estiradas. Me acerqué hasta su oído y le susurré:

—Cariño, es la hora. ¿Quieres que desayunemos en la calle?

Estaba intentando buscar la frase que dulcificara la noche anterior. Un gruñido y se dio la vuelta agarrando la almohada.

Metí la mano por el pantalón y le apreté de forma cariñosa un cachete del trasero. Parece que este se ablandaba, deshaciéndose en mi mano. Un brazo se alargó sobre mí y me apretó contra su espalda.

—¿Estás más tranquila, gruñona?

En ese momento pensé que habría que negociar las reconciliaciones. Estaba cansada de ser la primera en dar el primer paso para hacer las paces. Pero por no iniciar de nuevo una batalla sonreí y le dije:

—Hoy tenemos teatro con Marcos. ¿Lo recuerdas?

—Se me había olvidado por completo.

—A las ocho, nos vemos en la calle Loreto y Chicote.

—¿Por dónde está eso?

—Por los antiguos cines Luna.

Bajamos a desayunar. Sebastián se pidió su rebanada de pan con aceite y yo me pedí un café bien cargado.

—¿Cómo vas con la canción?

—No encuentro a nadie. Me ha dado el nombre de un foro de rock indie y me imagino que allí pondré un mensaje. Él me ha dicho que me quiere ayudar y que se va a encargar de redactarme todo. La verdad es que el tipo es majete. Querrá que busque a un tipo que se le oiga cantar y que de fondo guitarree bien. Ya sabes, quiere dar más importancia al mensaje que al sonido.

—Normal. Si lo que busca es encontrar a aquella chica querrá hacerlo bien.

—¿Tú harías eso por mí, Belma?

—¿El qué?

—Pues, si alguna vez me perdieras, buscarme como una loca posesa a través de una canción.

—Sí.

—Has mentido.

—Bueno, pues sí. Según la manera que tuviera de perderte. Si me has puesto los cuernos, te has ido con otra....

—Para... es lo mismo. Qué obsesión.

—No, es que, fíjate, la abuela se los puso a mi abuelo.

—Pero qué locura estás diciendo. Si tu abuela era de Acción Católica y de misa diaria.

—Pues te digo yo que se lo pasaba bomba.

—Belma, ¿qué te ha hecho pensar eso ahora?

—El mensaje del chifonier.

—No me jorobes que todavía estamos con eso.

—Es que no hemos empezado, Sebastián.

—Me enfermas, de verdad. Eres un poco neurótica.

—Qué cosas me dices tan bonitas por las mañanas. Y tú insensible de cuidado.

—¿Sabes? Porque no me puedo ir muy lejos con este trabajo, pero es que haría por un tiempo las maletas.

—Tranquilo. Quizás las haga yo —dije enfurecida.

—Vale, Belma, te ayudaré. ¿Qué te hace pensar eso?

—La frase que encontré estaba en inglés.

—¿Qué decía?

—«En algún lugar en su sonrisa ella sabe que yo no necesito ningún otro amor».

—Eso era tu abuelo, que quizás estaba poético ese día.

—Mi abuelo sabía francés, porque vivió en Francia, pero no inglés.

—No hay que darle importancia.

—Averiguaré la historia de mi abuela. Quizás entienda parte de la mía.

—¿Y qué vas a hacer, ir al cementerio a recopilar nombres americanos que vivieran en el barrio de tu abuela?

—Le preguntaré a mi madre.

—Eres una egoísta. No fuerces a recordar a tu madre.

—Los recuerdos son la memoria viva de la persona.

—Como quieras —dijo mordisqueando el pan.

Salí de allí y comencé a pensar en mi abuela. Imaginaba su aventura con un lord inglés viéndose a escondidas. Mi abuela se echaría unas gotitas de Chanel nº5 y él la acompañaría a casa con su bastón y su empuñadura en forma de urraca. Mi imaginación volaba. Hasta que me hizo aterrizar Marcos.

—Tienes unas ojeras que asustas. Parecen bolsas de té.

—Apenas he dormido. He discutido con Sebastián.

—¿Tu relación funciona?

—Pues sí. Creo que nos ha sobrepasado la convivencia.

—Puede ser.

—Marcos, he descubierto algo sobre el pasado de mi abuela. Ayer abrimos el chifonier lacado en rojo y salió una carta de su amante.

—¿Qué dices.

—Mi abuela ponía los cuernos a mi abuelo. Se veían a escondidas. Saltaban como dos animales olisqueándose en plena posguerra.

—¿Y cómo firma su amante?

—Bueno... es un trozo quemado de un papel. No hay firma. Y solo se ven dos líneas de una carta donde dice que no hay nada más que ella en el mundo.

—¿Así lo dice?

—Más o menos. Lo bueno es que está en inglés.

—Y ¿seguro que esa carta puede ser de ella?

—¿De quién si no?

—Cerciórate, Belma. A veces creemos que algunos dan el perfil y luego son otros, los de agua más calmada, los que llevan la locura impresa.

—No me asustes.

—No, Belma, pero un chifonier que crees que ha sido siempre de la familia no tiene por qué ser así. Podría ser incluso del hijo de la tienda donde compraron el mueble. Quizás ese cajón siempre estuvo cerrado, y quien lo construyó quiso que tuviera sorpresa. Ya sabes, como un roscón en Navidad.

—Desde luego, yo no voy a pagar el roscón. Averiguaré todo. Mañana quedaré con mi madre y se lo comentaré.

—Bueno, quizás ella no tenga ninguna respuesta. Y no sería bueno para ella.

—Tratáis todos a mi madre como si fuera incapacitada. Y mi madre lleva una vida normal.

—Bueno... ¿Y por qué llevas siempre el sombrero marrón cuando vas con ella?

Giré la cabeza y continúe disparando fotos. Quería evadirme de aquella conversación. Así que me adentré en lo que más me gustaba.

—Mira el cielo, hoy está nublado. Hay que poner un ASA de 400.

—Yo pongo lo que tú quieras.

Terminamos la jornada laboral en silencio. Hoy no había tenido un día cordial con nadie. Mis temores y dudas las había pagado con todos los que estaban a mi alrededor.

—Quedamos a la puerta del teatro a las ocho, Marcos.

—Pensé, Belma, que no querrías venir.

—¿Y perderme a tu Daniel actuando?

—Gracias, Belma.

—Para eso estamos, Marcos.

Los tres llegamos puntuales, cada uno de una parte de la ciudad. Marcos se había puesto su americana de ante marrón y llevaba un pañuelo de cachemira al cuello. Le acompañaba otro pañuelo del mismo dibujo a un lado de la chaqueta.

Sebastián le dio la mano y dijo:

—Bueno, Marcos, a ver a tu macho Alfa.

—No me pongáis nervioso. Hay que ser muy cuidadoso. No podemos asustarle.

—Tranquilo, para eso estás tú —dije sonriendo.

Entramos en el local. Fuera, en las mesas, había actores conocidos de alguna serie de televisión.

—¿Seguro que quieres ver esa y no otra?

—¿Estás de broma? —me dijo mirándome afilándose unas finas cuchillas que salían de sus cutículas

—Me hago a la idea.

Esperamos tomándonos algo hasta que llegará nuestro turno. Hablando de nuestro trabajo. Sebastián miraba el reloj, se notaba que no estaba muy cómodo. Marcos se fue al servicio a seguir colocándose su mata de pelo que por el aire acondicionado se había hecho un remolino.

—¿Qué te pasa, Sebastián?

—Pues, que hoy era el concierto de Lori Meyers. Aquí estoy para ver a tu amigo volar por la sala.

—Esto es muy serio. Es la primera vez que le veo tan ilusionado y hay que apoyarle.

Nos llamaron al timbre y bajamos unas escaleras, después nos adentramos en un pasillo en penumbra, al que daban muchas puertas cerradas. La última de ellas se abrió y accedimos a una sala pequeña, donde nos apresuramos para sentarnos en las pocas sillas que había para no estar de pie durante el resto de la ficción.

Un silencio sepulcral se oyó en la sala. Los quince asistentes nos quedamos mudos oteando cada rincón de la habitación.

El barman servía las copas y hacía un breve monólogo de lo solitario que está el bar. Marcos se movía de un lado a otro de la silla y pegaba pequeños brincos

esperando que su hombre saliese.

Por fin lo hizo. Iba con guantes blancos y la cara pintada de negro. Apenas le veíamos.

—¿Cómo puedes saber si eso que no distingues te gusta?

—Siento una llamarada por todo el cuerpo. Mi cuerpo hace chispas.

Lo dijo tan alto que nos mandaron callar. Empezó a picarme la pierna derecha. No me podía mover, quería pensar en otra cosa, pero no había manera.

Por fin, Daniel empezó a moverse tan deprisa que apenas podía analizar su cara. Iba de un lado a otro, sentándose por todas las sillas del bar. Después de marearnos con sus movimientos estridentes, solo dijo una frase. Una frase, por Dios, pensé en silencio.

—La vida es utópica. Siempre hay una silla en cada bar.

Los aplausos fueron atronadores. Marcos se levantó y comenzó a silbar. Sus bravos se oían hasta la habitación contigua que representaban *El funeral en otoño*. Nos mandaron callar con tres golpes sueltos en la pared.

Los asistentes se fueron levantando, menos Marcos, que parecía pegado a la silla.

—Voy a acercarme.

—Marcos, por favor. Ten cuidado que tu espíritu puede asustarle.

El barman recogía los vasos y Daniel, el mimo, plegaba las sillas. Nos miró y dijo de forma abrupta:

—Ya está. No hay bises.

Si yo fuera él, me habría desenamorado en ese instante, pero Marcos estaba hecho de otra pasta. De los que necesitan que les den caña.

—Qué carácter tiene.

Sebastián se levantó con cara de cansado. Me cogió un pellizco del trasero mientras subía las escaleras y me dijo:

—Menudo obrón. Yo creo que, *Esperando a Godot*, se queda corto al lado de esta maravilla de obra.

—Eres bobo. Y por eso te quiero.

Nos despedimos de Marcos. Hoy no era un buen día para preguntarle si lo seguiría intentando.

Sebastián y yo llegamos a casa. Con la luz apagada le cogí de la mano y le dije:

—Perdona por el día de hoy. He sido injusta contigo —le dije sin soltarle.

—¿Qué nos une? Somos tan distintos.

—Yo también me lo pregunto a veces, Sebastián.

Le solté y fui a la nevera a por un Actimel. Me apetecía beber algo fresquito después de la noche tan surrealista teatral. Abrí con el pedal la basura y tiré la tapa. Allí me encontré el trozo de papel quemado de mi abuela.

—Sebastián. Por favor. Te dije que no lo tirarás.

—A mí no me has dicho nada. Lo vi por el medio y pensé que no lo querrías. Que ya lo habías memorizado.

—¿No te das cuenta que puedo llevarlo a un grafólogo?

—Te juro que siento que no puedo más.

—¿Cuánto no más?

—No me hagas quemarme, porque estoy muy cerca.

Cogí el papel y lo estiré como pude sobre la mesa. Sebastián había tirado el pasado de mi abuela a la basura. Necesitaba un *break*. Cuando tienes esa sensación que todo te ahoga, que el pecho te golpea con fuerza y que tienes ganas de escapar e irte a una playa a estampar camisetas.

Me sobraba todo en ese momento. Este dúplex que me asfixiaba, Sebastián con su mundo que ya no entendía. Y quizás era el efecto rebote, ya que sentía que el mío tampoco lo entendía.

Mi corazón demandaba hacer una locura. Y creo que tenía la puerta para ello.

Capítulo 14

La mañana me trajo la brisa y barrió toda la opresión de la noche anterior.

Al salir del trabajo fui a casa de mi madre. Quería verla y enseñarle la nota. En el bolso metí el papel arrugado y en ese instante me acordé de mi fantasma. Él no hubiera tirado a la basura aquel tesoro, seguro que lo habría puesto entre las hojas de un libro y lo habría custodiado hasta que yo llegara. O no. ¿Por qué idealizamos a los que ya no están? Quizás hubiera hecho lo mismo. Lo hubiera roto antes de poder guardarlo.

Mi cabeza se debate entre un fantasma y su forma de ser, la que le he construido en mi cabeza a lo largo de tantos meses. La idealización al amor, son edulcorantes que uno echa a la sopa de pescado para que esté más sabrosa.

Quizás soy una mujer infiel. Como lo fue mi abuela Anastasia. Quizás estos pensamientos, que de vez en cuando vienen como las olas de una playa a bañarlo todo, son pequeños avisos que alertan que pronto comenzaré a serlo. Quizás tenga que huir antes de hacer daño a Sebastián. Quizás él discute tanto conmigo porque está cansado de mí. Quizás la convivencia es un campo de minas. Quizás pienso demasiado.

Llego al tercero. Y allí está mi madre con un gesto de desconocimiento hacia mí. Me ha vuelto a olvidar. Saludé deprisa y fui hacia el perchero. Me puse mi sombrero marrón y la cogí de la mano. Juntas fuimos a la sala de estar.

—Hola, Belma. Esta tarde voy con tu hermana de compras. Tenías que haberme avisado de que venías. Ella se está acicalando como las ratitas presumidas —reía de forma dulce.

—Solo será un momento. Quiero hablar contigo, mamá.

—Tú dirás. ¿No te habrán echado del trabajo?

—No, sigo haciendo fotos a todos los edificios.

—Tienes un trabajo muy bonito. Es una pena que a mí nunca me interesó la fotografía.

Revolví el bolso y, como quien saca una mariposa disecada con miedo a que se rompan sus alas, mostré el papel.

—Este papel lo he encontrado en el cajón 57 del chifonier —dije con valentía.

—¿Y qué dice?

—Viene en inglés. Era de la abuela. Lo que te voy a decir ahora, no quiero que te trastoque —dije con algo de miedo.

—No te entiendo bien, hija.

—¿La abuela estuvo muy enamorada del abuelo?

—Pues claro. Me tuvieron a mí.

—Acabas de decir, mamá, una tontería. Quiero saber si tú notabas algo extraño. Un alejamiento entre los dos. Algo que te hiciera sospechar que la abuela no estaba feliz en su matrimonio.

En ese momento, Delia entró como un siroco que levanta todos los muebles de una casa vieja.

—¿Tú estás loca, Belma? —Y volvió a repetir—: ¿Tú no estás bien, verdad?

—Espera, Delia. Es importante. Mamá puede saber cosas —le dije increpándola.

Delia, levantándose del chester, me cogió del brazo con fuerza y me llevó a un rincón.

—¿No te das cuenta que estás ahondando en cosas que pueden acabar con todos estos años de tranquilidad?

—¿Me estás diciendo, Delia, que es preferible que mamá no sepa cómo era su madre y que olvide todos sus recuerdos?

—Eres una egoísta, Belma. Te ruego que te largues. No vives aquí, y para ti es más fácil.

—No me iré sin que lea la nota.

—Lee y luego márchate.

Con la voz temblorosa y traduciendo las palabras de nuevo dije:

—«En algún lugar en su sonrisa ella sabe, que yo no necesito ningún otro amor».

Mi madre limpiaba la plata, una bandeja pequeña que se escurría entre sus manos delicadas.

—Es muy bonita —dijo sonriente.

—Mamá. Está en inglés. ¿Recuerdas algún hombre inglés en la casa?

—No cariño. No te atormentes. No había nadie inglés en aquella casa.

—Ya lo tienes, Belma. Ni hombres ingleses ni amantes ingleses.

Cogí mi nota y le di dos besos fuertes. Yo también era consciente de lo que podía significar hurgar en el pasado de mi madre. Pero era la única manera de entender el mío. Sabía que volvería. Y lo haría cuando Delia no nos interrumpiera.

Bajé a la calle y fui a buscar a Sebastián para dar un paseo por el Parque del

Oeste. Le había prometido que un día usaríamos las bicicletas eléctricas por Madrid. Y qué mejor día que hoy. Necesitaba escapar del bullicio de coches.

Las cogimos de la calle del Cordón, solo quedaban dos con luz verde y subimos por toda la calle Mayor. Sebastián, con su pelo revuelto, alargaba el brazo y me daba el paso. Íbamos como dos locos subidos en ellas. Primero él me adelantaba y luego yo a él. Al llegar a la curva del Parque del Oeste se detuvo en seco.

—Belma, he puesto el anuncio en *ForoMusicos.es*. El chico me ha ayudado a describir lo que quiere para su canción y lo hemos colgado en el foro. «Se busca compositor con influencias de Calamaro, Antonio Vega y Arjona, con voz melódica, que quiera componer una canción. Con conocimientos armonía y teoría musical».

—A ver si tenéis suerte. No es fácil encontrar exactamente lo que buscáis.

—Todo es saber esperar. No hay prisa.

—Y, mientras, tú, ¿sigues buscando más autores, Sebastián?

—Lo intento, pero no es fácil, Belma. Creo que con que llevara dos buenos tendría para vivir.

Puse una cara, novia agobiada, la incertidumbre cuando viene de fuera me aterroriza. Sebastián tenía un trabajo seguro, y ahora andaba como una cometa sin hilo. A veces me enamoraba y a veces me desesperaba. Todo en uno. El pack iba junto y lo tenía en mis manos. No hizo falta hablar.

—¿Qué nos pasa, Belma?

Ahora no era el momento de analizar la relación. Ni yo misma sabía qué me pasaba. Era consciente de que, detrás de una charla así, íbamos a seguir discutiendo en el dúplex. Ya no íbamos cada uno a su casa. Ahora todo estaba revuelto junto a la ropa.

—Sebastián, he estado con mi madre y le he enseñado la nota.

—Te dije que no lo hicieras, Belma.

—Lo sé, pero tengo la necesidad de tirar del hilo. Imagina por un momento que tu abuelo fuera batería y tú nunca lo has sabido. ¿A que te apetecería encontrar sus baquetas?

—Ven aquí, chica lista.

Me tomó del cuello y, allí, en pleno Parque del Oeste, con el sonido de los pájaros de fondo y el olor a caca de perro de los jardines, me dio el beso más largo de todos los meses de convivencia. Olía a tierra mojada. A costumbre reconocida. A él y a mí.

Después de deambular cerca del Templo de Debod, subimos por Rosales y

dejamos las bicicletas de vuelta en la calle Cordón. Fuimos andando a casa.

Al llegar, nuestro vecino buscaba en el rellano a su gato. Sebastián se quedó en el buzón mirando a ver si había cartas.

—Tiene manchas grisáceas y una gran mancha blanca en el cuello.

—Si lo vemos, le metemos en casa. Estaremos atentos.

—Él es todo lo que tengo —dijo angustiado.

—¿Quiere un té? —dije con el traspaso de su angustia.

—Por supuesto. Una vez te dije que las damas no deben tomar té solas.

Sebastián apareció con un montón de cartas y con cara de sorpresa al ver a un tipo mayor que no conocía sentado a la mesa de la cocina.

—Es nuestro vecino, cariño. Ha perdido a su gato.

—A Garfield. No es cualquier gato.

—Vaya —dijo Sebastián rascándose la cabeza.

El vecino se arrodilló en el suelo y comenzó a imitar el sonido del maullido del felino.

—Aquí no creo que esté, Belma.

—No estés tan segura. Con los vecinos anteriores se colaba y pasaba las tardes viendo programas de cocina.

—¿Qué tal eran los vecinos anteriores?

—Tengo que decirles que esta casa da muy mala suerte. He conocido dos parejas, y las dos rotas.

—¡Buen ánimo! —dijo Sebastián.

—Según les oí, cuando sacaban las maletas, decían que el habitáculo era tan pequeño que apenas podían respirar. —Y añadió—: De vez en cuando, deberíais ir a vivir lejos el uno del otro. Estuve cuarenta años casados con mi Adelina, y os puedo asegurar que no hay mayor receta que el espacio. Y aquí no lo podéis tener.

—Eso se lo dije a Belma desde el principio.

Resoplaba para mis adentros. Ahora teníamos al chamán del amor con nosotros. Cuando la conversación se ponía más densa, una patita de gato golpeó la puerta. Nuestro vecino se puso a pegar saltos y se fue de allí, absorbiendo el té de pie.

—Me ha encantado estar con vosotros, pero mi Garfield me reclama.

Cuando cerramos la puerta, parecía que se había llevado todo el aire con él. No sé si Sebastián sentía lo mismo, pero me costaba respirar. Abrí el balcón y quité la ropa de la cuerda.

Esa noche no pude pegar ojo. Pensé en mi abuela, quizás le pasaba lo que a

mí. Quizás necesitaba aire, y por eso se largó con un inglés. Pero yo no quería estar con nadie que no fuera Sebastián. Solo de pensarlo me dolía.

Capítulo 15

El tráfico estaba completamente parado. Los coches pitaban en las calles. El jefe nos llamó y nos dijo que quería vernos por la sede. Algo importante tenía que decirnos. Nunca había llamado antes y menos de improviso.

Así que Marcos y yo nos miramos esperando la carta de despido.

—Hola, chicos. ¿Las calles siguen donde las dejé esta mañana?

—Sí, siguen ahí —dije siguiendo el reguero de su sarcasmo.

Marcos se sentó nervioso en la silla.

—Bueno, tranquilo que hoy no os voy a dar vuestra carta de Navidad. —Y añadió—: Aunque, mira, tendríais algo de qué hablar en casa.

Le corté como pude esta incertidumbre que nos estaba matando.

—¿Para qué nos has llamado, Gustavo?

—Bueno, me gustaría que vosotros, que no tenéis familia, pues viajarais a Atenas. Nuestros amigos griegos nos piden a alguien de nuestro equipo para que vaya a formar a su gente. Y he pensado en vosotros.

—¿Es una opción o una obligación?

—Belma, cómo eres. A mí me gustaría. Y creo que para vosotros sería muy interesante. Os daría la oportunidad de crecer profesionalmente. Tres semanas fuera de casa. Gastos pagados. Hotel de cuatro estrellas. Bañera y espuma.

—Sinceramente, Gustavo, cuando pienso en Atenas me viene a la cabeza el Acrópolis ardiendo al atardecer.

—Por eso me gustaste. Tienes el ojo de una buena fotógrafa.

Marcos me miró, yo le miré, y los dos asentimos. Sabíamos que el negarnos era una patada a la calle.

Si pienso en Grecia me viene a la cabeza un montón de islas, buena comida y un escape a mi convivencia. Hace tanto tiempo que no pienso a solas. Esa casa no nos deja espacio para ello. Salgo del trabajo y directamente me meto en el apartamento. Y antes, Sebastián, al tener un trabajo más formal, tenía viajes, momentos a solas. Tenía, por qué no decirlo, trabajo. Ahora tiene un simulacro. Y eso me está estresando. Y si lo hablo, me da miedo, porque no quiero que me malinterprete. Lo amo. Como quizás nunca lo he hecho con nadie. Me encanta cómo me pone la servilleta para no mancharme. Cómo me separa el pelo de los

ojos. Y cómo me acurruca en su pecho al irme a dormir. Le quiero en la soledad, le quiero en la discusión, le quiero en nuestras manos entrelazadas, le quiero en su sarcasmo. Pero siento un nudo en el pecho que me ahoga a veces. Ya no sé si es producto de las escaleras del dúplex o de nosotros.

Ese día nos dimos el día libre. Marcos bajó pletórico.

—Necesitaba aire. Probar una ciudad nueva. Otro aire. Daniel es un engreído de esos que te mira por el encima del hombro.

—¿Qué ha pasado?

—Volví a buscarle al teatro.

—¿Qué dices?

—Le esperé con los nervios de quien se acerca a una estrella. Quieres no incomodar, pero, joder, lo haces.

—¿Y le hablaste?

—Le dije que había estado sublime, brutal. Todos los adjetivos que dan miedo. Los solté a bocajarro.

—¿Y?

—Salió el barman y se fueron juntos.

—¿Cómo de juntos?

—Tan juntos que no lograba ver la calle entre los dos.

—Lo siento, Marcos —le dije consolándole.

—Cuando crees que lo has encontrado. Mira mi patata —dijo angustiado. Me puso la mano en su pecho. Este se agitaba deprisa, como un pez en una bolsa de plástico antes de meterlo en la pecera.

—Tranquilo, Marcos.

—Ya lo sé. Pronto nos vamos a Grecia. Se ha convertido en una necesidad.

—Bueno, yo no sé qué hacer.

—No puedes dudarle. Por la cara de Gustavo, si no vamos, nos echa.

—Ya, pero ahora quiero apoyar a Sebastián en su trabajo.

—Él se las arregla bien solo.

—Ya, pero es su trabajo. Es como si ahora nos jugáramos la consolidación de la relación. Y voy yo y me largo de viaje.

—Hablas como si fuera de placer. Es un viaje de vida o muerte. Si no lo hacemos, adiós trabajo.

—Sí, tienes razón. No quiero pensar mucho.

—¿Te tomas una cerveza fría?

—Voy a ver a mi madre. Hoy mi hermana tiene consulta y quiero aprovechar para hacerle compañía.

—Da recuerdos a tu madre.

—De tu parte.

Subí por la calle Recoletos. El sol incidía en cada edificio iluminando. Madrid tiene algo que sobrecoge. Mi hora del día favorita es cuando llega el atardecer y la ciudad se duerme. Tiene una de las mejores iluminaciones del mundo. Sobre el techo de la ciudad está la bóveda azul que reflejaba Velázquez en sus cuadros.

Llamé al timbre. Y mi madre se quedó en la puerta, esperando encontrar una cara conocida. Me colé por el lateral y me dirigí al perchero a ponerme el sombrero marrón.

—Hola, Belma. Eres un torbellino.

—¿No está Delia?

—Hoy pasa consulta. Se ha ido hace un momento. Me ha dejado algo de merienda preparada. Una tarta de manzana que hice ayer y no terminé.

—Venga, ve al salón, que llevo dos platos y pasamos la tarde.

—¿Qué tal el trabajo, Belma?

—Sabes que quizás me tenga que ir a Atenas unos días.

—¿Con Sebastián?

—No, él se quedará. No somos siameses.

—Bueno, son otros tiempos. Tu padre y yo es que íbamos juntos a todas partes.

—Quiero ver fotos del álbum —dije con firmeza. Me levanté y fui hasta la estantería. Extraje el de cuero marrón, es donde estaban las fotos más antiguas de la familia.

—Vamos a verlas juntas —me dijo mi madre.

En la primera foto estaba mi abuelo. Delante de Sederías Carretas, una tienda de la época.

—Era muy elegante —dije orgullosa.

—Mucho, Belma. —Y añadió—: El abuelo era el hombre de todo el barrio que llevaba las camisas más elegantes.

—Mira la abuela. Qué guapa está. Con su sombrero a un lado y sus pieles sobre los hombros. ¿Esta que tiene cogida de la mano eres tú, mamá?

—Sí, me llevaban siempre con un kiriki en la cabeza. Es Arenal. Allí estaba nuestra antigua casa.

—¿Qué dices?

—Claro. Vivimos siempre en la calle Arenal. Encima del Teatro Joy Eslava.

—No lo sabía. ¿Y por qué os cambiasteis?

—Cuando mi padre murió, mi madre tenía muchos recuerdos de esa casa y

creía que era muy grande para ella. Así que la animamos para que adquiriera una más pequeña de renta antigua.

Empecé a pensar. Quizás se cambiaron porque cerca vivía el hombre inglés y podía despertar los cotilleos del barrio. Tendría que investigar un día. Mañana me pasaría por la casa.

—¿Qué recuerdas de tu infancia?

—Era muy feliz. Pude tener un hermano, pero este murió en las calles de París, atropellado. Y eso quizás marcó mucho a mis padres. Yo por suerte no lo conocí, y evité ese sufrimiento.

—Pero, mamá, tendrías otros.

—Fui muy feliz. Recuerdo una adolescencia de cine de sesión continua, de paseos por El Retiro.

—Era tan diferente tu adolescencia de la mía, mamá.

—Cada adolescencia pertenece a una etapa de la vida.

—¿Recuerdas a tu madre saliendo mucho de casa?

—Bueno. Recuerdo que también iba al cine con las amigas. Mientras papá...

—¿Mientras que?

—No quiero hablar de todo esto.

Delia abrió la puerta. Como pude cerré el álbum de golpe y lo metí en la estantería. Se notaba torcido con respecto al resto.

—¿Otra vez aquí? —dijo Delia.

—He venido a comer la tarta de manzana.

—Ten cuidado, que te puede empachar si vienes muchos días —dijo de forma sarcástica Delia.

Me levanté. Y dándole un beso en la frente a mi madre, me despedí de ellas.

Bajé las escaleras y me dirigí a la calle Cerdá. Había quedado con Sebastián en un bar que hacía esquina para tomarnos un café. Lo divisé desde la calle. Estaba en una mesa frente a la ventana. Escribía notas.

—Perdona mi tardanza. Vengo de casa de mi madre.

—No te preocupes. Un minuto antes y te cruzas con mi nuevo compositor de letras para el desamor.

—¿Ya lo tienes?

—Sí. Me escribió desde el foro. Es un tío energético. Tiene muchas ganas de componer esa canción. Y en un futuro seguir colaborando juntos.

—Eso es estupendo.

—Te quería comentar algo, cariño. Este mes voy un poco ahogado. Se me ha pasado que tenía que pagar el alquiler y, bueno, no he contado con ello.

—Vaya. Tienes que administrarte algo mejor.

—He pensado que podíamos alquilar nuestro sofá de casa.

—¿Es una broma? —dije mirando a todos los rincones del local, buscando la dichosa cámara oculta.

—No, no es broma. Mi amigo austriaco, Scott, lo hace en su país. Y dice que se aprende mucho de las culturas. Podríamos salir a cenar, que nos cuenten cosas de otros países, ya sabes, descubrir nuevos rincones gastronómicos. Creo que creceríamos bastante surfeando por los sofás del mundo.

Mis ojos se salían de las órbitas. En la casa de Heidi, donde ya no entraba ni Niebla, quería traer tíos hippies de todas las ciudades. Definitivamente, este ser que estaba enfrente de mí se había comido de un bocado a mi Sebastián.

—No me gusta la idea.

—Belma, si ni te has parado a pensarla. —Y añadió—: Sería una forma ideal de conseguir dinero y poder pagar el alquiler.

—Sinceramente, Sebastián, creo que no te has planteado cómo me puedo sentir yo. Quería vivir sola y, de pronto, vivimos juntos. Y ahora vamos a vivir con un tío como el vecino raro de Notting Hill.

—Espera. Es eso. Ahora me doy cuenta. Tú no querías vivir conmigo.

—Sebastián, estás sacando todo de quicio. No es tan fácil como lo explicas. Claro que quiero vivir contigo. Pero todo lleva unos tiempos.

—Estoy muy harto de tus tiempos. Me parece que son demasiado encorsetados con los míos.

—Mira, vas a estar un tiempo donde podrás reflexionar. Y entonces podrás hacer de la casa un hostel gratuito.

—¿Me estás dejando?

—No. Mi jefe me ha propuesto que vaya a trabajar durante unas semanas a Grecia con Marcos, y lo vamos a aceptar. Tenemos que aceptarlo. Creo que nos conviene a los dos airearnos.

—Ya, quieres darte un tiempo conmigo. —Y añadió enfurruñado—: Pues si tú te aireas, yo lo haré en ese sofá.

—Eso es cruel.

Mis lágrimas saltaban a la mesa como las ranas se posaban en las charcas. Me sentía ahogada. Una sensación de estar pérdida en una isla y encontrarme completamente sola estando acompañada.

—Si quieres, hoy dormiré en un banco del parque de Lepanto.

—Sebastián, por favor. No te estoy pidiendo que te alejes. Tengo que irme a trabajar.

—Bueno, ahora paso de hablar de eso. ¿Qué tal con tu madre?

—Bien. Hoy la he encontrado mejor. Hemos estado viendo fotos. ¿Sabes que no siempre vivieron allí?

—Belma, no vas a parar con ese tema también, ¿verdad?

—Si averiguo esto, quizás entienda muchas cosas que llevo en mi sangre.

—Solo conseguirás aturdir a tu madre.

—Voy a intentar hablar lo menos posible con ella. Mañana quiero ir a la casa de mis abuelos, donde vivieron. Encontraré el hilo que me haga tirar de la madeja.

—Como quieras. ¿Quieres algo más?

—Hemos dicho suficiente.

Sebastián se levantó, se puso la cazadora vaquera y salió desganado. No habíamos tenido una conversación fácil. Entre los dos quedaban rastros de lo que fuimos. Y había que encontrarse. Pero hoy no era el momento.

Llegamos a casa y, sin esperarlo, Sebastián me atrajo hacia él. Me meció en el aire y me abrazó con sus antebrazos marcados de venas.

—Vuelve, aunque te vayas a Grecia.

—Quiero hacerlo.

Nos fuimos a dormir. Mi corazón pesaba en un lado de la cama. ¿Cómo sería la vida con mi fantasma? ¿Discutiríamos a ese nivel? ¿Sentiría esos ahogos?

No tenía ni una sola respuesta. Una lágrima cayó por mi rostro. Esa noche se me hizo difícil conciliar el sueño.

Capítulo 16

La mañana me dio una bofetada en el rostro y me despertó de un salto. Desayuné algo rápido por el camino y me fui a trabajar. Pasé un día de trabajo aburrido, haciendo fotos con desgana, deseando que llegara la tarde para poder realizar mis pesquisas a lo Colombo.

Aparqué el coche en el parking y me dirigí a la calle Arenal. Observé los edificios y su suelo peatonal. Cada día se parecía más a la calle Larios de Málaga. Las letras luminosas de Joy avisaban que era día de concierto. Hoy cantaba Jero Romero. Esos cantautores que enamoran a las niñas. Había una cola enorme que subía hasta San Ginés. Todas esperaban con camisetas impresas con su cara.

El librero de aquella librería del número dos del pasadizo de San Ginés, incrustada en el muro de la iglesia, me sonreía con sus libros viejos y desgastados por el paso del tiempo.

—Quiero hacerle una pregunta. Parece que usted es del barrio de siempre. Estoy buscando la casa de los señores Azcárraga. Vivían aquí, encima de la discoteca.

—No sabría decirle. Han pasado muchos años desde entonces. —Y añadió—: Y sí, llevo toda una vida con el negocio de los libros. Mi padre lo adquirió en 1922, Antonio Sánchez, así se llamaba. Luego lo retomé yo, y hasta ahora. Aunque es un sitio de paso, no puedo quedarme con todos los que vivieron en la zona. —Y añadió—: Quizás pueda preguntarle a la portera que había antes en el edificio. Ahora está en Bordadores número 15. Se llama Josefina. Ella seguro que controlaba el barrio más que yo. Así podrá hacer un buen reportaje. Y no me grabe con la cámara que lleva en el bolsillo. Yo no soy el importante. En Navidad debería hacer una entrevista a la mujer que vende en esa esquina castañas. Le diría cosas muy interesantes.

—Ha sido muy amable —dije apurada.

—Un placer. Y algún día espero que me compre algún libro.

Sonreí y me dirigí al portal de la calle Bordadores. Su entrada tenía una fuente en el patio. Y en un lateral vi la casilla de la portera. Ella no estaba. Pero oí una voz canturrear al fondo de las escaleras.

—¿Josefina?

—Me llaman.

—Buenos tardes. Sé que es un poco tarde, pero creo que usted puede ayudarme.

—Tengo un poco de prisa. Yo no vivo en este edificio. Ya te largan a tu casa. Y así no llegamos ni a fin de mes.

—Lo siento. Quiero preguntarle algo. ¿Usted era la portera del edificio de Arenal, lo que es hoy la discoteca Joy Eslava?

—La misma. Eso sí que eran otros tiempos. Saludaban los vecinos y daban buenas propinas.

—Mi nombre es Belma Vento y soy nieta de los Azcárraga. ¿Le dice algo mi apellido?

—Azcárraga me trae el recuerdo de camisas almidonadas. Tienes los mismos ojos rasgados de tu abuela. Así, “arrebuñaitos”, como ella.

—Sí, los heredé de ella.

—Yo subí a amortajar a tu querido abuelo. Preparé en la portería la hoja de firmas para que todo el barrio viniera a verle. Ya sabes que antiguamente se cerraba una hoja del portal y otra se dejaba abierta en señal de luto. Todas las personas antes de ver al difunto —dijo santiguándose—. Daban su pésame a la familia. Lo exponían ahí, delante de todos. Pecados y culpas al salón.

—No sabía. Debíó de pasarlo muy mal mi abuela quedándose viuda. Y luego con mi madre. No sé si sabes que sufrió un virus que la mantiene con lagunas mentales. Y es difícil recordar mi pasado a través de ella.

—Vaya, cuanto lo siento. Debíó de sufrir mucho con un padre tan autoritario. Su abuelo imponía y todos callaban por miedo.

Venía con su sombrero y bastón y saludaba arqueando una ceja. Yo me cuadraba y le miraba de reojo viéndole pasar. —Y añadió—: Su madre era tan guapa. Lista. Recuerdo lo avispada que era la endiablada.

—Bueno, no quiero entretenerla, Josefina. Quiero hacerle una pregunta respecto a mi abuela Anastasia. Por eso he venido.

—Dispara.

—¿Alguna vez la vio usted con algún hombre?

—Sí, claro. Su abuelo. Iban juntos del brazo los dos tan peripuestos.

—No, no, me refiero a otro hombre. Así como inglés, con cabellos rubios. Alguien que usted recuerde con pinta de americano, o inglés.

—Yo no distingo nacionalidades. Pero ninguno con pinta de extranjero, si es a lo que se refiere. A su abuela yo siempre la vi sola. Aunque, si me tira de la

lengua, al que vi alguna vez muy acompañado fue siempre a su abuelo. Tenía cromos de todos los colores.

—¿Qué está diciendo?

—Bueno, por eso soy portera. Hago mi profesión con todas las cualidades de las que nos tachan los mal hablados. —Y añadió—: Su abuelo era lo que se dice un picaflor. Siempre iba en busca de miel al panal.

—Qué asco. —Y añadió—: Perdón por mis palabras. Pero me da rabia, porque debió de dar una mala vida a mi madre también. En mi casa nunca se ha hablado de esto.

—Bueno, su madre, puedo decirle que siempre la vi feliz. Bajaba y saltaba las escaleras como una colegiala y cuando veía a su padre se escondía. Ella es algo más mayor que yo, pero aparentaba menos. Siempre cantando raro.

—Me hubiera gustado verla por una rendija —dije enternecida.

—Se parece a usted. O, mejor dicho, usted se parece a ella. Ponía la música rara a todas horas y a veces cogía un cepillo de pelo y hacía que voces.

—¿Mi madre?

—La música ratonera se escapaba por el patio interior y nos atronaba. Pero eso, claro, mientras su padre no estaba en casa.

—Creo que se equivoca. Mi madre detesta la música. Jamás la escucha.

—Pues no sería entonces. Adoraba la música. Siempre cantando con su amiga Pilar.

—Cuando dices, Josefina, que cantaba raro, ¿a qué te refieres?

—Pues raro, yo no entendía nada.

—¿Quieres decir en otro idioma?

—Sí, sonaba a eso. Ahora lo escucho más. —Y añadió—: Siempre se la veía con los discos debajo del brazo y cantando con su amiga Pilar. Esta la venía a buscar y se escapaban juntas cuando tu abuelo se iba al cine o al teatro.

—No conozco a Pilar. Ahora mismo mi madre no tiene ninguna relación con nadie de su pasado.

—Busque a Pilar, busque. Y quizás ella pueda contarle cómo era su madre. Creo que le sorprenderá.

—Gracias, Josefina. Estoy intentando averiguar algo de mi abuela, y ahora mismo no tengo tiempo de meterme en historias de adolescencia de mi madre y sus amigas.

—Quizás acercándose a su madre descubra algo de su abuela. Hay historias pendientes que abren otras.

Otra que utilizaba el término de mi fantasma. Parece que últimamente todo me

llevaba a él. O quizás yo me dejaba caer por esos hilos enredados.

—Josefina. Una última cosa, ¿sabes en qué colegio estudiaban?

—Hija, yo no soy la KGB. Tendría un sobresueldo.

—Gracias, has hecho mucho por mí.

—Busca a Pilar. Esa viborilla de niña tiene que saber muchas cosas. Y quizás le acerque al inglés rubio. Y, por cierto, si tiene un nieto, acérquemelo a mí. Me gustan jóvenes.

—Lo tendré en cuenta.

Salí de allí aturdida. Nada del inglés y con una imagen de mi madre que me trastocaba por completo. A día de hoy, mi sombrero marrón era mi unión con ella. Y quizás me hacía pensar que hace muchos años no hubiera necesitado aquel sombrero. De camino a casa un golpe a la cabeza me llegó en seco, como una pieza de puzle que faltaba por encajar.

¿Y si mi abuela estaba viéndose a escondidas con aquel inglés? ¿Y si años más tarde tuvo una hija? ¿Y si esa era mi madre? ¿Y si yo era nieta del inglés?

Tengo ganas de llegar a casa y contárselo a Sebastián. Abrí la puerta y sin quitarme la cazadora le dije:

—Por mis venas corre sangre inglesa.

—¿Qué estás diciendo, Belma?

—Mi abuela Anastasia estaba viéndose a escondidas con aquel inglés y tuvieron a mi madre. Y esa nota que he encontrado en el chifonier es la prueba de su amor.

—Calma. Luego dices de mí y mis pajas mentales.

—Lo he comprobado con la portera de aquella casa donde vivieron.

—¿Ah, sí? Te ha dicho que los vio retozar en el descansillo.

—No exactamente.

—¿Que les vio entrar con el capacho juntos en casa después del nacimiento?

—Bueno, así no.

—Belma, despierta. Nosotros hilamos nuestras historias.

—Que no, que hay historias pendientes en la vida de nuestros antepasados. Y nosotros así resolvemos las nuestras.

Sebastián cogió una silla y se sentó a caballito. Puso los antebrazos en el respaldo.

—Quiero contarte lo de la canción. Está quedando increíble. Cuando la terminemos, se la pasaremos a él para que la escuche. Esa chica va a flipar con los acordes que le estamos metiendo.

—Vaya, me alegro. ¿Sabe el chico que ya tienes compositor?

—Sí, está muy contento. Se fía de mí. Y bueno, esperemos que salga todo bien. Lo que denoto cuando me habla el chico del Twitter es que siente que la canción va a tener mucha viralidad porque pertenezco a Abril Producciones.

—¿No me digas que no le has dicho nada?

—No he tenido valor. Necesito que el sello me cubra las espaldas de cara al otro.

—Eso denota cobardía, Sebastián.

—Nadie es perfecto.

—Debes decírselo.

—El día que dejes a tu madre tranquila con su vida.

Detestaba cuando jugaba a pedirme algo a cambio. Cómo le gustaba hacer eso. Era el mejor haciéndolo. El más retorcido de todas mis parejas. Quizás era el más inteligente.

Le dije que fuera subiendo a dormir. Yo tenía que buscar algo de información de mi abuela. Abrí mi caja de fotos revueltas, donde se mezclaban las de mis hermanas con nuestros rockies y la foto de mi madre junto a mis abuelos en El Retiro. A mi abuelo ya no le veía igual. Es increíble cómo la imagen que tenemos de una persona puede irse por tierra por la historia que te cuenten de él. Entonces descubrí su rictus serio, algo que nunca había deparado antes.

Di la vuelta a la foto. Y vi el nombre del fotógrafo: Estudios Bariego. Ya tenía un dato más. Seguro que eran los estudios oficiales de mi familia. Allí tendría que ir para buscar las copias de los contactos. Y ver si en ellos me daba una pista que me llevara al rubio inglés.

Estaba exaltada y a la vez temerosa de encontrarme con la historia de mi abuela.

Esa noche no pude dormir. Soñé con los cajones del chifonier. Cada uno se abría en mitad de la noche y volaban pistas que yo tenía que ir reconstruyéndolas.

Por la mañana, Sebastián me tenía preparado el desayuno. Bajé con el pijama y con cara de sueño. Me había comprado el periódico y cuatro churros.

—Gracias, Sebastián.

—Siento lo de ayer.

—Ya está olvidado. De verdad. Creo que los dos tenemos un carácter muy fuerte y es lo que hace que a veces no nos entendamos.

—No quiero que te vayas a Grecia.

—A mí tampoco me apetece, Sebastián. Pero tengo que ir. No están las cosas ahora para decidir.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de una semana. Pero antes de que nos demos cuenta estaremos juntos.

Sebastián bajaba la cabeza buscando mis manos. Besaba cada punta de mis dedos y me los apretaba con fuerza. Nunca me sentí tan querida. A veces me llegaba a odiar por no poner las cosas fáciles.

—Hoy me trae el compositor algo de la canción escrita.

—¿Tan rápido? Debe de ser un tipo bueno.

—Sí, dice que tiene algo escrito y que puede servirnos.

—Qué bien, así pronto empezarás a rodar con tu nuevo trabajo.

—¿Te preocupa eso, verdad?

—No, no es eso. Tengo miedo. Me da miedo que dejaras todo de lado para meterte y empezar desde cero cuando ya tenías algo estable.

—Los miedos son para los cobardes.

—Y para las novias de los valientes —dije riéndome.

En ese momento, no noté en su cara ni una sonrisa. Creo que no le había sentado muy bien. Creo que nos vendría genial ese viaje, para pensar en nosotros.

Hoy quería ir primero a los estudios de fotografía Bariego. Había visto que estaban ubicados en la calle Mayor en el primer piso. Así que me dirigí allí, con la esperanza de encontrar la llave que abriera el corazón de mi familia.

—Hola, buenos días.

—Siento decirle que abrimos a las diez. Ahora estoy ordenando los archivos digitales y no voy a poder atenderla.

—Llevo un poco de prisa, ya que trabajo, y si lo dejo para el final de la jornada me temo que habrán cerrado. ¿Podría hacer una excepción?

—A ver, ¿qué desea? ¿Alguna foto de pasaporte?

—Vaya, tengo cara de viajera. No exactamente.

—¿Entonces?

—Tengo esta foto —dije abriendo el bolso.

La saqué del bolsillo. Y le di la vuelta.

—Sí, esta foto seguro que la hizo mi abuelo. Algunas familias contrataban sus servicios y acudían a sus eventos familiares.

—Me gustaría encontrar más fotos de la familia Azcárraga, algún otro dato, o bien fechas, negativos, contactos, si los apuntaban en algún cuaderno.

—Eso supone mucho trabajo. Estoy digitalizando todo, y no sé cuándo podré llegar hasta las tuyas, ni si estarán. Estos estudios sufrieron un pequeño incendio en los setenta e hizo que se perdiera mucho archivo fotográfico.

—¿Podría mirarlo ahora?

—Puedo mirar en aquel mueble. Mi abuelo ordenaba todo alfabéticamente, en ese mueble estaban los archivos mejor conservados.

Con la camiseta por fuera y los vaqueros caídos. Golpeó el mueble y extrajo el archivo. Chupó los dedos pulgar e índice y comenzó a buscar entre todas las fotos.

—Azcárraga, ¿no?

—Eso es.

—Aquí tengo una foto.

La foto era de mis abuelos junto con mi madre en El Retiro.

—Vaya, esta es la que tengo, es la repetida.

—Claro, nosotros nos quedábamos siempre con una copia.

—Vaya, ¿y no tiene ninguna otra?

—Lo siento. Me está hablando de hace muchísimos años, y no es fácil.

—Bueno, ha sido muy amable.

—De todas maneras, déjame un móvil, por si acaso viera algo en este tiempo.

Sacó una hoja sucia y arrugada y apuntó con un lápiz mi número de teléfono. Tuve la misma sensación que cuando dejas un currículum y sabes que acabará olvidado en algún cajón. Esa puerta estaba cerrándose en mi cara.

Capítulo 17

Me senté en el sofá de casa y volví a releer la nota encontrada en aquel chifonier. Me zambullí en cada palabra.

Somewhere in her smile she knows that I don't need no other lover.

Empecé a pensar que él también estaría casado, y que se verían a escondidas en aquella librería de la calle Arenal. Me parecía una historia fascinante, tremendamente peligrosa y a la vez tan repugnante como quien descubre un secreto inconfesable. Un montón de sentimientos dispares se quedaban prendados en mí.

Unas llaves se oyeron. Era Sebastián. Subía la bicicleta a casa. La última semana habían robado mucho en la calle.

—Ya estoy aquí.

—¿Qué tal? Tienes endibias con atún en la nevera.

—Qué ricas. Gracias, cariño.

—¿Tenéis la canción?

—Todavía es pronto. Le está dando forma. La verdad es que es un creador bestial de letras. Me da mucha pena porque es un tío que se lo curra, y sin embargo no lo ha tenido nada fácil. Muy pocas audiciones y diez puertas cerradas en el último año. Ha estado durante dos años en Londres cantando en el metro de Candem.

—A mí me da mucha lástima. Mi expareja se dedicaba a la música. Y era tremendo. Por más que se dejaba la piel, era imposible que llegara a algo.

—Tienes que entenderme, Belma. Estoy aquí por todos esos chicos a los que se les cierra una puerta. Intento encontrar la oportunidad perdida.

—Si lo sé. Y, por eso, hay a veces que te mataría, y otras que me enamoras.

—¿Y cómo hago para equilibrar la balanza?

—Ven aquí.

Le cogí de la mano y le tumbé en el sillón. Todo en aquella casa era tan reducido. Sus piernas salían por fuera y se daban contra la pared. En esos momentos en los que todos los recovecos de nuestro rincón quedaban cubiertos por nosotros mismos abrazándonos, en los instantes en los que me aseguraba que el aire que respirábamos era único para nosotros, en esas precisas situaciones

adoraba aquella casa tan minúscula.

—Desde que vivimos juntos lo hacemos mucho menos.

—¿Sí? —dijo sorprendido.

—Yo creo que sí. Venimos como más cansados. Y bueno, ayer leí en una revista que la media está en cinco días a la semana. Y no paro de pensar que nosotros no cubrimos la media.

—A la gente le encanta exagerar las cosas, y más sin son de cama.

—Puede ser. Pero siento que, si descuidamos esa parte, un día el amor se irá por la ventana.

—Me haces mucha gracia, Belma. Eres tremendista para todo. En la vida hay grises. Hay rachas. Subidas y bajadas. Incluso sumersiones.

—Vaya —le dije, mirándole embelesada.

Toqué su pelo revuelto y le dije:

—Te lo tienes que cortar.

—Me gusta mucho cómo me queda.

—A mí no, Sebastián. ¿Lo harías por mí?

—Te voy a decir una cosa, Belma. El convivir no va a hacer que yo cambie mis costumbres. Soy como soy, y eso es algo que no es negociable.

—En el fondo, quería que me dijeras eso.

Esa noche nos amamos como hacía mucho tiempo. Dormimos hasta abrazados. Sentía su cuerpo pegado al mío. Una sensación de protección impagable.

Por la mañana desayunamos juntos en el bar de la esquina. Ya solo quedaban cuatro días para irme a Grecia, y parecía que queríamos aprovechar cada momento para estar juntos. Un tiempo separados forzaría el pensamiento de las carencias. Creo que a los dos nos aterrorizaba perdersenos.

Cuando has sufrido en el amor, valoras todo mucho más e intentas que cada detalle se eleve al cuadrado para llenar la mochila de firmas por ti.

Me despedí con un beso y me llevé pegada una miga del bollo que estaba comiendo. Lo cogí y me lo comí. Era algo de él en mí y me gustaba la idea.

Cuando iba a meterme en el coche, una llamada me dejó sorprendida.

—¿Belma?

—Sí, soy yo.

—Mira, soy el chico de Bariego. He encontrado unas siete fotos más.

—Voy para allá.

—Sí, ven antes de las diez, porque hoy tengo sesión fotográfica en Aranjuez.

—Sí, claro, no tardo nada.

En veinte minutos me planté en los estudios fotográficos. Volví a subir en el ascensor de hierro. Allí estaba con un taco de fotos prendidas en un lazo blanco.

—Tenemos un trastero, y subí a por más cajas de fotos.

—¿Has ido a propósito?

—Bueno, sí... bueno... no sé si algún día podías tomar algo.

—Si te digo que tengo pareja, no recuperaré las fotos, ¿verdad?

—No, no soy tan cruel. Son tuyas. Yo no las necesito.

Comencé a pasar las fotos. Todas las niñas uniformadas en el colegio.

—Estas no son de mi abuela. Es mi madre en el colegio.

—Es lo único que tenemos. Mi abuelo tenía algunos colegios concertados donde acudía a hacer las fotos. Por detrás de esta aparece Colegio de Sagrado Corazón, estaban guardadas como copias de Azcárraga.

—Te estoy muy agradecida. A veces tengo la sensación de que el destino me lleva a mi madre y no a mi abuela. Debe de sonarte a una locura todo lo que te digo.

—Espero haberte ayudado. Ahora me tengo que ir, porque llego tarde.

—De verdad, muchas gracias. ¿Qué te debo?

—Nada. Son fotos que, para mí, no son importantes. Y además en todos estos años nadie las había reclamado.

Bajé las escaleras corriendo, estaba muy nerviosa para esperar al ascensor. Llevaba en el bolso las fotos de mi madre y sus amigas del colegio. Seguro que, entre todas esas fotos, estaba Pilar. Ahora tendría que buscarla. Quizás ella sabría algo más de mi abuela y aquel inglés. Estaba muy espídica. Parecía que había bebido un Red Bull.

Salí hacia la oficina, tenía una llamada pérdida de mi jefe. En el camino, Marcos me llamó y me dijo que no había tiempo que perder.

Abrimos el despacho y allí estaba con nuestros billetes.

—Salís el jueves próximo. Os alojaréis en Atenas, en el hotel Acropolis Select. Compartiréis habitación. No creo que haya ningún peligro —dijo con una carcajada histriónica.

Nosotros no le seguimos en el chascarrillo fuera de lugar. Tomamos los billetes y nos miramos. Ya no había vuelta atrás. Los dos mosqueteros de nuevo juntos observando la ciudad.

Solo tenía un par de días para encontrar a Pilar y poder atar los hilos sobre mi abuela.

Busqué con Google el teléfono del colegio. Me dijeron que las horas de tutorías eran dos días a la semana a las once. Lunes y jueves. Concerté una cita

con la secretaría para el día siguiente. Quizás me pudieran dar el teléfono de alguna profesora jubilada que hubiese tenido mi madre. Dudo que alguna siguiera en activo.

Marcos me seguía.

—Ya no nos queda nada para llegar a Atenas.

—La verdad, Marcos, es que me apetece mucho. Creo que, aunque trabajemos, nos dará tiempo a hacer algo de turismo.

—Sí, y quién sabe, quizás allí alguien hace tambalear mis cimientos.

Nos tomamos una cerveza rápida y nos fuimos a hacer fotos por Lavapiés. Las ropas colgaban de los balcones, y un sabor nostálgico se coló por mi objetivo. Con mi mente pasee por las barandillas de los balcones y recordé el pasadizo de San Ginés, aquel rincón donde mi madre jugaba cuando era pequeña. Y de pronto mi fantasma se coló por ese pasadizo. Recordé cuando Marcos me dijo que le pareció ver a mi fantasma cantando *La primavera que mataste*. Anduve por la calle con la mente volátil, los nervios agolpados en mi estómago, y un amargo sabor a culpabilidad que brotaba según le buscaba en cada esquina. Frené en seco. Sentí la frialdad de la ausencia. Y entonces una colección de imágenes dispararon sin piedad contra mí. Cada una de ellas hacía que se encogiera mi estómago como el cuello de una paloma retorcido por un cazador.

La primera era en la Casa de Campo, la primera vez que me regaló una pulsera hecha con un montón de chapas de cerveza. Sé que a Paris Hilton esto le hubiera horrorizado, pero a mí me pareció el detalle más tierno del mundo. Me la hizo en ese mismo momento, con las chapas que andaban por el suelo. Dejé que me la pusiera y después sonreí como quien se pone un diamante. Nunca he podido tirar esa pulsera. Creo que los recuerdos son imborrables, deben permanecer junto a nosotros.

Luego me deslumbró el fogonazo de una imagen, cuando en la cama, desnudo, me cantaba por Nacho Vegas. Y me decía que los problemas son ecuaciones que siempre se resuelven.

Me viene la imagen de aquel verano, los dos tirados en el coche aparcado junto a la iglesia de San Francisco, para mí, la catedral de Madrid. Yo tumbada sobre sus muslos. Él acariciándome el pelo y tarareando una nueva canción por componer. Una sensación, más que brutal, que da patadas queriendo salir de mi mente. Como una canción de Janis Joplin ante 25.000 personas.

La voz de Marcos me atascó el carrete de recuerdos.

—Nos metemos por la calle Sombrerete y cogemos una panorámica de la biblioteca.

—Claro, vamos allá.

Hice las fotos en batería, como un autómata que ya no quería pensar. Salí de allí y me fui hasta Tirso de Molina, donde acabamos la jornada. Nos despedimos y me fui a buscar a Sebastián.

Lo encontré en el bar de enfrente de mi casa. Había hecho de aquel rincón su lugar de trabajo. El camarero nos sonrió al despedirnos.

—Mañana, ¿a qué hora abrimos?

—Llegaré sobre las diez a la oficina —dijo Sebastián con sarcasmo.

Salimos de allí y nos fuimos a pasear por el Palacio Real, llegamos andando hasta Rosales. Durante el paseo, Sebastián me contaba los avances de la canción.

—La tenemos. Casi está, Belma.

—Qué bien.

—Sí, falta empastarla bien, con algún sonido de fondo, quizás unos coros, o qué sé yo. Es un crack con la composición este tío.

—Me encantaría conocerle. Y, no sé, poder escuchar la canción.

—Qué va, no podrá ser. Es un tío muy raro, la verdad. Tan pronto está aquí como viaja de un lugar a otro. No sé de dónde saca tanto dinero para hacerse esos viajes.

—Vaya, de todas formas, esta semana es cuando me voy a Grecia.

—¿Sigues con eso?

—A ver, no es que siga, es que es mi trabajo.

—¿A que en el fondo quieres huir un poco? —me dijo mordiéndome el brazo.

—Eres tonto. Creo que nos va a venir bien a los dos. Tomar algo de aire.

—¿Me echarás de menos?

—Claro que sí. Todos los días sabrás de mí. Todos los días haré las fotos pensando en ti.

—Falsa.

—Te quiero, Sebastián.

—Yo, mucho. Siento, de verdad, que veas mis comienzos. Yo sé que ya tendría que estar estabilizado, pero sentía la necesidad de despegar por mí mismo, avanzar siguiendo mis propios criterios, pero respetando mis valores.

—Lo sé. Es una ecuación difícil esto del trabajo, el amor y los valores.

—No contábamos con tener todo revuelto.

—Si acaso, con revolcarnos —dije divertida.

Sebastián me cogió del hombro y paseamos por las calles de Madrid sin ninguna prisa por llegar a casa. Descubrimos que la luna llena parece que juega con el dedo de uno de los reyes godos de la plaza de Oriente, una pelota sobre el

índice de un rey.

Capítulo 18

A las once pude escaparme del trabajo e ir al Colegio Sagrado Corazón. Me dirigí con la emoción de quien va a encontrar un tesoro escondido a lo largo de años.

Subí las escaleras que indicaban la dirección de secretaría y llamé a la puerta.

—Buenos días, mi nombre es Belma Vento.

—Encantada, ¿en qué podemos ayudarla?

Con las manos temblorosas, abrí el bolso y mostré una foto amarillenta bañada en gelatina de plata.

—Me imagino que su madre está en alguna de estas fotos.

—Sí, esta —dije señalando orgullosa. Y añadí—: Pero no sé cómo decirles... Mi madre sufrió hace muchos años un virus que hizo que su memoria tenga muchas lagunas. Quiero encontrar a alguien de su adolescencia que me ayude un poco a conocer más a mi familia.

—Eso es muy bonito. ¿En qué año estudió su madre con nosotros?

—Busco la clase de 1954.

—Tenemos un archivo con nombres de todas las alumnas clasificados por clases. Aquí han estudiado personalidades importantes y tenemos que estar siempre actualizados. Por nuestras aulas han pasado juristas, economistas, filósofos. De algunos nos sentimos más orgullosos que de otros.

—Esperaré.

—Dame un segundo. Y vamos a bajar al archivo.

Unas escaleras de mármol blanco, con manchas finas negras, se deslizaban por mis pies. El nerviosismo iba creciendo. Mi madre estuvo allí estudiando. Miré a mi alrededor y vi las aulas, ahora llenas de nuevos alumnos. Seguro que ya no se parecían nada a las de ella.

—Si no te importa. Espera fuera un minuto.

Así lo hice. El minuto se convirtió en una hora de reloj.

Salió como el veterinario que ha estado diseccionando a un animal.

—Tenemos la foto que nos has mostrado. Por detrás vienen todos los nombres de las alumnas.

Me dirigí con el dedo a buscar el nombre que empezara por P. Y allí entre

todos apareció.

—Almudena Olivares, Gema María del Hierro, Dolores Linares. Aquí está Pilar Peralta.

—Ya lo tienes. Espero que te sirva para esclarecer algo de la vida de tu madre.

—Bueno, es más bien la de mi abuela. De mi madre conocemos todo.

—Bien, espero que tengas suerte.

—¿Puedo llevarme la foto?

—Eso está completamente prohibido. Son fotos únicas de archivo. Y solo podemos mostrarlas. No eres la primera que viene en busca de los orígenes de su familia.

Me despedí agradecida y me alejé de aquella muralla, que había permanecido cerrada durante tantos años para mí. Ahora, quizás, con el nombre de la amiga de mi madre, algo se podría abrir.

El sábado sería el día perfecto para empezar mis pesquisas. Tenía ya muy pocos días antes de mi viaje a Grecia para averiguar el gran secreto de mi familia.

Esperé los días con emoción hasta llegar al día de mi investigación. Me levanté muy pronto, y Sebastián me invitó a desayunar al ático de la tienda de Salvador Bachiller.

—¿Por qué me traes aquí? Yo ya tengo maletas compradas.

—Hay tiendas que esconden jardines secretos.

Y en efecto, llegamos hasta la cuarta planta. Y luego subimos por unas escaleras hasta el ático. Un invernadero repleto de buganvillas nos dio la bienvenida. Un moderno salón de té, tranquilo, decorado como un acogedor salón de tu propia casa, con macetas, pequeños árboles frutales, mesas y sillas en diferentes formas y colores, y todo ello elevado sobre una de las calles más transitadas de Madrid.

Elegimos un rincón que tenía un pequeño columpio, donde balanceábamos los últimos días juntos.

Pedí un té rooibos de choco-coco, y Sebastián se pidió un café. La camarera, vestida de azafata con un uniforme rojo, nos sirvió unas pastas de té.

—Espero que estén a gusto con nosotros.

—Muchas gracias —dijimos al unísono.

Sebastián sacó de la chaqueta el iPod y me puso uno de los cascos en el oído.

—Escucha. Ya tenemos solo el sonido de los primeros acordes de guitarra.

Sonaba fantástico. De pronto la piel comenzó a erizarse. Sentí un escalofrío. Creo que esa canción llevaba todo el amor a una gran desconocida. Cuando el

cantante iba a hacer su entrada, Sebastián dio al botón de *stop*.

—Bueno, quiero mostrártela cuando esté completa. Ahora, cuéntame, sigues segura buscando algo del inglés.

—Sebastián, a veces me da miedo contarte las cosas. Sé que no me apoyas en esto. Y bueno, también sé que es algo peligroso, que a estas alturas podamos desestabilizar a mi madre. Pero esto no es un capricho.

—Lamento ser duro contigo, cariño. Incluso que te sientas incomprendida por mí. He estado junto a vosotras en momentos muy difíciles. Hemos visto a tu madre caminar por la calle deambulando desorientada porque se había perdido del brazo de tu hermana. Acuérdate cómo corríamos aquel día desesperados buscándola y cómo al encontrarla no quiso venirse con nosotros porque no sabía quiénes éramos. Yo no quiero que la vida de tu abuela se convierta en aquel árbol caído que desencadene el descontrol en tu madre.

—Sebastián, te adoro. —Y añadí—: También debo pensar en mí. Amo a mi madre por encima de todas las cosas. Pero también sé que, por ese amor que le tengo, debo conocer su origen. Si es hija del inglés, creo que debe saberlo. Todos tenemos derecho a que nos muestren los secretos que otros nos escondieron. No es justo.

Sebastián removió el café con la cuchara. Y cogiéndome de la mano me dijo:

—¿Qué buscamos, Belma?

—¿Me vas a ayudar?

—Siempre lo he hecho.

—Busco a Pilar Peralta. La amiga de mi madre. Ella debe de conocer algo más. Mi madre le contaría algo, o lo quizá viera por ella misma: los secretos de mi abuela. Seguro que alguna vez la vio paseando con el inglés, en algún cine de sesión continua.

Sebastián sacó su móvil y comenzó a buscar por todas las redes sociales.

—No aparece. No es fácil.

—Es de la edad de mi madre, es difícil quizás que se mueva por redes.

—Dame otro nombre. No podemos centrarnos en una persona cuando tenemos que abarcar un gran secreto.

—Tengo una colección de nombres en casa. He dejado la foto en uno de los cajones del chifonier. En el 57. Creo que ese número me da suerte para encontrar todo lo perdido.

—Cuando vaya a casa buscaré más nombres. Y te prometo que daré con uno de ellos que te lleve a una pista. Quiero que hoy hagas una cosa, que te relajes, te vayas a un spa, que dejes flotar tu tensión, y cuando vuelvas a casa tendrás la

cena preparada y uno de los pivotes de tu gran secreto.

—Sebastián, he echado de menos a este chico durante estos meses.

—Yo también he echado de menos a la chica valiente y soñadora que conocí.

—Y añadió—: Dos amantes suelen desaparecer a la vez.

—Te quiero.

—Y yo mucho, mi pantera rosa.

Me fui a la calle Toledo, al spa Los Nogales. Por quince euros tenía una sesión de hora y media de chorros discontinuos por todas las partes de mi cuerpo. Hice el circuito de forma ordenada. Sobre todo me quedé más minutos en el chorro que incidía en el cuello. Allí pasé unas cuatro horas. Terminé en la habitación de las tumbonas. Miré al techo, lleno de estrellas iluminadas. Las que quise poner en el dúplex y a Sebastián le pareció que era una horterada. Pero, claro, a él no le parecía que lo era ese sillón roído por ratones.

Respiré dos veces. Y volví a escaparme con la mente. Esta vez a Atenas. Por primera vez pensé que vería en directo el Acrópolis. Toda la vida viéndolo en un libro y esta vez saldría de él para hacerse relieve.

Llegué a casa más que relajada. Con los pies medio dormidos y con la cabeza vacía de estrés.

Sebastián cumplió su palabra. Me preparó una tortilla de patatas, con cebolla, porque para mí sin ella es como una piscina sin agua. Junto a la mesa, había un teléfono con un nombre: Amelia Bustos.

—Lo has encontrado.

—Te lo dije. No ha sido fácil. Pero como el mundo es un pañuelo, resulta que su hija trabajó conmigo en producción.

—¿Qué dices?

—Todos estamos conectados.

—¡Qué fuerte! —Y añadió—: Voy a llamarla ahora mismo. Déjame sola. Estoy muy nerviosa.

—Aprovecho para bajar la basura.

Dio dos tonos y enseguida lo cogió.

—Quisiera hablar con Amelia Bustos.

—Sí, soy yo.

—Perdone, que la llame a estas horas. Soy Belma Vento. No me conoce. Soy hija de Carmen Azcárraga.

—No me digas... no me digas... ay... no me digas. —Amelia se había

quedado en un bucle.

—Bueno, no quiero importunarla. La llamo porque estoy intentando encontrar a la que creo que fue la mejor amiga de mi madre, Pilar Peralta.

—Hace diez años, intenté hacer una cena, y fue imposible localizarla. Y a tu madre tampoco.

—Usted quizás me pueda ayudar. ¿Iba mucho con mi madre fuera de las clases?

—Nunca. Yo vivía en las afueras y se me hacía muy tarde.

—Vaya, qué complicado es buscar algo cuando lo deseas con fuerza.

—Y ahora. Dime la noticia cuanto antes. Tu madre falleció, ¿verdad? —dijo con voz temblorosa.

—¡Oh, no! Mi madre vive. Lo que pasa es que sufrió un virus, y hay una parte de su pasado que no puede llegar a recordar. Desde hace años está con un tratamiento neuropsicológico que al menos le ayuda a paliar los efectos.

—Lo siento mucho. Dejé de ver a tu madre y a Pilar cuando estas empezaron la universidad. Yo me quedé al cuidado de la floristería de mis padres y no pude estudiar.

—Mi madre nunca fue a la universidad. Creo que se está equivocando.

—Sí, claro que fue, sino que se lo digan a Josele, el hijo del pescadero. Creo que fue cuando dejaron de hablarse.

—Dígame a qué universidad fue. Yo no sabía nada de esto. ¿Y quién es ese tal Josele?

—No puedo decirte mucho, ya te digo que yo no salía con ellas. Tu madre siempre fue diferente a todas nosotras. No se dejaba llevar por aquella disciplina férrea que nos imponían. Josele te podrá contar más. La conocía bien.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Su padre tenía un puesto en el Mercado de la Cebada. —Y añadió—: Yo iba con ellos en alguna ocasión. Admiraba su decisión, su valentía y esa forma tan especial para ver lo que otros no distinguíamos. Eran demasiado rebeldes para mi padre.

—Gracias, Amelia. Gracias de corazón.

—Si yo no he hecho nada. Me alegra que tu madre esté viva. Cuando se muere alguien a quien conociste tan bien muere algo de tu pasado y parte de ti se va con él.

Colgué en estado de shock. Sebastián abrió la puerta y me encontró allí mirando un punto fijo de la pared.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre no es la que conocemos ahora.

—¿De qué hablas?

—Fue a la universidad. Y salía con el hijo de un pescadero.

—¿Antes, durante, o después de tu padre? —dijo sonriendo.

—Eres bobo. Tuvo una vida antes del virus. —Y añadí—: Ahora más que nunca, no voy a parar. Necesito descubrir la verdad. Quizás se volvió rebelde viendo a mi abuela tontear con un señor que no era su padre. Quizás mi abuelo no era el señor distinguido al que tanto parecían admirar todos. La portera me dijo que le gustaba tontear con otras mujeres. Desde luego mi madre se crio aparentemente en un hogar con cierta fortuna, pero ahora descubro que no es oro todo lo que reluce.

—O quizás era rebelde por sí misma.

Esa noche no pude pegar ojo. Solo me quedaban dos días para atar algo de la vida pasada de mi madre y descubrir la de mi abuela, en definitiva, conocer la verdad a través de una historia que cada vez se complicaba más. Una insignificante hoja amarillenta y quemada había dado paso a un tifón que amenazaba con destruir la estabilidad aparente que durante años mis padres había mantenido como la imagen de familia perfecta.

Había gente ahí fuera, en algún lugar, descansando, que sabía mucho más de mí de lo que yo o mis hermanas podíamos imaginar, y eso me quemaba por dentro.

El domingo lo pasé en casa de mi madre. Sebastián y yo fuimos a comer. Llevamos un brazo de gitano relleno de chocolate. Hablamos con Azucena y mi sobrino por Skype. La verdad es que fue una velada muy agradable, teníamos el portátil encima de la mesa, y así pudimos pasar una comida todos juntos. Hacía mucho que no hablábamos con ella. Nos contó cosas de Londres, de lo cambiado que estaba desde que fuimos.

Ayudé a Delia a llevar los platos a la cocina. Necesitaba estar a solas con ella. Allí me quité el sombrero marrón y lo dejé en una silla.

—Delia, ¿tú sabías que mamá pudo estudiar una carrera?

—No vayas por ahí. No hay necesidad de averiguar nada.

—¿Tú lo sabías?

—Yo no sé nada. Y, si ahora me disculpas, voy a llevar la tarta de manzana al salón. No quiero que se enfríe.

—Sale de la nevera —dije enfadada. Notaba puertas que se cerraban a mi paso. Y, cuantas más cerraduras, más ganas me daban de abrirlas todas.

Tomamos el postre en silencio. Yo miraba a mi madre, no podía quitarle ojo

de encima. No me la imaginaba con el hijo del pescadero, viéndose a escondidas de mi abuelo. Ni siquiera me la imaginaba con otro hombre que no fuera mi padre.

Sebastián descubrió mis pensamientos, porque enseguida me quiso sacar de la casa. Sabía que con mi hermana Delia la conversación se hacía cada vez más tensa.

—Cariño, tengo que seguir con lo de la canción.

—Sí, nos vamos.

—¿Habéis traído coche? —dijo mi madre.

—Qué va. Sebastián tiene la genial idea de hacer ejercicio y tenemos un bono de bici eléctrica.

—Eso está muy bien, Sebastián —dijo mi madre mirando el pequeño lunar de su mejilla.

—Mamá, ya no nos vemos hasta dentro de tres semanas. Me voy a Grecia.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

No pude evitarlo y contesté como una rebelde adolescente que no ha salido de su casa:

—¿Y tú? ¿Y tú?

Sebastián me quitó el sombrero de un golpe y me empujó para que saliera sin mirar atrás.

—Nos vamos, hasta mañana.

En el ascensor, Sebastián me habló muy claro, como nunca lo había hecho.

—Como sigas por ese camino, puedes perderme.

—¿Es una amenaza?

—No, no quiero jugar a amenazarte. Simplemente, esa actitud intransigente y de tía caprichosa, sabes que la detesto.

—Lo siento.

—No debes pedirme perdón a mí. No te das cuenta que ella desconoce su pasado, ni siquiera reconocería el rostro de su madre. No puedes tratarla como quien conoce todas las cartas.

—Tienes razón.

En ese momento me desarmé y lloré, hipé como una niña en el descansillo de la casa de mi madre.

Sebastián me abrazó y me acurrucó en el lugar creado para mí.

—Ya pasó todo. Mañana ya trabajamos y nos ayudará a desconectar de todo esto.

Capítulo 19

Tenía una cita en una pequeña tienda de pianos y órganos. Entré con mi cámara al hombro, preguntando por el dueño.

—Eres la fotógrafa, ¿no?

—En efecto. Vengo a virtualizar su negocio.

—No estoy yo muy convencido. Pero les llamé porque un amigo les vio por el barrio de Lavapiés haciendo fotos en la calle y me dijo que sería interesante que mi negocio estuviera expuesto. Como ves, estamos en una calle muy pequeña y no es de paso.

—Haremos que sea de paso.

—He invertido en campañas publicitarias muy poco efectivas. Y me han dicho que Google fotos de negocios me hará crecer como empresa.

—No tengo ninguna duda.

—¿Para qué me va a servir?

—Ofrece una oportunidad increíble. Vamos a integrar de manera oficial su tienda de pianos en los mapas de Google. Cuando un cliente busque su empresa, va a saber dónde está el negocio. A cualquier hora y desde cualquier parte del mundo.

—Suena muy bien.

—Si me permite, voy a empezar.

—Claro.

Marcos me esperaba en la puerta con el coche, y me tocó el claxon.

—Fuera hay un coche con una gran cámara en el techo —dijo el dueño.

—Sí, es mi compañero. Trabajamos para Google Maps y Google Earth, para el servicio Street View. Intentamos hacer una visión completa de la ciudad, como si estuviéramos conduciendo.

—Me está convenciendo. La verdad es que mi amigo siempre me dice que quien no está en las redes no existe.

—Bueno, creo que esta afirmación es un tanto tajante. Pero sí estoy con su amigo en que, si tienes un negocio, debe estar visible en todos los rincones del mundo.

Terminé mi trabajo, le facilité mi tarjeta y monté en el coche con Marcos.

- Cada día te tomas más licencias para tu propio negocio.
- No es eso. Es que me pillaba de paso, por eso te llamé.
- Si a mí no me importa, sabes que te cubro bastante bien.
- Cómo suena eso, Marcos.

Los dos nos echamos a reír. Y bajamos por la zona de Río Madrid. Hicimos fotos por todo el paseo de Yererías y llegamos hasta el Matadero.

- Hay una exposición muy chula en la Casa de El lector sobre Cortázar.
- ¿Ah, sí?
- Sí, podíamos ir juntos.
- Ya tendrá que ser a la vuelta. No nos queda nada.
- ¿Vas a hacer algo especial estos días, Belma?
- Quiero cerrar un tema de la familia, y quizás podré irme más descansada a Grecia.

Marcos arrancó el coche y nos dirigimos a la Castellana. El tráfico era lento, y el aire cada vez pegaba con más fuerza. Tocaba hacer fotos a la Puerta de Europa. Más conocida como las Torres KIO. Dimos dos vueltas, entrando por la avenida de Asturias. Después de tomar varias panorámicas durante todo el día, nos dirigimos al centro.

- ¿Dónde te dejo, Belma?
- Quiero ir al Mercado de la Cebada.
- ¿Tienes algún cliente?
- Más o menos.

Ya no quería especificar nada sobre mi trabajo extra. No quería escuchar a nadie juzgándome por utilizar mi ojo de pez para observar el pasado de mi familia.

Me dejó en la Latina y fui andando hasta el mercado. Una señora subía por la rampa con su carrito lleno de fruta fresca. El olor a pescado invadía el mercado. Si iba por el lateral derecho, había tres puestos de pescados. Y si andaba por el lateral izquierdo, me asaltaban otros cuatro.

Así que, con la mente estresada por no saber qué hacer, pregunté al primer pescadero que vi.

- Hoy tenemos una pescaílla rica, rica.
- Perdone. ¿Es usted Josele?
- Si le digo que sí, me compraría, ¿verdad?
- No exactamente.
- Lo siento. Josele no me suena de nada. ¿Es pescadero?
- Sí. La pescadería era de su padre. Él trabajaba para él.

—Aquí hay doce puestos de pescaderías. Nos conocemos todos. Y Josele, ya le digo que no es pescadero. Vamos, que no le conozco, guapa.

Empecé a desanimarme, a sentir que sería buscar una aguja en un pajar. Hasta que un carnicero gritó:

—José Luis, ¿tienes cambio?

No había tiempo que perder. Era mi única oportunidad de que la vida me diera una sorpresa.

—Perdone, ¿es usted Josele?

—Así me llamaban cuando era chico. Ya soy un tipo con canas, respetable, y pasé a José Luis. Como cuando los Pacos pasan a ser Franciscos. Hoy tenemos unos gambones traídos de la Lonja que están muy frescos.

—Ponme medio kilo.

Aproveché para comprar. Creo que, si lo hacía, quizás él se fuera relajando y, poco a poco, podía entrar en conversación.

Mis ojos se posaron en la pared. Allí había tres niños pequeños con tres chinchetas de colores.

—¿Son tus hijos?

—En efecto. El Caco, La Mari y El Guille. Ahí estaban muy pequeños, ahora son unos zánganos. Ninguno quiere llevar este negocio. —Y añadió—: Y mira que yo trabajé aquí codo con codo con mi padre. Pero, ya sabes, los chicos de ahora, pues prefieren temas de Internet y cosas así.

—Es una pena. ¿Vivías por el barrio?

—Ahora vivo en Aluche. Pero toda la vida viví en la calle Biombo. Recuerdo esos años de corretear por las calles y tu padre dándote una azotaina porque llegabas tarde.

—José Luis. No sé cómo preguntarle algo.

—Pues ataca. El que se queda con la información para adentro, muere con ella. —Y añadió—: Eso decía mi padre.

—Yo me llamo Belma Vento. Mi nombre no le dice nada. Pero, quizás, si yo le digo el nombre de Carmen Azcárraga.

José Luis comenzó a no atenderme, removía el pescado de forma nerviosa y se secaba el agua que se escurría del hielo en su delantal verde oscuro de rayas marrones.

—¿Alguna cosita más?

—Soy hija de Carmen.

—Ahora que lo dices, tienes un cierto aire. Aunque ella era más guapa. Ella tenía la pose de una chica que se comía el mundo.

—Mi madre no es la que conociste. Sufrió un virus debido a una meningitis mal curada y, ahora, se puede decir que todo lo que ve, lo ve por primera vez.

—Siento muchísimo lo que me estás contando. Yo hablaba con tu madre cuando éramos jóvenes. Ya sabes, íbamos de vez en cuando al cine con carabina y nos unía la misma pasión. La música. Todavía recuerdo aquellas tardes en El Retiro...

—No llego a entender. Creo que os podéis estar equivocando de persona. Mi madre no escucha música, la detesta. Le produce mucha alteración...

—Eso no sería antes. —Y añadió—: Trabajé miles de horas extras con mi padre para reunir dinero para regalarle un pick up, un tocadiscos. Y así podía pasar más horas con ella.

—Eso es muy bonito.

—Adoraba a tu madre. Sentía que nos casaríamos...

—¿Y qué pasó?

—Quizás nuestras clases sociales diferentes. Pero creo que eso no fue el impedimento. Tu madre era tan fuerte, tan sumamente independiente, que eso se lo hubiera saltado.

—Estoy intentando acercarme a contactos de mi madre porque voy en busca de la historia de mi abuela.

—Yo no te puedo contar mucho.

—De verdad, todo lo que me cuentas me está siendo de gran ayuda. Me estoy dando cuenta de que desconocía por completo la vida de mi madre.

—Pasé años sumido en una tristeza. Yo la quería tantísimo, pero ella no debió de corresponderme así.

—No digas eso. Seguro que mi madre te quiso.

—Mira, recuerdo que un día la llevé a la Pelouse, aquellas carreras de caballos en el hipódromo. Entre carrera y carrea le daba la mano. Y a la salida le regalé un disco que traje del mercado negro. A partir de ahí, la empecé a ver menos. Hasta que un día su amiga Pilar me dijo que no la llamara más.

—Tengo que encontrar a Pilar, como sea. ¿Sabes dónde podría localizarla?

—Se fue a vivir a Santorini.

—¿A Grecia?

—Eso ya no te podría decir. Montó un pequeño hotel. Alguna vez la he visto por el barrio. Viene para ver a sus sobrinos. Hace dos años o más que no la veo.

—Yo voy a trabajar allí durante tres semanas. Quizás podría localizarla. ¿Tienes algún teléfono?

—No, lo siento.

—¿Te gustaría ver a mi madre?

—No creo que sea bueno. Quizás ella me vea con los ojos de la primera vez, y yo siempre la veré con los ojos de siempre.

—Te entiendo. Soy muy impulsiva. Quizás a ella le pudiera traer recuerdos. Hay personas que logra reconocer. Y otras que deja que el olvido las borre.

—Además, a mi mujer no creo que le hiciera mucha gracia. Siempre le dije que fue mi amor de juventud.

—Lo entiendo. No hace falta que le digas que nos hemos visto.

—Gracias, Belma. Por los gambones.

—Los hago a la plancha, ¿verdad?

—Sí.

Capítulo 20

25 de diciembre de 1962

«La nieve llegó a Barcelona de una situación marcadamente del N-NE que evolucionó rápidamente...». Las noticias se escapan en blanco y negro por el televisor de los Azcárraga. Carmen aprovecha para colocar el belén mientras su padre comenta la gran nevada.

—Barcelona no es una ciudad de nieve —categoriza mientras se ata el cordón de un zapato. —Y añade—: Como no lo resuelvan pronto, el comercio va a caer durante la semana.

Carmen, después de colocar el belén, ayuda a su madre a traer algo de mazapán y ponerlo en una bandeja de cristal.

—Papá, quiero hablar contigo.

—Ahora estoy viendo las noticias. Luego en la cena.

Carmen está inquieta, su corazón se agita como el vinilo que da vueltas. La criada trae la lombarda a la mesa. Todos se levantan y se dirigen a sacar las sillas de respaldos altos.

Durante la sobremesa, Carmen sabe que es un momento ideal para hablar de sus planes de futuro.

—Papá, ¿has vendido muchas camisas hoy?

—Me tienen que pasar los informes. Pero parece ser que este año ha sido muy bueno en venta, así que hoy lo celebraremos como es debido.

Anastasia, su mujer, le escucha sin mediar palabra. Asiente con la cabeza y sonrío a su marido.

Carmen habla y habla alrededor de temas interesantes para su padre. Pero pronto soltará la bomba. El sueño que lleva tiempo planeando.

—Papá, quiero ir a la universidad.

Su padre enarca la ceja derecha y habla de forma categórica:

—Sabes que me encantaría que hicieras Medicina.

—Papá, mi sueño no es ese.

—Tú dirás.

—Quiero estudiar Filología Inglesa.

Su padre golpeó la mesa, y la lámpara se tambaleó.

—¡Ni hablar! Quieres entender a esos melenudos que cantan y que solo dicen sacrilegios.

—Papá, quiero aprender inglés porque siento que va a ser una lengua fuerte. Es una buena elección para mi futuro.

—Para mí, y lo sabes, estudiar inglés no tiene ningún sentido. Accedí a ponerte un profesor particular creyendo que apagarías tu curiosidad. Pero ahora dedicar cinco años de tu vida a malgastarlos con un idioma que no necesitamos en España, me llevan los diablos.

—Papá, por favor.

—Terminemos de cenar y no se hable más de sandeces.

Carmen, metió su cabeza en el plato y comió sin rechistar.

Su padre terminó con una copa de champán. Se levantó y dirigiéndose a todos dijo:

—Por la familia. Para que se mantenga siempre unida. Y Dios me dé la suficiente fuerza para llevarla por los designios que nos manda.

Carmen, después de brindar con agua, se levantó y dijo:

—¿Puedo ir a mi cuarto?

—¿Así es como celebras la Navidad con nosotros? —Y añadió—: Anda, ve a tu cuarto.

Carmen se encerró en su cuarto. Y lloró a mares. En esa casa se sentía ahogada, sin ninguna posibilidad de crecer. Su cabeza huyó a aquel guateque, y sintió la música hasta el fondo de su alma. Era lo único que la hacía libre.

Cuando ya no esperaba nada, su padre golpeó la puerta. Anastasia, con su mano blanda, había hecho que se acercara hasta ella.

—¿Podemos hablar?

—Claro.

Carmen se levantó y se secó las lágrimas como pudo. No podía darle la imagen de debilidad.

—He estado pensando lo de tu carrera. Creo que es bueno que estudies y te hagas una mujer de provecho para que cuando te cases sepas llevar una casa. Creo que con los estudios se adquieren muchas cualidades. Entre ellas, está la primordial, la voluntad. Es importante memorizar para luego recordar y saber organizar las cosas de un hogar.

Carmen empezó a ver la luz. Sabía que tendría que asentir y llevar la conversación por el lado de la casa.

—Además, papá, quiero terminarla. No quiero ser de esas chicas que

empiezan los estudios y luego se cansan o les resulta tan tedioso que no pueden seguir. Quiero ser una buena madre.

—Eso mismo he pensado. —Y añadió—: Como mamá me ha dicho, luego ejercerás con tu marido y con tus hijos. Uno debe formarse en la vida si luego quiere ser una buena madre.

—Por eso quiero hacerla. Y necesito tu aprobación.

—Tu madre me ha hecho ver cosas que yo no veía. Y, aunque no es la carrera que hubiese elegido para ti, creo que te servirá para formarte.

Carmen se tumbó en la cama y, al cerrar la puerta su padre, se puso de pie en ella y pegó dos saltos. Su único sueño ahora mismo era entender esas canciones que tanto la revolvían y la llenaban de fuerza. Quería comprender el mundo.

Capítulo 21

Subí al armario y cogí la maleta de colores, esa que se distinguía bien en la cinta transportadora. Me quedaba un día y medio para irme a Grecia.

Aprovecharía el día para hacer unas compras de última hora. Algo de pasta de dientes y un cepillo nuevo era fundamental para emprender el viaje.

Pasé por una pequeña tienda antes de dirigirme al supermercado, y en el escaparate vi un anillo con números romanos que me encantó. Me acordé de las veces que me decía Sebastián que quería que los dos llevásemos un anillo. No había mejor momento que un día como hoy. Iríamos a cenar para despedirnos y se lo colocaría debajo de la servilleta.

Entré en la tienda y dije:

—Me encanta uno de los anillos del escaparate. —Y lo señalé—. Quiero dos.

—¿Qué medidas desea?

—La mía es la 12. Tengo los dedos muy finos. Pero la de él... No sabría decirle...

—¿Sabe si su chico tiene el dedo como yo?

De pronto me enseñó una porreta llena de pelos alborotados.

—Es más fino, creo. No sabría decirle.

Necesitaba olvidar aquella imagen.

—Así es, muy difícil. Quizás tenga que llamarle.

Me salí fuera de la tienda. La sorpresa no iba a ser como quería. Pero es que nunca pasan las cosas como queremos.

—Sebastián. ¿Qué medida tienes de dedo?

—Qué pregunta. Ni idea. Solo sé que tu anillo me entra en el meñique.

—No quiero meter la pata. Ve a una joyería cualquiera y diles que te lo midan.

—¿Estás loca? Me da mucho corte.

—Puedes decir que tu chica está preparando las alianzas y necesitas saber tu medida.

—Oye, ¿no será una indirecta todo esto?

—¿Estás asustado?

Los dos nos echamos a reír. Aproveché para tomarme un café y esperar a que Sebastián me diera el número. No tardó ni veinte minutos.

—Lo tengo, soy el 16.

—Perfecto.

Entré y di de nuevo los números.

—Sabe que estos anillos están basados en un diseño de Tiffany —dijo el dependiente mientras preparaba las cajitas.

—No tenía ni idea. Si creyera en el destino, le diría que van mucho con nosotros. A mí me encanta *Desayuno con diamantes*, y a Sebastián le vuelve loco el compositor Henry Mancini.

—Nada es al azar. —Y añadió—: Por lo que veo, usted es el hombre de la relación.

—Vaya —dije divertida. Y añadí—: Bueno, yo creo que en una relación no hay etiquetas. Cada uno debe sorprender al otro.

Cuando salí con mi bolsita, sí que pensé que siempre era yo la que me adelantaba a las sorpresas. Y sentí algo de pique conmigo misma. No llegaba a rabia, pero sí algo de estupidez asumida por mi parte.

Llegué a casa y comencé a hacer la maleta. Tres semanas eran muchos días. Ropa para el invierno, ropa para el verano, ropa para la primavera. 4 biquinis, cuatro vaqueros. Tres vestidos, y uno de indecisión. Una camiseta con algo de humor y, por supuesto, el nombre de Pilar Peralta. Era difícil que se me olvidara, pero viajar con su foto me haría tenerla más presente. No sé cómo pude decir que no creía en el destino. Si todo lo que iba pasando en mi camino era este gritándome. Quizás, el haberle dado la espalda siempre, ahora hacía que se me hubiera revelado.

Sebastián llegó con la bicicleta a casa.

—¿Dónde está ese anillo alucinante?

—No te creas el señor del anillo. Primero, vamos a cenar.

—Vaya, yo que venía con la ilusión de ponérmelo ya.

—Tendrás que esperar un poco.

—Pues, si yo espero, tú deberás seguirme.

Sebastián me tomó de la mano y me llevó hasta la habitación. Corrió una de las mesillas y la colocó en un rincón. Allí había una pequeña trampilla. Se subió y logró abrirla de forma sencilla.

—¿Eso a dónde lleva?

—Espera y verás.

Desplegó una escalera en el aire y subió como un malabarista. Sin miedo a las alturas. Desde allí, me dio la mano y subí también.

Aparecí en un ático con ropa colgada de algún vecino.

—No podía ser todo perfecto, Belma.

—No tenía ni idea de que estaba esto aquí.

—Me di cuenta hace dos días. Y pensé que sería el rincón perfecto para nuestra noche de despedida.

En el suelo había puesto dos toallas de playa y un tupper con ensalada, algo de pavo y dos cervezas en una cubitera fría.

—Me encanta, Sebastián.

—Siento todo, mi carácter, todos estos días.

—Yo también lo siento. Desde que llegó el chifonier no he sido la misma.

De pronto, me abrazó y sentí que todas las estrellas iban de un lado a otro, mirando la escena.

Comimos algo de ensalada, nos comimos a nosotros y hablamos en el silencio.

—¿A qué hora sale tu avión mañana?

—Marcos me viene a buscar. Y cogemos un taxi.

—Os llevo yo.

—¿Mañana tienes mucho curro?

—Quiero digitalizar la canción. Ya la tenemos. Nos hemos tomado unas vacaciones. Cuando la tenga, te la mandaré. Quiero tu sinceridad.

—Siempre la tienes.

La cera de las velas caía derretida en el suelo.

—Va siendo hora de bajar a la realidad —dije sonriendo.

—Sí, vamos, Belma. No quiero que mañana andes agotada.

Sebastián levantó la trampilla y dejó caer la escalera. Bajó con firmeza y me ayudó a deslizarme por los escalones.

Aproveché que entró en el lavabo para colocar el anillo debajo de la almohada. Al cabo de unos minutos salió y quitó la almohada. A Sebastián le gustaba dormir sin ella.

—Belma. ¿Qué tenemos aquí?

Yo ya llevaba puesto el mío y se lo enseñé.

—Espero que te guste. Significa mucho para mí que lleves uno igual.

—Para mí es mucho. Cuando esté trabajando, jugaré con él y me acordaré de que, tan solo en unas horas, te volveré a ver.

Me abalancé sobre él y lo llené de besos hasta dejarlo K.O.

Nos pusimos el despertador a las seis de la mañana. A las nueve salía nuestro avión con destino a Atenas. La cuna de la civilización.

Ya no quedaba nada para encontrarme con Pilar Peralta. La mejor amiga de mi madre me acercaría a la mujer que una vez fue. La que soñó, y la que se quedó en el olvido.

Capítulo 22

3 de mayo de 1965

Josele recogió a Carmen en casa para llevarla a la carrera de caballos. Habían quedado en la puerta de las sederías Carretas. Algo retirado de su casa, para que nadie los viera.

—Creí que no vendrías.

—Es que no es fácil, Josele, dar la espalda a mi padre.

—Ayer me dijeron que le vieron con una señora rubia que no parecía tu madre.

—No quiero hablar de eso hoy. ¿Dónde me vas a llevar?

—Vamos al hipódromo. Hoy empieza la Pelouse. Y tengo ganas de que lo disfrutes a mi lado.

—Seguro que es divertido, Josele. Nunca he estado.

—Te va a gustar la carrera de caballos. Me han dado un chivatazo y dicen que Montecasino va a quedar el primero.

—Vamos, entonces.

Llegamos a las gradas. Josele, entusiasmado, llevaba unos prismáticos, mientras Carmen oteaba a las señoras que se acercaban con sus pamelas.

—Yo quiero apostar por Helsinki —dijo Carmen.

—Vaya, te gusta todo lo que no es de aquí.

—Para eso estudio inglés. Hay que internacionalizarse.

Josele llevaba en la mano una bolsa. No se despegaba de ella. Se quitó la chaqueta y la puso encima de las piernas de Carmen. Por debajo metía sus manos y buscaba las de ellas.

—Me gusta estar contigo, Carmen. ¿Te apetece que mañana vayamos al cine?

—Mañana han quedado los de clase, creo que van a ir a los billares.

—Vaya. Seguro que son tipos listos.

—En eso no te gana nadie, Josele.

Este se hinchaba como un pavo real. Al minuto sacaba un cigarrillo Rex.

—¿Sigues fumando? —dijo Carmen.

—Ya soy adulto.

—Anda, deja de fumar —le suplicó de forma cariñosa.

Salieron del hipódromo. Josele llevaba una bolsa de la que no se despegaba.

—Te he traído un disco del mercado negro.

—¡Qué dices!

—Creo que te van a gustar. Suenan diferentes.

—Muchas gracias, sabes que no hay nada que me haga tan feliz como un disco.

Josele mostraba a Carmen un nuevo mundo y eso quizás la distanciaría de él.

Capítulo 23

Atenas desprendía un calor infernal. El vuelo se hizo eterno, fueron cuatro horas y media sin levantarnos del asiento. Bajamos a tierra. El suelo desprendía lava, nuestros pies recalentados se dirigieron a buscar un taxi. Los turistas con sus maletas iban y venían esperando una cola inmensa. Por fin, desde la ventanilla, podía ver algo de Atenas. Infernal, edificios grises, tráfico intenso, y un sinfín de letreros ilegibles nos daban la bienvenida. La ciudad estaba viva, las gentes parecían amables, toda la ciudad bullía y nosotros con ella.

Llegamos al hotel, estaba muy cerca del Acrópolis, pero desde allí no podíamos todavía divisarlo.

Nos dirigimos a recepción, arrastrando un equipaje pesado. Parece que íbamos con la casa a cuestas.

—*Kalimera*. Tenemos una reserva hecha, a nombre de Belma Vento.

—Sí, les esperábamos una hora más tarde. Si lo desean pueden esperar aquí abajo en recepción. Están limpiando su habitación.

—Bueno, no hay problema. Si podemos dejar las maletas, daremos una pequeña vuelta. ¿La calle Plaka está cerca?

—Sí, muy cerca.

Plaka es la calle principal de Atenas. Dicen que quien ha estado entre sus calles y plazuelas no la olvida. Los turistas suben y bajan respirando el bullir de los colores de Atenas. A su paso, hay pequeños edificios con puertas neoyorquinas que se mezclan con casas en ruinas.

Es una calle que se encuentra a los pies del Acrópolis. Desde allí podemos divisarlo. Mis nervios aumentaban. Estaba pisando las huellas de un pasado imperial.

La calle estaba repleta de puestecitos. En algunos colgaban pequeños objetos similares a los rosarios.

—Quiero comprar uno a mi hermano.

—¿Es típico aquí?

—Mucho. Se llama *kombolói*. Dicen que todos los hombres lo llevan cuando van a tomar café o van en ferri. De esa manera la conversación fluye y ellos se distraen jugando con las bolas. Cada día hay más personas, incluso mujeres, que

los compran. —Y añadió—: Me gusta llevar siempre algo típico de una ciudad, pero que se aleje del típico souvenir.

—Son muy bonitos. Pero no veo a Sebastián con algo así. Creo que le compraré una camiseta con alguna frase de Sócrates.

—Sí, creo que le va mejor —dijo riéndose.

Seguimos andando y haciendo tiempo para volver al hotel.

Llegamos andando hasta el barrio de Monastiraki, donde paramos a tomar una cerveza fría.

—Esta noche podríamos cenar por aquí.

—Sí, me encantaría.

Al llegar al hotel subimos a la habitación. Todo estaba en su sitio, perfectamente decorado. Probé el colchón de la cama, es lo que me gusta cuando voy a un hotel. Detesto los muy duros y los muy blandos, deformación profesional.

Marcos se echó a reír cuando veía que de una de mis maletas saqué mi almohada Pillow.

—Sí, siempre viajo con mi mariposa. Se me cargan mucho las cervicales, y me dan miedo esas almohadas que parece que están hechas con piedras del camino.

—Eres una burguesita.

—Ya me dirás cuando estés días y días con un dolor de cuello que no puedes ni girarlo.

—Oye, por cierto, hay que llamar a estos y decirles que estamos aquí.

—Sí, aunque ya vamos mañana a la sede. Hoy me apetece día de relax.

—Claro. Bueno, voy a mi cuarto a darme una ducha.

Me dejó sola. Lo primero que hice fue llamar a Sebastián. Escuchar su voz a tan larga distancia me dio mucha nostalgia. La verdad es que siempre que voy a una ciudad nueva y él no ha podido venir, me da mucha pena porque me encantaría que viviéramos lo mismo.

—Sebastián. Ya hemos llegado.

—Te hacía antes. ¿A que ya has ido a ver la ciudad?

—Solo un poco. Perdona, es que hemos dejado todo y nos hemos ido a dar una vuelta.

—No pasa nada. No soy Gadget —dijo riéndose.

—Te echo de menos.

—Yo también, mucho. ¿Sabes? Ya tengo casi la canción. La he masterizado y ha quedado fantástica. A ver si la comprimo y te la mando al correo electrónico.

—¿Te he dicho que estoy muy orgullosa de ti?

—Lo sé. —Y añadió—: Cuéntame qué ves por la ventana.

Me dirigí hasta allí, descorrí la ventana y describí como pude.

—Veo la calle del hotel, es estrecha, podría parecerse a cualquiera del barrio de Lavapiés. Veo un grafiti con una catedral y una niña con ojos muy grandes.

—Pensaba que me describirías el Partenón.

—Siento decepcionarte, no tenemos buenas vistas.

—Vaya. Deberías exigir, cuando viajes con la empresa, que te coloquen en un lugar emblemático, para que no te cueste nada viajar.

—La próxima vez te llevaré a negociar con mi jefe, bastante que conseguimos convencerle para que nos diera habitaciones separadas.

En ese instante la puerta se abrió de golpe. Un tipo del hotel entró con la llave mágica. Estaba en sujetador y sin braguitas. ¿Por qué habría elegido ese atuendo? ¿Por qué no empezar quitándome lo de arriba? Muchas preguntas sin respuesta. Un grito y al suelo. El teléfono voló por los aires. Y la voz de Sebastián reptaba por el suelo.

—Cariño, cariño...

Después de hiperventilar doscientas veces, cogí el teléfono.

—Sebastián. Me acaban de ver como quien me trajo al mundo.

—¿Marcos?

—No, un tío con perilla.

—¿Te ha dado tiempo a vérsela?

—Ese verbo ahora no...

Sebastián se reía a carcajadas.

—Anda, baja a recepción y protesta como tú sabes.

—Ahora mismo me tiembla todo.

—Pero si has hecho nudismo conmigo.

—Pero no es lo mismo. Ahora soy textil en el hotel.

—Prejuicios.

—Así pensáis los tíos.

—¿Y ahora quién es la prejuiciosa?

—Tienes razón.

Cuando pude vestirme de nuevo, bajé y hablé en inglés para decir que no me gusta que entren sin llamar.

La recepcionista, con una sonrisa, me dijo:

—No volverá a suceder. Mi compañero entraba para revisar las habitaciones.

Con esa frase quiso dejarme tranquila. Estaba claro que la única manera de

calmarme era poner una silla pegada a la puerta.

Marcos golpeó dos veces y me dijo:

—¿Estás?

Abrí la puerta y le contesté:

—Venga, es que he tenido un pequeño percance.

—¿Solucionado?

—Hagas lo que hagas, ponte bragas.

Nos echamos a reír y salimos a dar una vuelta.

El atardecer llegó, los grados de calor disminuyeron. Los puestos de souvenirs iban cerrando sus puertas. Una turista regateaba en la puerta con una señora de moño tirante.

Cenamos en el primer restaurante que vimos. Nuestros pies estaban demasiado cansados para seguir conociendo la ciudad. Teníamos más días para disfrutarla y, además, mi cabeza estaba embotada, algo que no me hacía disfrutar plenamente de Grecia. Y era Pilar. Tenía que buscarla. Sentía que en cada esquina podía encontrármela. Nunca estuve más cerca de mi madre, como cuando mis pies pisaron Atenas.

Capítulo 24

La alarma de mi móvil sonó en mi oído como una chicharra gritona. Me desperecé como pude. Miré a ambos lados de la habitación y me di cuenta de que estaba a miles de kilómetros de mi dúplex.

Un mensaje en el móvil me sonreía con un icono de ojos en forma de corazón. Era mi Sebastián, que me daba los buenos días, con todos los emoticonos del mundo. *Qué despertar tan dulce* pensé entre sueños.

Me duché y elegí algo de ropa informal, con un toque elegante. No saber cómo va la gente a una oficina en otra ciudad me generaba ansiedad. Cualquier alteración en la vida rutinaria me producía siempre profundos dolores de cabeza y un agitado estado de nervios que era difícil de controlar.

Fui a buscar a Marcos, que todavía andaba remoloneando en la cama, y bajé al bar a desayunar.

Un bufé libre nos esperaba: fruta fresca, yogur griego y queso feta por todos los lados.

Desayunamos de prisa y cogimos un taxi que nos llevó hasta la plaza de Sintagma. El tráfico era denso. Los ruidos atronadores, pero los taxistas encantadores. En general, todos los griegos son hospitalarios y te abren sus puertas para que te sientas como en casa.

El taxista sabía español. Y comenzó a hablar con nosotros.

—¡Españoles! Me encanta que suban aquí en mi taxi y seguir practicando su idioma.

—Ya me gustaría hablar vuestro idioma como usted habla el nuestro.

—Es muy sencillo. Muchos jeroglíficos, pero al final es un juego de niños. Nuestros acentos son fuertes y se parecen. Una semana aquí y pronto hablarán como yo el español.

—Qué optimista —dijo Marcos.

—Por aquí encontrarán muchas clases gratuitas, sobre todo en los centros sociales del barrio de Exarchia.

—Sí, necesitaríamos un intensivo.

—¿Han venido de vacaciones?

—Por trabajo. Vamos a trabajar en la sede Google Maps.

—Interesante —dijo metiendo un frenazo. Y añadió—: Ya hemos llegado.

Parece que nos había dado solo una vuelta a la manzana. La verdad es que bajamos del taxi trastocados, desconocíamos si sabríamos volver a nuestro hotel.

Entramos en un edificio de oficinas y preguntamos en recepción. Nos dieron dos acreditaciones y nos llevaron hasta una pecera. Allí, como peces esperando nuestro plancton, nos preguntábamos qué sucedería.

Apareció un hombre regordete, con la camisa abierta hasta el pecho, un look demasiado informal, tanto, que hubiera jurado que acababa de salir de casa corriendo y no le había dado tiempo a vestirse.

—Les estábamos esperando. —Y añadió—: Abajo tienen el coche de empresa. Irán con ustedes dos compañeros nuestros. Necesitan que la formación se haga deprisa. Queremos que empiecen el lunes. Y así cada día irán formando a toda la oficina.

—¿A cuántas personas tenemos que formar? —dije asustada.

—Unas cuarenta y cinco —dijo rascándose la cabeza.

—Está bien, no hay que perder tiempo —dijo Marcos.

—Creo que necesitaremos hacer un seguro para el coche.

—No hay problema. Todo corre a cuenta de la empresa.

Bajamos las escaleras con dos chicos bastante desaliñados que apenas nos miraban. En la puerta nos esperaba un Nissan Micra de color verde manzana. Uno de ellos colocó la cámara en el techo sin apenas hablar.

Ellos se sentaron atrás. Y yo, como una madre que lleva a sus polluelos, les dije:

—Si os podéis poner el cinturón...

Ellos acataron las órdenes como parte del trabajo. Y arrancamos.

Nos dirigimos a la zona de Monsatiraki. Durante el trayecto, les explicaba en inglés y en español la forma de manejar la cámara.

Ellos miraban con el asombro de dos principiantes. Llegamos hasta la plaza de Monastiraki. Mientras yo les enseñaba todo el tema de obturación, uno de ellos nos iba diciendo que era la plaza donde se encontraba la mezquita Tzistarakis. La cámara iba señalando cada uno de sus objetivos.

—Qué pasada. Tenéis una ciudad muy bonita.

—Si os gustan los libros, ahí tenéis la biblioteca de Adriano.

—Yo leo cómics, el capitán Trueno es mi héroe —dijo Marcos riéndose.

Continuamos el camino dirigiéndonos a la calle Adrianou, una de las calles más representativas de Atenas. Llegamos hasta la estación del metro de Thisío y de allí fuimos a captar la calle Ermou.

—Aquí ya no vamos a poder captar nada más.

Ellos, con cara de pena, preguntaron por qué el trabajo se paraba allí.

—Una de las premisas más importantes de este trabajo es respetar la privacidad del transeúnte y, si os dais cuenta, ahora mismo está el mercado — dije con voz de profesora de escuela.

—Es el mercado de Pazari —dijo uno de ellos. Y añadió—: Todos los domingos acuden los atenienses a comprar o a vender.

—Habrá que venir otro día a tirar fotos.

Parece que no me entendían, porque ellos querían seguir trabajando. Así que con gestos de policía controlador de tráfico dije:

—*Stop photos. A lot of people.*

Ellos lo entendieron, y continuamos nuestro recorrido por otra zona.

El día se hizo largo, entre el esfuerzo del idioma y enseñar a gente que desconocía toda la técnica de la fotografía, fue más cansado de lo habitual. Llegamos al hotel derrengados. Parecía que habíamos hecho boxeo en un ring.

—Si quieres, hoy no salimos.

—Tengo un lema en la vida, Marcos: por muy cansada que esté, cuando estoy en otra ciudad, tengo que aprovechar cada momento.

—Si quieres, dentro de dos horas quedamos en recepción.

Aproveché para llamar a Sebastián. Tardó en cogérmelo. Así que, tirada en la cama, me moví a mis anchas por todos los canales de televisión. Escuchar el acento musical de los griegos en forma de noticias me encantó.

Por fin pude contactar con Sebastián.

—Cariño, ¿qué tal?

—Rota. Creo que todas las piedras de la antigüedad se me han metido dentro del zapato, y no logro ponerme en pie.

—Qué exagerada.

—De verdad, no hemos parado. Hemos tenido que formar a dos chavales, y...

—Te echo de menos.

—Y tengo que formar a cuarenta y cinco personas más.

—¿Me has oído?

—Sí, cariño. Lo siento, pensarás que no estás aquí conmigo. Y de veras que lo estás. Me acuerdo tantísimo de ti. Esto no es lo mismo. Ni he ido al Acrópolis. No tengo ese interés. Todo sería tan distinto... si estuvieras aquí a mi lado.

—Oye, me enfadas. Debes de ir. —Y añadió—: Yo no me lo perdería si estuviera en tu lugar.

—Ya, si lo sé. Pero hoy... estoy triste.

—Tienes que animarte. Además, recuerda que has ido ahí por otra misión: La amiga de tu madre.

—Siento que me apoyas tanto, Sebastián.

—Bueno, fui muy injusto al principio. Tuve miedo de que te hicieras daño. Es una historia que, aunque te pertenezca en cierta forma, estás muy lejos de ella, tanto que su resolución podría dar al traste con tu pasado y, lo que es peor, no solo el tuyo, sino el de toda tu familia.

—Lo sé. Pero ya sabes que siempre he creído que lo que está lejos de tu familia debe estar cerca de ti para poder acercarlo. Debemos luchar y conseguir nuestro propósito, poner las cosas en su sitio.

—¿Cuándo vas a ir?

—El viernes, o el sábado, me informaré de cómo puedo ir hasta Santorini.

—¿Y si... la vieras por Atenas?

—No me pongas nerviosa. —Y añadí—: ¿Cómo llevas todo?

—Mañana te paso al correo electrónico la canción. Qué ganas de que lo escuches. Ya solo queda moverlo por todas las redes. Y hacer el ruido que se merece esta historia.

—Te va a salir todo bien.

—Gracias.

Colgué con la sensación de tenerle cerca. Me dirigí al baño. Elegí un vaquero gris, una camiseta y una chaqueta de ante. Dos gotitas de colonia detrás de los oídos y Atenas esperaba.

Bajé las escaleras, ya que el ascensor no se detenía en mi planta. Marcos me esperaba tirado en el sillón de recepción.

—¿Llevas mucho?

—No, Belma. He estado mirando con el móvil algún local así, chulo.

—Sorpréndeme.

—Te voy a llevar a un sitio de blues. Está en 44 Ardittou. Me ha dicho el recepcionista que hay blues griego.

—¿Está muy lejos?

—Cerca del estadio Panathinaikó.

Cogimos un autobús que nos llevó hasta allí. La noche bullía en fiesta. La gente salía alegre, se notaba que se acercaba el fin de semana.

—Pero ¿cenaremos algo antes, Marcos?

—Sí, glotona. Y mira que yo con unas cervezas estaría servido.

Nos metimos en el primer restaurante que vimos. La comida era fantástica. Una carta repleta de comida mediterránea. Me fije en la mesa de al lado, que

tenía unos rollitos envueltos en hojas de col.

—Quiero lo mismo —dije señalándolo.

Marcos, que se había empapado la guía, me dijo que eso se llamaba «dolmades». Estaban rellenos de carne, su sabor se hacía agua en mi boca. Iban acompañados de una salsa de yogur.

Rematamos con un postre nada ligero: el clásico galaktoboureko, sin duda, una buena elección, un delicioso pastel de leche griego, adornado con caramelo y canela. Su textura me recordó a los labios de Sebastián.

Terminamos la velada con ouzo, un licor que hacía levantarte del asiento. Brindamos por el Partenón, el Acrópolis y creo que, si mal no recuerdo, por Onassis.

—¡Ostras!, mira que está fuerte —dije abriendo la boca.

—Parece de regaliz, pero engaña mucho.

Salimos a la calle. Necesitábamos respirar. Iba haciendo el bobo, sin la presión de los conocidos. Mi bolso daba vueltas en mi mano como una carraca de feria. Nos dirigíamos al local a tomar la última.

Giré la esquina de la calle y mi mundo se paró. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo.

—¿Qué estás mirando, Belma?

No podía articular ni una palabra. Marcos me zarandéó y me dijo:

—Es como si hubieras visto a un fantasma.

Eso es. Ahí estaba mi fantasma, frente a mí. En la puerta del local Pasillo del blues. No sabía si salir huyendo, todavía no me había visto, o a acercarme a él, con el valor de los valientes. Pero es que yo no lo era.

A estas horas la ciudad parecía dormida. Un letargo ascendía desde el asfalto para impregnarse en mí. Di dos pasos al frente, y me puse a la altura de sus ojos.

—¿Ciro?

—¿Belma?

—Sí, ¿qué haces aquí?

—He venido a tocar cuatro días. De vez en cuando recorro Europa.

—Me alegro de que te vaya bien.

—Bueno, muchas gracias. —Y añadió—: ¿Quieres pasar?

—¿Podemos oírte?

—Sí, claro. Estoy en el descanso. Os habéis perdido dos canciones.

—Una pena —dijo Marcos, tirándome de la chaqueta.

Nos acercamos a una columna y allí dejamos los abrigos. Marcos se fue a la barra y al segundo trajo dos cervezas frías.

—Si quieres nos vamos.

—¿Qué te hace pensar que estoy mal?

—Tus ojos.

—Estoy en estado de shock. Hace que no nos veíamos...

—Desde que te dejó la nota y se largó por la puerta de atrás.

—Cómo eres, Marcos.

El sonido del bajo sonó como nunca. Diría que bestial. Su voz aterciopelada, impostando cada letra.

—Quiero dedicar esta canción a dos amigos. En especial, a una amiga porque un día la primavera irrumpió en nuestras vidas y tuvimos ganas de seguir creciendo.

—Ahí queda eso —le dije a Marcos. Y añadí—: Así es como lo vio siempre él: el crecimiento de brotes verdes. Y me dejó en la cuneta.

—¿Hay resquemor?

—Hay lo que hay.

—Bueno, silencio, que ahora tu canción está dedicada a nosotros —dijo Marcos pegando un trago a la botella.

Terminó de cantar. Y de un salto bajó del escenario y vino hacia mí.

—Está terminada. ¿Te ha gustado?

—Sí, sigues teniendo mucha mano con las letras.

—Bueno, eso lo aprendí de ti. Tú me ayudaste mucho a componerla.

—Yo solo intentaba ayudarte.

—Belma, sin ti no la hubiera terminado. Me animaste mucho.

En ese momento, me visualicé como una animadora de rugby, con pompones y con dos coletas en mitad del campo. Mirándonos a los dos nos dijo:

—¿Cuánto tiempo vas a estar por aquí?

—Tres semanas —dijimos como los hermanos Dalton.

—Yo he venido hoy, pero en dos días ya me marcho para Madrid. No he visto ni el Acrópolis.

—Ni nosotros.

—¿Os apetece verlo mañana?

Mis piernas temblaban ante el vaivén de aquel encuentro inesperado, de los acontecimientos que se precipitaban impulsados por una macabra broma del destino, de los recuerdos que agolpados brotaban en mi mente, de cientos de ocasiones en las que disfrute a su lado escuchándole componer canciones, de los tristes momentos en los que lloré desconsolada por su pérdida, del dolor que abarcó mi vida durante tanto tiempo.

Marcos se desquitó como pudo.

—No podemos. Trabajamos todo el día.

Apretando los dientes y dejando la cerveza en la repisa, dije:

—Yo lo tengo libre. Terminó pronto de trabajar y pensaba ir a verlo. Si quieres quedamos en las taquillas a las seis.

Salí del local como pude, sin poder mirar a Marcos a la cara.

—Estás loca. —Y añadió—: Es peligroso.

—Ese que has visto ahí dentro es mi historia pendiente. Yo también necesito cerrarla.

Capítulo 25

Pasé el día en el coche, intranquila, había dormido fatal entre la excitación y un marcado sentido de la culpabilidad.

Marcos me lo notaba, pero no quería indagar. Sentía su mirada en mi nuca durante todo el día. No sé qué pensaba que iba a hacer. Mi idea era disfrutar de una tarde en el Acrópolis con un viejo amigo, como quien va al Retiro a echar migas a los patos. O eso me decía yo para tranquilizarme, para desprenderme de la inseguridad que se hacía paso cada vez con más fuerza según avanzaban las horas del reloj.

Mi corazón había recibido una sacudida eléctrica inesperada. Cuando eres pequeño metes los dedos en el enchufe con la intención de probar lo que tantas veces te advierten que es peligroso. Ayer alguien me había cogido desprevenida y me había metido directamente en toda la red eléctrica.

Me sorprendí a mí misma alegre, porque estaba esperándome en las taquillas.

—Siempre tan puntual, Belma —dijo dándome un par de besos.

Compramos dos entradas. Ciro enseñó un carnet sucio y doblado que tenía de la SGAE. La mujer de la taquilla dijo:

—Los descuentos solo para profesores de colegio con alumnos.

Me eché a reír y le dije:

—¿Todavía sigues haciendo ese truco?

—Bueno, alguna vez tiene que valer.

Subimos una cuesta llena de arena, con piedras sueltas en el suelo, que me hacían polvo los pies. Quería ir algo más despacio para poderle observar un poco mejor. No había cambiado mucho. Quizás nada. Seguía estando estupendo. Empecé a pensar en cómo estaría yo. La verdad es que me apetecía que me siguiera viendo algo atractiva. Ese pensamiento me afectó. Quizás Marcos tenía razón, estaba jugando con fuego. Pero el ser humano es así, nos gusta jugar hasta quemarnos. Pero yo no buscaba quemarme, buscaba una explicación a su huida repentina. Creo que me buscaba a mí misma.

En el túnel de mis pensamientos, algunos esperaban la cola de lavados, otros del secado, y había algunos que les daba miedo entrar.

Entre el revuelo apareció ante nosotros el Partenón.

—Aquí, ante nosotros, está el gran templo de la antigua Grecia.

—Ciro, es, es...

—Inmenso. Como una canción de Serrat.

—Bueno, no sé, ¿sigues comparando todo con la música?

—La música es mi vida.

Un gato se tumbó en el templo de las cariátides, o de sus réplicas. Ciro sacó su móvil y me dijo:

—Ven, que os saco al gato y a ti. Siempre arañaste mucho.

—No creo que sea buena idea.

—Perdona. No quería molestarte.

—No lo haces. Pero quiero estar esta tarde tranquila.

—Bueno, ¿y qué haces por aquí?

—Trabajo para la gente de Google. Soy de las que llevo el coche haciendo fotos por toda la ciudad.

—Así que tú también tienes tu lado creativo.

—Siempre lo tuve, Ciro. Mira, que yo no te apoyara en la locura de empezar a dar grandes conciertos...

—Calma. No te estoy juzgando.

—Parece que lo haces.

—Siento que me malinterpretaras. —Y añadió—: Yo quería cantar, sentir, y tú siempre me decías que siguiera en los callejones. Me sentía como ese gato —dijo levantándose la voz.

—No era mi intención.

—Me gusta oírlo. Siempre pensé que no creías en mi trabajo. Que componer te parecía una pérdida de tiempo. ¿Te acuerdas cuando me levantaba a deshoras y te despertaba?

—Me gustaba que lo hicieras. Sentía que estabas vivo, que tenías inquietudes. Yo no quería un novio como el resto. Y para mí eras distinto.

—Para mí eras también diferente. Te vas a reír, pero a los catorce días de terminar contigo...

—Por carta —puntualicé.

—Tienes razón. Soy un romántico.

—Eres un gilipollas —asentí.

—Intentaba poner un momento dulce a este momento. Pero tienes razón. Seré franco. Fui un gilipollas. Antepuse mi carrera, mis acordes, a ti. Tuve miedo de que el fracaso me pillara a tu lado.

—Yo te hubiera apoyado. Yo no soy de las que dejaba tirada.

—Tú eres de las distintas. —Y añadió—: A los quince días de la carta, lo intenté con una igual a mí. Era lo que buscaba, si yo iba a un bar y yo pedía tequila, ella también lo pedía.

—¿Sigues todavía inventándote tu vida con canciones de Arjona?

Se echó a reír:

—Te aburro.

—Me haces gracia.

—Te propongo una cosa, aquí, en el Acrópolis. Mañana podríamos cenar, hablando, sin discutir, sin reclamos.

—Es difícil hablar con un compositor.

—¿Aceptas?

—Acepto.

Vimos el atardecer recorriendo el Acrópolis. Me sentía ante tanta belleza arquitectónica como una mota de polvo. Se me saltaron las lágrimas al pasar por los Propileos y ver al fondo el Partenón recortándose en el cielo... Algo que no podré olvidar.

Llegué al hotel y mi mundo apareció de nuevo en mi cabeza. Marcos abrió la puerta de la habitación.

—¿Lo has pasado bien?

—Es impresionante, Marcos. El camino es sinuoso y de pronto...

—Retrocedes al pasado.

—Sé lo que estás pensando. Puedes confiar en mí.

Me encerré en mi habitación y me tiré en la cama. Un montón de imágenes del pasado sobrevolaban por la habitación.

Di al *stop* en mi cabeza, cogí mi móvil y llamé a Sebastián.

—¿Qué tal todo?

—Me pillas escribiendo al chico de Twitter. Le he comentado que ya tiene la canción. Y le he dicho de quedar para explicarle cuales van a ser los pasos a dar. Pero ya sabes... los tíos nos avergonzamos luego de los sentimientos, y dice que prefiere que lo movamos así sin verle.

—Le dará corte. Es difícil dar la cara —dije pensando en mí. Y en el día que había tenido.

Por un momento, quise decírselo, pero era crear intranquilidad y atormentar a Sebastián. Así que lo dejé pasar en mi cabeza, como cuando el metro no para en tu estación.

—Bueno, ya tenemos todo. Y ahora solo queda poder entrar en los medios.

—Tú tienes muchos contactos, Sebastián.

—Sí, pero recuerda, yo ya no soy de Abril Producciones. Eso ya no gusta. Ser independiente en esta vida te da muchos portazos en la cara.

—¿Se lo has dicho al chico de Twitter y a tu compositor? —Y añadí—: Creo que deberías decírselo. Es bueno saber con qué cartas están jugando.

—Nunca hay que contar todo.

En ese momento respiré. La liberación llegó a mi cabeza. Y comencé a mirar la manera que había de llegar hasta Santorini. Otra historia pendiente me esperaba.

No quería perder más tiempo, observé que había diferentes ferries. El largo que tardaba más de siete horas y uno más corto que duraba tres horas. Me decidí por este último. Era algo más caro, pero ya no podía demorar más el pasado.

Capítulo 26

Me levanté muy pronto, todavía con la resaca de haber dormido fatal por pasar el día anterior con mi viejo fantasma. Me vestí deprisa y me dirigí a embarcar hacia Santorini. La isla que tenía retenidos los recuerdos de mi madre.

El ferri me esperaba a las ocho de la mañana en El Pireo. Estaba agitada y con ganas de llegar pronto a la isla.

El barco era descomunal, tenía seis plantas. En la parte de abajo guardaban los coches de los turistas. En la primera planta estaba la zona de restaurantes, de juegos, y en las siguientes estaban los camarotes.

En las últimas plantas nos arremolinábamos los turistas que tan solo íbamos de paso. Miles de sueños navegando por el Mediterráneo. Quizás yo era la que se dirigía a la isla sin un plan ordenado.

Durante el viaje, empecé a pensar en cómo localizaría a Pilar Peralta. Desconocía su paradero, pero sí tenía algo importante. Dirigía un hotel. No sería muy grande, así que llamaría nada más llegar a todos los de la isla para llegar hasta ella.

Durante el viaje, pasé muchísimo frío. El aire acondicionado estaba a tope, tanto que mis pies se quedaron congelados. Tuve que abrir la maleta y revolver la misma para encontrar un jersey y poder taparme.

Salí a cubierta, allí parecía que el aire estaba algo más caliente. Me senté en una silla y tomé algo el sol.

En nada de tiempo, un grupo de turistas alemanes empezaron a murmurar. La isla que tantas veces había visto en los catálogos de viajes me gritó desde las alturas. Me sorprendió como ninguna otra. No solo por su belleza, que llega a ser irreal, sino porque mis ojos no se fijaron a la altura del suelo, sino que se elevaron hacia el cielo. La isla se eleva sobre el mar en una montaña. El barco iba cortando a su paso y separando los cortinajes en el agua.

Santorini, mágica como ninguna otra, oteaba mi llegada. Oscuros acantilados de piedras sostenían al pueblo blanco.

Una turista se descolgó en una silla para hacer miles de fotos como una trapecista circense.

Yo intentaba quitarme de encima las maletas que estaban por el medio y que

no permitían encontrar la salida. Quería ser una de las primeras. Me habían dicho que alquilar un coche no era nada fácil.

El sol pegaba con fuerza. Salí del barco a empujones. Todos corríamos a las oficinas de alquiler de coches. Después de pasarme una hora discutiendo con un hombre que me quería dar un coche que era una carraca de feria, por fin conseguí uno aceptable.

Miles de curvas en el camino que hacían que me acordara de la Biodramina a cada instante. «En casa podía estar», me repetía constantemente. De fondo, uno de esos cantantes en la radio que ganan siempre Eurovisión cantaba algo sentimental. Parecía que gemía en cada letra.

Ya no había tiempo que perder. Fui a la oficina de turismo, donde me hice con un listado de hoteles de la isla. Aproveché para ir a una de las partes más bonitas de las Cícladas. La ciudad de Fira quizás era la más popular.

Me senté frente al mar, con teléfono en mano, a bombardear a todos los hoteles.

—¿Pilar Peralta es la directora del hotel?

—No, lo siento.

—¿Hotel Mesotopos? Quisiera hablar con Pilar Peralta.

—Lo siento. Aquí no hay nadie con ese nombre.

—¿Hotel Thireas? ¿En qué le podemos ayudar?

—Busco a Pilar Peralta.

—Lo siento nadie con ese nombre.

Pasé más de dos horas haciendo llamadas a todos los hoteles de la isla. Necesitaba descansar, desconectar de tanta llamada. Ir a una playa no me iba a dar tiempo. Así que hice lo más divertido que hacen los turistas cuando llegan a Santorini: dar una vuelta en burro, pude emular a los antiguos habitantes de la isla.

Nunca lo había hecho. Los burros estaban atados en cadena por una cuerda. Bajé un camino empedrado y por unas viejas escaleras, agarrada a un burro, que tenía los lomos destrozados de subir y bajar turistas. Mis gritos se oían hasta Mykonos.

—Por favor, paren esto.

El señor repetía mis palabras. Y seguía dando al burro para que fuera en línea y no se torciera de la ruta marcada. El primer burro quiso otear el puerto de Thira, y coló su cabeza por la muralla provocando la histeria colectiva.

El burro era un capricho de la isla, una atracción más, pero me quedo con el teleférico de Madrid.

Después de bajar, las ideas parece que se agitaron en mi cabeza. Me acababa de dar cuenta de lo que había hecho. Frente a mí, la postal de la Caldera, y un montón de casitas blancas escalonadas ascendían por la ladera de la isla. Cada una de ellas se distribuía sin orden aparente, intercalándose con piscinas abiertas al mar. Y pincelando como el mejor retrato de la isla las cúpulas azules dispersas estratégicamente que nos sugerían que el celeste a veces se integra en tierra.

En ese instante comprendí que, no solo tenía que buscar a Pilar en hoteles de cuatro estrellas, sino que también existían las villas.

Así que comencé mi periplo de llamadas. Esta vez el destino quiso que alcanzara a dar con el nombre de Pilar Peralta en Perissa. Una zona menos concurrida de la isla, repleta de villas.

Me dirigí hasta Villa Spyros con mi coche. Algunos quads entorpecían mi paso, ralentizando el tráfico. A veces intentaba adelantarles, pero encima se enfadaban y me sacaban el dedo.

Tardé en encontrar la villa, había tantas... que tuve que volver a llamar y un chico encantador llamado Nikolai me ayudó a llegar con sus indicaciones.

Me encontré con una villa encantadora, con una puerta de madera labrada. A los lados, dos faroles redondos en el suelo, una viña se enzarzaba en su porche jugando con las sombras de un cuidado suelo empedrado.

Nikolai se acercó hasta mí.

—Me alegro mucho de que lo haya encontrado. —Y añadió—: ¿Cuántos días viene a quedarse con nosotros?

—Veo que hablas muy bien el español.

—Nuestra directora nos obliga a ello. No quiere que siendo ella española nosotros olvidemos su idioma. A veces, hasta le tengo que dar clases yo —dijo riéndose.

—Vengo solo de visita. Quiero ver a Pilar Peralta.

—Ella está en su habitación. Vive también en la villa. —Y añadió—: Voy a llamarla.

Esperé sentada en un columpio. Estaba muy nerviosa, necesitaba que no se me notara, pero este encuentro me estaba costando la vida. Quizás fueron los cinco minutos más lentos de mi vida.

Salió una mujer rubia, elegante, muy arreglada y con la estructura ósea ancha. Me dio la mano. Era fuerte y segura. Me miró a los ojos y me dijo:

—Ya me han dicho que eres española. Siempre es un placer recibir a alguien de mi tierra. —Y añadió—: ¿De qué parte?

—Soy de Madrid.

—¡Fantástico! ¿Sigues con tantas obras como siempre que voy?

—Pues sí. Es espantoso encontrar aparcamiento.

—Bueno, y cuéntame, ¿qué te trae por estas tierras: aventuras, turismo, amor?

—He venido a buscarte.

—Espero que no me digas que trabajas para la policía —dijo riéndose.

—No. Mi nombre es Belma Vento.

—Bonito apellido.

—Sí, se lo debo a mi padre —dijo sonriendo. Y añadió—: Soy hija de Carmen Azcárraga. He venido porque quiero conocer algo de mi abuela, y tú eres la única persona que puede acercarme a ella.

El rictus de Pilar cambió radicalmente. Y lo que estaba siendo una conversación animada se torció agitada y cortante.

—Perdona, pero yo no sé nada de tu abuela. Ni conozco a Carmen... —Y añadió de forma tajante—: Se confunde.

—Pilar, no lo creo. Por favor, quiero saber qué fue de mi abuela y de un hombre inglés. De su amante. —Y añadió cada vez más alborotada—: Pilar, mi madre... sufrió un virus y, debido a eso, hay muchas cosas del pasado que no recuerda. Además, tengo una...

—Si me disculpas. Me encantaría ayudarte. De veras que sí. Siento muchísimo el viaje hasta aquí, pero es que yo no soy la Pilar que estás buscando. He vivido aquí durante toda mi vida y no puedo ayudarle.

Me di cuenta de que Pilar se cerraba en banda. Notaba su nerviosismo. No había manera de que dijera una palabra. Así que no iba a forzar más la situación.

Saqué de mi bolso mi tarjeta de visita. Y mirándola fijamente a los ojos la puse en la mesa de recepción.

—Pilar, si alguna vez fuiste la mejor amiga de mi madre, llámame. Estoy en el Hotel Acrópolis Select de Atenas.

Capítulo 27

Volví en el ferri de última hora con la sensación de haber perdido el día en Santorini. Acabé gastando mis horas en la Playa Roja de la isla. Bajé por un barranco lleno de tierra y caí en Marte.

Las vistas eran espectaculares en Akrotiri. La arena ardía, y el agua estaba muy fresca. No contaba con tener ese tiempo libre. Pilar me había descuadrado. Así que me quite el vaquero y la camiseta. Dejé caer mi sujetador al suelo y me di un buen chapuzón.

Todos mis problemas flotaron en aquella Playa Roja de Santorini, rocosa y con arena roja de piedras negras.

Sebastián se bañaba en mi mente, junto a Pilar, y Ciro. Un triángulo en mi vida por descubrir. Un triángulo escaleno.

Allí, tirada en la arena, y con mi mochila puesta en la cabeza, que me servía de almohada, hice tiempo hasta la hora del ferri. Durante el viaje, caí rendida en el sillón. Llegué tan tarde que no pude hablar con Marcos.

A la mañana siguiente bajamos a desayunar. Necesitaba meter en el cuerpo algo de fruta.

—¿Cómo te ha ido, Belma?

—Te podría decir que fue una pérdida de tiempo ir a Santorini. Pero me ha fascinado.

—¿Localizaste a la amiga de tu madre?

—Sí, pero no quiso hablar.

—¿Y no la forzaste?

—Eso no se puede, Marcos. Cuando alguien no quiere hablar, no puedes ponerte cabezota.

Nos bebimos el café deprisa y nos pusimos en ruta hacia el trabajo. Hoy nos tocaba enseñar a otros dos pipiolos. Estos no hablaban nada. Iban en el asiento de atrás sin mirar nuestras explicaciones. Es como si no les interesara nada de lo que les contábamos.

—¿Ves a los tíos? —Y añadió Marcos—: Parecen dos pájaros disecados.

—Ya, por más que les explico, es que ni miran.

Hicimos nuestro trabajo como pudimos. Soltamos el rollo e hicimos algo de

turisteo. Ya que estábamos en Grecia, no podíamos perdernos lugares emblemáticos. Llegamos hasta el Monte Licabeto. Quisimos subir. Aparcamos el coche y cogimos el funicular.

Desde allí divisamos una panorámica de toda la ciudad.

—Es electrizante —dijo Marcos.

—Mira, se puede ver la cuenca del Ática —dije entusiasmada.

En la cúspide, estaba la ermita de San Jorge, pequeña y recoleta, dentro una señora de cerca de noventa años custodiaba la iglesia, su cara agrietada y sus ropas negras representaban la imagen que tenemos del populismo griego. Con un marcado acento, intentaba mostrarnos los bienes más preciados de aquel pequeño templo, sonriéndonos depositó en nuestras manos un par de velas, que con cierto misticismo encendimos para que San Jorge velará por nosotros.

Volvimos a la sede y continuamos nuestra formación con otros dos nuevos chavales. Ser formadores en otro país no estaba siendo tan divertido como suponíamos, el interés de nuestros alumnos era escaso y había pocas ocasiones para divertirse con ellos.

Llegabas al hotel más derrengado de lo normal, pero estaba claro que eran órdenes a acatar, si no, nos hubiera costado una cruz con nuestro jefe. Y según estaba todo, no podíamos dejar escapar esta oportunidad.

Marcos hoy saldría a conocer la ciudad. Por más que le insistí en que viniera a cenar con nosotros, no parecía estar por la labor. Así que le respeté. Por un lado, me apetecía estar con Ciro a solas, pero, por otro lado, con Marcos me hubiera sentido más arropada.

Llegó el momento acuciante de qué me pongo para un ex que no veo desde hace años. Ese post famoso de miles de revistas femeninas que te muestran el camino para llegar con éxito al encuentro. Pero cuando llega la hora de la verdad, se te ha olvidado la teoría. Elegir un vestuario sexy estaba fuera de lugar, mi intención no era llevármelo a la cama, elegirlo con cuello hasta arriba como monja de clausura tampoco es que fuera muy atrayente y tendría más motivos por qué me dejó. Me desesperaba sola frente al armario.

Abrí la maleta y volqué toda la ropa, que todavía no había colgado, sobre la cama. Entre toda ella me hizo gracia encontrarme una camiseta de hace diez años. Se puede decir que era mi camiseta de conciertos para Ciro. Me la solía poner mucho cuando iba con él. Según Ciro, le daba suerte cuando me veía con ella desde el escenario.

La tomé entre mis manos y pensé en Sebastián. No sería bonito llevar algo, un recuerdo de antaño. Así que, como pasa con la música que has escuchado con los

ex, había que desimantarla. La metí de nuevo en la maleta. La utilizaría en otra ocasión.

Elegí una camisa de esmoquin blanca y una americana entallada de ante azul. Me coloqué dos gotitas de perfume detrás de las orejas y alboroté mi pelo para darle algo de volumen.

No podía ocultar algo de emoción y nerviosismo. Cerraba la puerta de la habitación y me di cuenta que se me olvidó la tarjeta. Luego tendría que bajar para que me hicieran una copia. «Qué desastre, si es que no estoy bien».

Mi móvil tembló en el bolsillo izquierdo. Sebastián me llamó.

—Hola, Belma. Ya tienes en el correo la canción. Te he mandado una clave, por si quieres cambiar los ajustes. Ya verás qué slap tan bueno de bajo.

—Cariño, siempre te digo que no entiendo nada del compás ni nada de eso...

—Bueno, yo por si acaso te lo he mandado todo.

—Me pillas saliendo. Luego, cuando vuelva, te prometo que la escucho.

—¿Vais a cenar?

—Sí.

No quería mentirle. A cenar íbamos, pero claro, cada uno por su lado. Tuve ganas de decírselo, pero volví a pensar que la imaginación genera mucha incertidumbre. Y quizás lo hubiera pasado fatal. Sebastián confía en mí, como yo en él, pero a miles de kilómetros, la confianza puede ser más endeble.

Llegué hasta la Plateia Monastirakiou, busqué con el Google Maps de mi móvil la taberna [Sigalas-Bairaktaris](#).

Por detrás unas manos me tocaron la cintura.

—¿Deformación profesional?

—¡Ah! No te había visto.

—Estás justo delante de la taberna.

—Qué idiota soy.

—Venga, pasemos. Vas a probar la mejor ensalada del mundo: la Choriatiki.

—Me encantan las ensaladas.

—Pues, aquí, en Grecia, te vas a hartar. Yo llevo un par de días, pero ya las lechugas verdes me salen por las orejas.

—No será para tanto.

—¿Qué quieres tomar, Belma?

—Una cerveza fría.

Se levantó un momento al servicio y no pude evitar mirarle. Quizás estaba algo más flaco. Los pantalones se le caían algo más que antes. En ese momento se dio la vuelta y me dijo:

—Sabía que mirarías.

—Estaba mirando a ver si nos traían la cerveza.

—Es broma.

No me gustaba nada que hiciera ese tipo de bromas. Me sentía algo violenta, no sé, quizás incómoda. Pero es que la situación no era nada fácil.

Se sentó y me dijo:

—Ahora, si quieres, cuando nos comamos la ensalada, podemos pedirnos un souvlaki, que es el plato típico de aquí. Y salimos fuera a ver el Ágora.

—¿De qué está hecho?

—Te ponen pan de pita y lo rellenas de verduras, de carnes...

—Tiene buena pinta, Ciro.

—Hacía mucho tiempo que no escuchaba mi nombre en tu boca.

—Es lo que tiene cuando uno se marcha —dije sonriendo.

—Has aprendido mucho en este tiempo. Tienes más sarcasmo.

—Sí, debiste dejar algo de él en la almohada junto a la nota.

—Oye, Belma...

—No vamos a empezar. Tienes razón.

—Quiero hablar de ese momento.

—De verdad... no hace falta.

—Yo quiero.

—Si insistes, Ciro...

—La cobardía, a veces, es de valientes.

—Para un *single*, seguro que te da.

—Me refiero a que el habernos visto hubiera terminado en la cama y, después de la cama, en unos besos mezclados con lágrimas. Y me hubiera quedado a dormir, y después a pasar el finde... Y así nunca me hubiera ido.

—¿Tienes idea de cómo me sentí?

—Te imaginaba bien, eres una mujer práctica, y lo nuestro se estaba convirtiendo en una relación de esas que siempre detestaste.

—Ya, pero tú ibas en el *pack*. No elegí de quién me enamoré. Te aseguro que, si lo hubiera hecho, nunca, jamás, hubiera elegido un bajista callejero.

—¡Eh! Un respeto. Ya no toco en las calles. Ahora tengo un contrato serio con una productora que me lleva de un lado a otro a conciertos internacionales.

—Me alegro tanto por ti.

—¿No me odias?

—En mí esa palabra no existe. Sería odiarme también a mí. Eres parte de mí de una manera. Soy lo que soy, con trozos también de ti.

—¿Puedo apuntarlo? Es buenísimo.

—Todo tuyo.

—Me gustaría que tuvieras la primera grabación de La primavera que mataste.

—¿Por qué ese título? —dije riéndome.

—Así me sentía por aquel entonces...

—En todo este tiempo, he sentido que yo fui la culpable de tus mierdas. Que maté la primavera entera.

—Belma, uno no mata la primavera del otro. Uno se mata a sí mismo.

—Mira, nos traen el souvlaki. ¿Salimos fuera?

Frente al Ágora sentí paz. Ciro comía la pita, rebosante por los lados de carne, y yo no tenía hambre. Sentía que era un sueño lo que estaba viviendo. Todos mis pensamientos que una vez estuvieron dentro, ahora salían, devolviéndoselos a Ciro. Me sentía desnuda frente a él, pero con una seguridad que nunca había poseído.

Un peso me quitó de encima, como una losa que llevaba años martilleándome.

—¿En Madrid, todo bien? —me preguntó Ciro algo tímido.

Esa pregunta que alguna vez se hace para saber mucho más, pero que da miedo indagar.

—Todo bien, Ciro.

No quise decir nada, no tuve el valor de decirle que, en Madrid, mi vida estaba unida a Sebastián, que le amaba, que sentía que me quería de la forma que siempre quise. Sinceramente, no quería dañarle. Seguía protegiéndole de alguna manera.

Ciro pagó, y yo le dejé pagar. «Me debía tanto», pensé con una sonrisa. Fuimos andando por las calles. Nos adentramos en una que estaba llena de restaurantes japoneses.

—¿Te gusta la comida japonesa, Belma?

—Me encanta.

—No recuerdo haber estado nunca contigo en un japonés. —Y añadió—: Algún día me tendrás que llevar.

Un silencio se hizo. Sabía perfectamente que no iba a haber más días. Aquel no era mi mundo, ni siquiera Ciro era el Ciro de entonces. Ni yo era la que era. «Una noche en Atenas, una sola noche», me repetía.

Me acompañó hasta el hotel y, al darme dos besos, su boca se confundió y paró en mis labios. Un simple roce. Me eché para atrás. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudo ser a propósito.

—Perdona.

—No te preocupes, Ciro. Cosas del directo —le dije para quitar hierro a todo el momento tenso.

—Me voy en tres días. Mi avión sale a las ocho.

—Que tengas muy buen viaje.

—Tú también...

—Te diría... ¿das otro paseo o es muy tarde?

—Es muy tarde ya.

—Me ha gustado verte, Belma.

—A mí mucho, Ciro.

Me despedí sin volver la vista atrás. No quería más. Mi historia estaba cerrándose y terminó de hacerlo cuando se cerraron las puertas del ascensor. Tengo que decir que alguna lágrima se resbaló por mi mejilla, pero enseguida me la sequé. Quizás una lágrima por el tiempo que un día fue nuestro y dejamos escapar.

Abrí la puerta con la tarjeta de hotel recuperada y me dirigí al baño a desmaquillarme. Con un algodón, borré todas las líneas de maquillaje.

Salí a la habitación y coloqué el portátil sobre la mesa. Quería escuchar la canción de Sebastián. En ella estaba toda su ilusión. Sentí en ese momento que nadie como él en esta vida para llevarme de la mano.

Unas mariposas volaron por mi estómago al pensar en el abrazo que me esperaba al llegar a casa.

Busqué el programa iTunes y conseguí poner en funcionamiento la canción. Los primeros acordes sonaban bestiales. Pero a los dos segundos de la canción me desplomé. Sentí una daga atravesando mi espalda, un camión arrollándome en la M-40, un escupitajo dándome en pleno ojo de un desconocido que masca chicle.

Mi corazón se paró en seco y subí el volumen. No podía creérmelo. Aquel bajo, aquel maldito bajo, me sonaba familiar. Solo podía pertenecer a una persona. A Ciro.

Capítulo 28

Pasé la noche en vela, adelantando y retrocediendo aquella canción. Mi cabeza estaba embotada, no podía articular palabra, ni siquiera podía levantar un teléfono. Era demasiado tarde, y estaba realmente enfadada. Pero, al estarlo, mis pensamientos enfrentados razonaban con la sensación de injusticia. Los entresijos caprichosos del destino no pueden ser manipulados ni dirigidos, nadie merecía ser el culpable de la situación porque nadie la había buscado.

Tenía que hablar con Ciro. Hoy salía su avión y ni siquiera sabía si tendría valor de hablarle.

Ciro estaba trabajando con mi pareja. No hay en el mundo cosas peores para que venga a mí mi peor pesadilla. Y no solo eso. Ciro me había dicho durante la cena que trabajaba para una productora. Lo que no sabía es que Sebastián ya no trabajaba para Abril Producciones.

Tenía que hablar con él. Necesitaba saber hasta donde quería llegar con su música. Y desde luego no dejar con el culo al aire a Sebastián. Debía averiguar si esta canción era un capricho más de Ciro, o de verdad esta vez iba en serio. Ahora más que nunca me importaba su trabajo. Ahora estaba en juego el de Sebastián. Y debía protegerle. Mira que le había dicho muchas veces a Sebastián que dijera al compositor y al chico de Twitter que ya no pertenecía a ninguna productora y que iba por libre.

Bajé a desayunar con mal cuerpo. Y Marcos me lo notó.

—Belma, Belmita, te noto distante.

—Bueno...

—Lo sé. Sé cómo te sientes. Hace muchos años, quedé con Lucía, una chica de esas con las que tienes idas y venidas, y que a veces recaes... Fue duro. Sientes que revuelves un filete ruso en la sartén y todavía se desmenuza.

—Sí, yo ya estoy requemada —dije intentando mostrar una sonrisa.

—Piensa que todo lo que has vivido lo dejas aquí. No se enterará nadie nunca.

—Marcos, no insinúes nada extraño. Anoche pasé la noche aquí. Sola.

—¿Cómo de sola?

—Ciro se fue a su casa. Y yo subí aquí. Puse un mensaje a Sebastián de que había llegado y dormí como una niña buena.

—Tengo que creérmelo, pero tu cara denota mucha ansiedad.

Pegué un mordisco al cruasán y lo mojé en mi vaso de café puro y cargado.

Toda la mañana estuvimos de nuevas prácticas con la gente. Los de hoy, hablaban que no callaban. Uno de ellos solo en inglés y el otro chapurreaba algo de español. Hoy, que quería pasar un día tranquilo haciendo fotos sin necesidad de mantener ninguna conversación fingida... Me tenían que tocar los habladores.

El zoom de mi cámara ampliaba mis recuerdos en mi cabeza.

Hicimos un intermedio y mi teléfono vibró en mi bolsillo. Estaba segura de que era Ciro. Quizás todo tendría una solución más fácil de lo que pensaba.

—¿Ciro?

Un silencio al otro lado de la línea me puso intranquila.

—¿Belma Vento?

—Sí, soy yo.

—Soy Pilar Peralta. Si puedes venir mañana, te contaré lo que nunca te han contado.

—Gracias. ¿Nos vemos en la villa?

—No. Prefiero estar lejos de mi trabajo. Lo que te voy a contar va a hacer que quiera estar alejada. Te espero en Oia en el Skizia café.

—Mañana... es que trabajo. ¿Podría ser el fin de semana próximo?

—Belma. No sé cuándo me arrepentiré de esta decisión. Así que intenta que sea mañana.

—Allí estaré.

Colgué el teléfono y cerré los puños. Algo importante escondía y debía saberlo cuanto antes. Miré a Marcos y le dije:

—Mañana tendré 38 de fiebre y no vendré a trabajar.

—¿Eres bruja? —dijo riéndose.

—Necesito que me cubras.

—Nunca esperé esta frase de ti.

Me eché a reír y dije:

—Por favor...

—Te cubriré como nunca lo han hecho.

—Gracias —le contesté guiñándole el ojo.

Terminamos la jornada de trabajo y nos fuimos para el hotel. Marcos aprovechó para descubrir la noche griega. Conmigo no había manera de que este chico ligara. Puse un mensaje a Ciro.

Quiero verte antes de que te vayas, es importante.

Lo lancé al ciberespacio. No había vuelta atrás. Cuando volviera de Santorini, terminaría con esta historia. No me contestó en toda la noche. A la mañana siguiente recibí su respuesta afirmativa, mucho más aséptica que la noche anterior. Junto a la de él, estaba otro mensaje de Sebastián. Mi cabeza llena de pájaros, y no sabía por cual empezar el tiro al plato.

Elegí a Sebastián. Y le dije algo de mi secreto. Voy camino de Santorini. La historia de mi abuela pronto se va a resolver.

Sebastián, con su aire protector, me contestó:

—Ten cuidado y, si ves que algo te hace daño, huye.

Durante todo el viaje pensé en esa frase. Tenía miedo ante esa actitud de Sebastián. Quizás, si algo no le gustaba en la vida, o algo le trastocaba, podría coger la maleta y largarse de mi lado. Ahora mismo, y a miles de kilómetros, no podía sentir ese desasosiego. Mi cabeza actuó como cuando un médico golpea la rodilla y se produce un acto reflejo condicionado. Cambié de pensamiento.

Durante el viaje pensé en aquella mujer que había visto en Santorini, por qué se habría ido a vivir tan lejos de Madrid. Qué vida tendría allí y qué diferente era de mi madre.

El viaje se me hizo más corto de lo que creía. Ya conocía el camino. No me sorprendió el murmullo de los turistas avisando de la montaña que traía a Santorini en sus brazos.

La vida de la isla seguía en lo alto. Esta vez iba a ser testigo de la historia de mi abuela.

Alquilé una scooter de color rojo. Me apetecía integrarme con los turistas y habitantes de la isla. En cuarenta minutos llegué a Oia. Aparqué en un terreno farragoso, donde estaban todos los coches de los turistas embudidos como salchichas.

No sabía cómo llegar hasta el centro del pueblo. Así que seguí a la masa. Pequeñas tiendas de artesanos daban la bienvenida. Me paré en un escaparate y me enamoré de unos pendientes de plata en forma de laberinto. Entré y me hice con ellos. La ciudad tenía un encanto especial. Era un pueblo escalonado. A lo lejos de las murallas calizas de esta ciudad-laberinto, las ruinas de la primera muralla que la rodearon se alzaban como un mirador privilegiado sobre el mar. Parecía un belén en miniatura.

Tenía un encanto especial, diferente a todo lo que había visto. Todas las personas que vi en la entrada se dispersaron. Y el pueblo respiró libertad. El suelo empedrado iba masajeando mis pies. A los lados, pequeños cafés con velas

apagadas, esperando a que cayera el día. Oí a un turista que decía:

—El atardecer en Oia es espectacular.

Menos mal que había cogido mi ferri tarde. Quería pasar el día allí, la verdad es que sentí que estaba en Grecia el día que pisé Oia. Quedé sorprendida por las antiguas casas de cal blanca de los pescadores excavadas en la roca. Observé a las familias en las terrazas tomando vino y aceitunas mientras se escondía sobre sus espaldas la mejor puesta de sol, según decían, del mundo.

Bajé hasta el café y de espaldas divisé a una mujer rubia con unas gafas de sol en la cabeza. Sin duda era ella.

—¿Pilar?

—Has venido.

—Sí. No quiero molestarte —dije apurada.

—No lo haces. Siento haber sido tan brusca. Cuando una se marcha de una ciudad, tiene la seguridad de que deja sus recuerdos allí.

—¿Qué te hizo venir aquí?

—Eres una chica curiosa.

—Sí —dije encogiéndome de hombros.

—Pues me enamoré locamente de un director de orquesta griego, que al final me salió rana. Me arruinó. Durante años, falsificó mi firma en los bancos y me dejó sin blanca.

—Vaya, lo siento mucho.

—En el amor, a veces se pierde y otras se gana —dijo dando un sorbo a su tónica. —Y añadió—: Pide algo. Todavía puedo invitarte, prometí no unirme a ningún hombre y lo he cumplido.

—Al menos tienes una villa.

—No digas «al menos» como si me faltara lo primordial. Montar mi villa fue lo mejor que he hecho en mi vida, y de lo que más orgullosa me siento. —Y añadió—: Nikolai es como un hijo, se encarga de cuidar cada detalle.

—Se ve que la quiere mucho.

—Es importante crear tu propia familia, y yo lo hice.

Allí estaba de nuevo, frente a Pilar Peralta. El sol de Oia caía y se escondía en cada uno de los recovecos de la ciudad.

—Te he llamado por el amor que tengo a tu madre, porque una hija tiene derecho a conocer a su madre. Y por algo quizás egoísta. Me he sentido muchas veces como una bomba de relojería a punto de estallar. Y creo que debo desprenderme de este gran secreto. Ella, más que nadie, se merece que tú lo conozcas.

Mi corazón iba tan deprisa como quien está delante de un médico que le va a dar una noticia que no espera.

—Pilar, puedes confiar en mí. Amo a mi madre y quiero saber quién era ella. Pero me interesa, y por eso estoy aquí, la vida también de mi abuela.

—Lo que te voy a contar ahora necesita de mucha atención. De tu abuela no sé nada. Ella tenía conmigo un trato cercano. Poco te voy a poder contar de ella si es lo que buscas en mí. Pero quizás, si conoces bien la historia de tu madre, entiendas la de tu abuela. No sé con qué tiempo cuento.

—Si tengo que perder el ferri de esta noche lo haré. De verdad, te escucho.

—El 1 de julio de 1965 la vida de tu madre cambió drásticamente. Recuerdo que hacía un sol infernal. Madrid esperaba su llegada. Durante muchos meses, tu madre estuvo muy inquieta, les había escuchado en mi pick up millones de veces, hasta dejar sus oídos cansados. Me había hablado durante horas de ellos, lo que supuso para ella que Josele le regalara aquel disco que le había dado la oportunidad de conocerlos. Había cambiado su forma de mirar la vida. La universidad, Josele, yo, todo quedó en segundo plano. Recuerdo que un día en el baño, arreglándonos para salir, me dijo que no había nada, ni nadie, que le hubiese producido un sentimiento de libertad como ellos.

—No entiendo nada, Pilar. ¿Quiénes son ellos?

—No hay nada que entender. Solo intenta escuchar y vivir lo que te voy a contar como si fueras tu madre, como si estuvieras en su piel.

Mi padre, por aquel entonces, se había quedado en paro, había echado el currículum en miles de sitios, pero sin mucho éxito. Así que, un día en uno de esos miles de guateques que organizaban, conoció al fundador de la revista *Fonorama*, José Luis Álvarez, que había venido de Tánger para quedarse. Era la revista de la música para los jóvenes. Toda una revolución. La revista era un eco para muchísimos grupos que se estaban labrando un porvenir. Ayudaron a muchos a moverse, a Los diamantes negros, Los tifones, a Los relámpagos, a Los flaps... Tu madre adoraba la revista. Recuerdo que mi padre le guardaba algunos ejemplares. Y nosotras, a escondidas en algún parque, leíamos lo último de lo último en música.

—Pero... ¿qué tiene que ver esto con mi madre?

—Todo, Belma.

—Si no es por mi padre, quizás la vida de tu madre no hubiera dado un giro de ciento ochenta grados.

—Te escucho.

—Tu madre había escuchado mucha variedad de música. Pero ellos sonaban

distinto. Eran cercanos y se desmelenaban por los mismos problemas que nosotros. Tenían una forma de hacer rock and roll diferente. Se enteró de la llegada de aquellos chicos melenudos llamados Los Beatles. Toda España se enteró. Venían noticias muy confusas sobre su llegada, algunos ya lo dudábamos. Muchos jóvenes aguardaban desde hacía días en el aeropuerto. Recuerdo que tu madre me llamó y me dijo que quería estar allí. Todo lo que se le metía en la cabeza lo conseguía. Así que, escapamos por nuestra cuenta al aeropuerto.

—¿Mi madre se volvió loca por Los Beatles?

Mis ojos no daban crédito a lo que me estaba contando. La mujer que yo conocía no ponía ni un solo disco en casa de nadie. Parecía que detestara la música.

—Locamente.

—¡Qué me estás contando!

—¿Puedo proseguir, Belma? Gracias. —Y siguió hablando—: El avión aterrizó en España a las 17:40, en un Caravelle de Air France. Cuando se anunció la llegada del avión que salía de Niza, tu madre y yo corríamos despavoridas por los pasillos. Nos cruzamos con la revista *Fonorama*, pero esquivamos a su fotógrafo, Barahona. No nos vio nadie. Pese a la orden de la policía, que nos decía que nos retiráramos, nosotras cada vez avanzábamos más.

Cuando parecía que iban a salir, todo se demoró. Y al cabo de un rato hicieron su salida por las escaleras aquellos despeinados, los chicos de Liverpool. La gente enfervorecida les gritaba. Tu madre me arrancó uno de los botones de la chaqueta. Y gritaba como la que más: «Son ellos, son ellos».

El capitán de los guardias civiles que nos controlaba enfurecido gritaba:

—¡Quién ha traído a esos locos!

El primero en bajar fue John, con su gorra de cuadritos a juego con la cazadora abotonada blanca y unas gafas oscuras para evitar el sol de Madrid, que cada vez nos abrasaba más. Luego apareció Paul, que comenzó a saludarnos. Iba sin corbata. Muy gracioso nos dijo: «Saludos, amigos» en español. Tu madre saltaba cada vez más y más. Y por sujetarla me eché casi encima, y la policía me llevó hacia atrás. Así que tu madre vio más de cerca a Ringo, con sus gafas de sol y de blanco. Y por último apareció George, el misterioso.

—Nunca pensé que mi madre sería una groupie enfervorecida.

—Solo lo fue con ellos. Sabíamos que tenían que ir hacia la salida, y agarré a tu madre de la mano e intentamos llegar, pero hubo una maniobra que no vimos. Y es que fueron sacados por una puerta de servicio. No hubo manera de llegar hasta ellos. Nos quedamos tristes. Los teníamos tan cerca...

Jugaba con mi anillo y Pilar continuó:

—En un momento reinó el desconcierto total. A Ringo le confundieron con uno de esos locos fans. Por suerte no llegó a las manos. Nosotras corríamos para intentar tocar un trozo de sus chaquetas. Una gorra. Pero no hubo manera. Entre la multitud, vimos cómo se escapaban los dos Cadillac.

—Mira mis manos —le dije señalándoselas. Estoy temblando.

—Pues imagina cómo estábamos nosotras. Tu madre era un desconuelo. Se había pasado meses planeando su llegada.

—¿Cómo os enterasteis?

—Lo positivo en la vida es tener contactos. Y mi padre, al ser redactor de la revista, tenía muy buen trato con José Luis, el director. Una noche invitamos a tu madre a cenar en casa. Y mi padre nos estuvo relatando cómo hicieron los primeros contactos con el grupo. El director de *Fonorama* fue a Sevilla, a una gran fiesta. Por la alfombrilla desfilaron grandes personalidades: Orson Welles, Audrey Hepburn entre otros, nota curiosa, porque a mí me había fascinado Sabrina. Así que, cualquier batallita de mi padre, nosotras la hacíamos un mundo.

—No doy crédito a lo que me cuentas.

—Pues ahora viene lo mejor. José Luis, el director de *Fonorama*, sabía que en esa fiesta estaría el quinto Beatle, Brian Epstein. Ya sabes, le llamaban así porque era el manager, movía todos los entresijos del grupo. Quizás lo que mejor se le daba eran los temas de finanzas. No había manera de localizarle. El único dato que tenía es que estaba en un hotel importante de Sevilla. Así que, a golpe de teléfono, llamaron a tres o cuatro hoteles, hasta dar con él.

—Sí que tuvieron suerte —dije encandilada con la historia.

—Decirle que era el director de *Fonorama* le abrió completamente las puertas. La revista trataba «a sus chicos» muy bien. Epstein, que así se llamaba, tenía una fijación, que los chicos tocaran en España, ya que él amaba nuestro país. Pero tenía miedo. Si sus chicos venderían lo que se esperaba. Mi padre siempre me dijo que José Luis era un visionario, uno de esos tipos que tiene olfato para el negocio de la música. Así, a la pregunta de Epstein de si Los Beatles tendrían éxito en España dudaba de las cifras de venta que se barajaban. El director de *Fonorama* no lo dudó. Y expuso con su mejor arma, la labia, el éxito del grupo. Ellos son el grito de la nueva generación. Ahora hay muy pocos tocadiscos. Quizás un máximo de 2000. Pero tenemos que fijarnos en que a los guateques acuden cada fin de semana una media de trescientos chicos, y todos buscan desmelenarse con Los Beatles. —Y añadió—: Al poco tiempo, Los Beatles

consiguieron un contrato para tocar en España. Concretamente en Madrid y Barcelona.

—De verdad que estoy impresionada, Pilar. ¿Tú viviste el virus de mi madre?

—No sé de qué me hablas, Belma. Ahora quiero terminar tu historia. Seguro que encontramos la salida hasta callejón oscuro donde ha estado tu madre sumida durante años.

Capítulo 29

—Quiero una tónica. Tengo la boca como una alpargata —dije.

—Bien, pide algo, yo ahora no quiero nada. Para mí está siendo muy doloroso. Es remover un pasado. Una vida junto a tu madre.

—Lo entiendo. Y no quiero dejarla mal. Pero quiero saber más...

—Bien, prosigamos mientras llamo al camarero. Tu madre, como te digo, se quedó desolada. En el aeropuerto se quedó con el caramelo en la boca, pero sin poder saborearlo.

—¿Y la ayudaste?

—Yo sabía por mi padre que iban a dar una rueda de prensa. Así que teníamos que dirigirnos al hotel Meli Fénix. Hasta allí acudieron el director de la revista *Fonorama*, el redactor jefe, Roberto, y su fotógrafo.

—¿Y qué pasó?

—Nos hicimos pasar por periodistas. Nos agenciamos un bloc de notas y una grabadora de casa de mi padre. Y sin pensarlo dos veces nos plantamos en la puerta del hotel. La puerta estaba acordonada con muchísima seguridad. No era fácil, pero había que intentarlo. Miles de periodistas en el hall, esperando la llegada de los chicos. Todo el mundo expectante. Pero alguien nos interceptó el paso, un guarda de seguridad gordinflón y con cara de pocos amigos. Tu madre, muy seria, dijo: «Perdonen, nosotras vamos con ellos. Necesitamos tomar notas, somos las que hacemos los pies de página».

—¿Y os dejó libres?

—Dijeron que solo una podía ir. Así que nos lo jugamos a piedra, papel o tijera...

Me eché a reír y dije:

—En un momento tan emocionante como aquel, ¿jugasteis a un juego de niñas?

—En efecto. Éramos inocentes. —Y añadió—: Lo que no sabe tu madre es que yo saqué papel y ella tijera. Ya sabes, la segunda corta la primera. Había ganado, pero del nerviosismo ni se dio cuenta.

—¿La dejaste fuera?

—Sí. Esa misma noche me arrepentí.

—Pobrecita.

—Era joven, y estábamos ante los más grandes de todo Liverpool. Los Beatles atravesaron por la cocina y a las 20.30 se sentaron para recibir las preguntas absurdas de los periodistas allí reunidos.

—¿Qué preguntas hacían?

—Te vas a reír: «Ringo, ¿tu mujer tiene el pelo largo?». «Sí, sí que lo tiene, me gustan las mujeres con melena». Al minuto otro periodista gritaba: «¿Os dejáis el pelo largo como Dalila?». En un momento pensé que habían venido los patrocinadores de Johnson & Johnson al evento.

—¿Tú hiciste alguna?

—No podía de la emoción. Me quedaba tonta mirando a Paul McCartney, que hacía poses simpáticas, poniéndose un bolígrafo en el labio y sonriendo de manera constante. Ringo movía su anillo y jugaba con él. No sé si lo sabes, pero de ahí viene su nombre, por el sonido «ring».

—Vaya, yo sí que hubiera preguntado.

—¿Como qué, Belma?

—Pues, por ejemplo, cómo les fue viviendo en Alemania.

—¡Esa es mi chica!, hubieras sido la chica perfecta para trabajar en *Fonorama*. Esa fue una de las preguntas que hicieron ellos. Había que buscar preguntas serias y captar su atención. A mí me temblaban las piernas. *Fonorama* agitaba la sala con preguntas potentes, causando la envidia de todo el lugar. En quién se inspiraban, quiénes eran sus ídolos.

—¿Y qué dijeron?

—Elvis y un sinfín de nombres que ahora mismo no recuerdo.

—Me hubiera gustado que hubiera estado mi madre.

—Eso mismo pensé yo cuando estaba allí.

La verdad es que no me gustaba nada lo que había hecho con ella. Si era su sueño, Pilar lo había alejado de ella. Cuando ya pensaba que la historia se terminaba ahí, me dijo:

—¿Qué tiempo nos queda?

—Menos de cuatro horas —dije sentenciando.

—No es mucho, pero será el tiempo perfecto para que veas el atardecer y puedas marcharte conociendo más a tu madre.

—Gracias, de verdad.

—No me las des. Y ahora, si te parece, vamos a pedir algo de comer. ¿Te gustan los tomatokeftedes?

—No sé ni qué es.

—Albóndigas con tomate.

—¡Qué bueno es comer con alguien que conoce bien la cocina griega!

—No sé si bien. —Y añadió—: Desde que llegué estoy enamorada de su cocina mediterránea.

Nos pusieron de vino, el Sigalas. A pesar de que tenía un nudo en el estómago que no me dejaba disfrutar de un día tranquilo. Poco a poco me fui relajando en la mesa. Creo que el vino causó un efecto narcótico en mí que me hizo estar más tranquila.

Pilar prosiguió contando miles de anécdotas. Cómo uno de los chicos de *Fonorama* se llevó de juerga al quinto Beatle, Epstein, a la ballesta. A veces se dispersaban con historias ajenas, muy interesantes, pero había que centrarla.

No pude evitar preguntarle algo que me rondaba la cabeza.

—¿Y no salieron esa noche?

—No, dicen que fueron niños buenos. Mi padre me contó que tenían un taxi preparado en la calle Hermosilla para escapar, pero que prefirieron descansar.

—¿Mi madre fue al concierto?

—No quiero que te lleves una imagen de mí como la que te he mostrado, dejando a tu madre aislada de ese momento. Hubo una mañana siguiente. *Fonorama* consiguió lo que nadie pudo y fue gracias a su director. Se vieron con Los Beatles en su habitación. Ellos solos y...

—No me lo puedo creer.

—Así es. Avisé a tu madre y le dije que los esperara en la puerta del hotel. Ellos llegarían sobre las tres y media de la tarde. José Luis iba el primero. A la vez llegaban Roberto y Barahona, el fotógrafo. Tu madre se abalanzó sobre el director y le dijo lloriqueando: «Lléveme con usted».

—¿Y le hizo caso?

—No solo le hizo caso, sino que le puso una insignia en la solapa con el logo de la revista, un muñeco muy gracioso llamado Bob. Subieron a las habitaciones 123, 223 y 323, 423. El pasillo, según me contó ella, estaba en pleno silencio, no se oía ni una mosca. Les esperaban en una habitación. Tu madre temblaba como una colegiala inocente.

—Es fascinante todo lo que me cuentas.

—Conseguir una entrevista privada era muy difícil. Los Beatles estaban muy cansados de que la prensa les tratase regular y no querían más sorpresas con periodistas. Los chicos de *Fonorama* eran otra cosa. Eran sencillos, distendidos, y tenían hasta una sección única en su revista llamada *Beatlenoticias*.

—¿Y mi madre allí con ellos?

—Allí estaba, con su pelo liso y una cinta ancha en su pelo castaño. Se había maquillado suavemente y se había dado algo de colorete. Sabía que no era nada fácil conseguir entrar en la habitación. El grupo andaba muy cansado, ya que por la mañana habían venido las bodegas Domecq al hotel y les habían preparado un sarao bueno para que firmaran las tinajas de vino.

Yo no quería que Pilar se dispersara, quería saber todo lo que había pasado dentro de esa habitación. Así que la guie de nuevo al tema de la conversación.

—Continúa, por favor.

—¿Quieres más Sigalas?

—No, gracias.

—La puerta se entreabrió y apareció un gorila de guardaespaldas que tapaba la luz de la habitación. Con su cuerpo enorme taponó la puerta para que no pasaran. Pero de pronto, apareció, detrás de él, Paul, diciendo unas palabras en español. Todos respiraron. Tu madre no daba crédito al momento que estaba viviendo. En ese momento solo estaban tres de ellos, Paul, Ringo, y George. John salió minutos después con la señal de las sábanas en la cama. Ya había probado la siesta de España.

Me eché a reír. No podía dar crédito. Mi madre en la entrevista privada de Los Beatles.

Pilar respiraba y miraba al cielo.

—Siento si estoy removiendo mucho de tu pasado.

—Para mí, tu madre es una hermana, y me siento mal por no haber estado a su lado en estos años. Pero todo tiene una explicación, que conocerás.

—No te juzgo, Pilar. Ese momento que vivió fue gracias a ti. No siempre podemos estar en la vida de las personas cuando lo necesitan. A veces no gritan esa necesidad.

—Sí, mi padre nos ayudó mucho. Era completamente distinto al padre de Carmen, que era soberbio, con ganas de parar la vida a su hija... Siento decir lo que digo, era tu abuelo.

—No te apures. Puedes tener un hijo de puta en la familia.

—Aunque lo fuera, creo que no deja de ser tu abuelo.

—Empiezo a pensar que mi madre está así por su culpa. —Y añadió—: Sigue contándome esa entrevista privada, por favor.

—El escenario era perfecto, ambiente, como te digo, distendido. Ropas cómodas, refrescos y algo de alcohol, que no utilizaron demasiado. Un tresillo y dos sillones. Una mesa en medio que, más tarde, John daría una patada para hacer la foto de grupo. Y una conversación de lo más animada.

—Mi madre... ¿hablaba?

—Muy poco. Paul le acercó una silla. Y de vez en cuando hacía que tomaba notas. En una de esas hizo una caricatura a Ringo. Él se acercó por detrás y le dijo que no le hiciera tan feo. Tu madre, avergonzada, rompió la hoja y la tiró a la papelera.

—¡Qué graciosa!

—En un momento, John se asomó a la ventana y las fans gritaban como locas. «¿Veis?, es imposible salir. Creo que es exagerado lo que arman».

—El director de *Fonorama* se levantó y mirándoles les dijo: «Sois la inspiración de la juventud. Os quieren ver, tocar, sentir...». Tu madre asintió con la cabeza. Harrison se acercó a ella y le dio un trozo de chaqueta para que lo tocara. Todos se rieron.

—Me imagino la emoción de mi madre allí en la habitación, rodeada de todos ellos, esperando que llegara el concierto de Las Ventas.

—Ella no tenía entradas, pero uno de ellos se acercó y le dijo: «¿Te gustaría ir con nosotros al concierto? No puedes faltar, tendrás que dibujarnos para la revista». Ella estaba entre tímida y eufórica.

—No me extraña, tuvo que ser tremendo.

—El equipo de *Fonorama* repartió algunos números de la revista. Ellos la ojeaban divertidos. Les gustaba el cuidado con el que les trataban. Todavía recuerdo cuando tu madre me contó que en ese momento íntimo de pasar páginas ella dijo: «Me encantaría que empezara el concierto con *I Should Have Known Better*». Paul le contestó: «Esa no la tenemos muy preparada. Siempre calentamos el ambiente con *Twist And Shout*». Harrison se acercó a ella y le dijo: «Pero a lo mejor, te sorprendemos y la cantamos para ti».

—Eso es precioso —dije con los ojos como platos.

El sol estaba dejando de calentar en Oia. Habían pasado ya dos horas y estaba llegando la hora del atardecer.

—Creo que nos queda muy poco tiempo, Belma. Y todavía no te contado ni la mitad de las cosas.

—Me quedaría a dormir.

—Nunca permitiría que perdieras más días de trabajo. Hoy será el día que te cuente todo lo que sé. Quizás, por una parte... me encantaría ver a tu madre.

—Esa parte, déjame que me lo piense. Tengo que consultarlo con mi hermana Delia. Ella la cuida, vive con ella, y no le gusta nada que haga cosas así sin consultarla. Si se enterara que estoy aquí contigo, quizás no me hablaría más.

—Lo entiendo.

—¿Cómo terminaron?

—Se hicieron una foto de grupo. Tu madre no quiso salir. En el fondo, no quería que su padre alguna vez leyera esa revista y la viera posar con los chicos que habían desmelenado el país.

—¿El concierto les esperaba?

—Así es. Yo tenía una entrada por mi padre. Y Carmen tenía la suya, la que le habían dado Los Beatles de primera mano. Nos dirigimos a Las Ventas. Llegamos algo tarde, cuando Los Pekenikes estaban tocando. Las inmediaciones estaban llenas. Muchas veces, se oye que había poca gente, y eso no es así. Quedaron libres gradas que no eran visibles, lo normal que pasa en los conciertos.

—¿Con qué canción arrancaron?

—El 2 de julio de 1965 a las 22.10 de una noche calurosa de Madrid, Los Beatles avanzaron en el escenario con *Twist And Shout*. Tu madre gritaba enfervorecida. Yo llevaba una pequeña cámara que no hizo bien ni una foto. Todas movidas. Todavía guardo la entrada del concierto por mi casa. Fila 15, doscientas pesetas.

—Tuvo que ser mágico.

El atardecer llegaba a Oia, irrumpía con fuerza como un huevo escalfado en una taza blanca. En ese instante preciso de la tarde, el sol caía lentamente, coloreando el cielo azul. La gente corría hacia los miradores para verlo. Yo no podía ni levantarme. En esa mesa ocurría el atardecer más espectacular del mundo. La vida de mi madre se agitaba con fuerza.

—No tengo palabras, Belma, para describirte ese momento. John nos saludó, parece que nos miraba. Ringo agitaba la cabeza de un lado a otro tocando la batería. Nosotras aplaudíamos al aire. Y bailábamos como posesas.

Le mostré mi brazo como piel de gallina. Mi madre era una revolucionaria como yo de la música. Vibraba como yo. Pilar prosiguió:

—Tu madre andaba loca, saltaba, se reía, hacía los coros con Paul cantando *Can't By My Love*, sentía su música como nunca, en pleno directo. Aquella canción había salido de su pick up para llegar hasta su alma. Desde aquel instante tu madre cambió, nunca fue la misma, se distanció un poco de todos. Vivía y sentía para ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Sentía que era algo suyo. En parte lo entiendo. Todas nos creíamos que era algo nuestro.

—Ya te entiendo.

—Cantaron algunas como solistas. Tu madre decidió ponerse más cerca de ellos, corrió por todas las gradas hasta llegar al centro y escuchar *Everybody's Trying To Be My Baby* de la mano de George Harrison, muy cerca del escenario. En ese momento la perdí de vista. Cada una vio terminar el concierto en un lado de Las Ventas. A mí me daba miedo bajar, había mucha seguridad y preferí escucharlos donde estaba. A la salida cruzamos unas palabras y cada una se fue a su casa.

—¿Qué sentiste cuando terminó?

—Creo que todos sentimos pena, algo histórico y que jamás volveríamos a vivir, se había terminado. Esos nervios que tienes durante la semana, que se agarran con fuerza a tu cuerpo y, cuando te diriges al metro de vuelta a casa, se han esfumado y te queda un cansancio brutal.

El sol se estaba escondiendo cuando Pilar dijo algo que me terminó de ensombrecer aún más lo que estaba viviendo. Por primera vez en mi vida, el sol se ocultaba en el horizonte y aparecería iluminando como solo un rayo sobre mi existencia.

—Por cierto, Pilar, ¿y tú cuándo te enteraste del virus que sufrió mi madre?

—Belma, creo que hoy debe ser el día que comiences a enfrentarte a la verdad, que dejes por fin a un lado las mentiras que han formado parte de vuestra vida. Tu madre no padeció ningún virus. La verdad está en un brutal accidente de tráfico que truncó su vida para siempre, la de ella y la de todos nosotros, la de quienes la queríamos tanto.

—¡Qué dices!

—Yo intente verla en muchas ocasiones, aparecía a cualquier hora en el hospital, pero tu abuelo interceptaba mis visitas. Nunca se lo perdonaré, y él tampoco a mí, me repetía constantemente: «Tú eres la culpable de todos los males de mi hija. Jamás vengas a verla. O tendrás consecuencias graves».

—¿Te amenazó?

—Así fue, así era, mejor dicho, un hombre brutal, poderoso y tremendamente retrógrado. Nunca pude volver a hablar con ella. Desapareció de mi vida como él quiso. Sé que estuvo en Barcelona viendo el segundo concierto de ellos, yo no pude acompañarla, no reuní el dinero suficiente. Carmen era una mujer increíble: positiva, cautivadora, bellísima, muy inteligente y tremendamente perseverante.

—¿El accidente lo tuvo en Barcelona?

—No, qué va, fue un mes después, en agosto, en la calle María de Molina, nada que ver con los conciertos que dieron.

—¿A dónde se dirigía?

—Nadie lo sabe. Nadie. Quizás solo tu abuelo. Se lo llevó a la tumba con él.

—Espera, tuvo que tratarla un médico, alguien...

—No te puedo ayudar más. Es todo lo que sé. Belma, se te va a hacer tarde.

—Pilar, no sé cómo agradecerte que me hayas atendido tan bien. Que hayas compartido su historia conmigo.

—Tenerte aquí en Santorini es tener a tu madre conmigo.

—Gracias por todo.

—Suelo ir a Madrid a ver a mis sobrinos. Por favor, piénsate lo que te he dicho. Me gustaría ver a tu madre. Estar a su lado. Aunque ella quizás ni me reconozca.

—De verdad que lo intentaré. —Y añadí cogiéndola de las manos—: Hoy mi madre ha estado con nosotras. Le hemos devuelto lo que fue.

Salí corriendo hacia el ferri. Mi cabeza estaba pérdida. Fui a Santorini llena de fantasmas, y vuelvo a Atenas con otros nuevos. Sentía la necesidad de cazarlos y que se quedaran allí a mi vuelta de Madrid.

Capítulo 30

Mi madre llevó una vida que yo, Belma Vento, desconocía por completo. En todo este tiempo mi foco estaba dirigido a mi abuela. En ella buscaba todas las respuestas. Ahora sabía que debía buscarlas en mi madre. Muchas pistas y ninguna sin un sentido coherente que me llevara a la verdad. Mi madre, que era una mujer cariñosa que nos hacía tartas de manzanas, pasó a ser una groupie alocada y fanática de Los Beatles. Mi abuelo quebró su destino en algún lugar, estaba segura de ello.

También empezaba a pensar que aquel trozo de carta en inglés que encontré en el chifonier: *Somewhere in her smile she knows, that I don't need no other lover*, podía pertenecer a mi madre y no a ningún amante inglés de mi abuela. Su carrera de filología inglesa no acabada, su huida silenciosa a algún lugar, aquel accidente... Toda mi cabeza era una maraña de ideas inconexas.

Era complicado confiar en alguien cuando te han estado ocultando la vida de tu madre durante toda una vida.

Tenía que empezar por algún punto, demasiada información tenía ya. Quería averiguar algo de aquel accidente y qué llevó a mi madre a su actual estado. Aquella enfermedad que no había aparecido como siempre creí. Y, por otro lado, el significado de aquel mensaje encriptado en un chifonier familiar.

Cada vez me atormentaba más su pasado. Creo que, en el fondo, lo que quería era rescatarla de sus cenizas. Traerla a su vida, aquel «yo» que una vez fue. Y lo haría, vamos que si lo haría. Había llegado lejos. Y ahora, ya muerto mi abuelo, no habría nadie que parara la vida de mi madre. O eso creía.

A mi llegada a Madrid, tendría que hablar con el doctor Jiménez. Él me podría dar alguna pista sobre mi madre. Creo que conocer su historial médico me acercaría hasta ella.

Los días en Grecia iban pasando muy deprisa. Me sentía cansada, ya no tanto de cuerpo, sino de cabeza. Demasiadas emociones para asimilar. A Marcos no quise contarle nada de mi historia. Me afectaba recordarla. Si mi madre hubiera estado bien, hubiera corrido a llamarla por teléfono y a contarle que había estado con su mejor amiga. Seguro que me hubiera preguntado un sinfín de cosas...

Había que seguir atando historias pendientes.

Después de mi jornada de trabajo llamé a Ciro.

—Estoy haciendo la maleta, Belma.

—Es importante. Dime un sitio donde podamos vernos.

—Tendrá que ser en el aeropuerto. Tengo que facturar.

No me hacía ni pizca de gracia verle otra vez. No era agradable. Levantaba todo mi pasado. Y no era cómodo, ni para mí, ni creo que para él.

Estaba en la puerta de embarque esperándome.

—Si quieres vamos a la cafetería.

—No, tranquilo, vamos a los sillones, estaré solo un momento y ya no me tendrás que ver más.

—Es difícil oírte decir eso.

Hice como si no le hubiera escuchado. Así que, poniéndome seria, le dije:

—¿En qué estás trabajando ahora, Ciro?

—No me jodas. —Y añadió de forma pasota—: ¿Y eso a qué viene? Siempre te importó una mierda mi trabajo.

—Eso no es así. Siempre intenté matar los pájaros que tenías en la cabeza para que no sufrieras.

—Uno prefiere matar sus propios pájaros.

—Luego ya lo entendí.

—Perdona... ¿La genial Belma dice que entiende algo mío?

—Sí, lo vi, y te pido perdón.

—Sé que te cuesta, chica orgullosa.

—No lo soy tanto.

—«Aún busco en la arena alguna luna llena que arañaba el mar».

—Por favor, no sigas...

—«Si alguna vez fui un ave de paso, lo olvidé todo para anidarte en mis brazos».

—Serrat no te queda bien.

—Belma, ¿a qué has venido?

—Creo que estás haciendo daño a una persona que amo.

—¿Quién?

—Tenemos una persona en común que no se merece nada malo. Es un soñador, y tú de eso entiendes mucho.

—Si me lo explicas, quizás llegue a entender algo. Mi avión sale ya y estoy desconcertado.

—¿En qué historia estás trabajando ahora?

—A ver, estoy trabajando en una canción con una productora seria. No es

nuestra canción, puedes estar tranquila.

—Cuéntame esa historia. Quiero que lo hables tú.

—Sabes que cuando hacía alguna truculencia tú me reñías. Y ahora, que no estás, no aguanto que me sigas riñendo.

—¿Estás trabajando con Abril Producciones?

—Ni sé cómo te has enterado. Eres la dueña de mis mensajes privados de Twitter, está visto.

—Ahora la que estoy descolocada soy yo. ¿Twitter?

—Hace un tiempo, un mes y medio más o menos, escribí por Twitter a una productora discográfica. Una de las potentes. Abril Producciones.

—Espera... Abril Producciones te encontró por un foro de músicos independientes, ¿no?

—Joder, ¿dónde está la cámara oculta?

—Por favor, es importante.

—Yo soy el mismo tío que escribió por Twitter y el tipo que es músico que le encontró Abril Producciones en el foro. Me inventé una historia para salir adelante con mi música.

Sentí una gran presión en el pecho. Se hinchaba como un globo para desinflarse al segundo. Mientras Sebastián luchaba como un poseso por sus sueños, alguien jugaba con su destino. Le miré con cara de desaprobación.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué he hecho mal? —Y añadió—: Tú me decías que para triunfar en la música hay que abrir muchas puertas.

—Has tocado la puerta de mi casa.

—¿Qué dices?

—Pues que el tipo de Abril Producciones es mi chico.

—¡Venga ya!

Mi cara lo decía todo. El avión para Madrid ya estaba anunciado y tenía que embarcar.

—Por favor, Ciro, no juegues con esto. Mi chico es un tío que vive la música, que lucha por cada uno de vosotros.

—Bueno, está en Abril Producciones, no creo que sea tampoco trigo limpio. —Y añadió—: Además, yo lo que quiero es sacar una canción con ellos. Nada más, te prometo que le dejaré libre cuando lo consiga.

Tuve ganas de decirle que Sebastián tampoco había sido honesto, pero quién era yo para descubrir un secreto. En la vida, creo que toda persona tiene derecho a descubrirlo por sí mismo. Y yo ya tengo mi cupo cubierto.

—Te equivocas con Sebastián —dije con lágrimas en los ojos.

—Oye, es un tío majo. Y está bien. Vamos, que es aparente.

—Es un gran tipo, Ciro.

—Espero que te cuide mucho, Belma. De verdad, saldré de esta sin estropear tu historia. Una vez estropeé la mejor historia que tuve.

—¿Y esta frase de qué cantautor es?

—Esta es mía.

El silencio rondó entre los dos, como un pasajero sin billete. El avión esperaba en la pista para despegar. Nos abrazamos un momento, sentí un cariño inmenso por esos años que vivimos. Se levantó, cogió su bolsa de mano y se alejó como el fantasma que fue. Pero esta vez logré verle marchar.

Capítulo 31

Los siguientes días de mi estancia en Atenas se me hicieron largos. Contaba las horas para llegar al aeropuerto y abrazar a Sebastián.

El último día de nuestra estancia en Atenas fue inolvidable. La gente de Google nos preparó una cena maravillosa. Uno de los chicos terminó rompiendo platos contra el suelo y los demás lo seguimos imitándole.

—Ya no es una tradición como antes, pero de vez en cuando lo hacemos contra el estrés —dijo uno de los fotógrafos.

Bailamos sirtaki, todos en círculo y entrelazados de las manos. En un momento, vi cómo Marcos se soltaba y seguía a un chico del departamento hasta los servicios. Me di cuenta de que todos guardamos secretos e historias que los otros desconocen. Nunca en el viaje de vuelta le comenté nada al respecto. Durante mis pequeños viajes a Santorini, Marcos no debió de perder el tiempo.

Le miré con el rabillo del ojo y le vi mustio, con su flequillo lateral mirando fijamente el ala del avión. Estaba tristón. Algo pendiente dejaba en Grecia. Espero que no le impidiera volver a enamorarse.

—He dicho «water» y la azafata no entiende lo que le pido.

—Todo depende del sonido —dijo Marcos sonriendo.

Corrí por la T4 en busca de Sebastián. Mi corazón me decía que había venido a buscarme. Al salir estaba con un letrero enorme que ponía: *Belma Vento, bienvenida*.

Me abalancé sobre él y le comí a besos.

—¿No has comido en el avión? —me dijo divertido.

Se me saltaban las lágrimas.

—Te he echado de menos.

—Anda, deja que te coja la maleta y vamos a casa.

Marcos iba detrás de nosotros. Me frené esperándole. Y Sebastián le miró:

—Te acercamos.

—No, gracias, chicos. Prefiero ir en metro y estirar algo las piernas.

—Como quieras —dijimos al unísono.

No habíamos perdido ni un punto de conexión en este tiempo. En el coche nos acariciábamos como dos gorilas que les han separado forzosamente de sus

jaulas.

Entré en casa y respiré hogar. Saqué de la maleta dos camisetas y le dije:

—Pruébatelas, yo creo que son grandes.

Sebastián, cogiéndome por los aires, me contestó:

—Hoy no las voy a necesitar.

Fue una de las noches más mágicas de toda mi vida. Me sentí liberada, con la sensación de haber crecido. Besé cada rincón de su cuerpo, sintiendo que Sebastián era mi roca, mi alcázar, y una fortificación construida con todas las piedras del mundo. Sentí como su nariz bajaba hasta mi ombligo y se perdía entre mi piel. Adiós a las historias pendientes que no me dejaban amarle como él solo se merecía.

El día libre que mi jefe nos concedió por buen trabajo lo dediqué a visitar al doctor Jiménez. Tuve mucha suerte porque llamé y me recibió sin cita previa.

Esperé más de dos horas en la sala de espera. Ojeé alguna revista atrasada hasta que me hizo llamar:

—Pilar Azcárraga.

—Muchas gracias, soy su hija, he venido sin mi madre.

—Pasa y siéntate.

Me senté con las piernas cruzadas. El doctor Jiménez abrió el historial de mi madre y comenzó a grabar la fecha de hoy.

—De lo que vamos a hablar, doctor, prefiero que no grabe nada. He venido porque quiero hablar sobre mi madre y su enfermedad.

—¿Qué quieres saber?

—Todo, y no sé ni por dónde empezar.

—Lo que tiene tu madre ya lo conoces. Trato a tu madre desde hace diez años. Ya sabrás que, debido a un cuadro vírico, meningitis fue diagnosticada, tu madre sufre una agnosia visual. Ve los rostros, pero no llega a reconocerlos. Como sabes, no es un problema oftalmológico, su capacidad visual está intacta. El problema surge en la parte del cerebro que tiene dañada y que no es capaz de reconocer los rostros e identificarlos, y por tanto no los recuerda.

—¿Podrá llegar a recuperarse algún día?

—Mira, el cerebro es como una cámara de fotos que se queda sin batería y hay que recargar. En el caso de tu madre hemos llegado a recuperar bastante, y puede seguir haciendo fotos. Hemos conseguido que el diafragma del ojo no se cierre del todo. Recuperable cien por cien no es posible.

—Estoy muy agradecida por todo su esfuerzo.

—El virus le afectó también algunas regiones cerebrales, como el lóbulo temporal, algo que provoca que tenga a veces algo de amnesia. Ya os dije hace muchos años que no hay farmacología para ella, y que requiere de una terapia neuropsicológica constante. Podemos conseguir ciertos despertares, a veces tendrá memoria de esos rostros, pero siempre que ella vea en ellos algo significativo.

—¿Cree, doctor, que, si ponemos ante ella algún rostro, algo que reconozca de su pasado, puede recordar detalles importantes?

—Tu madre nos reconoce por la voz y también por detalles específicos. A mí por el bigote, y a ti por el sombrero. Por suerte no tiene una amnesia grande, ya que no ha llegado a tener lesiones occipitotemporales bilaterales.

—A veces me desespero, doctor, porque le muestro fotos mías y en una sabe quién soy porque llevo puesto el sombrero y en la otra ni me reconoce. Es durísimo.

—El cerebro de tu madre es muy sabio, hace clic en partes del rostro. En el informe que tengo de tu madre cuando la traté por primera vez ya había evolucionado mucho. Al principio me decía ella que estaba desconcertada porque no sabía qué pasaba. Creía que era un problema visual. Es muy difícil para mí, como médico, descubrir también qué están viendo. Recuerdo una vez al principio de una consulta, que me trajo loco, decía que veía dos huecos en una fotografía que le mostraba, y luego resultaron ser los ojos de Kennedy. Sabes que a veces no sabe a quién pertenece esa cara, hasta que descubre algo diferente o lo recuerda, eso no llegamos a diferenciarlo.

—Ha hecho un trabajo excelente con ella.

—Durante años, me especialicé en la prosopagnosia. Esta enfermedad hace que tu madre interrumpa ciertos rostros. Por eso es importante toda la terapia que hacemos aquí con ella. Tu madre es muy buena paciente. Es muy dócil.

—Doctor, quiero saber la verdad. Su docilidad no creo que sea tan buena.

—¿A qué te refieres?

—He descubierto hace muy poco que mi madre no sufrió ningún virus. Hablemos del accidente de tráfico. No piense que vulnera el secreto profesional, está en juego una familia que anda desquiciada por encontrar a su verdadera madre.

—Nosotros los médicos tenemos un juramento hipocrático, si se refiero a eso, Belma. No silenciamos la vida de nuestros pacientes por capricho —dijo molesto. Y añadió—: Pero en este caso puedo decirle que yo no silencié la vida

de su madre ni su enfermedad. Siempre fui claro con ustedes. Yo tenía una evaluación desde el principio. Pero el informe me lo fui trabajando día a día con ella, según lo que sentía. Quizás, en vez de usurpar en mi despacho y decir cosas a la ligera y sin fundamento, debería buscar al equipo de médicos que la trató en el Gregorio de Marañón al principio de su enfermedad.

—Dígame su nombre y dirección.

—Espere un momento, que voy a mirarlo.

Se levantó y se marchó a la habitación de al lado. Al segundo dijo:

—Doctor Ramos. —Y añadió—: Si me permite, le aconsejaría no mover mucho la vida de su madre. Estos pacientes notan mucho la inestabilidad en su día a día. En el caso de su madre, por suerte, puede reconocer objetos. Pero tengo pacientes que, para llegar a su casa, con una afasia visual, tienen que ir tocando todos los árboles para conseguirlo.

—¿Y cómo lo hacen?

—Por el tacto rugoso. Distinguen cada árbol. De ahí que tengan una sensibilidad hacia el mundo importante. Y no quiero que todo el trabajo que hemos desarrollado para su madre se eche abajo.

—Doctor, amo a mi madre. No permitiría que su pasado tocara alguna parte de su cerebro provocándole un daño irrecuperable. Pero sí creo que tiene derecho a recordar algo de su vida. Y así lo haré.

Me levanté y me fui. Ahora tenía el nombre del doctor que trató a mi madre. Ahora sí que me acercaría a la verdad, y a esa historia del accidente de tráfico que nadie me podía resolver.

Necesitaba ir a ver a mi madre, me apetecía pasar el día con ella. Más que nunca me sentía unida a ella. Fui dando un paseo hasta llegar a su casa. Mi hermana no estaba, así que era perfecto. Según cómo la encontrara, podía tantear algo de información y ver si algo podía recordar.

Abrí la puerta y recogí mi sombrero del perchero.

—Belma, pasa. Estaba terminando de hacer una tarta de manzana.

—Mamá, ¿no querrás que engordemos tres kilos?

—Bueno, tu hermana viene dentro de dos semanas de Londres y me apetece hacerle lo que más le gusta.

—¿Y estás de ensayo?

—Bueno, no quiero ganar ningún premio, pero quiero que esté perfecta para ella.

Se quitó el delantal y le propuse ir al Retiro a dar una vuelta. Sería bonito que paseáramos juntas, donde una vez lo hizo con Pilar. Es increíble cómo había

olvidado a una de las personas más importantes de su vida.

Fuimos a su cuarto. Abrió su vestidor y se sentó en la coqueta a pintarse los labios y a atusarse el pelo. Era mi momento para atacar.

—Mamá, ¿cuándo vas a ver al doctor Jiménez?

—Voy dentro de semana y media. Pero no hace falta que me acompañes. Yo ya estoy bien y tú tienes mucho trabajo.

—Eso lo veremos. ¿Sientes que avanzas?

—Sabes que no me gusta hablar de mi enfermedad. Sé que la tengo, convivo con ella, como otros lo hacen con la diabetes.

—Me encanta lo fuerte que eres. Ojalá fuera como tú.

—Bueno, yo no soy como tú crees. Los principios, créeme, fueron muy, muy duros. Yo no reconocía a la chica que salió del hospital. Te enfadas con el mundo. No lo entiendes. Los demás tampoco te entienden a ti. Y todo se te hace ajeno. Tú te quedas en el quirófano y el que sale es otra persona totalmente diferente.

—Mamá —dije cogiéndola de la mano.

—A veces viene bien recordar las cosas. El cepillo con el que me peinaba era de otra, las sábanas donde me metía en la cama eran de otra. La silla, el aparador, incluso la casa era ajena a mí. Pero lo más duro fue...

—Dime, mamá...

—Cuando te encontrabas con personas sin rostros, bultos que deambulaban por las aceras, que te saludaban y te decían que eran muy amigos tuyos. Y tú, por más que recordabas, no había manera. Eran extraños.

—¿Y qué sentías?

—Deseaba llegar a casa y estar al lado de tu padre. Era mi referente. Como el tuyo es Sebastián.

Entonces, miré al espejo y la vi reflejada. ¿Dónde estaría aquella madre que cantó como una posesa en el concierto de Los Beatles, que estuvo en su hotel y que un día salió huyendo de algo?

—¿A que a veces tenías la necesidad de huir?

—Nunca. Desde que tuve a tu padre, nunca.

Salimos a la calle y respiramos el aire del Retiro. Paseamos junto a las barcas y llegamos hasta un pequeño estanque, donde una niña echaba migas a los patos.

—¿Así era yo, mamá?

—No llego a reconocer su rostro. Esa niña grita mucho y tú eras silenciosa.

Dejé a mi madre en casa y llegué a tiempo para cenar con Sebastián. Había algo que me atormentaba casi o más que la nota que encontré en el chifonier, y era el accidente de tráfico de mi madre en agosto de 1965 en la calle María de Molina. Estoy segura de que mi madre huía de algo. Y ya nada ni nadie me iba a parar para saber de qué se trataba y a dónde se dirigía aquel día.

Ahora, yo era los ojos y las manos de mi madre, y hallaría las respuestas para reencontrarla con la persona que dejó atrás en aquel maldito quirófano. Darle una oportunidad por si existía alguna historia pendiente en ella. Se lo debía.

Capítulo 32

Unas gotas de lluvia comenzaron a caer. Sebastián me esperaba en el jardín secreto de Salvador Bachiller. Nos apetecía cenar algo ligero. Subimos hasta el ático.

—¿Te gustaría que cenásemos en el columpio?

—Por hoy ya he sufrido bastantes vaivenes.

—Como quieras. Vamos a este rincón.

Miramos la carta, y Sebastián se animó con una ensalada de brócoli. Una vez más, nos sentiríamos asnos comiendo hierba.

—Me tienes que contar detalles de tu viaje a Atenas. ¿Has conocido a mucha gente?

Mi corazón se encogió como un puño. No me apetecía que en mitad de la mesa Sebastián me trajera a la cabeza a Ciro. Me sentía una auténtica zorra por ocultarle aquello. Pero sé que el decirlo me iba a traer más problemas. Y desde luego no quería poner en juego mi relación.

—Bueno, ya sabes, siempre se conoce gente.

—¿Interesante?

—Si lo que quieres preguntar es si he conocido a alguien con tanto encanto como tú, te diré que no.

«Punto para mí», pensé en silencio. Sebastián tomaba la copa de vino entre sus manos y me miraba fijamente.

—¿Sabes que estás más guapa desde que has venido? Te veo una aureola de seguridad que va a acabar conmigo.

—No sé —dije masticando algo de hierba.

—Te has dejado algo entre los dientes. Una rama verde.

Vaya, acababa de perder mi seguridad por la alcantarilla.

—Vaya.

Sebastián cogió la punta de su uña y comenzó a quitármelo.

—Sebastián, por favor, con este gesto parece que llevamos más de dos años.

—¿Qué pasa?, si hay confianza.

Las azafatas pasaban de un lado a otro sirviendo la comida. Mientras Sebastián me tomaba de la mano y me la acariciaba como un colegial.

—Me doy cuenta ahora de lo mucho que te he echado de menos.

—Eso mismo estaba pensando yo.

Durante minutos, nos mirábamos con los ojos de la primera vez. Sebastián volvió a traerme un recuerdo que yo quería aparcar.

—Estoy empezando a mover la canción. Me he visto con el compositor, ha estado unos días también en Atenas, lástima que no os presentara antes. Ya le dije que mi chica también había estado por allí. Dice que los bares estaban petados de chicas, pero que una le robó el sueño. —Y añadió—: Yo no sé lo que le ven las chicas. Pero liga, el tío liga, cuando he quedado con él, le miran mucho. Quizás ese aire de perro pachón que le han robado la cartera. Si es que sois a veces extrañas. Tiene pinta de ser el clásico que deja tirada a cualquier chica. A ti te horrorizaría.

Yo daba vueltas a mi servilleta. La anudaba y la volvía a desanudar. Intentaba mirar el tema de lejos, muy de lejos. El capullo de Ciro sabía que esa información me iba a llegar.

—Sebastián, tienes que decirle que no eres de Abril Producciones. Debes decírselo.

—Belma, si se lo digo, le pierdo. Y no puedo permitirme eso ahora.

Sentí algo de decepción. Pero pensándolo, Ciro también le había engañado. Jugó con una doble personalidad para conseguir una meta. Todos escondemos trozos de vida, por cobardía, por miedo, por interés. Quería saber por qué la escondía Sebastián. Eso me haría llegar a conocerle más, y saber si estaba apostando por la respuesta correcta.

—No hablemos de mí. Cuéntame qué más has averiguado de tu madre.

—Sebastián, si te das cuenta, no quiero ni hablar de ello. Temo que no estés de acuerdo con todo lo que hago.

—Te voy a querer igual.

Yo, sin embargo, no podía decir lo mismo. Si él no decía que no era de Abril Producciones, yo sentía que estaba con un hombre que aprobaba la mentira. Pero tampoco podía juzgarle, yo tampoco me estaba comportando de la forma más honesta.

—Mi madre, en agosto del 65, tuvo un accidente de tráfico. Mi madre no sufrió ninguna meningitis vírica en su vida.

—¡Qué me estás contando!

—A mis hermanas y a mí nos han tenido engañadas toda una vida.

—Pero ¿por qué querrían hacer eso?

—Quizás porque mi madre era una mujer impulsiva, revolucionaria con la

música...

—Para...

—Estuvo con Los Beatles en la habitación de hotel cuando ellos visitaron España.

—¿Quééé?... ¿Los tocó?

—¿Solo te importa eso, Sebastián? Mi madre era una persona completamente distinta de quién es ahora. Mi madre era una amante de la música, como lo soy yo.

—Mira mi brazo... tengo la carne de gallina. —Y añadió—: Yo sé que es tu madre, pero, Belma, yo viajé con veinte años a Abbey Road para cruzar y descruzar aquel paso de cebrá como lo hicieron ellos. Que hasta me descalcé para emular a Paul. Que incluso soy un tío que investigué su muerte.

—Pero ¿qué dices, cariño?

—Bueno, eso es otro tema. Dicen que fue el primero que falleció en un accidente y que la discográfica lo tapó para seguir vendiendo discos. De hecho, en la foto de Abbey Road, está descalzo porque es el único que ha fallecido.

—¿Te crees todo?

—¡Justo! Eso también me lo preguntó yo de ti. ¿Y si esa amiga de tu madre tiene algo de demencia senil y no sabe ni lo que dice?

—Te puedo asegurar que esa señora está en su sano juicio.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Hablar con tu madre y preguntarle por el accidente?

—Quiero ir a la hemeroteca en búsqueda de información. Y cuando sepa que ese accidente ocurrió de verdad...

—Lo pones en duda también.

—A ver, yo no quiero juzgar a nadie. Tengo que investigar primero.

—Vale, supongamos que eso ocurrió de verdad. ¿Llamarás a Ringo y le dirás si tu madre estuvo allí sentada con él?

—Tengo a la persona que puede ayudarme. El doctor Ramos.

—Vaya, yo pensé que te acompañaría a Liverpool a investigar y luego iríamos a Manchester.

—Deja de soñar. Y, por favor, deja de poner esa cara de flipado cada vez que te digo que mi madre estuvo allí con ellos.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Marcos.

—Dime.

—Pues que me acuesto todas las noches con la hija de la única mujer en España que pudo disfrutar de una velada con Los Beatles.

—¿Me quieres más?

—Mucho más.

—Pues bésame, tonto.

Capítulo 33

Me levanté temprano. Sebastián se había ido ya para negociar el tema de la canción con un grupo de *social media* que se la iba a posicionar. Solo pensar en esa canción, me ponía enferma. Me traía recuerdos de Atenas, pero no por el lado sentimental, que ya lo había zanjado, sino por el tema de ocultarle a Sebastián una parte de mi vida.

Quizás yo también había cambiado tanto como mi madre. Sebastián no se podía creer que Ciro fue uno de mis grandes amores del pasado. Quizás yo no soy la que un día fui. Qué complicado era todo. Además, creo que todo esto nos pasa a las personas que piensan tanto. Ahora sí que echaba de menos tener un encefalograma plano.

Me vestí de prisa y fui a recoger a Marcos. Allí estaba, recostado en la pared.

—¿Qué zona nos toca hoy? —le dije a gritos por la ventanilla.

—Delicias y Embajadores. —Y añadió—: No grites tanto, por favor.

—Vamos allá.

—¿Qué tal tu llegada al dulce hogar con Sebastián?

—Pues, Marcos, estoy relajada. Siento esa paz que no tenía desde hace mucho tiempo. —Y añadió—: Creo que los dos estamos mucho más tranquilos. Ya no nos sentimos como dos ratas buscando agujeros para escabullirnos.

—¿Sabe lo de Ciro?

—A veces pienso que eres peor que mi conciencia. Pepito Grillo, déjame tranquila.

—Si yo te entiendo. No hay necesidad de contarle a Sebastián que estuviste allí con él.

—Me invade el miedo. —Y añadió—: Si se lo digo, puede imaginarse cosas peores.

—Ya.

—Bueno, pero no solo hablemos de mí. ¿Tu vuelta cómo ha sido?

—Intensa. Me aguardaba un rincón de ropa vieja. Así que he llamado a mi madre para que nos veamos en mi casa.

—¡Qué morrazo tienes!

—Bueno, yo soy cariñoso, ella le gusta que lo sea....

—Ya, y mientras tanto, una vuelta a la rueda de lavadora.

—¡Soy muy malo!

—¿Y algún marinero, o marinera, en alta mar?

—No, la verdad es que quiero pasar un tiempo así, solo, disfrutando de mi soledad. Y, bueno, de la de Biscuit.

—¿Quién es?

—Es mi gato. Lo adopté ayer. Me lo encontré abandonado, junto a la basura. ¿Sabías que los gatos maúllan como niños a quienes les quitas los juguetes?

—Me hago una idea.

—Todo lo que te cuente es poco. Apenas he podido dormir. Chilla como un condenado, pero es el que va a pasar más tiempo a mi lado. Lo noto.

Al segundo, le hice los coros de la canción de Hombres G. Y Marcos me siguió:

—«Lo noto, sé que te pasa algo, aunque selles tus labios...».

Los dos nos cantábamos la canción mutuamente. Yo sabía que Biscuit era el sustituto de Atenas. Y Marcos gritó mirándome:

—«Puedo ser un cabrón, pero no un tonto...».

Los dos lo sabíamos todo del uno y del otro, pero, aunque lo notábamos, no queríamos recordar lo irrecordable.

—Déjame en el centro. Voy a aprovechar y comprar una manta a Biscuit. A ver si se acostumbra a dormir en el suelo.

Aproveché para dejar el coche en el parking e ir a la Biblioteca Nacional. Tenía una hora y media para buscar un accidente de tráfico que no sabía si existía en la hemeroteca. Pero no cualquiera, sino el que ocurrió en agosto de 1965. Aquel que dejó a mi madre desmemoriada de rostros.

Subí por las escaleras y me hicieron pasar el bolso por el escáner.

—La cámara tendrá que dejarla fuera, en taquillas. No se puede fotografiar.

—Bueno, yo soy fotógrafa.

—Usted decide.

—Está bien.

Abrí la botella de agua y bebí delante del de seguridad.

—Me temo que tampoco va a poder pasar la botella.

—Me lo están poniendo difícil.

—Lo siento. Son órdenes. —Y añadió—: ¿Me permite?

—Sí, claro.

—Puede pasar —dijo soltándome el bloc.

Paseé por la sala sin saber por dónde empezar a buscar. Se respiraba silencio. Los ordenadores estaban encendidos. Fui hasta la sala del fondo y allí me encontré una chica con unas gafas de pasta negras y una media melena con corte a lo Bob que podía ayudarme.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, claro, dime.

—Busco una noticia de 1965.

—¿Sabes el número de descripción del diario?

—Me temo que no. —Y añadí—: Bueno, sé que ocurrió en agosto de 1965.

—Es difícil así. ¿De qué día?

—Eso lo desconozco. Si te soy sincera, es sobre un accidente de tráfico que no sé si ocurrió.

—Todos los días estoy aquí trabajando y siempre he tenido ganas de investigar algún asesinato o algo truculento que me alegre el día.

—Bueno, esto no es sangriento. Mi madre tuvo el accidente y gracias a Dios sigue viva.

—Bueno... Puede que en el coche fuera alguien más con ella.

—Pues espero que no. —Y añadí—: ¿Os cogen morbosas?

—Bueno, es que leo mucha novela negra.

—Ya veo.

Se levantó y me acompañó a un ordenador, donde tenían todos los periódicos de aquel año digitalizados.

—Todos estos diarios los editan muchas veces los propios medios. Antes era una locura buscar algo. Muchos periódicos perdían su tinta y era muy complejo conservar la información.

—Es importante ver que existió ese accidente.

—Bien, te dejo sola.

—Muchas gracias.

Durante una hora comencé a leer todos los accidentes que habían ocurrido en Madrid, en agosto de 1965, en la sección de sucesos de todos los periódicos nacionales. Iba de un lado a otro. Pero no había manera. Las siglas de nombres se perdían por mi nuca.

Después de tener la cabeza como una pelota, quedaban diez minutos para cerrar. La chica se acercó, limpiando con vaho sus gafas.

—No quiero molestarte. Puedes venir mañana.

—No viene nada. Muchas gracias.

—¿Me dejas?

—Claro. Todo tuyo.

—En la búsqueda puso: «Agosto de 1965. Accidente, Taxi».

—¿Por qué un taxi? —dije sorprendida.

—Llevas más de una hora y ya no tenemos microfilm. Algo falla y es tu búsqueda. Quizás estás cometiendo un error en el transporte.

—Hércules Poirot te quiere.

—Lo sé, pero ya llevo mucho tiempo soltera y liarme con alguien ahora me daría mucha pereza —dijo con una risa estridente.

De pronto me amplió la pantalla.

—Quizás deberías usar unas como estas —dijo señalando sus gafas.

Hoy, 4 de agosto de 1965, el taxi con licencia 8493 tuvo un accidente de tráfico en la calle María de Molina, causando la muerte en el acto del taxista (P.A.L.) y dejando malherida a una mujer joven (C.A.R.). De inmediato se la ingresó en el hospital Gregorio Marañón. La causa del accidente podría deberse a un pinchazo de la rueda por la velocidad con la que iba el taxi. En su bolso se encontró un billete de ida a Liverpool.

Mis piernas temblaban, en ese instante, sabía que mi madre huía de algo importante. Y se dirigía a un destino del que no quería volver.

Capítulo 34

Llegué a casa con ganas de llamar al doctor Ramos y empezar a hablar con él. Durante todos estos años me habían ocultado algo tan importante como que la enfermedad de mi madre provenía de un brutal accidente. Todavía quedaba en mi poder el trozo de carta que encontré medio quemado, donde una incógnita pululaba en el aire, o quizás solo fuera la lección mal aprendida de alguno de los miles de apuntes que mi madre tendría en la carrera.

¿Mi madre conocía ya a mi padre cuando sufrió el accidente? ¿Esa nota la escribió ella para alguien? ¿Estaría liada con el taxista? Miles de preguntas torturaban mi cabeza.

Sebastián paró mis pensamientos con un masaje de cervicales.

—Anda, ven. No estás aquí —dijo de forma cariñosa, desatándome los nudos.

—Sebastián, compréndelo. Ese accidente existió. Hoy he estado en la hemeroteca.

—En eso somos distintos. Si algo me hace daño, cierro una puerta.

—Pero ¿y cuando las puertas que no abres duelen más?

—Entonces, hay que abrirlas, y yo te voy apoyar.

Sobre la mesa, puse las cartas. Y le dije:

—Mi madre iba a Liverpool. De allí salieron Los Beatles. ¿No?

—Sí, claro. Quizás en esa época hubiera un concierto y quería disfrutar de ellos en su ciudad.

—No tenía billete de vuelta. Me choca mucho ver a mi madre como una fugitiva. Mi madre es familiar. Nunca hubiera abandonado a sus padres.

—Tú madre es familiar ahora, Belma. Pero quizás la familia de entonces le hacía la vida imposible.

—¿Insinúas que con mi abuelo sufría mucho?

—Todos los adolescentes sufren con sus padres. Pero quizás tu abuelo era un dictador, un hombre intransigente.

—Puede ser, Sebastián, mi abuelo era un tipo infiel, tenía una doble vida.

Sebastián se echó a reír. Y dijo:

—No tengas prejuicios con eso. No será el primero o el último. Eso no quita que sea mal padre.

—Me quiero acostar. De verdad, estoy muy cansada.

—Lo curioso es, Belma, que tu madre duerme por las noches. No sabes que tú eres la Penélope que deshace los hilos, esperando encontrar al Ulises que marcó la vida de tu madre.

—A eso quería llegar. ¿Tú crees como yo que hay una fuerza llamada amor que la llevó a la perdición?

—Quizás Josele no haya sido del todo sincero. O Pilar sepa algo más.

—Las respuestas las tiene el doctor Ramos. Mañana me presentaré en su casa. Y hasta que no me abra, no pararé.

—Pero será súper mayor. No tendrá consulta.

—Normalmente esos médicos de aquella época aprovechan la consulta como el hogar. Así que solo pido a Dios que no haya muerto. Es la única persona que tiene que saberlo todo.

Sebastián me abrazó tan fuerte que me dejó sin aliento.

—Mañana no irás sola. Vamos a hacerlo juntos

—Siento, Sebastián, la vida agitada que te doy. No te convengo.

—¿Eso también lo vas a decidir tú?

Negué con la cabeza y me dejé caer en sus brazos.

Nos levantamos como dos detectives privados. Muchas parejas los sábados van a cualquier terraza a leer la prensa, beben zumo de naranja, pasean a su perro Red por la Plaza de Oriente. Nosotros no. Nosotros somos detectives principiantes.

Sebastián abrió el armario y cogió su gabardina.

—Quiero dar el perfil —dijo riéndose.

—Pareces un exhibicionista, Sebastián.

Cerramos la puerta con nervios y nos dirigimos a la calle Velázquez, 100. Después de empezar la calle desde El Retiro, nos dimos cuenta de que había que seguir subiendo. Nos vino bien, yo pude calmar mis nervios.

Llegamos hasta un portalón enorme de doble hoja. Al subir las escaleras, Sebastián me cogió la mano y me dijo:

—Belma, si ves que aquí no encuentras lo que buscas, yo estaré contigo.

Sonriendo le dije:

—Cada día me doy cuenta de la suerte que tuve al encontrarte.

Un ascensor transparente era custodiado con puertas de hierro. Silencio sepulcral en una escalera reluciente. Subimos hasta el primer piso.

La puerta del doctor Ramos tenía una placa dorada, donde se podía ver su nombre. Mi corazón empezó a bombear y bombear, apenas me llegaba la sangre al cerebro. Sentía que me estaba mareando. Mi mirada no podía fijar un punto.

—¿Estás bien, Belma?

—No, estoy nerviosa, pero quiero hacerlo.

—¿Estás segura? Una vez que llamemos, no podremos salir corriendo como cuando teníamos siete años.

—¿Tú también has hecho eso?

—¿Quién no lo ha hecho?

Llamamos a la puerta. Tardaron en abrirnos como cuatro minutos. No pude cronometrarlo, pero sé que fueron como dos días de espera. El caso es que se oía ruido dentro, así que alguien estaba.

Abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años, con el pelo peinado a lo Pitita, rubia, con falda de cuadros y un tacón medio plano. Me fijé en este detalle, porque tenía el tallo largo como el cuello de una jirafa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Venimos buscando al doctor Ramos.

—Quizás buscan a mi hermano. Pero él ejerce en la calle paralela.

—No, gracias, buscamos al doctor Ramos padre. Soy la hija de una paciente que trató hace muchos años, Carmen Azcárraga.

—Mi padre es una persona con 93 años, y aunque de cabeza está bien, no me gusta nada que le alteren. Tienen que entenderlo.

—No se preocupe, solo será un momento. Prometo no atosigarle con preguntas.

—De acuerdo, le estaré agradecida si respetan su tranquilidad. Si me acompañan, él está en el salón junto a la chimenea.

Pasamos un pasillo estrecho. Las puertas de las habitaciones eran blancas. En una de ellas oteé a ver aparatos médicos y una camilla. Seguro que ahí alguna vez trató a mi madre.

Sebastián se acercó a mi oído y me dijo:

—Tranquila.

Aparecimos en un gran salón, junto a una chimenea francesa había un sillón orejero de cuero. Solo lograba ver una mano huesuda con miles de venas azuladas.

—Papá, tienes una visita. Solo será un momento.

—Te tengo dicho que no me gusta ver a nadie —dijo con la voz cascada por el tabaco y por los años.

Su hija nos miró fijamente y nos dijo:

—Voy a estar detrás, en la salita. Si veo que mi padre se altera, les invitaré amablemente a irse. La salud de mi padre está por encima de todo.

Esta última frase me hirió. Eso pensaba yo de mi madre. Pero allí estaba yo con mi cuello de cisne para parar el crimen silenciado que habían cometido entre todos. Ahora más que nunca, si quería estar en esa habitación junto al doctor Ramos, debía ser muy sutil y no importunarle demasiado.

Sebastián avanzó hacia la derecha dos pasos. Quería que yo sola fuera protagonista de esta historia.

—Tiene un rincón precioso, con mucha luz, doctor Ramos.

—La luz alegra el espíritu. Sin ella somos seres muertos —dijo en tono muy bajo y tembloroso.

—He venido porque hace muchos años, mi madre, fue tratada por usted en consulta.

—Me alegro que venga a darme las gracias personalmente. Hice todo por ella. Para mí el paciente es el fin de la medicina. Yo solo pongo los medios.

Estaba empezándome a enfadar bastante. El último informe que tenía el doctor Jiménez era de él. Allí firmaba una verdad relativa, que mi madre padecía prosopagnosia por una meningitis vírica. Así que salté, no pude evitarlo.

—Doctor, no he venido exactamente a darle las gracias. Quiero saber si usted ha firmado alguna vez algo que no haya sido real.

—¿Qué estás insinuando? —dijo intentando levantar su saco de huesos.

Su hija se acercó y dijo:

—Bueno, por hoy ha sido suficiente.

El doctor Ramos, un hombre de carácter y déspota, golpeó con su bastón el suelo y dijo:

—Tú calla y vete a la salita. Quiero ver qué quieren estos mequetrefes.

Sebastián puso su mano en el hombro y dijo:

—No hay necesidad, Belma.

—Lo siento, si quieres espérame abajo. Pero voy a terminar esto.

Belma, acercándose al balcón, le dijo:

—Me llamo Belma Vento. Quizás mi apellido le diga algo. Soy hija de Carmen Azcárraga.

—Un médico siempre recuerda el trabajo bien hecho.

—Espere... No he terminado. —Y añadió—: Usted firmó el informe con un diagnóstico erróneo. Nunca tuvo un virus, sino un accidente de tráfico que usted ocultó.

—¡Lárgate!

—Antes quiero que me diga por qué mintió.

—Yo no me acuerdo de las historias del pasado. Prefiero olvidarlas.

—Ya, lo entiendo perfectamente, pero esto no es una historia cualquiera, es la historia de mi madre. Quiero saber la verdad.

—Quienes buscan la verdad merecen un castigo. Y puede que sin ellos saberlo se encuentren con él.

—Si a citas jugamos, le diré que, como dice Mark Twain, «Si dice la verdad, no se acordará de nada».

—Ante su insistencia, vayamos a mis archivos.

Su hija se acercó hasta el salón.

—Papá, no te levantes. Ya se van.

—Ahora no, quítate de mi camino. Voy a terminar de hacer algo. Quizás no lo hago por estos señores, sino por mí.

Sus pies cansados iban lentos, brillantando el suelo. Abrió la puerta y se dirigió a una archivadora oxidada. Abrió un cajón y cogió unas gafas que se separan por el medio.

—Lo que le hicieron a mi madre es de un dudoso mal gusto, la manipularon, la ultrajaron. Engañaron a toda la familia.

—Perdone, un respeto. Yo no engañé a nadie. Su madre sufrió un accidente el 4 de agosto de 1965 en la Nacional 2. Le pudo costar la vida.

Con respiración jadeante, el doctor Ramos se sentó y prosiguió con voz cansada:

—Su madre estuvo muchísimos días en coma. Cuando yo traté a su madre, ella había despertado. Y la prosopagnosia hizo su aparición.

—Sé perfectamente cuál es la enfermedad de mi madre. Sin embargo, no fue un virus quien lo provocó. ¿Cómo pudo ser tan cruel?

—No se equivoque, señorita. Yo no engañé a nadie. El que lo hizo fue su abuelo. Me obligó a ocultar la verdad. Era un hombre muy amigo del régimen y que estaba al lado de los poderosos. Mi carrera estaba en juego. Y así me lo hizo saber un día en mi despacho. No tenía otra salida. Ahora puedo hablar sin miedo.

Me senté en una silla. Mis manos temblaban, no podía parar el traqueteo de pierna sobre el suelo. Sebastián se acercó hasta mí.

—No tenemos que seguir más aquí.

Me levantó como pudo. Yo era una marioneta sin cuerdas en esa casa. Sentía impotencia, rabia, y dolor.

El doctor, mirándome fijamente, y haciéndose fuerza con el bastón en el suelo,

llevó su firmeza hasta lo más hondo.

—Belma, ¿así te llamas, verdad?

—Sí, así es.

—Quisieron que vivieras protegida de este secreto. Yo no esperaba nunca a nadie por aquí, y menos de tu familia. Alguien os protegía.

—¿Por qué lo dice, porque los cabos no estaban bien atados?

—Al contrario. Pienso que tu abuelo se encargó de atarlos bien.

—¿De quién habla? ¿De mi abuelo?

—No.

—¿De mi abuela?

—No, ellos ya están muertos.

—Estoy cansado. Y no quiero enredarme más en el pasado. Él debe quedar allí enterrado, junto a los muertos.

Su hija abrió la puerta y nos invitó a salir. En el descansillo, Sebastián me abrazó.

—¿Qué ha querido decir, Sebastián?

—Es un viejo senil, no te tortures.

—Tú y yo sabemos que está muy bien de la cabeza.

La puerta del doctor Ramos se abrió, un bastón se asomó y detrás estaba el doctor sujetándolo con firmeza:

—Pregunta alguna vez a tu hermana Delia.

Capítulo 35

Salí de allí con las piernas temblorosas. No podía creer que mi hermana supiera algo más que yo en todo esto. Ella, que cuidaba a mi madre con veneración, que la protegía de cualquier ataque externo...

—No lo pienses más, Belma. Ella ha debido de saber todo en todo este tiempo.

—Pero ¿por qué, Sebastián? ¿No se daba cuenta de que ocultar a mi madre su pasado era alejarla de todos nosotros?

—No lo pienses más. Pronto tenemos una comida familiar. Tu otra hermana viene de fuera, no podéis estar con estos líos, por tu madre, sobre todo.

—Quiero irme a casa, Sebastián. Necesito no pensar.

—De eso nada. Me acaba de escribir un amigo, que hoy podemos ir con su abono al baloncesto.

—Si no voy a ver ni la pelota.

—Ya verás cómo te distraes.

Fuimos dando un paseo. Comimos cerca de Goya, mientras hacíamos tiempo para ver el partido. Mi cabeza no estaba allí. Pensaba en mi hermana, estaba rabiosa, había ocultado un secreto tan grande como aquel, era algo que nos correspondía hacer a las tres. Todas éramos sus hijas, y teníamos el mismo derecho que ella a proteger y a cuidar a mamá de la forma más adecuada. ¿Quién era ella para hacerlo? ¿Por qué se había erigido guardiana inquebrantable de mi madre?

Sebastián comía una gran hamburguesa de tres pisos y se echaba tomate sobre ella.

—Tú las haces mejor, Belma. Hay poco pepinillo.

—Gracias. Pero no por eso, sino por haber venido hoy conmigo. Sentirte detrás de mí, sujetando el pasado de mi madre, me ha ayudado mucho.

—Yo no quería que te enteraras de eso. Tiene que ser muy jodido.

—Lo es. Y todavía no sé quién escribió esa nota.

—¿Te acuerdas de lo que decía exactamente?

—«En alguna parte de su sonrisa, ella sabe que no necesito otra amante».

—Es brutal, si no fuera porque te duele, te la robaría para una canción.

Las seis de la tarde y la gente ya se arremolinaba para entrar al Palacio de los Deportes. Sebastián y yo entramos por la puerta Fuente del Berro. Buscamos nuestros asientos y vimos el partido desde una tribuna inmejorable. Aunque yo estaba ausente, apenas ponía atención a las jugadas. Un triple de Rudy y mi cabeza bombeaba con fuerza hacia la imagen de mi hermana. Ella había sido cómplice de su enfermedad. Y es algo que tendría que hablar con ella. Quizás cuando me calmara. Falta de Llul y tiro libre para los croatas. Mi cuello sintió un escalofrío que recorrió por todo mi cuerpo, como el sudor de los jugadores se deslizaba por el suelo.

—Menudo partidón —me gritaba Sebastián.

El marcador descontaba los segundos de partido, y yo contaba las horas para ver a Delia. Necesitaba verla y echarle en cara su gran mentira. Quizás utilizaría con ella la estrategia de baloncesto trampa, un 1-3-1, jugar en el círculo roto. Acorralarla hasta que no tenga salida.

Un silbato estruendoso avisa de que el partido ha terminado. Las *cheerleaders* salen a bailar con sus pompones, los jugadores saludan y Sebastián y yo salimos hacia la calle.

Cogimos el metro y nos fuimos a casa. Estaba agotada. Sebastián me cogía del cuello y me acariciaba como a un gatillo al que han dejado abandonado en la calle.

—Ahora, te voy a preparar un vaso de leche caliente y te vas a relajar.

Miraba un punto de la puerta, sin escuchar lo que me decía.

—Dime, ¿perdona?

—Ahora, tú y yo, nos vamos a poner el pijama y vamos a ir a dormir.

—Sí, creo que lo necesito. Dormir a tu lado, acurrucada en ti.

Como un autómatas, bebí la leche, pasé de las galletas, mi nudo en la garganta ahora mismo no me permitía tragar nada sólido. Subí al baño para lavarme los dientes. Sebastián, detrás de mí, hacía payasadas en el espejo para sacarme una sonrisa, pero era inútil.

—Belma, sé cómo te sientes. Querías enfrentarte al doctor Ramos, y de pronto te has encontrado con Delia.

—Mira, Delia es mi hermana. Siempre le he contado todo, bueno, nos hemos contado todo. No ha habido secretos.

—A veces, hay secretos, no por guardarlos y perjudicar al otro, sino porque el callar supone también una forma de protección.

—Puede ser... —Y añadí—: Tengo que hablar con ella.

—¿Estás segura?

—No lo sé.

—Ahora está todo dormido. La enfermedad de tu madre está también dormida en cierta manera. Levantar viejos fantasmas puede provocar una caída de todos los naipes.

Yo, más que nadie, conocía lo que era llevar un fantasma durante años en la cabeza. Pero sabía que a los fantasmas no hay que tenerles miedo, hay que enfrentarse a ellos con firmeza.

Abracé a Sebastián y le dije:

—Vamos a dormir. Seguro que mañana, a la luz del sol, lo veo todo de otra manera.

Nos metimos en la cama. Sebastián se dio la vuelta y cayó al instante. Tuve que tranquilizarme, el corazón se agitaba. Cuando ya estaba en el duermevela, en un dulce sueño, la nota del chifonier se me hizo en grande, la reescribí en una pared de ladrillos rojos. Y me desperté de un sobresalto. Llamé a Sebastián como una loca.

—Sebastián, Sebastián....

Este gruñía como un pequeño tigre de Bengala que está durmiendo.

—¿Ahora qué quieres?

—¡Dios! ¿Cómo no se me ocurrió?

—¿El qué?

—La nota.

—¿Qué dices?

—Buscar esa frase en Google.

—Es una pérdida de tiempo, Belma. ¿Crees que te va a llevar a las necrológicas?

—Voy a por el ordenador. ¿Vienes conmigo?

—Sabes que siempre voy.

Bajamos sin zapatillas la escalera de hierro retorcida del dúplex. Sebastián me ayudó a enchufar la batería a la pared.

—Ya puede ser interesante esto.

—Tengo una corazonada. —Y añadí—: No quiero decírtela, para que no se chafe...

—Bueno, abre el ordenador y busca a San Google.

Parecía que me había bebido todos los Red Bull del mundo. Busqué en Google Chrome y puse: *En alguna parte de su sonrisa ella sabe que no necesito otra amante.*

Y sin palabras nos miramos. Sebastián apretó mi mano, y yo apreté la de él. Nos quedamos sin palabras. Una hora después, reconociendo que aquella hoja de papel reflejaba la letra de una canción que pertenecía a los Beatles, Sebastián me miró y me dijo:

—¿Tu intuición te falló?

—Sebastián, fuiste tú, te lo debo a ti. Tú me dijiste que sería brutal para hacer una canción. Entonces recordé cómo Josele, la antigua portera, incluso la propia Pilar, me hablaban de la fascinación que mi madre sentía por la música. ¿Te das cuenta de que todo está conectado?

—Pertenece a la canción *Something*. —Y añadió—: Ahora podemos reconstruir el mensaje completo.

Algo es su manera de moverse

Me atrae como ninguna otra amante

Algo en su manera de cortejarme

No quiero dejarla ahora

Ahora creo y de qué manera

En alguna parte de su sonrisa ella sabe

Que no necesito otra amante

Algo en su estilo me dice

Que no quiero dejarla ahora

Ahora creo y de qué manera

Me preguntas si mi amor crecerá

No lo sé, no lo sé

No te alejes y quizá lo veas

No lo sé, no lo sé

Algo en su manera de saber

Y sólo tengo que pensar en ella

Algo en las cosas que me enseña

No quiero dejarla ahora

Ahora creo y de qué manera

—Sebastián, estoy sin sangre.

—¿Sabes qué creo?

—Dímelo, porque yo pienso lo mismo.

—Tu madre fue la inspiración de Los Beatles.

—No quiero pensar más. El próximo domingo tenemos la comida familiar.
Creo que no me iré sin tomar el postre.

Capítulo 36

Esa semana sin duda fue la más larga y tenebrosa de mi vida. La presión ganaba la partida en cada una de las rutinas diarias. No conseguía despegar de mi cabeza el sonoro ritmo de *Something* en mi cabeza.

Tenía que ver a mi hermana antes de la comida familiar. Preparar a mi madre era fundamental, para que no sufriera sobresaltos. Así que me fui a verla a la clínica.

Llamé a la puerta y me abrió con su bata blanca:

—Hola, Belma, creo que no tienes cita.

—Vengo a verte a ti.

—A ver, tenemos mucho jaleo. Si quieres esta noche nos vemos.

—Me parece que va a ser que no.

—¿Le pasa algo a mamá?

—Llévame a un cuarto donde estemos solas.

—Espera en la sala de espera. Voy a pasar a un paciente y ahora estoy contigo.

Me llevó al cuarto de al lado. El sonido del torno se oía de fondo. Eso es lo que quería hacer yo con ella. Metérselo hasta lo más profundo de su sien y extraerle de raíz la información.

—Bueno, te escucho.

—No sé ni por dónde empezar.

—Tú dirás.

—Bien... Mamá, en los últimos años, ha hecho muchos avances, y tengo que decirte que muchos de los que ha hecho han sido por ti.

—Bueno, yo no hago nada, simplemente la cuido. Controlo un poco sus comidas. Un cierto orden en la casa. Acudo con ella al doctor Jiménez, a su médico de cabecera cuando hace falta y, en fin... cosillas sin importancia.

—En serio, te doy las gracias. Convivir con mamá y con una enfermedad tan dura, no debe ser nada fácil...

—Te agradezco que hayas venido a darme las gracias, pero en tu rostro veo un gesto y no es de gratitud.

—Cuando uno confía en alguien y de pronto, así, de la noche a la mañana, aparecen situaciones duras que provocan que el mundo se desmorone.

—¿Estás bien, Belma?

—Debería estarlo. Y no lo estoy —dije con gesto de decepción.

—Siento lo que te pasa. Si es algo con Sebastián, sabes que puedes venirte a casa unos días.

—A él déjale a un lado. Sin él, yo me sentiría rota del todo.

—Es muy buen tío. Mamá y yo siempre lo comentamos.

—¿Comentáis alguna vez lo de su accidente?

—No sé de qué hablas.

—Para no saberlo, has respondido muy, muy pronto.

—Me estás dando mucho miedo. Por favor, luego en casa mejor.

—No, Delia, he venido aquí para hablar contigo y no me iré sin hacerlo.

El timbre de la puerta se oyó al fondo.

—Tengo que abrir —dijo Delia impaciente.

—Claro que sí. Abre y luego ven.

—Yo con dominaciones no funciono.

—Muy bien, pues esta noche estaremos las tres para hablarlo juntas.

—¿No serás capaz?

—Voy a llegar hasta el final.

—Está bien. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Siento que sabes mucho, y has venido a contrastar información conmigo.

—¿Por qué, Delia, por qué?

—¿Por qué callé? Por amor a nuestra madre, por proteger al ser que más quiero en el mundo.

—¿Crees que es amor esconderle todos sus recuerdos?

—Sí, estos le hacen daño, creo que sí. Así me enseñaron.

—¿Quién te enseñó? ¿Cuándo te enteraste de que mamá sufrió un accidente?

—La historia es larga.

—Me siento aquí y me lo explicas, no te preocupes.

—Sabes que cuando le detectaron el virus nuestros padres se fueron a vivir a El Escorial. Allí daban grandes paseos por la calle Floridablanca. Mamá podía estar controlada por el médico. Y vivir una vida mucho más tranquila...

—Por favor, escucharte decir «virus», me daña.

—Lo siento. Tienes razón, debo ser sincera. —Y continuó—: Vivíamos en El Escorial. Teníamos la chimenea encendida. Hacía muchísimo frío, yo recuerdo que tenía un jersey con bolas rojas enormes que papá siempre me anudaba. Él estaba jugando conmigo al ajedrez. Movía el peón de un lado a otro

del tablero, porque yo no sabía jugar. Recuerdo que mamá estaba ordenando libros en el cuarto de al lado, o eso creíamos. Y de pronto comenzó a escucharse una canción. Debió de encontrar el viejo tocadiscos que nuestro padre había guardado con llave. Ella había extraído un disco del sobre de cartón y el plástico estaba tirado por el suelo. Papá se levantó como un loco, como si la casa se hubiese incendiado. Tiró la mesa con todas las figuras y corrió al cuarto. Yo me asusté y le seguí. Pensé que había pasado algo tremendo.

Me quedé en la puerta y les escuché. Recuerdo que mamá tuvo un despertar brusco, algo en sus ojos y en sus manos que acariciaban el disco me hicieron comprender, en mi corta edad, que algo se había despertado en su mirada. La vi alterada, comenzó a llorar desconsoladamente. Y papá la abrazó, le secó las lágrimas y le dijo que nunca más escuchara la música, que esta le hacía daño.

De pronto la interrumpí, era importante saberlo.

—¿Delia, te acuerdas de lo que sonaba?

—Sí, completamente. *A Hard Day's Night*.

—De Los Beatles, ¿verdad? —Y añadí—: ¿Sabías que mamá estuvo en el concierto que Los Beatles dieron en Las Ventas y que el accidente que tuvo la llevaba a Liverpool?

—No lo sabía, Belma. Te lo juro, yo sé que quizás no he obrado bien, pero esto no lo sabía, la vi tan débil, tan sumamente desprotegida en los brazos de papá, desecha en lágrimas, que yo misma creía que la música la trastornaba. Pero tienes razón, ahora tengo claro que Los Beatles eran la pasión de mamá. Nunca hice preguntas por protegerla, ¿entiendes? —dijo llorando.

—¿Quién te enseñó a protegerla tanto?

—La abuela.

—¿Ella sabía todo? —dije consternada. Me sentía como en un ascensor que bajaba deprisa sin poleas, desde el séptimo hasta el descansillo.

—Ella sabía todo, y quiso protegernos. Cuando murió, fui yo la encargada de proteger a la familia.

—Delia, has llevado una carga que no te corresponde.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—Ninguna, cariño. Ven aquí.

—No hace falta —dijo entre sollozos deshaciéndose de mis brazos.

Y entonces la abracé con fuerza. En un segundo quise compartir mi secreto.

—Delia, yo también tengo un secreto que debes saber. Del cajón 57 del chifonier, extraje una nota en inglés. He descubierto que pertenece a una canción de Los Beatles. La nota dice que «en alguna parte de su sonrisa, ella sabe que no

necesito otra amante».

—¿Y qué hace eso ahí? ¿Qué significa?

—Pensé que tú lo sabrías.

—No, eso no me lo contó la abuela.

—La única persona que debe de saber algo al respecto o darnos una pista para llegar a saber qué hacía esa nota en ese cajón es...

—Mamá.

—Delia, por favor, el domingo viene a comer Azucena. Estaremos las tres juntas. Podemos intentarlo.

—Tengo miedo, mucho miedo.

—El miedo es libre, pero impedir a mamá vivir sin su pasado no es sano.

—Lo pensaremos, y ahora, Belma, necesito trabajar.

—Por cierto, estuve por Grecia y me encontré con una amiga de mamá, Pilar. Ella va a venir este mes a Madrid. Le haría mucha ilusión verla.

—¿No te das cuenta? Vienes a casa, arrasas, y encima quieres desestabilizar a nuestra madre. Mamá no va a reconocer a Pilar. No tiene memoria, no reconoce los rostros, parece que siempre lo olvidas.

—Tú, como yo, sabes que siempre que haya algo significativo en el rostro o algún complemento llamativo, mamá puede acordarse.

—De verdad. Tengo que atender la clínica. Si me ven aquí contigo, puede que ya no tenga ni trabajo.

Me fui y salí a la calle. Sentí un impulso de gritar.

Llegué a casa y me puse a cocinar, era lo único que ahora mismo me calmaba. Levanté mis manos y me puse el delantal. Abrí el horno y lo puse a calentar.

Miré hacia el chifonier. Y hablé con él.

—Tú eres el culpable de traer el pasado hasta mi casa.

Me acerqué hasta él y lo acaricié como a un perrillo asustado. Miré el cajón 57 y palpé su techo rugoso.

Un ruido de llaves se oyó. Era Sebastián, que venía con la bicicleta.

—¿Ya estás aquí en casa?

—Sí, he estado con Delia.

—¿Qué tal?

—La abuela le hizo prometer que mantendría su silencio para proteger a la familia. Durante todos estos años, sabía lo del accidente, la abuela se lo contó...

—¿Y la nota?

—Lo desconoce por completo. Creo que, si accede, debemos hablar con mi madre. No quiero hablar sin su consentimiento, porque en el fondo mi hermana

también me da pena, la veo muy alterada con todo esto.

—Pero, Belma, no puedes llegar hasta aquí y no terminar.

—¿Tú diciéndome esto?

—Ya, no sé ni lo que digo. Quiero veros bien a todas. Os quiero mucho.

—Lo sé.

Sebastián, dio al play del iPod y por los altavoces comenzaba a sonar *I Want To Hold Your Hand*.

—Por tu madre —me dijo dándome la mano.

Se la di.

Sebastián se movía como un Beatle, agitando su flequillo como un loco y me decía:

—Por favor, dime que me dejarás ser tu hombre.

Yo sonriéndole canté otra parte de la canción.

—«Cuando te toco me siento tan feliz por dentro».

Nos tumbamos en el sillón y caímos derrengados de hacer el tonto. Pregunté a Sebastián por su trabajo.

—¿Qué tal con los chicos de *social media*?

—Están trabajando mucho. Vamos a tener que invertir bastante. Quieren meter anuncios en Google cada dos días, y así aumentar las visitas de la canción en YouTube. Ya nos ha dicho que sería muy bueno hacer una marca al compositor.

—¿Ah, sí? —El nombre de Ciro rondaba de nuevo en mi cabeza.

—Sí, pero es increíble, no quiere destacar. Me ha comentado que quiere que la canción se oiga y no tanto su nombre.

—¿Eso te ha dicho?

La primera sorprendida era yo. Ciro había cambiado algo, sus tentáculos habían dejado de cercar mi círculo.

—Bueno, es respetable. La canción es potente, su voz es muy melódica. Es suave, como la de un chico de veinticinco, y eso nos va a ayudar mucho a la hora de captar a las chicas.

—Ojalá os vaya genial. Sé que has luchado tanto por esto.

—Bueno... Quería comentarte algo que creo que te gustará.

—Dime —le dije jugando con sus dedos.

—Hace días le dije que no pertenezco a Abril Producciones.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Tú, Belma. No puedo ser un tío sin escrúpulos estando a tu lado.

—Me dejas helada. ¿Y qué te dijo?

—Tengo que decir, y no te había dicho nada, que durante dos días no tuve ni

canción ni compositor. Pegó un portazo y me dejó tirado.

—Vaya.

—Sí, por una parte, te juro que lo entiendo. Es un tío muy currante, y lleva un montón de tiempo pegándose con productoras para destacar. Y un día toca una importante y resulta que se convierte en humo.

—Pero tú no eres humo. Tú eres lo más real y auténtico que existe en la música.

—Pero somos así de idiotas. Buscamos el sello discográfico, la marca en el culo que nos distinga del resto. —Y añadió—: Ya sabes, cabeza de ratón o cola de león. Gran dilema.

—Tú has sido sincero con él.

—A medida que nos vamos conociendo, vamos intimando, me doy cuenta, Belma, de que se parece mucho a mí. Él es un soñador en un mundo más que real. Te vas a reír, pero ayer cuando estaba con él pensaba que le tenías que conocer. Yo creo que conectarías.

—Ya, pero bueno, no hay que mezclarse.

—Es un tío genial y me encantaría que le escucharas cantar. El jueves vamos a rodar un videoclip en el ático del viejo hotel Plaza.

—¿En un ático?

—Sí, Los Beatles fueron pioneros en esto. Tocaron en una azotea antes de despedirse. Creo que en 1969.

—¿Sí?

—Sí, tocaron *Get Back*. —Y añadió—: Pero fue interrumpido por la policía, ya que algunos oficinistas se quejaron del ruido.

—¿Qué incultos! —Y añadió—: Pero el hotel Plaza está cerrado, ¿no?

—Sí, pero estamos moviéndolo para que nos lo abran para una tarde. Rodaremos y nos iremos. Me encantaría que estuvierais allí con nosotros.

—Bueno, el domingo comemos con mi madre y sinceramente no sé qué semana voy a tener.

—Por favor, Belma, no quiero rescatarte del fango. Oigas lo que oigas, tu madre ahora está bien, es la que conocemos. No intentemos buscar en ella la mujer que puede dañarse.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que todos, a lo largo de la vida, vamos moldeándonos, incluso cambiando. Nadie es el mismo de hace años. Por eso quiero que, si tu madre no encuentra la que fue, no te sientas frustrada.

—Soy fuerte, Sebastián. Y estoy preparada para lo que venga.

—Eso quería oír.

Capítulo 37

El domingo llegó antes de lo previsto. Los días que me quedaban para terminar la semana se pasaron volando. Apenas me había dado tiempo a prepararme para el gran día. Cuando estaba eligiendo vestuario, recibí una llamada de Delia que me dijo:

—Comeremos sobre las tres. Azucena ya está aquí con Mateo.

Pensé que habiendo un niño en la casa el ambiente sería más distendido. Me dio miedo preguntarle más sobre nuestra madre. Y si accedería a contarle todo.

Sebastián me regaló un collar y me lo puso en el cuello, ya que el broche era endiablado.

—No tenías por qué hacerlo.

—He oído que es de piedras energéticas y que trae suerte.

—Gracias, mi amor.

Cogimos las llaves del coche y salimos para casa de mi madre. Las piernas no paraban de movérsese y Sebastián, en todos los semáforos, me ponía la mano encima de las pantorrillas para intentar calmarme.

—Mira, allí hay un sitio —dije sonriendo.

—Tienes un ojo.

Bajamos y paramos en una pastelería para comprar bocaditos de nata. A mi madre y a mi hermana les encantaban.

Llamamos a la puerta y Mateo nos recibió con bullicio.

—Hola, tía —dijo con su voz aterciopelada.

—Hola, mi chico grande. —Le apretuje contra mi cuerpo con fuerza.

—Yo no quiero crecer.

—Crecer es muy bueno, porque así podrás llegar a estos pasteles que voy a poner encima de la nevera.

Delia me dio un beso frío. Y Azucena me dio un gran abrazo.

—Qué guapa estás.

—Sí, tú también. Hasta tienes aire londinense.

—Será de montar en la noria con este. No paramos...

Las dos nos reímos. Me dirigí al perchero, cogí mi sombrero entre las manos y me lo puse.

—¿Cómo ves a mamá? —dijo Azucena.

—Yo la veo bien.

—Me alegro. Me gustaría estar más aquí, pero es imposible. Me da pena Delia. Ella está llevando la carga de todo.

—Sí, a mí también.

Me dirigí al salón. Mi madre estaba viendo la televisión.

—Hola, mamá. Hoy estarás contenta, tus tres niñas van a comer contigo.

—Sí, me he levantado feliz. Hacía tanto que no estábamos todas juntas. —Y añadió—: Cómo me gustaría que vuestro padre estuviera aquí para vivirlo también.

—Bueno, hoy no es un día para ponerse triste.

Azucena se fue al salón y yo ayudé a Delia a terminar de hacer las croquetas. Cogí la masa y empecé a darle vueltas.

—Me han hablado muy bien de la Thermomix, creo que ahora es digital y, metiendo la receta, casi te sale la comida hecha.

—Belma, ¿crees que todo es tan fácil?

—Delia, por favor, dime que lo has pensado...

—Sí. —Y añadió—: No puedo. Siento que podemos trastocar la vida de mamá en un segundo y que la dejemos mal para siempre.

—Está bien, Delia. Los recuerdos deben quedarse guardados. Sí es tu decisión, la aceptaré. Tú vives con ella, y yo no quiero ser un estorbo en vuestra vida.

—Gracias, Belma.

—Bueno, dime qué llevó al salón.

—He hecho algo de lombarda, y el niño tiene arroz con tomate.

—Vaya, ¿puedo cambiarlo por lo del niño?

—Qué cara tienes.

—Había que intentarlo —dije riéndome.

La mesa del comedor se había abierto por completo. Hacía tanto que comíamos en esa mesa recogida que, verla con las dos hojas abiertas, provocaba en mí una alegría difícil de ocultar.

Sebastián cogió a hombros a Mateo y le hizo volar por toda la habitación.

—Soy Superman —gritaba Mateo.

Mi madre apagó la televisión.

—Creo que hoy es un día especial para que nos escuchemos. —Y añadió—: Azucena, cuéntanos cosas de Londres. Me hubiera gustado ir a visitarte.

—Bueno, mamá, eso lo tenemos que organizar. Te va a encantar la tienda del

Palacio de Buckingham. Tiene miles de tacitas inglesas para té.

—¡Oh!, me encantaría que me llevaseis.

Delia me miró fijamente. Por su mirada, sabía exactamente lo que estaba pensando. Nunca habíamos sabido que uno de los sueños de mamá era ir a Londres, por lo que habría muchos sueños de ella escondidos debido a su enfermedad. Solo había que dar un clic y que su cerebro tocara ese cajón 57 donde se encerraban todos sus recuerdos.

—Oye, Azucena, ¿qué te gusta más Portobello o Candem? —dije para llevar un poco el peso de la conversación.

—Por Mateo, suelo ir más a Portobello. No está tan masificado, y luego algunos domingos nos tomamos algo por allí. Pero a ti y a Sebastián ya os digo que os encantaría más Candem. Va más con vosotros.

—Tomamos nota —dijo Sebastián. Y añadió—: Tenemos ganas de ir. Yo estuve hace muchos años, pero ahora todo está más cambiado. Londres es la ciudad de la música. Es un crimen alejarnos de ella.

—¿Qué crees que tiene la música? —dijo Delia, mirando fijamente a Sebastián. Estaba buscando el argumento perfecto, y que le quitara remordimientos para llegar hasta allí.

—Creo que para sentirnos vivos necesitamos vivir con ella y para ella, si no estamos un poco muriéndonos en vida. Sin música, la vida no tiene ningún significado.

A Delia esa frase la había dejado pensativa durante la comida. Incluso trajo los postres de manera automática. No estaba con nosotros.

—Mateo, la abuela tiene un cuarto al lado donde hay un caballo balancín que le perteneció a ella cuando era pequeña. ¿Quieres jugar con él? —dijo Azucena.

—Sí, sí, sí —dijo entusiasmado.

Delia se levantó y le llevó al cuarto de al lado. Cerró una puerta de madera que tenía dos bisagras de cristal por donde veíamos la sombra de Mateo jugar.

—¿Queréis tomar algún licor? —dijo Delia, dominando cada rincón de la casa.

—A mí, si me pones medio vaso de whisky, me haces feliz —dijo Sebastián.

—Entonces, luego llevo el coche yo —dije al segundo.

Nos levantamos y nos dirigimos a la sala de estar. Había fotos de nosotras por las estanterías y millones de libros.

Delia preguntó a Sebastián:

—¿Has traído lo que te pedí? —dijo sonriendo.

En ese momento me quedé sin sangre. Algo habían planeado sin mi

consentimiento.

—Sí, lo tengo en el coche. Bajo y subo en un momento.

En medio de esa espera, aproveché para llevar algunos platos a la cocina. Por el pasillo me crucé con Delia.

—¿Qué vais a hacer?

—No seas impaciente, Belma, y ve ahora a la salita. Quiero que estemos todas juntas.

Sebastián subió con una mochila y sacó su iPod con un altavoz enorme que enchufó a la pared. Me miró y me sonrió.

Pasó las canciones y se detuvo en una. Al segundo, comenzaron a sonar los primeros acordes de *Twist And Shout*.

Mi madre estaba tranquila, junto a la ventana. Pero cuando Los Beatles hicieron los coros, posó su mirada en el altavoz.

—Eso, eso...

—Me levanté hacia ella y la tomé de la mano. —Y añadí—: Tranquila, mamá. ¿Qué estás escuchando?

Al minuto empezó a temblar como un gatillo que tiene frío. Miré a Delia y le dije:

—Trae una manta.

—Para eso —gritó asustada.

Sebastián dio al *stop*. Todos nos quedamos petrificados. Sin poder movernos. El botón nos había paralizado a nosotros. Mi madre dijo:

—Conozco lo que suena. —Y añadió—: ¡Dios...! —gritó angustiada.

—Mamá, no hace falta que sigamos...

—«*Twist and shout, Twist, and shout, Twist and shout...*».

Abracé a mi madre con fuerza. Mi madre seguía manteniendo la memoria para la música, pero en todo este tiempo se la habían ocultado. Miré a Delia y le dije:

—El doctor Jiménez nos lo dijo. Los lóbulos temporales están intactos. Tiene un córtex musical muy bueno.

Delia se levantó y dijo:

—Mamá está mal, no podemos seguir, Belma.

—No, no está mal. Está emocionada. Esa música ha golpeado parte de su cerebro y la ha removido por dentro —dije mirándoles a todos.

Sebastián se puso de pie y dijo:

—Estoy de acuerdo con Belma. A nosotros nos pasa igual cuando oímos una canción del pasado, es como si oliéramos algún recuerdo. El proceso por el que está pasando es normal.

Azucena se levantó y dijo:

—Me he perdido. ¿Podéis decirme que está pasando aquí?

—Luego te explicaré todo, pero, a grandes líneas, mamá no tuvo nunca un virus que provocara esta enfermedad. Mamá, cuando tenía 22 años, era una apasionada de Los Beatles. Y huyó de los abuelos con un billete hacia Liverpool para no regresar.

—¿Qué me estás contando? Me voy fuera de España y, cuando vuelvo, me encuentro con una historia truculenta de mamá.

—El presente solo se transformará en realidad a través de las historias ciertas del pasado. Has venido a escuchar la historia de la mano de mamá.

—Pero yo, hija, no sé qué me estáis diciendo. Lo único que recuerdo es esa canción, pero ahora mismo no sé... Estoy aturdida.

—¿Habéis llamado al doctor Jiménez? —dijo Azucena sobresaltada. Y mirando a Delia enojada le dijo: —Estás loca. Mira lo que has conseguido, que todo un trabajo de años se pierda por la borda.

—Lo sé, esta semana hablé con el doctor Jiménez y le pregunté qué pasaría si trabajásemos nosotras con ella. Y me dijo que, si nos animábamos con alguna canción del pasado, quizás pudiera tener un despertar. Él desconocía qué música podría llegar hasta ella —dijo Delia.

—Podía haber venido. Haríamos todo a su manera —dijo Azucena nerviosa.

Me levanté y me puse delante de Delia. Quería ser su escudo.

—Si algo tienes que decir, dímelo a mí. Ella no quería, pero creo que si mamá tuvo una vida anteriormente, debe intentar recordarla.

—¿Y qué vamos a hacer, ponerle la discografía entera de Los Beatles? ¿Llevarla a Liverpool?

—No seas sarcástica, Azucena.

Delia, dando un paso al frente, dijo:

—Tengo todo estudiado. Nada de lo que vamos a hacer aquí con mamá va a ser al azar. Llevo toda la semana ideando un plan. Gracias a Sebastián, he podido conseguir la canción que sonó en aquel concierto.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una postal de Los Beatles. Voy a trabajar como lo hace el doctor Jiménez en consulta —dijo Delia con seguridad.

—¿Qué dices? —le dije sonriendo.

—Sí, Belma. El día que irrumpiste en la clínica para contarte piezas del puzle, yo me sentí muy mal. Os había fallado a todos. —Y añadió—: Azucena, debo decirte que la abuela me contó lo del accidente de mamá, ella me dijo que fue a

causa de su rebeldía. Me obligó a prometer que nunca os diría nada. El concierto de Los Beatles en Madrid la trastocó. Y me dijo que hizo de ella una persona diferente.

—Pero ¿qué pasaría allí? —dijo Azucena.

—Solo ella lo puede saber —dije con fuerza.

—Y solo ella puede reconocer rostros por algún detalle significativo. Solo ella puede distinguir algo en esta foto. Es una foto de ellos, de 1965, tal y como estaban en aquella visita a Madrid.

Tomé la postal entre mis dedos y me acerqué al sillón, que estaba cerca de la ventana. Allí estaba mi madre, sin saber por qué estábamos allí reunidas con ella.

—Mamá, quiero ponerte una foto. Quiero que estés muy tranquila. Tienes todo el tiempo del mundo. Sin presión. Esto es un juego.

—Hija, ya trabajo mucho en consulta. No me traigas más trabajo...

—Te prometo que será un momento. Mira esta foto detenidamente.

Mi madre estuvo durante minutos observando la foto. Y de pronto dijo:

—Las orejas de soplillo de George. Le reconocería en cualquier lugar.

—¿Qué dices, mamá?

—George, George, George. —Y rompió a llorar como una niña.

Capítulo 38

Me levanté a la cocina para buscar un vaso de agua para mi madre. Sebastián me siguió.

—¿Quién es George? —grité enfurecida.

—Es George Harrison, cariño. Tu madre distingue a George Harrison por sus orejas. Era un tipo enclenque, y sus orejas siempre iban dos pasos por delante de Los Beatles.

—Yo acabo loca con esta historia. Te juro que necesito unas vacaciones.

—Vamos al salón. No podemos perdernos lo que está diciendo.

Volvimos y allí seguía mi madre junto a la ventana. Ahora estaba lloviendo en la calle. Las gotas se desparramaban lentamente por el cristal de la ventana, se escurrían dibujando amorfas figuras que desaparecían tras encontrarse varias en un punto y con fuerza caían hacia el alféizar de la ventana. Así era su historia, una gota minúscula buscando el amparo de las demás que pongan fin a su tempestad.

Mi madre seguía mirando la foto sin poder despegarse de ella.

—George, el misterioso. George, el carismático. George, el inquieto. George, el gracioso, el dulce George, George, mi hombre silencioso...

—Mamá, háganos de él. ¿Cómo os conocisteis?

—Lo conocí en Madrid. Recuerdo que le esperé a la salida del concierto de Las Ventas. Las chicas gritaban como locas enfervorecidas. Querían tocar a sus ídolos. Y yo le esperé en una puerta trasera alejada de gritos donde no había nadie. Salió a los pocos minutos. Horas antes, me había dicho que le esperara allí.

—¿Te acuerdas de cómo te lo pidió?

—Había estado con él en la habitación de su hotel. Aunque no sola. Eso sí lo recuerdo. Ahora mismo veo bultos en mi cabeza.

—¿Con quién estabas?

—No lo sé. Él me miraba fijamente, era el catalizador de la banda, traía el equilibrio a aquella habitación, donde había dos potencias desafiantes.

Ni siquiera tenía ojos para Paul y John, pero, sin embargo, sí miraba la foto de George. No podía apartar sus ojos de él. Mi madre tomó el vaso de agua y

continuó hablando:

—George me sirvió un refresco de una pequeña nevera que había y me dijo que tenía una nariz muy bonita por donde podía dejar rodar los hielos. Yo me sonreí. Le pregunté cómo había llegado a formar parte de la banda y me dijo que conocía a Paul desde el colegio. Él era más pequeño, y un día volviendo a casa en la parte superior del autobús de Liverpool, Paul le dijo que tocara para John, y este le mostró su arte con seguridad. Golpeó las cuerdas de una guitarra de una manera tan salvaje que John decidió que tocara con ellos. «Este chico es una mina y ese pelo de gallito no me gusta nada». Por aquel entonces tenían otro grupo y hacían pequeños conciertos. Su madre le compró su primera guitarra acústica, le animaba mucho.

—Lo importante que es el apoyo de la familia —dijo Sebastián. Y dijo mirándonos a todos—: George tocaba tan brutal que, aunque fuera más pequeño que ellos, le dejaron entrar al instante en el grupo. He oído que a la tía de John no le gustaba nada porque daba el aspecto de Teddy Boy, de niño malo.

—Sí, Sebastián, era un gato salvaje para los otros. Recuerdo que me habló de Mimi, sí, una señora estirada, tía de John, que a veces le molestaba y no quería verle por su casa. George no era malo, tenía un humor sarcástico, y para muchos era difícil de entender. De hecho, cuando me servía el refresco me dijo: «Una moneda por tus pensamientos. Y entonces yo me quedé sin saber qué decir, y él me dijo. Después del concierto, me enseñarás Madrid». Y claro que me lo leyó, y sin moneda. Yo le dije que era muy peligroso. Todo estaba vigilado. Además a nadie le apetecía salir aquella noche. Pero George adivinó mi pensamiento. Y alargamos la noche.

—¿Le fuiste a buscar a la salida del concierto? —le dije con gran interés.

—Yo estoy flipando —gritaba Sebastián a mi lado.

—Así es. Se puso una gorra de cuadritos y, mirando a los demás, les dijo: «A esta chica me la llevo yo». Se remetió el pelo por detrás de las orejas. Allí pude ver que tenía unas orejas muy graciosas, como de un pequeño duende. Él, sonriéndome, me dijo: «Son herencia de mi padre». Fue tan lindo. George, mi querido George.

—Cuéntanos esa noche, mamá —dijo Delia, con los ojos como platos.

—Recuerdo sus andares, era muy enclenque, parecía que se arrastraba al caminar. Cogimos un taxi y le llevé a pasear a la Gran Vía.

—¿Nadie le reconocía? —dije

—Nadie. Date cuenta de que todos pensaban que para cambiar una bombilla se necesitan cuatro Beatles. Nadie se imaginaba que uno solo de ellos pudiera

caminar por aquellas calles del viejo Madrid. Era muy tierno. Se interesaba por todo lo que le contaba. Me llegó a decir que solo tenían un día libre al mes. Así que, el estar ahí conmigo, era un regalo inesperado. Yo a veces me tenía que pellizcar. George estaba a mi lado y yo era su centro. Fue algo indiscreto, porque preguntó por mi edad, y resultó que los dos nacimos en el 43. Una broma de nuestro destino.

—Es muy bonito, mamá —le dije sonriendo.

—Estoy conmocionada, hijas, nunca pensé que mi cabeza pudiera recordar tanto por una canción o una foto. Pensé que estaba impedida para que me pasaran ciertas cosas.

—El doctor siempre ha dicho que tienes amnesia a caras. Tus recuerdos se han quedado solo dormidos. Mamá, nada es imposible.

Mi madre respiró y se quedó callada mirando de nuevo la foto.

—Es muy duro lo que estoy viviendo. Un día te levantas y es como si en tu cabeza te hubieran hecho un borrón. Y entonces no hay cuenta nueva.

—Sí que la hay, mamá.

—Eso lo supe aquella noche paseando por la Gran Vía. En un momento, le miré y le dije: «¿Qué quieres hacer?».

—Y me dijo, me gustaría ir al Café de Chinitas. Pero será imposible. Y se lo dije: «Tus deseos, George, serán órdenes». España era diferente, nadie se esperaba a un Beatle aislado a la una de la madrugada en un café hasta la bandera de gente. Así que entramos entre el tumulto, colgamos los abrigos y George pidió un vodka con naranja. Le enseñé como pude a bailar sevillanas. Él se reía. No queríamos que la noche terminara. Queríamos parar los relojes y que estos nos olvidaran. Me sentí como Cenicienta. Sabía que me quedaba poco con él.

—Sigue, por favor —dijo Azucena.

—Allí, entre la gente, me puso su cazadora encima de mis manos y empezó a acariciarlas ajenos al mundo. Sentí cómo una corriente eléctrica recorría mi cuerpo. Jamás sentí algo igual. Mi corazón se agitaba como un caballo que galopaba. Podía ver la raya del horizonte en sus ojos. Estos los tapaba su flequillo alisado.

En un momento me dijo que yo era su diosa en el amor, que me adoraba, que envidiaba de mí la libertad. ¿Irónico, verdad?, porque yo envidiaba de él el que pudiera viajar y alejarse de su ciudad. Decía que estaba seguro de que yo era la sensación más fuerte que tendría en la vida. Todo aquello me gustaba y también me provocaba responsabilidad. No era cualquier hombre. Era un tipo que había

estado al lado de la reina Isabel. ¿Comprendéis? —dijo riéndose.

Todos nos reímos con ella. Mi madre se empezaba a relajar. Hablaba de George con total cariño.

—¿Después del Café de Chinitas adónde os fuisteis?

—Nos fuimos a una pradera, donde nos sentamos. Queríamos hablar, tocarnos, esa sensación de lo prohibido creo que nos atraía a los dos. Corría cierta brisa. Y debo decir que allí me dio un beso largo, húmedo, caliente, todos los grados del universo tenía la boca de George. Después de besarme sonrió y dijo: «Habría que dar gracias al universo». Era un ser espiritual. Creo que para él Los Beatles no es lo que veíamos todos desde fuera, eran una gran familia. Y en el fondo yo le daba ese escape de ella, como yo quería escapar de la mía.

—¿Ahora sabes que querías huir?

—Vuestro abuelo me tenía encerrada en una jaula de oro. Me tocó vivir una época que no encajaba con mi manera de pensar. Esa noche sabía que ya no podía volver a casa. Demasiadas horas habían pasado sin saber mi paradero. Solo me quedaba una salida.

—¿George?

—Él me propuso seguir con la gira y con ellos. El siguiente concierto era en Barcelona. Y así lo haríamos.

—¿Y qué pasó?

—Estoy cansada, siento que mi cabeza va a estallar.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Los coches pasaban deprisa. Y dijo:

—En todo este tiempo, veo que he echado en falta el no acordarme de él. Que no reconozcas a Obama, o incluso a cualquier cantante de moda, no te afecta. Pero olvidarte de alguien tan importante como George. Duele en lo más hondo.

—Mamá, pero piensa que no has sufrido. Hay personas que se torturan con recuerdos dolorosos —dije pensando en mi vida.

—Corazón, prefiero sentir, reconocer un rostro y, aunque duela, guardarlo en mi retina.

Se sentó, guardó la foto en uno de los cajones y, mirándonos a todos ahí de pie, nos dijo:

—En un momento de mi vida, sentí que todo se acababa. Me siento mema compartiendo con vosotras algo tan íntimo y algo demasiado tonto.

—La intimidad suele ser tonta —dije sonriéndome.

—Siento que el amanecer no dura toda la mañana.

Nos quedamos petrificados. La oscuridad llegó al salón y mi madre encendió una lámpara. Ya era muy tarde para seguir. Mi madre tenía que descansar.

Demasiadas emociones.

Abracé a mi madre y le di las buenas noches. Sebastián recogió mi bolso y mi abrigo. Miré a Azucena, y Delia le dijo que se quedara con ella. Le contaría todo. Azucena era la más conmovida. No había tenido un tiempo de preparación como nosotras.

Las tres hermanas nos dimos la mano en el hall de la casa y no pudimos contener ninguna las lágrimas. Como siempre, yo era la fuerte y hablé por ellas.

—Mamá no ha terminado de contar su historia.

—Sí, creo que debemos dejarla unos días descansar —dijo Delia.

—Creo que no le ha hecho mal recordar a un viejo amor como George.

—Es duro contarle su final —dije temblando.

—Por eso, creo que sería importante traerle sus recuerdos con alguna compensación —dijo Delia, segura de lo que decía.

—¿A qué te refieres, Belma?

—Tú has estado con su mejor amiga, Pilar. Ella quiere verla, ¿no?

—A ella le encantaría, es como su hermana.

—¿Cuándo dices, Belma, que viene?

—En estos días llegará a Madrid. No quiero ilusionarla. Si de verdad estás segura, yo la llamo y nos reunimos con ella.

—¿Crees que mamá la reconocerá?

—Hablaré con ella.

Estaba de acuerdo con mi hermana. No podíamos hacer que su madre recordara todo un pasado y no entregarle a George. Tendríamos que darle algo bonito de esta historia. Que todo tuviera un sentido para ella. Recordar el pasado es doloroso, y recordarle sin las personas que estuvieron en él, era algo desolador.

Sebastián y yo nos despedimos y cogimos el coche. Sebastián me abrazó en el coche, como un novio quinceañero.

—¿Aquí, delante de casa de mis padres?

—Por los viejos tiempos. Mira que como estén tus hermanas mirando por la ventana.

—Gracias, Sebastián.

—Espero que no te hayas enfadado conmigo, por ayudar a tu hermana. En el fondo te estaba ayudando a ti.

—Lo sé y me ha parecido un detalle precioso.

—Me gusta oírlo.

Arrancó el coche y nos fuimos a nuestra casa. Estaba contenta. Pensaba en el

amor del Beatle hacia mamá. Y pensé que el corazón de un artista ama igual que uno de nosotros.

Me sentí orgullosa de mi madre. Ella había sido una mujer valiente y atrevida. Mucho más que yo. Ella, enamorada de un Beatle, hizo frente a su familia. Pero ¿por qué huiría a Liverpool? Y lo más importante, ¿quién escribió esa nota? ¿Por qué llegó hasta el cajón 57 de nuestro chifonier familiar?

Fueron días de pensar en cada detalle que mi madre nos había contado. Sebastián y yo investigamos mucho sobre aquella nota que pertenecía a la canción de Los Beatles. Nos daban las tantas de las noches trabajando al lado de una luz macilenta.

—La canción, Belma, se llama *Something*. La nota lleva dos líneas de la mitad de una canción.

—¿En qué año fue escrita?

—En 1969.

—Es extraño. En esa época, mi madre andaba ya con mi padre.

—Sí, también lo he pensado yo.

—¿Y por qué solo está el trozo de la canción y no está completa?

Miles de dudas, de piezas todavía por encajar.

Vimos cómo los días pasaban y estábamos absortos los dos en el tema de mi madre. Sebastián se implicaba como el que más. Eso hacía que mi amor hacia él fuera creciendo. Compartíamos algo en común, y encima un tema que nos apasionaba.

El jueves llegó de golpe, casi no me di cuenta, hoy era el videoclip de Ciro en el ático del hotel Plaza. Sebastián andaba muy liado preparando todo. Yo andaba en pijama de rayas tumbada en el sillón y escuchando temas de Los Beatles. Últimamente no paraba de impregnarme de su música. Y sobre todo de George Harrison. Me apetecía leer cosas de él, entrevistas, por si alguna vez había hablado en ellas de mi madre. En el fondo estaba cabreada con él, porque vendió a mi madre palabras bonitas y ni siquiera se acordaba de ella en las entrevistas que concedía. Un amor que va unido de palabras fuertes tiene que continuar en el tiempo, no puede escaparse por la alcantarilla.

Me quedé muy tocada cuando vi que se había casado con la modelo Pattie Boyd en 1966, justo un año después de conocer a mi madre. ¿Qué hubiera sido de su vida si se hubiera casado con él? ¿Hubiera sido tan feliz como con mi padre?

Eso sí que no lo sabremos nunca. Mi madre ahora vivirá con un nuevo recuerdo en su cabeza. Y cuando esté triste por papá, George vendrá a su cabeza.

Y viceversa. Creo que no hay mayor defensa que los fantasmas del pasado.

Sebastián metió todo lo que necesitaba en una pequeña mochila y me miró:

—Sé que estás muy cansada. Pero me encantaría que vinieras conmigo.

—Si quieres que esté, iré.

Subí a la habitación de arriba, elegí un vaquero y me puse una camiseta de Los Ramones. Si íbamos de concierto había que mimetizarse.

Sebastián me estaba esperando.

—Estás preciosa.

Durante el trayecto empecé a pensar en la sencillez de Sebastián. Y me vino a la cabeza una entrevista que leí de Los Beatles, donde decían de ellos: «Se mantienen muy tranquilos, lo de fuera no va con ellos, solo quieren tocar y escribir música».

Todo eso era lo que conformaba la filosofía Beatle, y todo eso es lo que había enamorado a mi madre. Ella nunca hubiera estado con una estrella. Y creo que eso mismo me enamoró de Sebastián.

Llegamos hasta el hotel. El edificio estaba en ruinas, pero habían conseguido una licencia para hacer el videoclip. A veces el ayuntamiento dejaba ese edificio para rodar anuncios, así que subimos por las escaleras hasta llegar al ático. Todo estaba lleno de polvo. Los instrumentos andaban en el suelo. Algunos músicos se colgaban para colocar los cables.

Sebastián se acercó a Ciro, que estaba de espaldas, probando los acordes de un pequeño ukelele. Me puse detrás de un foco, en la oscuridad podría pasar desapercibida.

Sebastián vino a buscarme y me dijo:

—No te quedes ahí aislada. Ven conmigo. Quiero presentarte.

Me agarró la mano con fuerza y orgullo. Tragué saliva. Nunca me había imaginado que mi amor me presentaría a mi ex. Ya no podían pasar más cosas en mi vida más surrealistas.

—Aquí estoy bien, de verdad —le dije para que no insistiera.

No quería que Ciro me viera, también por él, no me gustaba que se sintiera en desventaja. Sebastián me dijo:

—¿Sabes? No va a venir el chico de Twitter. Le hemos invitado, pero me ha dicho que no quiere conocernos. Que el trabajo está hecho. Y que movamos la canción sin él.

—Vaya. Debe de ser un tipo raro.

Cuando mi cabeza iba a insultar a Ciro, Sebastián me explicó:

—Nos ha dado un cheque de 4.000 euros.

—¡Qué dices!

—Dice que eso cubrirá gastos. —Y añadió—: Y ahora quiero dar una parte a Ciro y no me lo quiere coger.

—Vaya. Muy honesto por su parte.

Mi corazón habló en alto. Sintió orgullo hacia el Ciro que conocí. Por primera vez le vi como entonces. Y me gustó mucho.

En ese momento la luz del foco que estaban colocando incidió en mi cara. Y Ciro me divisó. Se acercó hasta nosotros. Yo temblaba como una fan esperando su autógrafo, no quería que dijese que nos conocíamos. Hubiera quedado como una mentirosa, y mi relación estaba en juego.

—Te voy a presentar a mi chica —dijo Sebastián de forma orgullosa.

—Un placer, ¿tu nombre?

—Belma.

—Es original.

—Sí, mi madre se empeñó, no sé por qué me lo puso. Soy la única de mi casa que no tiene nombre de planta —dije riéndome.

—Tenía muchas ganas de que os conocierais —dijo Sebastián.

—Un placer. Si me disculpáis, tengo que probar el sonido. —Y añadió—: Espero no fallarte, Sebastián, va a quedar espectacular.

—Estate tranquilo y haz que la piel se nos erice.

Ciro cogió una púa y tomó entre sus manos el bajo. Su sonido era estremecedor. Lo que vivimos esa noche, jamás lo olvidaremos.

Sebastián me daba fuertemente la mano, mientras Ciro no dejaba de mirarnos mientras tocaba. Creo que en esa canción dejábamos escapar el rencor de estos años. Sabía que era la última vez que nos veríamos. No puedo decir que fuera un momento agradable. Sentía que mi cuello estaba tensionado.

Ciro entonaba el estribillo cerca del micrófono: «Este chico no va a ser feliz sin tus caricias. Este chico le encantaría que volvieras a pisar su campo minado».

—Esta parte ya le he dicho a Ciro que es un poco nostálgica, pero me dice que eso le da más fuerza a la canción.

—La verdad es que es dura.

Cuando terminó de tocar, se acercó al micrófono y dijo:

—A ti que vives en mí.

Sus ojos penetraron con tal fuerza que mis piernas se tambalearon como un bolo de bolera. Fue una noche bonita, una noche mágica envuelta en ruinas de hotel que jamás olvidaré.

Sebastián se quedó por un momento pensativo. Pero enseguida dio la orden de

recoger todo el equipo y nos marchamos de allí. Nunca más hablamos de aquella noche.

Capítulo 39

Días después contacté con Pilar Peralta. El teléfono no daba señal ninguna. Y los datos de su casa de Madrid se me olvidó pedirlos. Puse un correo electrónico, pero no hubo manera de que Nikolai me contestara, así que les busqué a través del foro de hoteles. Allí dejé un mensaje escueto, pero que hizo efecto. Puse «arroba» con letra y de esa manera me salté todas las trabas de prohibición que tenía el sistema.

Pilar me dijo que llegaría el martes a primera hora de la mañana a Barajas. Sebastián y yo fuimos a recogerla. Esperábamos mirando la escalerilla, como si de Los Beatles se trataran. Me apetecía tanto que Sebastián la conociera y pudiera vivir algo de lo que yo viví en Santorini.

—Me alegro tanto de verte, Belma —dijo cogiéndome con fuerza por los brazos.

—Yo mucho, Pilar.

—¿Estás segura de que quieres que me vea con tu madre?

—Sí, creemos que si logra reconocerte tendrá un regalo maravilloso. —Y añadí—: Además, esa melena rubia creo que es inconfundible.

—¿Hablas de mi pelo?

—Sí.

—Es teñido, Belma. Yo era morena, casi con el pelo negro azabache.

—¡Oh! Dios.

—Por tu madre, volveré a mi color. Pararé en alguna farmacia y buscaré el tono de pelo que tenía antes. ¿Crees que con eso será suficiente?

—Necesitamos alguna señal en la cara.

—Me temo que no tengo —dijo Pilar angustiada.

—¿Llevabas flequillo?

—Jamás. No me favorecía en absoluto.

—¿Algo que llevaras siempre en aquella época?

—Mis gafas de metal.

—Eso sería fantástico —dije pegando saltos.

—Eso te aseguro que será más complicado. No guardo nada de entonces. Me fui a Grecia con lo puesto y tiré todos mis viejos recuerdos.

—¿Y en alguna óptica? Quizás puedan encontrar alguna

—Es difícil. Era un modelo muy particular de los 50. Los llevaba la cantante Ana Belén. La montura era metálica y las puntas se arqueaban hacia las esquinas.

—Esperad —dijo Sebastián. Sé un lugar donde pueden tener una réplica.

—¿En dónde, cariño?

—En eBay. —Y añadió—: Vosotras id a casa y yo ahora las busco, tranquilas.

—¿Es tu chico, no?

—Sí, Sebastián es muy gracioso. Puede llegar a encontrar un elefante en un parque de atracciones. Está muy acostumbrado a rastrear por la red.

—Si un día le abandonas, déjamelos, que me lo llevo a Santorini.

Las dos nos echamos a reír. Sebastián nos llevó hasta mi casa. Habíamos adecentado la casa para Pilar. Ella dormiría en el sofá cama del salón.

—Vas a pasar unos días incómoda. Pero te quería a mi lado, para que trabajásemos juntas.

—Tranquila, he estado acostumbrada a dormir en sitios peores. —Y añadió—: ¿Habéis hablado de mí?

—Me temo que no. El otro día le pusimos *Twist And Shout*, y le mostramos una foto de Los Beatles. Y fue alucinante. Vivimos uno de los momentos más cercanos con mi madre. De todos ellos, al que reconoció fue a George.

—Qué curioso... Ella siempre fue de Paul. Decía que era el más natural de todos.

—Pilar, lo que te voy a contar ahora es muy duro. Quizás sientas rabia por no enterarte de primera mano por ella.

—Me estás asustando. Suéltalo. Vengo de Grecia, y allí son directos.

—Tú me contaste que en Las Ventas ella se quedó viendo el concierto y luego os despedisteis.

—Sí, así es. De hecho, yo cogí el metro. A los diez minutos nos evacuaron, porque unos gamberros destrozaron el vagón. Ya ves, en vez de hablar del gran concierto que habían dado los muchachos de Liverpool, hablaban de vandalismo callejero, solapando la importancia de aquel concierto.

—Mamá ese día alargó la noche. No se fue a casa.

—¿Qué quieres decir, Belma?

—Mamá pasó la noche con George Harrison.

—Eso es imposible. A la mañana siguiente la banda regaló a todo el hotel unas 20 o 30 tartas como agradecimiento. Hubo un torero que por la noche quiso despertarles, creo que fue El Cordobés, y fue imposible. Ya estaban todos

dormidos. De verdad, yo era hija del redactor. Lo hubiéramos sabido.

—Créeme, nos ha llegado a contar cosas increíbles. Al día siguiente cogió un avión para Barcelona. Continúo la gira con ellos.

—¡Pero que me estás diciendo! Su padre me dijo que no se podía poner porque estaba castigada.

—Porque no estaba en casa, Pilar. George Harrison la invitó a Barcelona.

—Esperad, eso lo podemos comprobar.

—¿Cómo?

—Conozco una amiga de la familia, periodista, que también apoyaba a mi padre en la redacción de la revista, estuvo en Barcelona. Dejadme que haga una llamada. Ella nos dirá algo más.

—Pilar, no sabes lo importante que es para nuestra familia que estés aquí con nosotras viviendo este momento. Hemos pasado momentos muy duros viendo a una madre que no ponía música en casa. Que a veces no reconocía a sus propios amigos por la calle, o incluso a nosotras. Y sentir que mi madre está viva. Te lo debemos a ti.

—No digas eso, pequeña. Yo también estaba tristonza. Grecia tiene maravillas, pero se echa mucho de menos las raíces. El barrio donde te criaste.

—¿Dónde quieres ir mañana? Salgo de trabajar y te llevaré donde quieras.

—Te va a parecer una tontería, pero echo de menos merendar en La Mallorquina, en la parte de arriba, viendo la Puerta del Sol.

—Eso lo tendrás. —Y añadí—: Voy a prepararte algo de cena. Sebastián vendrá ahora, seguro que está conectado abajo en el bar, buscando en eBay.

—Pues mira, mientras preparas algo, voy a llamar a mi amiga periodista, y que me diga algo de Barcelona. Será muy importante, porque si tu madre estuvo allí, estaría cerca de ellos.

Pilar se subió a la planta de arriba, y yo di vuelta y vuelta a unos filetes de lomo. Preparé unas tostadas con aguacate y salmón. Y abrí una botella de vino.

Saqué la vajilla nueva, esa que nunca estrenas y la tienes guardada para grandes ocasiones.

Pilar bajó a los treinta minutos y sentándose me dijo:

—He hablado con ella.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha comentado que al lado de ellos estaba una chica joven, muy guapa, y que de vez en cuando hablaba en inglés. —Y añadió—: No tiene por qué ser ella. Al lado de Los Beatles siempre iban chicas guapas. Date cuenta de que todas se querían acercar a ellos.

—Pilar, puede ser ella. ¿Por qué mamá iba a contarnos una historia que no sucedió?

—Quiero sentarme con tu madre y escucharla. Hoy, gracias a mi amiga, he conocido más la personalidad de Harrison, y quizás cuando escuche a tu madre sienta que ocurrió de verdad, que tu madre y Harrison estuvieron juntos. —Y añadió—: Mi amiga hizo una pregunta a George Harrison.

—¿Cuál?

—¿George, donde pasaste tu juventud?

—¿Y qué dijo, Pilar?

—Desde luego, si tu madre estuvo con él, eligió a la persona más sensible de todas. Y por ese lado sí que me cuadra la historia. Dijo que su infancia había sido muy familiar, humilde. Pero que la mayor libertad que tenía era su pensamiento. Gracias a crear mundos en su cabeza puede soñar. En el pensamiento nadie puede decidir, tú dominas dónde quieres que te lleve. Pertenece a cada uno y ahí nadie nos molesta.

—Es precioso.

—Sí que lo es. Su infancia quedó marcada por el caballo de los vecinos. Todos los días le llevaba una zanahoria, y este le recibía moviendo las crines. Estas se movían con total libertad, quizás como su pensamiento. Por eso le atraía tanto. Un día fue a verle y le dijeron que se había roto una pata. Y como ya no era purasangre, le mataron.

—Vaya, es algo tan triste.

—Sí que lo es. Todas esas cosas denotan a lo largo de la vida una personalidad. Y, desde luego, Harrison era el Beatle más sensible.

—¿Cenamos?

—Claro. Menudo manjar has preparado.

—Te lo mereces todo, Pilar. No siempre puedo tener en mi mesa a la mejor amiga de mi madre de la infancia.

Sebastián llamó a la puerta.

—Vaya, ¿te has dejado las llaves?

—Las he perdido. No las veo por ningún lado.

—¿Y me lo dices así tan tranquilo?

Sebastián seguía rebuscando en los bolsillos.

—Esta noche ponemos una silla en la puerta, por favor —dije asustada.

—¡Qué miedosa eres, Belma!

—Es que tenemos unos vecinos extraños —dije riéndome.

—Mirad, podéis poner aquel chifonier. Creo que nos protegerá de todo.

—¿Sabes? Ese chifonier es el que ha traído a mi vida todas las historias pendientes de mi familia. Sin duda ha ejercido en estos años una total protección. En él encontré la nota con el trozo de canción que desencadenó el pasado de mi madre.

—¿Qué ponía la nota?

—«En alguna parte de su sonrisa, ella sabe que no necesito otra amante».

Sebastián dijo:

—Hemos investigado, y es una canción de Los Beatles de 1969. Pertenece a *Something*.

—Os equivocáis.

—¿Qué dices?

—Es una canción maravillosa que escribió solo George Harrison. Él estaba harto de que siempre fueran Paul y John los que llegaban al estudio con miles de canciones. Harrison solo ponía los acordes. Era un genio para ello, porque en un instante los sacaba. Pero sin embargo se sentía siempre como una sombra.

—Como un fantasma —dije emocionada.

—Justo. —Y añadió—: Así que un día se fue a su estudio y creó una de las canciones más bellas de toda la historia.

—Así que esa canción era de George Harrison.

—Así es, con ella demostró que era tan buen compositor como los otros. —Y añadió—: ¿Dónde tienes la nota?

—Toma —dije mostrándosela.

—Está escrita a bolígrafo. Es original.

Las manos me temblaban. Sebastián gritó:

—¿Sabéis lo que puede valer un papel original del puño y letra de George Harrison?

—Sebastián...

—Lo sé, perdona, a veces mi lado de productor malévolo sale. Pero ya lo he matado —dijo riéndose.

Me puse en pie. Se me habían quitado las ganas de seguir comiendo. Anduve por la habitación con la nota de un lado a otro.

—Estoy segura. Esto no es una nota, debe de formar parte de algo, probablemente tuviera más hojas. Esta está quemada y como que le falta algo más. Era para mi madre.

Ahora otra pregunta sin resolver rondaba en mi cabeza. ¿Estaría la nota en aquel chifonier porque mi madre la quiso guardar en algún despertar que desconocíamos?

Capítulo 40

Los dos días que siguieron a la llegada de Pilar paseamos por el Madrid de los Austrias. La llevé a cada rincón que necesitaba recordar. Y alguno que todavía no había conocido, como Madrid Río.

A la salida de mi trabajo la iba a buscar y aprovechábamos para preparar el gran encuentro con mi madre y enseñarle algo del viejo Madrid.

—Mira, Belma, esta es la plaza de la Armería. La cantidad de veces que jugábamos aquí.

Yo me sonreía y me imaginaba a mi madre con trenzas corriendo por las calles de Madrid. Montamos en teleférico y vimos la Casa de Campo desde el aire. La intentaba subir a los sitios más altos como el ático del Círculo de Bellas Artes, para que oteara Madrid como un pájaro.

Terminamos el día en la pastelería La mallorquina. Pilar me subió a la parte de arriba. Un montón de mesas y el olor a chocolate invadió la sala.

—Adoro este lugar. Poca gente sabe que se puede merendar aquí arriba —dijo Pilar con aire conquistador.

—Mira que paso desde hace años, y he quedado con muchísima gente en la esquina, pero suelo comprar alguna palmera de chocolate y me la como siempre con prisas.

—Así es. Grecia me ha dado mucha tranquilidad. Antes, que vivía en Madrid, hacía lo mismo que tú. Pero ahora me gusta subir a esta cafetería y por la ventana, observar de tú a tú, el reloj de la Puerta del Sol. Lo tenemos tan cerca y a veces anda tan lejos de nosotros...

Estuvimos horas y horas hablando de Madrid, su infancia, de su matrimonio fallido.

—Mira qué horas —dije sonriendo—. Sebastián dirá que dónde nos hemos metido.

Llegamos a casa, apenas cenamos nada. Las trenzas de azúcar nos habían dejado repletas. Preparé de nuevo la cama de Pilar y la agarré fuertemente la mano. Ella vio en mis ojos mi incertidumbre, y la calmó al instante.

—Estamos haciendo lo que se merece. No estás sola en esto.

Necesitaba sentirme arropada. No quería que fuera una elección individual.

Esta suele ser egoísta.

Sebastián bajó en pijama con una funda de gafas.

—Chicas, quiero enseñaros en la web las gafas por las que he pujado. Creo que podemos conseguirlas.

Sebastián mostró unas gafas de concha, estilo Quevedo.

—Me temo que estas no son, Sebastián. ¿Puedo? —dijo Pilar moviendo el cursor para ver todos los modelos que existían.

—Claro. Nada mejor que tú para ver cuáles eran.

Pilar amplió los modelos y se quedó mirando unas de metal.

—Estas son. Sin duda. —Y añadió—: Estas son mis gafas de cuando era pequeña.

—No hay tiempo que perder. Hago una oferta y pongo con carácter de urgencia.

Esa noche apenas pude dormir. Mi mente me llevaba hasta el día siguiente. Me arrastraba a pasar la tarde con mi madre y su amiga. Sebastián me cogió por detrás con la posición cuchara y me arropó con sus brazos fuertes.

—Estoy a tu lado —me dijo susurrándome al oído.

Íbamos a vivir un momento único. Y creo que todos lo sentíamos así.

Esa mañana recibí cuatro llamadas de mis hermanas. Se las notaba inquietas. Me preguntaban a qué hora llegaríamos. Ya les había dicho que a las seis Sebastián nos recogería e iríamos directamente a casa de mi madre.

Comí con Marcos, con el móvil en la mano y poniendo mensajes a todos. En uno de ellos recibí la foto de las gafas de Pilar.

—Las tenemos.

Me dirigí a casa y se lo conté a Pilar. Ella estaba nerviosa. No sabía qué ponerse para ver a su amiga de la infancia. Tenía toda la maleta abierta sobre la cama y un montón de pinturas sobre la mesa.

—Quiero que vayas natural. Confía en ti. —Y añadió—: Creo que el interior de las personas nunca cambia. Seguro que habrá una parte de ti que reconocerá.

No estaba muy segura de lo que le decía, pero tenía que confiar en que así fuera.

Sebastián nos esperaba en la puerta. Las dos bajamos cogidas de la mano. Nos transmitíamos fuerza.

Sebastián abrió la guantera y le mostró a Pilar las gafas.

—Aquí tienes tu pasado.

—Quién diría. Son iguales que las mías.

Subimos por la Plaza de la Independencia y giramos hacia la izquierda. Habíamos llegado, pero no había ningún hueco libre.

Estuvimos durante más de veinte minutos buscando sitio. Así que Sebastián se volvió y nos dijo:

—Prefiero que vayáis subiendo. Ahora me uno yo.

—¿Estás seguro, cariño?

—Sí, Belma. Un día tan importante no podemos cabearnos con el Ayuntamiento.

—Está bien —dijo sonriendo. Y añadió—: Pilar, ya no queda nada.

Nuestros pies caminaban ligeros al lugar del encuentro. Pilar empezaba a ponerse nerviosa. Lo estaba viendo, porque no paraba de mover sus manos.

—Qué portal tan bonito —dijo Pilar.

—Es una finca preciosa.

—Sí, aunque la casa de Arenal a mí me encantaba. Recuerdo que corríamos por el pasillo y nos escondíamos entre las cortinas de ante granate.

Llamé al ascensor y el portero se acercó hasta nosotras.

—Su madre está arriba. Esta mañana salió y me dijo que esta tarde venían todas sus hijas. Estaba muy contenta.

—Gracias, Anselmo. Sí, hoy nos despedimos también de mi hermana. Mañana se va a Londres.

Abrí la puerta de hierro e hice pasar a Pilar.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho. Tengo frío —dijo respirando.

—Estamos igual. Llamaremos y ahora Delia nos abrirá. Yo me pondré el sombrero e iremos a la sala. Nos han preparado allí un rincón.

—Lo tenéis todo estudiado.

—La verdad es que no podemos dejar nada al azar.

Llegamos y dejé salir a Pilar. Cerré las puertas. Una hoja se me quedó enganchada. Al minuto una voz se oyó en el descansillo.

—Cerrad, soy yo.

Sebastián ya había encontrado sitio. Ahora faltaba que lo encontrara Pilar en esa casa.

Dos timbrazos y Delia nos abrió, sonriente.

—Tú debes de ser Pilar Peralta.

—La misma.

—Mamá está en el salón.

Me puse el sombrero y avancé por el angosto pasillo, que parecía más largo que nunca.

—Hola, mamá. Ya estamos aquí —le dije entregándole un ramo de flores.

—No teníais por qué, hoy no es mi cumpleaños.

—Siempre hay algo que celebrar...

La abracé con fuerza e hice pasar a Pilar.

—Mamá, viene conmigo una persona que quiero que veas bien. Han pasado muchos años...

Mi madre se levantó del asiento y sonrió a todos.

—No logro distinguir, Belma. Veo un bulto.

—Pilar, acércate a ella más.

Esta se acercó y le dijo:

—Hola, Carmen, hace mucho, lo sé... Han pasado muchos años y he querido venir a verte.

—Siento, de verdad, no poder reconocerte. Me pasa a veces...

—No te sientas apurada. Es normal, sé lo de tu enfermedad.

—De verdad que agradezco tu visita. Es muy embarazoso cuando alguien te reconoce a ti y tú a él no.

—Mamá, ella es Pilar, una amiga de tu infancia. Pasabais mucho tiempo juntas.

—Mira, eso está bien. Al menos hemos compartido momentos y eso se merece que meriendes con nosotras.

Mi madre no perdía su sentido del humor. Con él, intentaba esconder lo vulnerable que se sentía, y quizás lo torpe al tener una persona delante y no poder reconocerla.

Pilar, abatida mirándome, me dijo:

—De verdad, no lo vamos a forzar. Estar aquí con ella me parece un regalo. Está igual de guapa que siempre. Sigue manteniendo esos ojos vivos de entonces.

Alrededor de la mesa, nos esperaban una tarta de manzana y algo de café.

—¿Sabes, Pilar? Las hace Carmen. Es una gran cocinera.

Pilar sonriendo dijo:

—Pues habrá que probarla. Ya me dirás la receta.

—La cocina me entretiene —dijo Carmen, sonriendo a todos.

Me levanté y me dirigí a Sebastián. Sentía que no había tiempo que perder. Mi madre no se podía perder ese encuentro maravilloso en recetas culinarias. No debería estar hablando de cocina, y en el fondo me sentía algo furiosa por

presenciar este encuentro insulso.

Sebastián abrió la solapa de su americana. Sacó las gafas y me dijo:

—Estoy contigo. Estate tranquila, pequeña.

Sentí un nudo en el estómago y le dije a Pilar:

—Probemos.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Mis hermanas asintieron. Todos estábamos expectantes ante aquel momento.

Pilar se echó el pelo para atrás, abrió la funda y se puso las gafas. Se retiró una parte de pelo que le caía y miró fijamente a Carmen.

—A veces, cuando estoy sola, sigo paseando contigo por El Retiro. Todavía me acuerdo de las veces que oímos en casa de mi padre aquel disco de Los Mustang.

Mi madre dejó caer un trozo de tarta de manzana al suelo. Durante unos segundos se quedó paralizada. No articulaba ninguna palabra.

—¿Mamá, la reconoces?

—Tú eres... Pero no tiene su carita —dijo tocándole el rostro.

—Bueno, Carmen, han pasado años, y ya no conservo esa piel de entonces. Pero sigo siendo la misma. Soy Pilar Peralta —dijo sujetando fuertemente sus manos.

Mi madre le devolvió el gesto, apretando sus manos.

—Pilar, querida Pilar. Yo era normal, ¿sabes?

—Y sigues siéndolo, cariño.

—Recuerdo esas gafas, a veces en clase te las limpiaba. ¿Te acuerdas?

—Claro, se empeñaban de ver el símbolo del Antimonio en Química —dijo riéndose Pilar.

Carmen no podía dejar de mirarla. Luego nos miró a todas nosotras y dijo: —Era mi mejor amiga de la infancia.

—Lo sé, mamá —le dije sonriendo. Y añadí—: Si quieres os dejamos solas.

—No, cariño, quiero que viváis este momento conmigo. Es lo mejor que me ha pasado en todo el año.

—Me siento halagada, Carmen. Empiezo a pensar que llevas una vida muy aburrida.

Nos reímos todos. Y comenzamos a servir la tarta. Pilar y Carmen no paraban de hablar entre ellas.

—Pilar, a veces me he sentido como un león sin fuerza. Me han arrancado las garras y ya no puedo luchar en la selva.

—Carmen, eso quedó atrás. Yo te veo estupendamente —dijo sin dejar de cogerle las manos.

—Gracias, Pilar, tú siempre me viste con buenos ojos. —Y añadió—: ¿Sabes? Me acaban de venir a la cabeza aquellos guateques en casa de tu padre. Ese ritual de oler los discos nuevos y quitar el plástico y el sobre para tener en nuestras manos el último disco que tu padre nos regalaba.

—¿Te acuerdas?

—Claro. También recuerdo que había un rincón en la casa que era el de la columna. El lugar oscuro. Todos queríamos estar ahí.

—Mamá —dije algo escandalizada.

Pilar se rio. Y dijo:

—Es verdad. Todo eso también yo lo había olvidado. —Y añadió—: Me doy cuenta de que a veces todos olvidamos en cajones de nuestra cabeza momentos que nos hicieron felices. ¿Os dais cuenta?

—Sí, tiene que venir Belma a rescatarlos —dijo Azucena con sorna.

—Recuerdo también, Pilar, aquellos paseos por El Retiro. Paseábamos por la Casa de las Fieras. La orquesta que sonaba los domingos.

—Sí. Pero a ti ese tipo de música no te gustaba. Decías que eran bailes de padres. A ti te gustaban Los Beatles. ¿Los recuerdas?

—El otro día me vinieron todos los recuerdos de golpe. Enseñadle a Pilar la foto donde sale George Harrison.

Miré a Pilar y le dije:

—Es el único que recuerda.

—Estuvimos en el concierto, Carmen.

—Sí, George salió con su flequillo y sus patillas tapándole sus grandes orejas, dijo con nostalgia. —Y añadió—: La plaza estaba llena. Todos saltábamos. Pilar, yo no me fui a casa. Me fui con George. Mis hijas lo saben. No sé si tú lo sabías.

—No tenía ni idea. Creo que te quedaste con ganas de más el día que te gané a piedra, papel o tijera. ¿Verdad?

—Esa parte no la recuerdo. Me vienen fogonazos y otros los he olvidado de mi mente. Paseamos por Madrid hasta que el día amaneció. Hablamos de todo, nos sentíamos libres. Los dos queríamos escapar. Yo de mi casa y él de un mundo orquestado por su manager. La música empezaba a estresarle. Os vais a reír, pero apenas hablamos de música. Me habló de su madre, de la pequeña guitarra acústica que le compró. Hablamos de su gran amigo, un caballo de pura sangre de sus vecinos.

Un silencio y una mirada cómplice con Pilar.

—¿Qué pasó con ese caballo, Carmen?

—Pues que la vida al final es un caballo. Lo cuidas, le das de comer, y un día te arrebatan todo. Su caballo murió, le mataron porque ya no podía competir.

—¡Qué salvajada! —dijo Pilar sorprendida.

—Así es.

—¿Tú padre vive, Pilar?

—Murió hace cinco años. Te tenía tanto cariño. Pensaba que tú trabajarías con él en *Fonorama*. Que seguirías sus pasos.

—Yo le tenía mucho cariño. Tenías un padre menos recto que el mío. Te dejaban saltar por los sillones y poner música en el tocadiscos a cualquier hora.

—Eran más modernos.

—Sí —dijo bajando la cabeza.

—Tu padre creo que nunca entendió que te alejaras de su mundo. Él no podía entrar ahí.

—Por eso quise alejarme. George era mi conexión hacia la libertad. Cuando me dijo que fuera a Barcelona, no me lo pensé. Pasé momentos que no olvidaré. Esa llegada al aeropuerto del Prat. Nos libramos de los periodistas y nos metimos en el coche hacia el hotel. George me miraba y me decía: «Así es siempre, pero contigo se hace más fácil». En ese instante me di cuenta de que era muy sensible y que con mi compañía le ayudaba a superar esa timidez. Decidí que ya nunca me separaría de él.

—¿Le incomodaban los medios, Carmen?

—Para él, tocar era igual en todos los sitios. Le daba igual el marco donde estuviese encuadrado.

—Pensar que estuviste, Carmen, con los genios. Los sentiste, los tocaste, ¿te acuerdas las veces que soñábamos pasar, aunque fuera un minuto, con ellos de nuestra vida?

—Tantas. Creo que fue un golpe del destino. Ahora me pregunto si valió la pena aquello. Y desde hace una semana no tengo duda. Fui la mujer más feliz de la Tierra y ahora eso me hará seguir adelante.

—Eso es muy bonito.

—Antes de ir hacia el concierto, George me metió en el baño. Los otros se preparaban fuera. Me cogió la cara y me dio un beso tierno. Casi imperceptible, pero de esos que atraviesan el alma. Esa noche, después del concierto, nos fuimos a una buhardilla de un amigo de él que nos dejó y nos amamos. Creo que un soñador nunca defrauda. Y me hizo volar.

Escuchar a mi madre de esa manera me provocaba nostalgia, y por qué no

decirlo, una satisfacción enorme. Gracias a todo mi trabajo de investigación, los puntos se iban uniendo, y mi madre cada vez sonreía más.

Continúo hablando. Todos posábamos nuestras caras en el cristal viendo aquel pastel que se iba derritiendo ante nuestros ojos. Todos sentíamos amor. George trajo un amor imperdurable a nosotros.

—Esa noche puedo decir que fue mágica. El Beatle quedó fuera de la habitación. Tuve frente a mí a un hombre sensible, asustado por un éxito que le quedaba grande. Con sus manos fue tocándome como una partitura. Componiendo cada parte de mí, cada trozo que había quedado en el aire, lo fue uniendo, hasta convertirme en lo que hoy soy. Recuerdo que le pregunté: «¿Tu amor crecerá?». Y entonces me dijo: «No lo sé, no te alejes y entonces lo verás». Le gustaba jugar, en el fondo le asustaba atarse a cosas que pudiera perder.

Esas frases me resultaban familiares y creo que a Sebastián también.

—Carmen, esas frases pertenecen a una canción, llamada *Something* —dijo Sebastián con decisión.

—¿Qué estás diciendo, Sebastián?

Sebastián abrió su iPhone y buscó la traducción de la canción en su móvil. Y entonces mi madre pudo ver la canción completa.

—No es posible. Esta parte es tal cual me lo dijo en aquella buhardilla ¿Cuándo escribió esto?

—En 1969, mamá. Creo que fuiste su inspiración.

—Pero yo ya vivía con tu padre. No puede ser. ¿Dónde lo habéis encontrado?

Entonces comprendí que había llegado el momento más esperado desde el día que hallé por casualidad aquella hoja arrugada, quemada y misteriosa en el cajón 57 del chifonier. Había estado guardada más de treinta años, escondida esperando ver la luz, que alguien descubriera que había muchas razones para resolver el acertijo de letras que desencadenaba en una hermosa melodía.

—En el chifonier familiar. ¿Te acuerdas? El que me llevé. Encontré esta nota, está escrita a mano, creemos que probablemente la enviará George a casa de los abuelos. A tu casa.

—Pero ¿quién lo escondió ahí? —dijo sorprendida.

—Probablemente la persona que la escribió no fuera la misma que la escondió. Alguien está claro que intentó quemarla y eliminarla. Pero, quién sabe, o bien se arrepintió en el último momento o bien otra persona quería que la encontrásemos. De lo que estoy segura es que quisieron protegerte, aun a riesgo de hacerte más daño.

—Es tan bonita la letra. ¿Podéis ponerme la canción? ¿Tiene melodía?

Something sonó en toda la habitación. Las dos frases que encontré en el chifonier se escaparon por toda la habitación y golpearon en nuestros corazones.

Por la cara de mi madre rodaron dos lágrimas, que discretamente secó con un pañuelo que sacó de su bolsillo.

—Qué tonta estoy —dijo sonriendo.

—Mamá, son muchos recuerdos. Estamos contigo —dijo Delia.

—Me habéis hecho muy feliz.

—¿Y entonces decidiste escaparte con él?

—Sí, él me esperaba en Liverpool. Encontraríamos la fecha exacta para escapar. Él tenía una medio novia llamada Pattie, y yo no quería que nadie me lo arrebatara.

Tendría que volver a Madrid. Recoger mis cosas. Y esperar a que me enviara un billete para estar con él. Mi padre no me lo iba a poner fácil. Cuando volví a Madrid, me recibió con una sacudida de cinturón en la espalda y tres heridas que me dejaron huella, pero quizás más psicológica.

—Mamá. Eso es terrible —grité abrazándola.

—No le gustó nada que me escapara sin avisar. Así que sabía que, si lo intentaba otra vez, sería para no volver. Así fue. Preparé todo en secreto, me distancié de todos para poder guardar la compostura hasta el momento en el que recibí mi billete un mes después. Preparé la maleta con ropa ligera. Siento mucho, Pilar, no haber podido despedirme. Pensaba, al llegar a Liverpool, ponerme en contacto contigo. Te escribiría y te contaría que en aquel mes estuve rara, distante y recelosa de todos. No quería que por fin ese sueño que tocaba entre mis dedos alguien pudiera irse de la lengua y que fuera fallido.

—Sabemos lo del accidente, Carmen. De verdad, no tienes que exculparte. Todos hacemos las cosas como creemos, y los demás deben entendernos, porque si no es que no nos aman como somos.

—Así fue. Mi mente me lleva directamente al hospital. Pasé momentos muy duros. Nada más despertar, me di cuenta de que quería dormir de nuevo. No reconocía mi propia cara. Toda mi vida era de otra. A la que yo no reconocía.

—Tuvo que ser durísimo —dijo Pilar, abrazándola.

—No os podéis imaginar, mi padre interceptaba todo tipo de visitas. Apenas tenía gente con la que hablar.

—Yo estuve, Carmen. Estuve en las puertas, pero tu padre no me dejó entrar.

—Vaya, cuanto lo siento. Hubiera necesitado tanto tu compañía en aquel momento. Pero no me quiero poner triste. Ahora estás aquí, y recuperaremos lo perdido. Creo que he hablado demasiado. Y no me has dicho nada de ti. ¿Sigues

viviendo en Madrid?

—Espera, quiero terminar tu historia. La mía es muy corta —dijo riéndose. Sé que te casaste y tuviste a estas niñas maravillosas.

—Mi marido estuvo día y noche conmigo, era mi linterna en ese túnel. Era uno de los médicos de prácticas. Con su bata blanca, me hacía sentir bien. Estaba al lado de una persona que no me haría daño. A mi padre también le gustaba. Y eso me provocaba tranquilidad ante él. Nos casamos pronto. Muy pronto. Y nos fuimos a vivir al Escorial. Allí cuidaba cada paso. Su trabajo era importante, pero nunca dejó de descuidar a la paciente, que era yo. Hice muchos avances y fue también gracias a él. Y ahora cuéntame tú.

—Poco que contar. Me casé con un tipo que me desplumó como a las gallinas. No tuve hijos. Nunca tuve esa necesidad de cuidar al otro, bastante tenía con sacarme yo adelante. Mi refugio es Santorini. Monté una villa para turistas que quieren huir de sus ciudades. Allí les doy cobijo y se sienten como en casa. Cuido cada detalle, les preparo bollos para el desayuno. Por eso me tienes que dar esta receta. Está buenísima.

—¿En Grecia? ¿Tan lejos?

—Sí, pero procuro venir a Madrid todo lo que puedo, y ahora, sabiendo que tú estás aquí, vendré más a menudo. No voy a permitir perder más tiempo contigo.

—Pilar, fuiste mi amiga, mi hermana, sin ti, mi adolescencia hubiera sido más encorsetada todavía. Gracias a tu padre, trabajando para el mundo de la música, tuve un escape, y por eso siempre os estaré agradecida. Y eso de verdad que no lo olvidaré.

—Tú también fuiste mi mejor amiga. Lloré tanto cuando me enteré del accidente, cuando me dijeron que me alejara de ti para siempre. Fue algo que no entendí, y tuve que reeducar a mi corazón para que lo entendiera.

La noche cayó en la habitación. Tuvimos que encender las luces del salón.

—Ya se está haciendo muy tarde, Carmen. Mira qué horas son. Hemos revuelto todos los recuerdos. Y ahora tú tienes que volver a ordenarlos.

Nos levantamos, teníamos la sensación de que callábamos lo más importante. Ninguno quería mirar a mi madre. Necesitábamos salir de esa habitación. Nadie quería responder si la pregunta llegaba, pero no hizo falta. Lo que más se esconde, es lo que uno siempre conoce más.

—¿De qué murió George?

Todos sentimos un látigo en la espalda.

—¿Qué dices, mamá?

— Presiento que mi George ya no es de este mundo. Y no por vuestras caras,

que también siento que queréis evitar el tema. El corazón es sabio. ¿Creéis que, si siguiera vivo, no vendría a buscarme? George y yo teníamos algo tan especial que ni la distancia logrará separarnos. Contadme qué fue de él. Si fue feliz.

Me di la vuelta con un nudo en la garganta. No estaba preparada para que mi madre me hiciera esa pregunta, pero entendía que tuviera que saber todo de él.

—Mamá, George fue muy feliz en su vida. Se casó dos veces y tuvo un único hijo.

—Seguro que le puso Belma, siempre quiso poner ese nombre.

—¿Por eso tú me lo pusiste?

—Paseando por Las Ramblas: «Algún día, si tenemos una hija, la llamaremos Belma. Yo le pondré el nombre y tú le darás la belleza». Quizás fue lo único que recordé en este tiempo, ese nombre en mi cabeza. Fue mi nexa con él. Hasta el final, le hice un guiño contigo. Eso sí, te puedo asegurar que las fechas no cuadran, y tú eres hija mía y de tu padre.

Sebastián dijo:

—Me quedo sin palabras.

—Su hijo se llama Dhani Harrison. Es la misma imagen de él —dije.

—Seguro que es un ser lleno de luz, como lo era George. Os puedo asegurar que, en una habitación a oscuras, él brillaba.

—Eso es bonito, mamá.

—Sigue contándome, Belma.

—Fue un amante de la vida. La India lo llenó de paz. Hizo muchísimos viajes allí y se acercó a su música. Compuso con sitar, dejando a un lado la guitarra.

—Amaba la vida por encima de todo lo material. Y quizás en la India encontró su paz interior. George no era de este mundo. Quizás me gustaba tanto porque era diferente. Tenía una gran personalidad —dijo con los ojos empañados de lágrimas.

—Tengo que decirte, que *Something* es considerada por los grandes como la mejor canción de amor de todos los tiempos.

—Los dos nos amamos, sin exigirnos nada. Nos buscamos como dos seres indefensos que aman la libertad. Hubo algo muy fuerte entre los dos.

—Esa canción es vuestro sello de amor. Y ahora es solo tuya, mamá.

—¿Cuándo se fue de este mundo?

—No me resulta fácil, mamá, hablarte de esto. Murió muy tranquilo, sabiendo que había hecho las cosas bien, estoy segura, el 29 de noviembre del año 2001 de un tumor de cáncer en el cerebro. El mundo lloró su pérdida, todos se reunieron en lugares emblemáticos y las lágrimas los encharcaron en Abbey

Road, Strawberry Fields, The Cavarn... Tengo unas palabras que dijo antes de morir, quizás te ayuden a reconfortar tu dolor. Abrí mi iPhone y busqué algo que me dejó impactada, y quería compartirlo con mi madre: «Todo lo demás puede esperar, pero la búsqueda de Dios no, amaos los unos a los otros».

Un gran silencio se hizo en la habitación.

—Ese que habla es George. Ya le conocéis.

Capítulo 41

1 de abril de 1969

La casa estaba en silencio, en la calle se escuchaba un mastín correr detrás de un caniche. Mi marido se había dormido.

Fui al fuego y liberé la carta que había llegado hoy destinada a mi hija Carmen. Mi marido, minutos antes, había encendido la bombona de gas y había girado el botón hasta el máximo. Poco podía salvar de entre las cenizas. Apenas dos frases se han liberado de la quema de brujas.

*Somewhere in her smile she knows
that I don't need no other lover.*

Quería guardarla. Allí se encontraba parte de la libertad de mi hija Carmen, y yo, subyugada a un marido que siempre decidía por todos, no había podido impedirlo. No habíamos permitido a mi hija vivir la vida que ella quería. Acabamos entre todos quemándola en la hoguera. Ahora ya mi hija no puede decidir. Ha olvidado todo, debido a su enfermedad, una propagnosia que le ha hecho olvidarse de rostros.

Abrí la puerta, se cerró y sigilosamente me acerqué hacia aquel chifonier lacado rojo, el tesoro máspreciado de mi familia, ese que nos había acompañado desde tiempos que ya no recordaba. Allí, tal y como me había dicho mi abuela, podría esconder mis secretos.

Me acerqué al chifonier, me puse de frente. Miré hacia atrás, no había nadie. Mi marido dormía en su despacho, como siempre alejado de mí. Elegí el 5 y 7, a veces se repite en mis sueños. Abrí despacio, como me había enseñado mi abuela. Una vez dentro, lo oculté como pude, lo pegué en la parte de arriba, lo cerré y giré la llave y me la guardé en el bolsillo. Algún día, si el destino está de parte de mi hija, quizás algún día averigüe que escapaba de nosotros porque amaba demasiado.

Salí huyendo, la culpabilidad me corroía.

Capítulo 42

Sebastián nos preparó el desayuno en la mesa con todo detalle. Saco las servilletas de hilo y nos puso unas tazas de porcelana, que solo sacábamos para las ocasiones muy especiales. Y esta lo era, sin duda. Yo colocaba la tarjeta de mi cámara fotográfica. Y Pilar cerraba la maleta. La vida continuaba en casa. Nuestras miradas, se cruzaban con la alegría de haber cerrado un capítulo importante de la vida de mi madre, que componía al final la vida de todos nosotros.

El chifonier nos miraba, impertérrito, seguía siendo testigo de nuestras vidas.

Después de desayunar, llevamos a Pilar hasta Barajas. Y nos despedimos de ella, sabiendo que pronto nos volveríamos a ver.

—Gracias, chicos. Siento que dejo una familia más grande en Madrid —dijo Pilar de forma cariñosa.

—Nosotros también. Nos ha encantado pasar estos días contigo —dije abrazándola fuertemente. Esta mañana he hablado con mi madre y me ha dicho que, por favor, en el siguiente viaje, traigas alguna foto, si tienes.

—Lo voy a intentar, pero no es fácil. Me deshice de una vida. ¿Ella está bien?

—Está en paz. Esa es la palabra. Ha unido su rompecabezas olvidado, y eso siempre te da sosiego. —Y añadí—: Por las fotos no te preocupes, es mi profesión. Ya os cansaréis de posar para mí.

Le di un abrazo inagotable. Y Pilar me abrazó con mucha ternura, tocándome la cara.

—Gracias, Belma, gracias por hacerme sentir tan especial.

—No me las des. Si te has sentido así es porque lo eres.

Pilar cogió la maleta y se volvió a mirarnos. Con la mano nos dijo adiós, pero en su cara se veía un hasta pronto.

Sebastián anduvo por el aeropuerto, y me dio la mano. La apretó con fuerza, haciéndome sentir que ya nunca estaría sola.

Buscamos el coche en el parking y, al entrar, me miró unos segundos:

—¿Adónde la llevo, señorita Vento?

—Al fin del mundo.

—Está usted tan guapa, señorita Vento. —Y añadió—: Tengo que decirle algo

importante.

—Dígame. Le escucho con atención.

—Tengo otros dos cantantes que voy a promocionar. Las cosas me están yendo bien. Y bueno...

—¿Sí?

—Quiero dar un paso más contigo...

—¿Es lo que yo creo...?

Sebastián sacó del bolsillo unas llaves y le dijo:

—Creo que para nuestro proyecto vamos a necesitar una casa más grande.

No podía contener tanta emoción.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿La tenemos?

—Seguimos en el barrio, pero sé que siempre te gustaron los áticos. He dado una fianza y el lunes nos mudamos.

—¡Ohhh! —No podía contener tanta emoción. Y añadí—: Creo que lo que me gusta de todo esto no es donde vivamos, sino hacerlo contigo.

—¡Ven aquí, mi niña pequeña falsa!

Nos dimos el beso más tierno del mundo. La radio se puso sola con mi pierna. Y sonó *She Loves You* de Los Beatles. Y es que con un amor así, era fácil estar contenta.

Los dos nos echamos a reír. Y dijo Sebastián:

—Tu padre está cantando.

—¡Idiota!

Fueron días de mucho desorden, de hacer de nuevo mudanza, de besos robados en la escalera, de arañazos en el suelo por el movimiento de muebles, de abrazos vespertinos, de sueños de futuro, de polvo, de desorden. Pero con una ilusión que no me cabía en el pecho.

Me senté en una caja por embalar y me vinieron muchos recuerdos a la mente. George Harrison, mi madre, mi vida con Sebastián. Todo eran fogonazos de recuerdos.

Un timbre sonó a la puerta. Abrí y era el cartero.

—¿Belma Vento?

—Vengo a entregarle este paquete.

—¿Para mí?

—¿Es usted, Belma Vento?

—Sí, lo soy.

Abrí el paquete como una niña ilusionada. Seguro que era una sorpresa de Sebastián.

—Si firma, mejor, y luego lo abre —dijo el cartero con prisas.

—Perdón, ya sabe, la emoción...

—Lo sé, trabajo con ella —dijo sarcásticamente.

Di un puntapié a la caja y me tumbé en el sillón. Saqué algo de un sobre acolchado con el papel de burbujitas que tanto me entretenía. Era un *pen* con una nota anónima que decía:

Todas mis canciones de amor estaban dedicadas a ti, nunca pensé que acabarían cruzándose en tu destino.

Era la letra de *Ciro*. Busqué el portátil, sabía que en ese *pen* estaban todas las canciones de *Ciro*. Todas las que compuso en su día y que estaban dirigidas a mí. Nunca había tenido un detalle tan romántico conmigo. Y es que, al igual que mi madre, un músico estuvo enamorado de mí, y fui la inspiración de sus letras.

Di al *play* y en la habitación sonó su letra. Me sentí emocionada, aturdida y llena, porque sentía que en la vida me habían amado mucho.

Durante segundos escuché su mágica voz. Sabía que llegaría lejos, se lo dije una vez y no me creyó. Y hoy el tiempo me daba la razón. Después de oír todas las canciones en Mp3, saqué el *pen* sin desconectarlo. Lo guardé dentro de mi mano y cerré el puño. Lo protegí del exterior. Era vulnerable, como todos los recuerdos.

Me levanté y abrí el 57. Tomé el *pen* entre mis dedos y la nota. Y lo llevé hasta el fondo del cajón. Allí quedaría agazapado, como un topo resguardándose del frío. Y es que los recuerdos de cada uno, son de cada uno. Y allí nadie puede entrar.

Todos tenemos historias pendientes, algunas penden de un hilo, otras desaparecen con la línea del atardecer, están las perdurables en el tiempo, aquellas que machacan nuestro cerebro una y otra vez. Y hay otras, que son las invisibles, las que alguien borró de nuestros ojos.

Madrid, 1970

George Harrison volvió en los años setenta a España. Se sentó con un grupo de amigos de la revista *Fonorama* en una cafetería de la Gran Vía, en la calle más concurrida de Madrid. Se acercó a los grandes ventanales, a pesar de lo mucho que le dijeron que aquel no era un buen sitio. Cualquiera podría reconocerle desde fuera. Él ni si quiera se inmutó. Apoyado allí sobre el alféizar de la ventana, lo único que pensó fue: «Quizás pase ahora ella y, entre el tumulto de la gente, yo pueda salir a rescatarla».

Agradecimientos

A la logopeda y amiga Marisa Mayorgas Fortis, por sus años de amistad, mails, y confidencias. Me hiciste creer que mi escritura podía llevar investigación y temas interesantes con los que todos aprendiéramos sin perder mi voz.. Incluso a las Afasias. Gracias por presentarme a Oliver Sacks y por tantos cafés que no se enfrían.

A María Luisa Arnedo Montoro, Neuropsicóloga y profesora titular de la Universidad de Granada. Departamento de Psicobiología. Por tu amabilidad, saber y tu rápida respuesta.

Al periodista, productor musical y director de la revista *Fonorama*, José Luis Álvarez. Te mereces todos los reconocimientos del mundo. Sin ti, The Beatles no hubieran llegado a España. Nunca olvidaré aquella noche mágica en la que tu generosidad se convirtió en libro.

A Silvia Plaza-Delmarés por implicarte en cada historia y atravesar la noche con lluvia. Gracias por el paraguas.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com